





**40 COLORES,  
INCLUIDO EL NEGRO**



# 40 COLORES, INCLUIDO EL NEGRO

Cuarenta voces narrativas se reúnen  
para celebrar los diez años de la AEN.

RELATOS AEN



© Autores:

César Luis Alonso González, Carlos Alonso Sanz, Boris Briones Soto,  
Francisco Félix Caballero Díaz, Sara Caballero Paniagua,  
Teresa Cameselle Rodríguez, Amelia de Dios Romero,  
José Luis Díaz Caballero, Amaya Fernández Rodríguez,  
Carlos Fernández Salinas, Gustavo Carlos Florenciano Fernández,  
Teresa Gallego Arjiz, Francisco Javier Gómez Gutierrez,  
Alicia G. García, Concepción Gonzalo Salomón,  
Elena Jarrín Fariñas, Isabel Jiménez Romero, Manuel López Argüelles,  
Adrián Martín Ceregido, Reyes Martínez Hernández,  
Claudia Morales de Pardo, Margarita Pedrayes González,  
María de Gracia Peralta Martín, Ignacio Pérez González,  
María Pilar Ferreras, Gabriela Quintana Ayala,  
Miguel Quintana Viejo, Luciano Ramírez de Arellano,  
Benjamín Recacha García, Lidia Ribera Muñoz, Olga Rico Cadavid,  
Mila Rodríguez Reyes, Esther Rubio Díaz, Covi Sánchez García,  
Hipólito Sánchez Morejón, Aida Sandoval Rodríguez, Juan Santos  
Cánovas, Neila Sanz Pilar, Susana Visalli Attinoti  
y Lorenzo Pollán.

Corrección de textos:

Francisco Rodríguez y Noemí López

Portada:

Miguel Ángel Pérez

Impreso por Gráficas Eujoa

ISBN: 978-84-945566-6-1

DL AS 03281-2016

Una edición de La Fábrica de Libros para la Asociación de Escritores Noveles

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y su distribución, así como el alquiler y cesión, sin la autorización expresa de los titulares de sus correspondientes derechos.

## LA MAGIA DE LAS PALABRAS

¿Qué es un escritor? Es un ser extraño sin edad, sexo, nacionalidad o color; un ser lleno de imaginación y fantasía, pero también de experiencias propias y ajenas; y, sobre todo y tal vez sea esto lo que lo convierte en un ser singular y único, dotado de un estilo particular.

Los puedes encontrar en los parques, en las cafeterías, en las librerías, en las bibliotecas, en la calle, en los coches..., están en todas partes, solo tienes que mirar a tu alrededor.

Proviene de un universo diferente, el mundo de las historias. Todos los que regresan tienen los mismos síntomas: solo piensan en escribir, en compartir cuentos, novelas, leyendas, fábulas. Como escribiera Juan Carlos Onetti, el genial uruguayo, son gentes que escriben “porque sí, porque no tendrá más remedio que hacerlo, porque es su vicio, su pasión y su desgracia». Sus manos componen ficciones peligrosas que atrapan a quien las lee, logrando que se sientan partícipes de las mismas. Emociones y sentimientos pasan entonces a formar parte de tu vida como si los hubieras experimentado realmente.

En este libro encontrarás cuarenta historias contadas por cuarenta escritores. Te lo advierto, son magos de la

palabra. A lo largo de este libro van sacando de sus chisteras todo un mundo de color: el azul para la fantasía, el rojo para el amor, el negro para la tristeza, y así todos los colores del arco iris, solo para ellos...

Ten cuidado, quedarás atrapado por su magia.

*Covi Sánchez.*

Presidenta de la Asociación de Escritores Noveles.



## DESFASE

César Luis Alonso González

Su inmovilidad contrastaba con la hiperactividad mental que experimentaba, en su intento de buscar una solución desesperada que volviese a sincronizarlo con el mundo. Allí, sentado en la parte delantera del automóvil, como copiloto estático, aplicaba toda su fuerza psíquica en tratar de defecar. Todas sus esperanzas de abandonar la situación en la que se encontraba desde hacía unas semanas, dependían de una buena cagada a destiempo. Traer una mierda bien olorosa podía suponer el salvoconducto para salir de otra mierda de vida.

Un par de meses atrás, había comenzado el proceso sin que apenas fuese consciente de ello. En aquellos momentos lo consideró una simple anécdota. Volvía a casa tras una agotadora jornada, pensando en toda la labor que aún le quedaba por delante. Eso le impidió darse cuenta de que el coche que le precedía se detenía en un paso de cebra. No obstante, haciendo alarde de unos estupendos reflejos, clavó el pedal del freno con una velocidad casi predictiva y a punto estuvo de evitar la colisión. El golpe fue leve y sólo le retrasó unos minutos mientras ambos conductores rellenaban los correspondientes partes de accidente. Sin embargo, cuando subía a su domicilio en el ascensor, cayó en la cuenta de que había creído

percibir el sonido del impacto con anterioridad a la llegada del mismo. Fue algo tan sutil que se convenció de que eran imaginaciones suyas. Aquella noche se acostó sin cenar, pues el dolor de cabeza, que achacó al cansancio acumulado, siempre le quitaba las ganas de comer.

Se despertó tarde. Los sábados siempre se quedaba un poco más en la cama para reducir el déficit de sueño que acumulaba durante la semana. Trató de levantarse pero sus músculos no respondieron. Se asustó sobremanera y quiso llamar a su esposa, que seguramente estaría desayunando en la cocina, pero fue incapaz de emitir sonido alguno. Ni siquiera pudo separar los labios. El pánico le invadió, aunque externamente daba un aspecto de máxima quietud. Era un vegetal pensante. El hecho de que su inmovilidad se debiese al pequeño accidente de la noche anterior le parecía imposible. Escuchó el sonido de la puerta de su habitación al abrirse, tras el cual apareció Clara, su mujer, quien con una blanca sonrisa se dirigía cariñosamente a él: —Hoy se te han pegado las sábanas, ¿eh, cariño?

No pudo responderle y se limitó a mirarla inexpresivamente, mientras gritaba por dentro sin lograr hacerse oír. Ella notó rápidamente que algo raro ocurría y al cabo de un par de minutos ya estaba llamando, presa de la histeria, a una ambulancia.

Le hicieron una resonancia de todo su cuerpo y no hallaron ninguna anormalidad a la que achacarle los evidentes síntomas que padecía. Su familia no tardó en acumularse alrededor de la cama sin ocultar su sorpresa y desesperación. La única explicación posible era que el choque le hubiese producido una lesión medular aún no

detectada. De todas formas, otro síntoma sólo conocido por él confirmaba que lo percibido en el ascensor el día anterior había sido real. Tenía un desfase entre sonido y suceso, parecido al que se producía ocasionalmente en las películas que descargaba en su ordenador para visionarlas posteriormente. Eran apenas un par de segundos, pero le resultaba enormemente molesto escuchar lo que le decían un instante antes de que los labios dibujasen la silueta de los fonemas emitidos; u oír el sonido producido por un impacto previamente a que el objeto responsable cayese al suelo. Parecía que su cuerpo había iniciado un viaje temporal parcial. Como si acústicamente hubiese dado un salto hacia adelante, mientras que el resto de sus sentidos se quedaban anclados en el presente. Obviamente, no encontró forma de comunicar esta situación y, al cabo de unos días, se resignó y la asumió como irreversible.

Un par de semanas después le dieron el alta y lo trasladaron a una residencia que disponía de todos los adelantos para una persona en su estado. Su familia se turnaba para hacerle compañía: le hablaban, contándole todo tipo de noticias de actualidad; le leían revistas y libros; le encendían la televisión y la radio, convencidos de que había actividad vital en mente y sentidos, a pesar de su aparente estado vegetativo. Él lo agradecía enormemente y se emocionaba sin poder manifestarlo al exterior. Clara pasaba todas las noches junto a él en una cama contigua habilitada al efecto.

El desfase que sufría iba aumentando paulatinamente y en pocos días pasó a contabilizarse en minutos. Se le hacía casi insoportable observar conversaciones y

actividades cuya banda sonora había transcurrido casi una hora antes. Aún peor era observar dichos sucesos mientras nuevos sonidos ingresaban en su cerebro, pertenecientes a hechos por ocurrir. A ratos, jugaba a tratar de adivinar el futuro atendiendo a su sonoridad, pero los momentos de desesperación eran cada vez más extensos. Sólo se sentía sincronizado cuando escuchaba la radio, pues podía imaginarse en el presente de cuerpo entero, sobre todo si se encontraba solo o cerraba los ojos.

—Si se tratase de una película, podría darle un poco hacia adelante o hacia atrás para que todo encajase de nuevo —se dijo imaginándose con una media sonrisa.

Entonces cayó en la cuenta de que eso no era ninguna tontería. Disponía de más de una hora para reaccionar y cambiar el futuro augurado por el sonido previo. Sólo necesitaba detectar un ruido cuya imagen asociada fuese inconfundible, como podía ser la caída de un vaso. A continuación su misión sería evitar dicha caída y ver qué ocurría después. Quizá eso sirviese para que todo se pusiese de nuevo a cero. El problema era que en su situación no veía forma de evitar nada. Lo único que podía hacer era contemplar cómo discurría su asíncrona vida.

Aquel día lo habían vestido con ropa de calle. Viajaría con Clara a Sevilla, donde le recibiría su familia. Pasarían allí los cuatro días de Semana Santa y regresarían el lunes a la residencia. Su mujer no se resignaba a tratarlo como una planta y luchaba para que tuviese una existencia lo más agradable posible. En los últimos tiempos, había podido comprobar, emocionado, el amor que ella le profesaba. Lo que escuchó mientras le

introducían en el coche le infundió pánico. En primer lugar se oyó un enorme frenazo acompañado de un grito de su esposa. Después, un gran impacto seguido de otros menos fuertes, que asoció a un automóvil dando vueltas de campana; intentos de arrancar puertas; personas que se apremian para actuar con prontitud; sirenas, crepitar de llamas... Finalmente, alguien dijo:

—¡Rápido! ¡Tenemos muy poco tiempo!

No escuchó nada más. Fue como si se hubiese vuelto completamente sordo. Su esposa, desde el puesto de conducción, le miraba de cuando en cuando, le sonreía y le hablaba. Por supuesto lo que le decía ya lo había procesado su cerebro hacía hora y media aproximadamente. En estos momentos debería de estar oyendo sonidos futuros.

¿Cuál era la razón de ese silencio sepulcral? La respuesta se la dio la última palabra de esa pregunta: ¡claro!, el accidente había supuesto el fin. Su muerte y quizá la de Clara. De esto último no tenía constancia. No podía hacer absolutamente nada para evitarlo. Sabía perfectamente que ese viaje le llevaría a la tumba. Al fin y al cabo, sería una liberación para la mierda de vida que le esperaba. Entonces, una vez más una palabra le dio la clave.

—¡Mierda! Sí, ¡mierda! ¡Eso es! Debo cagarme aquí mismo. Tengo aproximadamente sesenta minutos para echar una buena cagada.

Así pues, se concentró en sus tripas y esfínteres. Imaginó con la mayor fuerza mental que pudo cómo sus excrementos se dirigían hacia su ano. Visualizó una buena cantidad de defecación en el pañal que llevaba puesto. Finalmente, cuando apenas restaban cinco

minutos para la fatal colisión, el habitáculo se impregnó de un olor insoportable. Así que Clara no tuvo más remedio que parar en un área de servicio para limpiarle.

Lo que ocurrió a continuación fue considerado por todos como un auténtico milagro. No sólo recuperó el sonido, en perfecta concordancia con la imagen, sino que comenzó a sentir cómo la movilidad regresaba a sus debilitados músculos. Lloró como nunca lo había hecho, mientras Clara le abrazaba, también entre sollozos.

Poco a poco fue recuperándose hasta que su motricidad alcanzó la normalidad. Los médicos no pudieron explicar su restablecimiento, como tampoco habían podido explicar las causas del mal. Él nunca dijo nada, pues no le encontró sentido. ¿Quién le iba a creer? Se limitó a vivir intensamente su amor por Clara y a disfrutar de todo lo que la vida le regalaba a diario. Se volvió hiperactivo, como si quisiese compensar su periodo estático. Practicaba todo el deporte que podía. El tenis le apasionaba. En su último partido se había sentido especialmente ágil. Era la final del torneo anual que organizaba el Club al que pertenecía y no le estaba dando ninguna opción al rival, pues llegaba a todas las bolas por muy esquinadas que fuesen. El primer “punto de partido” era cuestión de tiempo. No lo desaprovechó y con una inusitada rapidez reaccionó para impactar con las cuerdas de la raqueta en la pelota. La victoria cayó de su lado.

Mientras recogía el trofeo repasó ese último golpe. En esta ocasión habría jurado que primero vio el contacto con la bola y, como un par de segundos después, escuchó el sonido correspondiente.

## NEMETÓN

Carlos Alonso Sanz

**M** menudo destino el que me había tocado. «Mala suerte la mía», pensé. En el Ministerio no me dieron más explicaciones. Tienes que ir allí, terminar de construir el trozo de vía férrea y punto. Me lo dijeron justo antes de casarme. Vaya un regalo de bodas.

Yo era prometedor ingeniero de caminos que trabajaba para el Estado implantando vía férrea para el despliegue del incipiente negocio del ferrocarril. Corrían los años veinte en España. La industrialización del país iba en auge y era necesario dar la apertura de nuevas líneas de transporte en las zonas del Norte de España. Había trabajado en esta azarosa tarea en Asturias durante unos cuantos años, y esperaba un destino más o menos cercano para labrarme mi futuro. En Oviedo había conocido a la que iba a ser mi esposa, y después de tres años de noviazgo con ella pelando la pava, su familia había accedido a darme la mano de su hija en matrimonio.

Ambos nos amábamos mucho, algo de lo que nuestras familias eran conscientes, pero la tradición era la tradición. Y en espera de un ascenso y un buen destino, alguien en el Ministerio me jugó una mala pasada. Dos días después de mi boda debía presentarme en un pueblo cerca de Lugo para terminar un tramo de vía que por alguna razón se les

estaba resistiendo. Ni luna de miel ni nada. Nos casamos, hicimos las maletas y viajamos hasta ese lugar.

Mi esposa y yo habíamos llegado a la conclusión de que la situación iba a ser temporal y que, una vez terminado el tramo de vía, me destinarían a Oviedo, ya que era algo que me merecía por méritos propios. Además, la familia de mi mujer tenía ciertas influencias en la clase política asturiana, con lo que, si mi expediente profesional no conseguía el propósito deseado, mi suegro entraría en juego. La verdad es que podríamos haber utilizado esta ventaja al principio, pero nunca me ha gustado tirar de influencias para conseguir prebendas o favoritismos. Así que fui por el camino legal. Mis méritos hablarían de mí, y si no, ya habría tiempo de que lo hiciera mi suegro.

Llegamos a Lugo y nos alojamos en una casa que el Ministerio tenía preparada para estos menesteres. A mi mujer le gustó su nuevo y temporal hogar, y al día siguiente partí hacia la ubicación de la obra de la que iba a ser responsable. Pero antes me informé de la situación.

El tramo de vía férrea llevaba ya más de 3 años sin terminarse. Y era bastante inusual. Se trataba de un tramo de quince kilómetros que comunicaba dos municipios con la capital de la provincia. Sin embargo, la construcción se encontraba en un punto muerto del que no parecía que se pudiera salir con facilidad. Ya había tenido dos responsables de obra como yo, pero ambos, ante la imposibilidad de terminar la misión encomendada con tiempo, habían sido trasladados a mejores climas.

Llegué a lomos de mi caballo a una especie de campamento donde me esperaba el jefe de los obreros, Emilio.



Era una persona con aspecto muy desaliñado, pero con una voz muy suave preparada para calmar a las fieras. Los hombres que trabajan a sus órdenes eran algo más que rudos, pero al parecer, y tal y como me confesó Emilio, eran leales y buenos trabajadores. Le pregunté por la situación de la obra. Emilio me dijo que llevaban mucho tiempo sin poder pasar de un punto que parecía maldito.

No le entendía muy bien, sobre todo porque su forma de definir la problemática chocó con mi manera racional de ver las cosas. No podía creer que existiera en la tierra un sitio maldito. La vía férrea estaba ahí para dar progreso y esperanza a esas gentes y ningún sitio maldito sería capaz de detenerla.

Tengo que reconocer que escuchar el punto de vista de Emilio con respecto a la marcha de la construcción me llevó a pensar que terminaría rápidamente mi labor, me reuniría con mi esposa y volveríamos a Asturias en un abrir y cerrar de ojos. Solo era cuestión de llegar, verificar el terreno, extraer una explicación lógica a los fracasos de mis predecesores e instalar la vía. No hice mucho caso a Emilio y le pedí que me llevara al punto fatídico que había hecho desistir a mis dos anteriores predecesores.

Ambos agarramos dos monturas e iniciamos el camino al punto muerto de la vía, siguiendo el tramo ya construido. El camino era realmente fácil, algo serpenteante pero simple. De vez en cuando se oía el rumor de un riachuelo y el fragor de los pájaros. Pero a medida que nos acercábamos a nuestro destino, se hacía el silencio y no se escuchaba realmente nada, solo el palpar de

nuestros corazones. Me fijé en que Emilio estaba cada vez más nervioso. Finalmente llegamos al punto maldito.

Quedé muy sorprendido, ya que la estructura del terreno era perfecta como para instalar las traviesas de las vías y montar los tramos de raíl sin apenas dificultad. Bajé de los lomos de mi caballo, me acerqué sigilosamente, despacio, hacia el final de la vía construida e inspeccioné el terreno. Estaba en lo cierto. En poco tiempo la obra estaría ya finalizada y misión cumplida. Se lo dije a Emilio, pero él no me contestó. Solo me miró con cara de incredulidad. Tomé más muestras del terreno, por si existía alguna complicación que no había llegado a detectar e iniciamos el regreso, para empezar manos a la obra al día siguiente.

El viaje de vuelta fue muy placentero y, antes de regresar al campamento del que a primera hora habíamos partido, Emilio detuvo mi caballo y me previno: «Patrón, esto no es como una obra normal. Cuando un día construimos vía en ese lugar, al día siguiente nuestra labor desapareció como por arte de magia. Este lugar está maldito».

Yo no podía creerlo, así que reuní a la cuadrilla y les informé de que al día siguiente terminaríamos el tramo de vía que faltaba. Los obreros se miraron unos a otros, cuchicheando entre ellos, como si no dieran crédito a lo que mis palabras intentaban expresar. Y la verdad es que yo también dudaba de que una construcción de vía tan sencilla hubiera sido tan costosa a la vez. Me metí en mi tienda de campaña para dormir y estar dispuesto a acudir al lugar de construcción junto con mis hombres a primera hora de la mañana.

Pero a medianoche algo me despertó. Me incorporé y atisbé la figura de un anciano con una túnica, que no sé cómo había conseguido entrar en mi tienda, y se encontraba sentado frente a mí. No pude gritar, ya que el miedo me lo impedía. El anciano lo detectó sin mucha sorpresa y comenzó a hablar.

—No tengas miedo. Solo estoy aquí para avisarte de que no debes construir nada que importune los lugares sagrados de nuestros antepasados. Y si lo haces, ten presente que tus esfuerzos son en vano y que no conseguirás tus propósitos. Ya lo han intentado antes y no ha sido posible. Ahora duerme y medita mis palabras.

—Pero, ¿quién eres? ¿Qué quieres de mí? ¿Cómo has entrado en mi...?

Había desaparecido de mi vista. Encendí un candil y salí a buscarlo entre la niebla, pero no lo encontré. Solo era un simple sueño. O quizás no.

Al día siguiente me levanté con energías renovadas, aunque algo temeroso por la visita que parecía haber tenido en mitad de la noche. Monté a lomos de mi caballo y me dirigí con grupo de obreros al punto donde debían trabajar y terminar la obra. Me fijé en sus caras. Todos ellos estaban algo asustados y nerviosos.

Por fin llegamos al destino. Les distribuí con ayuda de Emilio en las tareas a llevar a cabo, y empezamos a trabajar. Yo mismo me uní al grupo de obreros transportando las traviesas y los raíles y dándole al martillo, para que mi seguridad en lo que estaba haciendo se les transmitiera a todos. Creo que lo conseguí, y al final logramos construir trescientos metros de vía férrea, una verdadera

proeza. Volvimos subidos en varios vagones tirados por una pequeña locomotora que había hecho venir desde el campamento y, una vez en mi tienda, me propuse descansar, no sin dar la orden de preparar la locomotora de nuevo para volver al día siguiente y seguir incrustando raíles en el campo. Estaba entusiasmado con mi éxito. En breve terminaría y volvería a casa con mi mujer. Sin embargo, Emilio y el resto de trabajadores no parecían estarlo. Daba la sensación de que esto ya lo habían vivido antes, como si del preludio de algo trágico se tratara.

Al día siguiente regresamos todos montados en los vagones tirados por la locomotora, pero al llegar vi algo que no tenía explicación. Los raíles, los clavos, las traviesas,..., todo lo que habíamos construido había desaparecido. No había nada.

Comencé a darle vueltas al asunto. Lo único que se me ocurría era que alguien, por la noche, por una extraña razón, se encargaba de deshacer el trabajo que por el día habíamos realizado. Y seguramente aquel anciano tenía algo que ver. Pero, ¿para qué? ¿Y dónde se llevaban el material sustraído? No me dejé llevar por ideas inconexas y faltas de lógica, así que la mejor manera de resolver el asunto era construir de nuevo la vía férrea y dejar un par de obreros de guardia. Y así lo hicimos. Elegí a los obreros, les entregué escopetas, víveres y pertrechos para pasar la noche y les di las órdenes correspondientes. El resto regresamos al campamento para pasar la noche.

No dormí nada, sobre todo le di vueltas a mi cabeza intentando saber cómo había sido posible hacer desaparecer el material, y no encontraba una respuesta lógica.

Por fin llegó el día. Nos dirigimos al lugar señalado y de nuevo todo lo que habíamos construido por arte de magia había desaparecido. Y de los hombres que había dejado allí, ni rastro. Emilio y el resto de obreros estaban aterrados. Yo no sabía qué pensar. Así que regresamos al campamento. Les di el día libre. Necesitaba tiempo para intentar comprender lo que estaba sucediendo allí. Ahora ya sabía por qué nadie era capaz de terminar esa construcción. Me empecé a obsesionar y decidí que solo yo podría entenderlo.

Al día siguiente volví con la cuadrilla al lugar e hice que construyeran cien metros de vía. En media mañana estaba ya ejecutada mi orden. También les ordené que regresaran al campamento. Esa vez iba a ser yo quien iba a descubrir lo que allí sucedía. Y así lo hice.

Puse una tienda de campaña para pasar la noche, aunque sabía que no iba a dormir mucho. Cené pronto un trozo de jamón y queso con pan, pero no bebí vino, como tenía costumbre, para estar con los cinco sentidos preparados. Llevaba una pistola y una escopeta cargadas y amartilladas para hacer frente a lo que me pudiera encontrar.

Esa noche fue muy clara, podía ver las estrellas y la luna y, durante un momento, no sé cómo, me encontré en un momento de paz. Me puse a pensar en mi esposa, lo sola que se encontraría en Lugo, lo mucho que estaría pensando en mí, lo bella que era y, sobre todo, la gran necesidad que tenía de estar junto a ella. A media noche, de repente, se hizo un silencio. No parecía natural. Aferré la escopeta entre mis dos manos y me escondí,

apuntando delante de mí a cualquier cosa que me pareciese un peligro. También vigilaba mi retaguardia, por si el peligro pudiera venir de detrás.

De repente, el suelo por debajo de la vía construida tan solo unas horas antes empezó a brillar. Al principio el brillo era muy tenue, pero rápidamente se convirtió en una luz muy fuerte. Mi nerviosismo se hizo cada vez más insoportable. Tenía cada vez más ganas de gritar y huir de aquel lugar que ahora sí creía como verdaderamente maldito. Pero no podía hacerlo por dos razones: la primera, porque mis piernas estaban tan muertas de miedo que no era capaz de dar un paso; la segunda, porque sentía una extraña sensación de obligación a no moverme de allí, ya que iba a presenciar algo. Así que seguí observando el espectáculo que se abría ante mí.

Todo aquello que se encontraba sobre ese suelo incandescente empezó a ascender, como si una fuerza invisible moviera de una forma excepcionalmente simple su masa. Las traviesas, los clavos, los raíles, hasta algún martillo olvidado, comenzaron a subir y a dar vueltas por encima de mi cabeza. La velocidad de giro era muy lenta, rítmica, pero en un momento se produjo una gran aceleración y, después de ver como este mágico espectáculo iluminaba completamente el cielo, todos los objetos que rotaban a toda velocidad desaparecieron de mi vista. Me quedé pasmado con la escopeta en mis manos mirando las estrellas, y sin más todo pareció volver a la normalidad. Ese silencio sepulcral desapareció también. Y yo era una estatua sin saber qué hacer. Y como salido de la nada y delante de mí, apareció el mismo anciano

que se había colado en mi tienda la primera noche. Me miró, sonrió y me habló.

—Tal y como te dije, tus esfuerzos son en vano. Nada de lo que construyas sobre este suelo sagrado alberga posibilidad de perdurar en el tiempo. Pero a veces es bueno que un hombre lo compruebe con sus propios ojos. Soy Talhum, druida celta de estos bosques, guardián de este lugar sagrado que nosotros llamamos Nemetón, donde mis antepasados hablaban con las estrellas, el sol, la luna y la naturaleza. Los druidas hemos protegido este lugar de los hombres y así será por toda la eternidad. Y a nuestro Nemetón no le gusta que nadie que no sea elegido por él le importune. Tu ferrocarril no es bienvenido y tú tampoco. Vete por donde has venido, reúnete con tu esposa y no vuelvas nunca a este lugar. Vete en paz.

—¿Qué has hecho con los hombres que dejé aquí? ¿Están muertos?

—No, no lo están. Han huido al ver más o menos lo que tú has presenciado esta noche. Pero si vuelven por aquí, el lugar sagrado exigirá sus vidas, como la tuya en tu caso.

—Pero otros volverán a intentar terminar esta construcción....

—Quizás sea el momento en que el hombre respete este lugar sagrado y se decida a no colocar sobre él nada, dejándolo virgen, como ha estado desde las épocas en las que el ser humano hablaba con el resto de entes de la naturaleza como un hermano más. Quizás tú puedas ayudar a que eso sea así. Y ahora, vete.

El anciano desapareció de nuevo de mi vista, y un gran sopor quebró la fuerza con la que mis piernas se

sostenían. Dormí profundamente. Al día siguiente me despertó Emilio. Había venido a caballo para buscarme y conocer el desenlace de mi aventura nocturna. Pero no podía explicarle nada. Me tomarían por loco, aunque no podía dejar las cosas así. Sentía como si se me hubiera cargado con una gran responsabilidad bajo mis espaldas. A Emilio le dije que me había dormido, sin más, y que no me había enterado de nada. Llegué al campamento y, después de mucho pensar, decidí que era el momento de saltarse el estudio del terreno original y llevar la construcción de la vía férrea dando un pequeño rodeo, evitando atravesar el lugar sagrado.

Durante cuatro semanas estudié el terreno y cambié los planos sin informar al Ministerio. Si así lo hubiera hecho, no me habrían dejado llevar a cabo mi plan.

Tampoco conocía la extensión del lugar sagrado, pero una forma de saber si la construcción atravesaba sus postrimerías era comprobar si al día siguiente se encontraba allí. Pasó un par de veces, modificamos los planos y finalmente conseguimos terminar la obra. Informé de los cambios al Ministerio. Una vez construida, dudaba que la cambiaran para seguir con la planificación original. Me llevé un buen rapapolvo, pero tenía todavía la baza de mi suegro, que movió hilos para olvidar aquel entuerto y consiguió mi traslado a Oviedo. Por fin podía estar con mi mujer cerca de la familia a quien tanto adoraba.

Recuerdo que antes de irme de Lugo para regresar a Asturias pasé de nuevo por la vía férrea construida, cerca del Nemetón. Y se apareció ante mí el anciano.



Recuerdo con gran satisfacción las palabras que me dedicó:

—Has entendido nuestro mensaje. Has preservado nuestro lugar sagrado. Siempre serás bienvenido a él. Siempre te consideraremos como un buen amigo. Que tu vida y la de los tuyos sea próspera y feliz.

Todos los años visito ese lugar sagrado, y siempre percibo lo mismo cada vez que me encuentro allí: paz, sosiego, felicidad. Tengo más de cien años de edad y me encuentro con el mismo vigor que cuando recibí aquel agradecimiento.

FIN



# EL PAÍS DE LAS BERENJENAS

Boris Briones Soto

**E**l país de las berenjenas es un país cómodo y apto para vivir. La ciudadanía se conforma con poco y están acostumbrados a ser lo que son. En ocasiones aspiran a más, pero se detienen. A veces luchan por obtener mejorías en sus vidas, aparece uno que otro líder que les promete con voz segura y vívida cambios concretos para su bienestar. Más tarde, ese mítico orador se convierte en funcionario del Estado y se olvida de las personas por las que decía luchar. Todos son iguales, reclaman, pelean, discuten y se amargan, pero cuando llegan a tal punto rupturista, cerca de alcanzar la cima, se venden. Son como mercancías. Todos tienen un precio y los que no, se venden por miedo.

Jorge era uno más en el país de las berenjenas, no le gustaba su trabajo, reclamaba por Internet en las redes sociales todo el tiempo, comentaba en los medios de comunicación su descontento, se quejaba con su familia y amigos, pero nunca actuaba. Cada vez que veía la televisión en su casa, se disgustaba por todo. Decía estar aburrido de los asaltos, de lo mal que hacía su trabajo el Gobierno de turno, de lo ineficientes que resultaban ser los funcionarios públicos, pero era una berenjena más.

El miedo en este curioso país era algo cotidiano. La policía no era respetada pero aterraba. Llevaban a cabo controles aleatorios de identidad, atacaban a los ciudadanos pobres y les golpeaban, sin darse cuenta de que ellos también llevaban el color de las berenjenas.

Sabían que no eran muy sabrosas, pero a pesar de todo querían hacer creer al resto del mundo que eran superiores. Cuando iban por la calle o en el metro, todos se miraban despectivamente, todos pretendían ser más y aparentaban ser otra cosa. En más de una ocasión se vio a alguna berenjena disfrazada de zanahoria, con la esperanza de pasar inadvertida.

Había grupos radicales en este país, los grupo neo-berenjenos. Eran fundamentalistas que creían que solo las berenjenas tenían derecho a existir y que los demás debían ser expulsados del país y ser destruidos. Cualquier conducta que no fuera la esperada era sancionada por ellos. Una noche de verano, de mucho calor en la capital, paseaba alegremente un zapallo italiano, tomando fotografías y disfrutando del paisaje. Lamentablemente, los extremistas neo-berenjenos lo vieron y siguieron. Lo arrastraron hasta un callejón y lo golpearon hasta dejarlo muerto, solo por ser diferente, por ser extranjero y suponer un peligro para ellos, pero así era el país de las berenjenas. Al día siguiente la policía encontró su pulpa tendida en la calle, pero no hicieron nada.

Tenían un Presidente, una gorda y gran berenjena. Muchos lo querían porque prometía cosas que no cumplía, pero como eran berenjenas nadie se preocupaba. Sabía sonreír muy bien y bailaba mucho, con eso convencía a todas las berenjenas de que todo iba bien.

El único temor de las berenjenas eran los gusanos, temían que por la noche bajaran del volcán y las devoraran. Por eso dejaban guardias, los ciudadanos debían pasar horas sin dormir para estar atentos ante cualquier posibilidad de ataque. También debían pagar una suma elevada de dinero mensualmente al Estado, que se encargaba de entregárselo a los gusanos para que no se los comieran.

Una berenjena promedio lleva una vida normal y hasta envidiable. Se levanta temprano, prepara a los niños para ir a la escuela, conduce hasta su trabajo y ahí pasa ocho horas diarias, en un cubículo que odia pero que no se atreve a dejar por miedo a su jefe, por miedo a su familia, por miedo al futuro, por miedo al qué dirán. Es que son berenjenas.

Los días libres son los fines de semana. A veces las berenjenas se juntan a conversar y ver fútbol, los niños pasean y juegan en los parques y las mujeres van a las peluquerías y centros comerciales. Algunos jóvenes tenían la oportunidad de ir a la Universidad, así fue como Tita conoció a Matilde. Eran dos berenjenas idealistas, se manifestaban a menudo en su Facultad, exigiendo reformas y nuevas medidas que la autoridad siempre ignoraba. Ellas, como otras berenjenas, se daban cuenta de que el país no avanzaba y que lo que prometía el Gobierno, no lo cumplía. Fue entonces cuando decidieron planear algo más grande, algo que el país de las berenjenas nunca había visto: ellas organizaron la revolución.

Habían planeado iniciar protestas masivas en todo el país, que tuvieran una repercusión importante, para

que las demás berenjenas despertaran y se dieran cuenta del poder que tenían en sus manos. Para que abandonaran la televisión, Internet, sus casas, sus comodidades y salieran a luchar, a protestar, a quejarse de la situación injusta en la que estaban.

Las berenjenas más pobres se encontraban enfermas, padecían alguna peste y el Estado no se hacía cargo de ellas. No les importaba. Muchos niños no tenían acceso a la educación porque no tenían los medios para hacerlo, pero las berenjenas de clase alta se llenaban la boca predicando contra la erradicación de semillas, ellas insistían que toda berenjena debía nacer, incluso aquellas que fuera inviables durante la plantación. Decían que defendían la vida.

Cuando comenzaron los aires revolucionarios, algunas berenjenas pensaron que era una locura; sin embargo, los más jóvenes, cansados de sueños y promesas, se unieron. Se les vio en las calles, también se vio a la policía reprimiendo a sus propias berenjenas, muchos de ellos eran sus hijos, pero no razonaban, porque una berenjena policía no tiene cerebro. Al ingresar a la academia de policías, las berenjenas pasan por un largo proceso de extirpación denominado *cerebritulusinocuos*. Es una ceremonia ritual en la que los cadetes son trasladados a una sala donde un médico les extrae el cerebro e inserta unos chips. Así ellos se vuelven incapaces de razonar por sí mismos. Esto explica el comportamiento policial.

Las revueltas que comenzaron con la revolución fueron importantes y cada vez la violencia fue ascendiendo más. En las zonas más alejadas de la capital se hablaba

de incendios y ataques terroristas. Se culpaba a las berenjenas originarias por esto. Las berenjenas originarias son las que estaban en el país de las berenjenas antes de que se fundara como tal, antes de su conformación como país. Ellas habían estado ahí desde un principio y eran dueños de esos cultivos en los que habitaban, pero con la llegada de los conquistadores y la posterior independencia fueron reducidos en número, perseguidos y asesinados por gente de su propia sangre que se creía superior, eran perseguidos por los padres de los neo-berenjenos. Se desataron cacerías horribles, incluso pueblos ancestrales de berenjenas originarias desaparecieron por completo. El Estado berenjense les pagaba a extranjeros, principalmente a las manzanas, para que los cazaran como si fueran insectos.

Las noticias corrían por todo el país de las berenjenas. Los partidos políticos estaban asustados y no sabían qué hacer, así que actuaban con lo único que tenían cerca: la manipulación de la prensa. Escribían en los diarios, decían en la radio y en la televisión que las revueltas eran provocadas por activistas terroristas enemigos del país de las berenjenas. Acusaban a los tomates y a las lechugas de ser los ideólogos de todo lo que pasaba. Sobre los revolucionarios, decían que esas no eran verdaderas berenjenas, que no aportaban al país y que lo único que querían era acabar con lo que tanto había costado construir (según ellos, un país perfecto, el país de las berenjenas).

Las peticiones de las berenjenas revolucionarias eran simples, querían elaborar un libro que tuviera una serie

de normas y leyes que se debían cumplir. Querían que todas las berenjenas del país participaran en la elaboración de ese texto. Decían que se debía garantizar la educación gratuita para todos, incluso aquellos que no podían pagar tendrían derecho a estudiar. También decían que la salud debía ser de calidad, de alto nivel y también gratuita, querían que las berenjenas tuvieran un acceso equitativo a las medicinas y tratamientos, para que así no murieran más berenjenas por ser pobres. Para las berenjenas de clase alta esto parecía una locura, era imposible que las berenjenas pobres, que poseían la peste, fueran tratadas con dignidad. Un punto importante en sus peticiones era incluir a las berenjenas originarias, llegar a un acuerdo para que pudieran ser independientes y también negociar la paz con los gusanos, saber por qué odiaban tanto a las berenjenas y así no vivir más asustados esperando que salieran del volcán por la noche.

El parlamento de las berenjenas contaba con alta presencia de partidos conservadores. Esos que arrasaban con los recursos del país y que resultaban electos gracias a las berenjenas que no se daban cuenta del poder que tenían. Una senadora berenjena que había obtenido un gran resultado en las últimas elecciones era la más fundamentalista de todas. Se sabía que colaboraba con grupos neo-berenjenos, pero nadie hacía nada. Había berenjenas que se casaban con otras berenjenas, sin importar su condición sexual, pero ella no lo aceptaba. Argumentaba que el dios de las berenjenas se oponía a esto, que la Biblia Berenjenérica decía que eso estaba prohibido y que era pecado. Las homoberenjenas eran



perseguidas y acosadas, apenas podían vivir en este país. Esa senadora era de las peores que la política viera alguna vez. Las berenjenas del pueblo se dejaban llevar por lo que veían en la televisión, por eso ella siempre ganaba, votaban por ella porque les decía lo bellas que son las berenjenas, y como las berenjenas son vanidosas, entre risas les concedían su voto.

Las berenjenas revolucionarias sabían que la lucha era solo una parte de la revolución. Fue así como se organizaron en educación berenjénica, un plan que consistía en acudir a las poblaciones de berenjenas y educar sobre el poder que tienen los ciudadanos. Fue así como enseñaron la idea que tenían en mente, un país de las berenjenas que fuera libre y digno, donde todos tuvieran las mismas oportunidades y derechos. Muchos no lo podían creer y de un momento a otro despertaron.

Es cierto que también había grupos radicales de las berenjenas revolucionarias. Un pequeño grupo armado se organizó y, ya cansado de las declaraciones neo-berenjénicas de un político, decidieron actuar. Un día lo esperaron a las afueras del lugar donde trabajaba y al subir a su coche lo acribillaron.

Ese día el país de las berenjenas se polarizó mucho más. La policía sin cerebro atacaba a todos los ciudadanos, salían a la calle a repartir golpes y matar jóvenes. Era la orden que tenían integrada en el chip donde antes había estado su cerebro.

La lucha no podía seguir sin apoyo, por eso las berenjenas buscaron ayuda con las berenjenas originarias, así se organizaron y fueron muchas más. En una reunión,

donde planeaban sus siguientes movimientos, una berenjena tuvo una idea: hablar con los gusanos. Nunca nadie los había visto pero todos les temían. La berenjena pensó que si lograban ir al volcán y hablar con ellos podrían llegar a un acuerdo y, tal vez, les ayudarían en su lucha.

Un pequeño grupo de revolucionarios se equipó con los pertrechos necesarios para el viaje. Eran solo cinco berenjenas, entre ellas Matilde, que actuaba como representante de la revolución. Tenían mucho miedo, no sabían qué hacer si los gusanos las atacaban. Llevaban en sus mochilas planos para enseñarles la situación, teléfonos móviles para comunicarse, comida para el trayecto –ya que no sabían cuánto tardarían en el ascenso al volcán– y, por supuesto, algo indispensable: la sal. Si algo salía mal podrían rociar con sal a los gusanos y salir huyendo.

Al amanecer emprendieron el viaje, caminaron largas horas para alcanzar la cúspide del volcán y, una vez allí, agotadas, se encontraron con una gran sorpresa: el lugar estaba vacío, no había ni un gusano, buscaron en todos los sitios cercanos y nada. No entendían qué ocurría, pero entonces Matilde vio la luz, se dio cuenta de que los gusanos no existían y que solo era un mito inventado por los gobernantes para que tuvieran miedo.

Volvieron corriendo a la ciudad e informaron de lo que había sucedido a las demás berenjenas. Ya cansadas de tantos abusos marcharon, todas las berenjenas estaban en la calle, se dirigían al Palacio de la Presidencia. Al llegar encontraron una sala llena de dinero, era todo lo que destinaban a los gusanos, pero se dieron cuenta

de que se lo quedaba el Gobierno, que todo era mentira. El Presidente de las berenjenas trató de huir junto a sus amigos pero no fue posible, ya era tarde. El pueblo estaba asqueado y quería justicia, sabían que no la podrían encontrar en los tribunales, ya que ningún juez se atrevería a encerrar al Presidente en la cárcel. Fue así como Tita y Matilde decidieron su futuro entre los gritos de la multitud. Con el primer corte, las demás berenjenas ni se inmutaron, trozo a trozo el Presidente fue reducido a rodajas y lanzado al río.

Al día siguiente las berenjenas se reunieron en una asamblea y comenzaron a escribir ese libro del que tanto habían hablado, lo llamaron *Constitución del País de las Berenjenas*.



## EL EXTRAÑO VIAJE DEL PROFESOR MONTOYA

Francisco Félix Caballero Díaz

**A**ntonio Montoya sólo pensaba en volver a la playa con su familia, que a buen seguro se encontraría en aquellos instantes revolcándose en la arena y mojando el calor en el agua del mar. No entendía por qué le había tocado hacer ese viaje, justo en mitad de sus vacaciones; aquel regreso intermitente a Madrid, cruzar la mitad de la península para realizar un trámite absurdo, o al menos así lo consideraba él. Al profesor Montoya lo que más le gustaba de su profesión eran las excelsas vacaciones. “Excelsas vacaciones... –se decía–. Ya me gustaría a mí que alguno de los que tanto se queja de lo poco que yo trabajo trabajase la mitad que yo”.

Pero en el fondo, si lo que más le gustaba de su trabajo era el período vacacional, eso significaba que realmente ya no disfrutaba dando clase. No hacía tanto tiempo que había decidido dedicarse a la enseñanza por vocación, pero con el paso de los años la ilusión había ido desapareciendo y aquel mundo le gustaba cada vez menos. ¿Habría sido la rutina, la vuelta a empezar de cada curso, o el trato con los padres de los alumnos? Antonio obtuvo plaza en las oposiciones de acceso al cuerpo de profesores de enseñanza secundaria un par de años después de terminar su licenciatura. Profesor de Lengua y

Literatura desde entonces, su biografía se podía escribir en unas cuantas líneas. Se casó con la que había sido su novia de toda la vida y durante un par de años fueron el vivo retrato de una familia con perrito, que diría Sabina. Después nacieron sus dos hijos: el mayor contaba ahora siete años y la pequeña tres. Los cuatro llevaban una vida normal, con un sueldo normal, y hacían las cosas que hacía la gente normal, como irse en verano de vacaciones a la playa y colgar las fotos en Facebook.

Antonio Montoya quería volver a esa playa que simbolizaba la rutina de unas vacaciones como tantas otras, de una vida normal en una familia como tantas otras. De una vida simple que guardaba las apariencias, de tardes de sábado en el centro comercial y tardes de domingo frente al televisor. A fin de cuentas, él no se había puesto a tiro, o eso pensaba, de aquella mujer de su misma ciudad a la que había conocido en una red social para gente poco sociable, y con la que había quedado en el Madrid desierto de los meses de verano aprovechando una gestión absurda y una noche en la que estaba solo en casa sin nada mejor que hacer. Él sólo quería una historia interesante que contar a los amigos, junto a la cerveza de después del partido que jugaba los sábados por la mañana. Estaba cansado de ser el tipo prudente del grupo, aquel que parecía ser reservado pero que realmente no tenía nada que decir, y de intentar responder a la pregunta de qué habría sido de su vida si no se hubiera casado con Lucía; si habría sido capaz de conocer a alguien que la sustituyera. Ahora ya sabía la respuesta, pero no se sentía mejor. Él pensaba que era un tipo inteligente y ahora

se da cuenta de que probablemente sea sólo un imbécil, como también lo son sus amigos.

Es un martes de finales de julio y un sol justiciero quema el asfalto a este lado de la campiña cordobesa. Antonio hace un alto en el camino en un restaurante a la orilla de la carretera. Son casi las tres y, si no hay imprevistos, no le quedarán más de dos horas de conducción. Telefonea a su mujer para darle cuenta de que el viaje transcurre sin imprevistos, que llegará en breve, que sí, que ha cerrado la puerta con llave al salir y ha cortado el agua, y ha apagado las luces, que cómo están los niños, que la quiere mucho... Podría haberle mandado un mensaje por medio del *Whatsapp* pero prefiere escuchar su voz, sentir que puede mentirle aún sin mirarla a los ojos. Horas más tarde, le tocará superar esa prueba, que presupone dura. Cuando termina la llamada, pide algo de comer.

Antonio cuenta los minutos para llegar. Si lo hace antes de las seis, todavía podrá absorber los últimos rayos de sol y darse un baño cuando este comience a apagarse. No quiere pensar en otra cosa, no va a pensar en otra cosa. Demanda al camarero el menú del día: un salmorejo de primero y lomo de cerdo con patatas fritas como plato principal. En la televisión, un hombre y una mujer repasan la actualidad que, a falta de noticias escabrosas o movimientos políticos, viene marcada por la alerta naranja que asola a las provincias andaluzas. Una vez saciado su apetito, el profesor Montoya pide un café con leche como único postre, abona su cuenta y prosigue su viaje.

El volante quema bajo las manos de Antonio y los recuerdos se amontonan en cada poste kilométrico.

Echa de menos la compañía de su mujer, de sus hijos; la conversación, sus riñas, sus quejas, sus charlas a veces insustanciales. No está acostumbrado a viajar solo, no está acostumbrado a vivir solo. No está acostumbrado a recorrer en silencio aquellas carreteras. Es uno de tantos treintañeros que sigue siendo un niño. En otro tiempo y otra vida, habría sido un perfecto inútil.

Recuerda también entonces el último viaje a casa de sus abuelos, con sus padres y su hermano. En la misma carretera por la que ahora transita. Era el día de Nochebuena y había nevado en casi toda la provincia. Los tejados de las casas de los pueblos tenían el mismo color, aquel blanco uniforme. La gente reía en la calle y organizaba los preparativos de una cena en familia. El viajero percibía la alegría en sus rostros. Las obras de la autovía aún no habían comenzado.

Antonio suspira por ese tiempo pasado y siente vergüenza de su propia nostalgia, pero sabe que no se puede engañar a sí mismo (¿o tal vez sí?) y decirse que no echa de menos aquellos largos viajes sin otra preocupación que el punto donde hacer parada, cruzando el umbral entre Ciudad Real y Córdoba para entrar en Andalucía. Aquella ruta que era y continúa siendo más entretenida y heterogénea que la de las luces de neón y áreas de servicio de Despeñaperros.

—El camino más corto siempre es la línea recta —argumentaba con un deje docente cuando otros le aconsejaban una vía alternativa.

La nueva autovía había desprovisto al viajero del engorroso trámite de tener que adentrarse en algunos



pueblos y ver los quehaceres de sus habitantes, tan alejados de las modas de la ciudad. Las ventajas de esta modernidad se medían en el tiempo a descontar del viaje. A lo mejor un par de minutos por pueblo esquivado, a costa de alguna que otra expropiación de tierras. Todo para convertir cada curva en recta, y así, de segmento en segmento, igualar la distancia por carretera con la distancia natural. No se habían limitado a los pueblos pequeños y a las aldeas. La solución había afectado también a municipios de considerable envergadura y cabezas de partido judicial. Todo en nombre del progreso, aunque este afectase solamente a unos pocos elegidos. A cambio, muchos de esos pueblos no eran ahora más que imágenes borrosas de lo que una vez fueron.

Veinte años y siete meses después, en el exterior, la temperatura no es inferior a los cuarenta grados, pasando apenas unos minutos de las cuatro de la tarde. La carretera, ahora autovía, con sus pequeños arbustos separando los dos sentidos, presenta un tráfico fluido. Cada diez minutos, un par de coches cruzan sus destinos. En la radio suena una canción que habla de un tren con destino al purgatorio, donde Dios y el diablo se juegan a las cartas el futuro de una tal Laura. Nada más altera la monotonía de rectas inabarcables y de olivares que se alejan a la orilla de la calzada.

En uno de esos instantes de ensoñación, que ni siquiera el café es capaz de mitigar, el profesor Montoya decide que no tiene nada de particular retrasar la llegada unos veinte minutos sobre la hora que le ha dicho inicialmente a Lucía, y toma uno de los desvíos que aparecen

marcados como salidas en los rótulos de la autovía. El último desvío que le permite volver al pasado tantos años después. Reconoce al instante el primer pueblo.

Todo es tal y como lo recordó alguna vez, hace ya años, o como cree recordar en este preciso instante, en este presente que se ha llenado de preguntas sin respuesta en cuestión de horas. La gasolinera, bien visible, a la entrada, la iglesia elevándose entre las casas totalmente blancas, la parada del autobús interurbano con los cristales de la marquesina empañados por el olvido. Ni siquiera las piedras, arrojadas por algún vándalo o por algún inadaptado social, si es que ambas cosas no son compatibles, han hecho acto de presencia en esos cristales en los últimos años. Sólo algo parece distinto: la incómoda quietud que permite escuchar el suave choque del viento contra los tejados. Se asemeja a un pueblo fantasma del no tan lejano oeste, aunque ya pasado de moda, siempre bajo la incertidumbre de que en algún momento aparezca un forajido desenfundando su revólver. Antonio lo achaca a la hora y a la temperatura. Piensa en tomar algo en alguno de los bares del lugar, pero desiste de ello para hacerlo en el siguiente pueblo que tiene que atravesar antes de incorporarse de nuevo a la autovía, acordándose de una especie de hostel-restaurante donde solía hacer un descanso en aquellos viajes familiares.

Y entonces se ve a sí mismo veinte años antes y recuerda a su padre preguntándose en voz alta cómo es posible que una carretera tan estrecha y con tantas curvas ostente el grado de nacional. Dejando a un lado un inmenso pinar y colgada de una roca, la misma carretera

que, siempre bien asfaltada, recorre durante un tendido descenso los escasos cinco kilómetros hasta el puente de piedra sobre el río Genil y después se yergue, no sin dificultad, un par de kilómetros hasta el último pueblo de la provincia, permaneciendo siempre a los pies de la Subbética. Durante el trayecto, la fisionomía del paisaje apenas cambia, y el verdor de los alrededores enjuga la sensación térmica. Por momentos, Antonio no puede evitar cierto sentimiento de soledad; no hay más coche que el suyo en esta carretera. Para contrarrestar los incómodos silencios y evitarse tener que hablar en voz alta consigo mismo, sube el volumen de la radio.

En la última curva, tras un rápido descenso, aparece majestuosa y gris la vieja cantera, que se queda a la derecha del camino. El olor del aceite procedente de la cooperativa le avisa de la llegada al pueblo, justo antes de divisar el cartel de bienvenida y enfilarse la larga recta que sirve de soporte a la calle principal, alrededor de la cual se reparten ahora los escasos establecimientos, y donde también se encuentra el bar en el que Antonio había merendado tantas veces cuando era pequeño.

Obligado más por una necesidad emocional que física, Antonio hace parada en aquel bar, que ya de restaurante sólo tiene un comedor vacío. La parte del edificio correspondiente al hostel parece no albergar ya a nadie, más allá de algún senderista que decida establecer allí su campo de operaciones o del caso improbable de algún viajero extraviado en la era de las telecomunicaciones.

La estancia del bar es la misma que él cree recordar, nada especial que establezca diferencias con cualquiera

de los bares que alguna vez estuvieron en la orilla de una carretera. La barra al frente, mirando al forastero atravesar la puerta, y unas cuantas mesas y sillas vacías dispuestas a izquierda y a derecha. Hay también un reloj que no se ve pero se siente, cuyas agujas de hierro no se oxidan nunca y se clavan en la piel, dejando las marcas de la vida en cada 'tic', recordando que no hay vuelta atrás en cada 'tac'.

El anciano camarero, que seguramente es el mismo de hace veinte años, y que también se podrá apostar sin riesgo a que es el dueño y la única razón por la que el local no tiene aún el cartel de "Se vende" en la ventana, se gira y mira a los ojos del viajero, le da las buenas tardes y le pregunta con la mirada qué va a tomar, en el mismo ritual que aún en estos tiempos repite varias veces al día, como si fuera la máquina de autoventa que tiene en el exterior junto a la puerta. Pero a diferencia de la máquina, él muestra interés, incluso asombro, ante la respuesta de su interlocutor, su único cliente a esta hora de la tarde.

Antonio pide otro café por inercia, sin saber siquiera si se lo terminará bebiendo. Vacía el sobre de azúcar y remueve el contenido de la taza con desgana, antes de soltar la cucharilla y dirigirse con una media sonrisa al camarero.

—Demasiada tranquilidad en estos días, ¿no?

—Lo normal, no es ya cuestión de fechas. En los pueblos es el pan de cada día. De vez en cuando muere alguien, pero hay pocas novedades más —le responde la voz al otro lado de la barra—. ¿Ha venido usted antes por aquí?

Antonio vacila unos instantes antes de responder, como cada vez que le tratan de usted y le cambian el paso. Como cada vez que deja de ser Antonio para convertirse en el profesor Montoya.

—Hace ya demasiados años. Recordaba estas tierras de otra manera... El paisaje no ha cambiado, pero la vida en los pueblos parece... ¿cómo le diría?, más apagada. Demasiado apagada. Digamos que ya no hay vida, para entendernos mejor.

—A los recuerdos hay que dejarlos envejecer. No hay que intentar revivirlos de nuevo.

—Sí, supongo que los tiempos cambian y hay que adaptarse a ellos —replica Antonio antes de dar un sorbo largo que apura el café.

Antonio paga la cuenta y se despide. Antes de cruzar aquella puerta, muy probablemente por última vez, el anciano le inquiere con gesto serio:

—Los jóvenes de hoy no saben a veces bien lo que quieren, pero usted sabe mejor que nadie lo que tiene que hacer.

—¿A qué se refiere?

—A lo que usted sabe, a lo que dice a gritos su expresión. He visto esa cara un montón de veces. Buen viaje.

El profesor Montoya abre la puerta y ya no vuelve la vista atrás. Entra en el coche y arranca, cruzando la calle principal, quizás a más velocidad de la permitida en una zona residencial. Llega a una rotonda, uno de esos símbolos del progreso que no entiende de tamaños de población ni de brechas digitales, y frena bruscamente. De repente no sabe qué dirección tomar, pues no había estado atento a las indicaciones. Mira las distintas

flechas, completa la circunferencia y vuelve al mismo punto de partida, a enfrentarse con la misma decisión. ¿Y si no se trata simplemente de escoger la dirección correcta que aparece en las indicaciones para ir a la costa? ¿Y si el subconsciente le está aconsejando perder el sentido, para cambiarlo y regresar a Madrid?

Sin saber qué hacer, como si fuera el desenlace de una película cuyo director no sabe muy bien cómo terminar, el profesor Montoya se encuentra dando vueltas a una rotonda. En un pueblo ya perdido de Andalucía, a los pies de la Subbética, adonde vino en busca de su pasado y donde quizás termine por perder su futuro.

## MANTENER EL RUMBO

Sara Caballero Paniagua

**A**gazapado tras la retama, Diego sujetaba un pesado hatillo en su regazo. Se abrió, y un *bolo* escurridizo rodó entre las rocas. «Shhhh», pensó. Había guardias civiles de caza. Buscaban estraperlistas. Quieto como un tronco, se cercioró de que no le hubiesen sentido, mientras por el rabillo del ojo la luna grande le enfocaba el envoltorio de la carga donde se daba cuenta de un certamen musical que tendría lugar el año venidero, el cincuenta y tres, en Asturias. Se buscaba a los Reyes del *Yas*.

Al año siguiente, Diego se despedía de su madre viuda y su hermana, y partía en moto al amanecer de un primerizo sol primaveral desde su pueblo natal, el Valle de la Serena. En las alforjas, la guitarra y algo de ropa por todo equipaje. Todo, incluida la moto, su última adquisición. La había comprado a plazos con sus ahorros, un pequeño caudal reunido con la venta de wolframio en el mercado negro. Debía llegar aquella noche a Gijón, pues le esperaban sus compañeros que le habían tomado la delantera.

Atrás quedaban los paisanos cuyas vidas transcurrían de sol a sol, sin sobresaltos, gracias a Dios y a los días festivos en que la música ayudaba a creer de veras que nada pasaba. Cosme, Elías y Diego, junto al Belga, eran

parte de esa alegría de los vecinos que bailaban al son de su música en las verbenas. Eran todos de la zona, excepto Ludovic, estudiante de violín que había llegado a fines de los cuarenta al Valle con su familia como parte de una avanzadilla de ingenieros germano-belgas que habían reabierto las centenarias minas de San Nicolás ante la demanda de mineral de la guerra coreana, aquella guerra lejana. Allí se conocieron, de casualidad, al calor de las noches mineras de juerga y olvido de silicosis en que se bebía y danzaba con desenfreno, despertando de una larga posguerra y viviendo una fiesta que nadie sabría decir cuándo había empezado, ni cuándo era de acabar.

Diego condujo ante el sinuoso horizonte pacense como por su casa: familiares acebuches, encinares, alcornocales, esparragueras y amenazantes cardos cuyos pinchos hubiese sido capaz de evitar con los ojos vendados. Cerdos y ovejas de conocidos dueños salpicaban las fincas del paisaje. Y entre aromas de lavanda y tomillo, los letreros daban señas de poblaciones que sabía enumerar de tirón: Quintana, Don Benito, etc. A partir de Cáceres empezó a acabársele el mapa, toponimias desconocidas, paisajes diversos y, allá donde descansaba, le atendían costumbres extrañas. Que la gran España era toda una y limitaba al norte por el Cantábrico aprendió en la escuela, pero la frontera de su mundo con dos zancadas se alcanzaba y, al intuir que aquel podría ser un viaje sin vuelta, pensó que siempre sería un forastero en una tierra inmensa y variada con sus compañeros y su guitarra como único consuelo.

Cosme, el baterista, su padre tocaba en una banda municipal; Elías, el contrabajista, asistente de organista;



Diego, aprendiz de zapatero, lo suyo fue inesperado. Lo más cerca que había estado de la música era a través del cinematógrafo. Pero desde la noche en que vio a Ludovic rasgar las cuerdas de su violín provocando temblores de piernas, lo mismo que si los presentes fueran sus marionetas, se hicieron inseparables. Desde aquel día todos esperaron con ansias las temporadas que el Belga pasaba en el Valle, pues como socio de un Club de Jazz, siempre venía cargado de discos y revistas musicales en francés que él les traducía. A él le debía Diego el arte de la guitarra y la idea de que la vida intensa ocurría al caer el sol sobre las frenéticas calles de las ciudades por las que recaían músicos como Django Reinhardt, con sus alegres melodías de guitarra ante danzarinas mujeres tan libres como las de las películas.

Las gigantes puertas de la Sierra de Gredos le dieron entrada a una travesía castellana de espigas interminables. Recién pasadas esas cansadas llanuras, ya entre páramos, casi en León, un área de servicio se anunciaba, *La Casa de la Viuda*. Allí se dirigió. Era un anodino edificio amarillo de dos plantas, de ventanales reverberantes y banco desteñido a la puerta, flanqueado por aparcamiento y surtidores de gasolina en sendos laterales. Salió de la calzada, aparcó, bajó y fue hacia el bar. Al entrar vio a una joven menuda de pañuelo en la cabeza arrodillada fregando el suelo, una señora de moño y varonil crespón negro en el brazo secando vasos tras la barra y, a sus espaldas, una enorme foto en la pared en la que estaba retratada ella misma con mantilla y peineta dando la mano al Caudillo. Caminó hasta la encimera.

Dejando a ambos lados mesas y sillas vacías, tomó asiento en un taburete, saludó y preguntó a la señora si daban comidas.

—Sí, pero póngase ahí —le ordenó la mujer poniéndose a su vera—. No me pise el *fregao*.

Sin el escudo de la repisa, vio que la mujer, de buen porte, se mostraba sofocada, con el cuello redondo del ceñido jersey dado de sí por el gesto de meterse el dedo para soplarle el escote bajo el delantal. Diego se sentó donde le indicó, al lado del ventanal, y dejó casco, gafas y chupa sobre el asiento contiguo. Sin mediar palabra, la señora, con brusquedad se los recolocó sobre un aparador. Cuando regresó a su vera, le espetó:

—Aquí somos gente decente. De sobra está recordarle que estamos en Cuaresma. Tenemos de todo para ofrecerle y a buen precio, se lo digo yo, eso sí, si le place comer carne —se acercó para susurrarle al oído—. La carne en otro lado se come y hay que pagarla, claro.

—Con un potaje de vigilia me bastará —respondió incómodo por su cercanía.

—Buena opción —le respondió—. Se la convidaré, el vino irá por cuenta de la casa. Y si se queda a dormir, cama y desayuno también a precio inmejorable.

Observó por el rabillo del ojo a la mujer meterse en la cocina, desde allí no perdía ripo de la barra. Al poco se oyeron coches detenerse. Eran dos taxis y de ellos bajaron unos ocho hombres y mujeres endomingados. Entraron bulliciosos en el bar deseándole buen provecho. La camarera, asomando la cabeza por la ventanilla de la cocina, gritó:

—¡¡Berta, acaba ya, maldita sea, que han llegado los de la radio!!

La joven se alzó. Al rato volvió arrastrando un armario con ruedas. Lo abrió de par en par, mostrando grandiosa y reluciente una radio. Diego, curioso, le preguntó sobre aquella peculiar comitiva.

—Vienen de las aldeas. La Matilde les hace precio. Piscolabis y radio para oír las canciones dedicadas, el fútbol, esas cosas. Es el único local de toda la región que sintoniza a la perfección —respondió con ganas de charlar.

—¿Matilde es la señora de la cocina?

—Sí, Doña Matilde Jazmín Oloroso enviudó nada más casarse, la pobre, y ella solita sacó adelante el negocio del difunto marido. Es la única gasolinera en muchos kilómetros y todo el mundo la conoce porque la patrona hace precio y muchas obras de caridad —dijo de carrerilla como quien hace propaganda.

—Vaya, ¿y aquí se trabaja bien?

—A las mil maravillas, oiga —respondió de forma automática—. Pero, mire, que yo no solo hago esto, ¿sabe? —añadió en tono más bajo—.

—¿Y qué más sabes hacer, muchacha? —respondió interesado.

—Escribir y leer —le dijo—. Por aquí hay mucha gente analfabeta y tienen a sus familiares desperdigados por el mundo. Les leo las cartas que reciben y escribo las que me dictan.

De buena gana hubiese seguido Diego charlando con aquella criatura pizpireta que tan poco apreciaba su patrona, pero esta reclamó a Berta y quedó haciéndose

mala sangre al corroborar que el servilismo no tenía fronteras, recorría el país entero por igual. Le daba coraje, pero le quedaba aún mucho camino. Comería rápido, repostaría y marcharía.

Pero cuando Diego quiso partir, no pudo: tenía una rueda pinchada. Maldijo su suerte, pues carecía de repuesto y de seguro también. Rechazó la sugerencia del mozo de la gasolinera y los parroquianos de acercarse en taxi hasta León o Benavente donde tomar un autobús, no quería abandonar su moto. Solo le quedaba telefonar y esperar a que Ludovic viniera con un neumático de repuesto. Así lo hizo. Y entre el banco y el bar, las horas de espera se le hicieron largas, ir y venir de clientes y parroquianos, las cuerdas de la guitarra vibrando ahogadas, y solo cuando la quietud volvió a reinar, a hurtadillas, se asomó Berta por la ventana que daba al banco. —¿Es usted músico de los de verdad? —le preguntó curiosa.

—Sí, no conozco a ninguno que lo sea de mentira —dijo bromeando.

—Me llamo Berta, ¿y usted? ¿Y qué música toca? —le preguntó entusiasmada.

—Me llamo Diego, voy a Gijón a un certamen musical, toco en un grupo y hacemos todo lo que la gente quiera, aunque nosotros de veras queremos ser un cuarteto de *Yas*, tocar como Django, ¿lo conoces? —A la negativa de la muchacha Diego interpretó el *You rascal you*. Cuando acabó, le dijo—. ¡Pero aún no tenemos ni nombre!

—Es una música muy alegre, pero oiga, ¿Y no le da miedo andar de aquí para allá? Yo tengo una tía exiliada

en París, ¿sabe? Ella quiere que vaya para allá, que allí hay futuro, pero Doña Matilde... Cada vez que llega carta con matasellos francés... Ese día hasta dos veces me hace fregar el suelo, y como ella me sacó del hospicio de chica, ¿sabe?

—Claro, mujer, pero mira, una noche soñé que actuaba en la cantina de las minas de mi pueblo, en Badajoz, donde siempre hay mucha fiesta. Pero resulta que no había nadie, estaba tocando al vacío. Salí a la calle y vi el poblado abandonado, las bocas mineras tapiadas, unos yacían muertos de silicosis y otros se habían marchado. Desperté y mi sueño, de puro real, me dio más miedo que la idea de vivir de acá para allá.

Berta, acodada en la ventana, escuchaba con atención. Cuando Diego acabó, siguió callada, pensativa, suspirosa. Pero al final habló. Le sugirió que revisara la moto y, como una gata escurridiza, se marchó. Diego, alertado, le hizo caso, indagó y descubrió la goma rajada de tal forma que solo adrede podría haber sido hecho. Volvió a su banco y a su guitarra, pero solo le salían notas de inquietud. Faltar al concurso le acongojaba, pero que la causa no fuera accidental, le cabreaba. Entraría y se enfrentaría a Matilde con pruebas contra ella o sin ellas. Reculaba, no sabía con quién se las jugaba y se había jurado dejar su vida pendenciera. Apoyó la guitarra en el banco, se levantó y se puso a caminar por caminar. Rodeó la gasolinera y el restaurante ante la atónita mirada del mozo. Simuló que se fijaba en la fachada trasera del bar en la que había dos ventanas arriba y dos abajo, todas cerradas y con las persianas bajadas. Las

pasó de largo y volvió a sentarse pensativo en el banco con la guitarra a su lado clamando por una tonada reveladora. Accedería, sí, se encararía. Pero si se complicaba la cosa, ¿cómo salir de allí si Ludovic aún no había llegado? Se sentía como un perro encadenado dando vueltas sobre sí mismo. Sabía de la calaña de mujeres como Matilde, capaces de retener a la clientela de aquella sucia manera tan solo por unas perras más y siempre intocables porque han sufrido más que nadie, consentidas por el poder. Abriría la puerta del bar, correría hasta la barra y agarraría a la patrona por el moño y... «¿Y qué más?», le decía su voz interior, «¿tras qué retama, qué roca, qué olivo, qué matorral te ibas a esconder si estás en tierra extraña?». Volvió a levantarse y retomar aquel absurdo caminar, pero esta vez se detuvo ante la fachada trasera hociendo curioso entre las comisuras de las persianas inferiores. Miró. Dos segundos nada más y se agachó. Le había visto y sintió asombro, no por su atractiva desnudez, sino por haberla sorprendido en pecaminosa postura en la soledad de su cuarto, algo insólito en tamaña mujer. Pero Matilde también había alzado la vista. Si dos segundos había tenido él, los mismos había tenido la mujer que le vio mirándole, y el pudor y el pánico de ella se adueñaron.

Matilde, presa de vergüenza, no salió de su cuarto en lo que quedaba de tarde y Diego la pasó en el banco cavilando. No podía acusarle por lo del neumático. Pero tenía una imagen de la patrona que nada tenía que ver con la que se prodigaba. No podría acusar, pero sí vengarse. Tenía en sus manos la reputación de aquella

mujer, ese tesoro grande de cuna incierta y cuya pérdida siempre atormenta. Se vengaría. Pero temía poner en riesgo su aventura musical y ya no quería ser aquel tipo siempre corriendo cargado de *bolos* escondiéndose de la guardia civil; Django se desvanecía ante él solo de pensarlo, tenía que mantener su rumbo. En la fugacidad de una mirada se había hecho dueño del devenir de una dama tirana. Recordó las mujeres con las que había estado y, felices o no, a ninguna recordó atrapada en su propia frustración. Matilde sí lo estaba. Se debatía entre el rencor y la compasión hacia aquella maldita señora, cuando Berta volvió a asomarse.

—Vengo a darte un recado de parte de Matilde —le dijo intranquila.

—¿Qué quiere esa bruja? —respondió airado.

—Eso mismo se pregunta ella de ti. Ella desea silencio —repetió sin terminar de entender de qué le hacían hablar—. ¿Qué ha pasado? Está pálida, fuera de sí, ¿es por lo del pinchazo? —preguntó sin terminar de comprender una reacción tan desmedida en Matilde—. Yo solo pensaba que escarmentaría al verse sorprendida cizañando.

—Nada, Berta, nada. Me diste la opción de defenderme —zanjó sin querer profundizar más—. Dile a Matilde que nada quiero a costa de la reputación ajena —calló, volvió a dudar y prosiguió—. Mejor dile que te pregunte a ti qué es lo que tú quieres.

—¿Por qué voy a hacer yo eso? —dijo en tono ofensivo.

—Dime, Berta —dijo, poniéndose serio—. ¿Soy el único viajero al que Matilde ha hecho esto?

—No.

—¿Y por qué a mí me lo confiesas?

—... —. Berta le miró y calló. Hubiese querido responder, pero no supo y se marchó.

Sin entender, con temor a que su chivatazo se volviera en su contra, acudió donde la recluida Matilde y le dio el mandado de Diego. Matilde, más pelele que nunca, y atisbando la cómplice camaradería de los dos jóvenes fraguada a sus espaldas, rabiosa, le preguntó: «¿Qué es lo que deseas en este instante de tu vida?».

Berta tardó en responder, pero ante la insistente mirada de Matilde, finalmente habló:

—Le agradezco todo lo que usted hizo por mí, no se ofenda —dijo temerosa—, pero ya sabe que mi tía, la de París... —no pudo seguir porque Matilde le interrumpió con sequedad.

—Si ese es tu deseo, puedes irte de aquí cuando quieras —sentenció.

Cuando Berta volvió a asomarse a la ventana, Cosme, Elías y Ludovic ya habían llegado en la camioneta y, a falta de rueda de recambio, cargaban la moto en ella. Ahora que Matilde y ella se habían mirado de frente ya solo le faltaba el valor para marcharse, angustiada, cargando una culpa incierta. Había cruzado una línea que aún no le llevaba a ninguna parte, pero le expulsaba de aquel páramo en que había crecido. Al acabar de cargar la moto, Diego entró en el bar y acercándose a Berta, le preguntó:

—Nosotros nos vamos ya. Tenemos que llegar a Gijón, ya lo sabes, ¿te llevamos?

—No —respondió Berta con los ojos llorosos —marchad.



Diego no se atrevió a insistir pero, al desistir, le invadió la desagradable sensación de estar ante una renuncia inesperada, el precio de su rumbo, y sintió la misma soledad que cuando soñó que tocaba sin público. Se despidieron con dos sinceros besos, se desearon suerte y en una pesada camioneta Diego y sus colegas partieron al atardecer.

Aquel año no fueron coronados como los Reyes del *Yas*, pero tampoco volvieron al pueblo inmediatamente, pues su sonido primitivo y divertido entusiasmó a unos melómanos de bien que les llevaron a San Sebastián con un contrato para amenizar las noches ricas del Salón de Té de un gran hotel, bajo el nombre de *Los chicos del Mineral*. Diego, en cuanto tuvo ocasión, regresó al Valle, vio a su gente, las casas y las calles igual que las dejó. Nada parecía haber mudado. Un día caminó hasta el poblado minero: lo halló deshabitado, las bocas de las minas silenciadas. Le golpeó la ausencia del fulgor de años atrás, junto a la satisfacción de recordar cómo brillaba. Y volvió a partir a tocar en festivales. Y así sería año tras año: regresos fugaces, cada vez el pueblo más chico, mil despedidas, cada vez más cargadas de intensos recuerdos. La memoria los ponía en el pentagrama convirtiéndolos en canciones que hacían al hombre más ligero de equipaje y al músico rebotante de melodías.

Siempre nómadas, cada vez que pasaban por el páramo entre León y Benavente, Diego miraba *La Casa de la Viuda* donde, aquel día primaveral del cincuenta y tres, decidió tragar su ira y mantener el rumbo. Ante el bar abandonado, se preguntaba por los destinos de Berta

y Matilde. Y a modo de respuesta compuso una letra para una melodía del Belga que versaba sobre una dama que, con el ronroneo de fondo de una gata, durante el día se peinaba la larga melena, se la recogía en un moño tocado con hermosa peineta y por las noches se lo soltaba y, desnuda sobre su cama, dormía con la peineta ensortijada entre sus piernas. Sobre el origen de aquella extraña canción sus compañeros siempre le atosigaron. Cosme decía que de algún burdel la habría sacado, Elías sostenía que de un amor despechado vendría y Ludovic señalaba que, las pocas veces que le había visto interpretar aquel cantar jamás autorizado, su rostro mudaba, como si solo así lograra rozar una feliz oportunidad que un día tuvo que dejar marchar.

Siete años después, antes de que la algarabía se adueñara de las calles felices de Barcelona, una mujer detenía su caminar ante una sala de fiestas. Noqueó la puerta, le recibió un fotógrafo que le guió entre bambalinas hasta el escenario donde cuatro músicos apuraban el último ensayo. Fue anunciada su llegada y el violinista alzó la mirada hacia ella, dio un ligero codazo al guitarrista y Berta volvió a entrar eterna en la vida de Diego que, nada más reaccionar, la reconoció en la reportera de un *magazine* francés a quien estaban esperando. Solo entonces también ella relacionó al grupo *Los chicos del Mineral* con Diego y sus colegas. Se acercaron y miraron: él, mirada ojerosa de quien acostumbra a trasnochar, vestido ya con el traje brillante de actuar, ella cómoda, una mano en el bolsillo del vestido, en la otra un cuaderno abrazado al pecho. Se saludaron, y como si

llevaran siete años esperándose, en una silenciosa complicidad, Berta siguió a Diego hasta su camerino donde le ofreció una confesión que provenía de aquel lejano cincuenta y tres en que nada parecía ocurrir. El año en que, por ver en Diego la valentía de la que ella carecía, sin pretenderlo, confió su destino a un desconocido y acabó viajando sola en tren hasta París, tras presenciar cómo Matilde se quitaba la vida una mañana que, desmelenada y desnuda, se plantó en mitad de la carretera de La Coruña muriendo atropellada. Nunca se entendió aquel final, y la prensa oficial prefirió hablar del trágico accidente de una mujer sonámbula a la que llenó de homenajes. Solo Diego escondía la clave para comprender aquella solución fatal y la desveló, sintiendo la misma excitación que no experimentaba desde los años del estraperlo, jugándose de nuevo al interpretar ante el público por primera vez aquella canción prohibida, perseguida y censurada, para alivio de Berta que así comprendería que si algo mató a Matilde, no fue ella, ni él, ni un absurdo pinchazo, sino la parca vestida de mala reputación que de noche y de día le atormentaba.

Fue un emotivo reencuentro, pero a cada uno su rumbo le esperaba: a Berta, el periodismo entre hombres, a Diego, la vida nómada de Django. Al despedirse, prometieron verse cuando aquella misteriosa canción sonara por todo el país ya liberada. Entonces, quizás ya nunca se separarían.



## ALAS DE CERA

Teresa Cameselle Rodríguez

Tenía las manos vendadas y la mirada perdida.

En el pasillo del hospital me recibió un policía. Me dijo que la había encontrado el jardinero que podaba los setos del laberinto. Asustado al ver sus dedos, destrozados de cavar en la tierra endurecida por la helada nocturna, llamó inmediatamente a los servicios de emergencia. Ella no le dijo ni una palabra, ni le miró siquiera. Siguió hincando sus uñas ensangrentadas entre los terrones. El jardinero, dolorido por aquella visión, la sujetó por las muñecas y permaneció así, de rodillas ante ella, que se dejaba hacer, perdida en solo Dios sabe qué horrible pesadilla, hasta que llegaron los sanitarios para llevársela.

—Eva... —susurré su nombre temiendo sobresaltarla. No hubo ninguna reacción.

En su bolso estaba la cartera con dinero y todas las tarjetas, y no había señales de agresión; por lo menos, un motivo para dar gracias tras las horas de angustia sufridas por su desaparición.

El policía me preguntó si teníamos problemas. «Quién no los tiene», rezongué. Y sí, habíamos discutido la noche anterior. Ella llevaba tiempo distante, como viviendo en otro mundo. Se podía pasar una hora asomada a la ventana observando el laberinto, muda y

absorta. Soy celoso, sí, todos lo somos cuando estamos enamorados, ¿no? Y sí, de nuevo pensé que había algo que la alejaba de mí. Algo no. Alguien, por supuesto.

—Cariño, ¿qué te ha pasado? —Le acaricié el rostro, separándole un mechón suelto de la mejilla, tratando de hacerme visible para ella—. Si es por lo de anoche, no lo decía en serio. No me voy a ir. Te quiero, Eva, nunca te dejaría.

En realidad, a ella nunca le había gustado el laberinto, incluso le daba miedo. Sin embargo, curiosamente, allí dentro era donde nos habíamos conocido.

Era una noche de verano, durante las fiestas patronales. Mis compañeros de Facultad y yo nos divertíamos, medio borrachos, corriendo por entre los altos setos, apostando a ver quién lograba salir primero de aquel *divertimento* para incautos. Llegué solo al centro y allí, sentados con la espalda contra la fuente de piedra, estaban Eva, la chica nueva del pueblo, llegada dos meses atrás para trabajar en la guardería municipal, y el hijo mayor de los Castro de Cal, el dueño del laberinto que en realidad formaba parte de los inmensos jardines de su casa. Él parecía mucho más borracho que yo y murmuraba incoherencias; ella me miró con un gesto entre avergonzado y suplicante. La ayudé a levantarlo y lo acompañamos a su casa. Eva nunca me habló de aquel episodio, pero desde entonces, siempre que pasamos por delante del laberinto, lo mira con cierto recelo supersticioso.

—¿Qué hacías allí dentro? —le pregunté acuclillado ante ella—. ¿Dónde estuviste durante tantas horas? Estaba tan preocupado...

Pero que no habláramos de aquello no significaba que yo lo hubiera olvidado. En realidad era algo que no se me iba de la memoria. Sentía unos celos absurdos e injustificados contra el tipo rico que se había ligado el primero a la recién llegada al pueblo. Yo había sido el segundo, y con más suerte, pero nunca podría saber si mi éxito residía en que él se había ido del pueblo a los pocos días para nunca regresar.

Los últimos Castro de Cal que habían vivido en la gran casa del laberinto tuvieron dos hijos con diez años de diferencia. El pequeño tenía mi edad e íbamos juntos al colegio, segundo de primaria, cuando desapareció sin dejar rastro. Un golpe terrible para una familia, peor incluso que una muerte. Esperar día tras día a tener noticias y acostarse noche tras noche sin que lleguen. No me imagino nada peor para unos padres. El hermano mayor era otra historia. Parecía que no le afectaba en absoluto la desaparición de su hermano. Siempre me pareció que tenía un aspecto siniestro, sibilino. Pero supongo que eran mis propios miedos infantiles que se reflejaban en él.

El matrimonio Castro de Cal había muerto años atrás en un accidente. Su primogénito, tras aquella noche de fiesta y borrachera que yo nunca olvidaría, donó la casa al Ayuntamiento y se sumergió en una vida desordenada de la que a veces se tenía noticias por las revistas del corazón, dilapidando la fortuna familiar hasta aparecer un día muerto en la bañera de un elegante hotel de la Costa Azul. Era el fin de una estirpe, y con ellos se habían llevado todos sus secretos.

—Todo se arreglará, Eva, cariño.

¿Dónde demonios estaba el psiquiatra que me habían dicho que la visitaría? Necesitaba un guía, un experto que me explicase lo que debía hacer. No sabía si mis palabras, si mis muestras de cariño podían ser contra-productentes en aquella situación. Al menos ella no me rechazaba. En realidad, no parecía darse cuenta de que estuviera allí.

Eva nació y creció en la capital. Había sido una niña de barrio alto, criada entre cemento y tiendas caras, que creía que los árboles surgían de las aceras. Muchas veces me contó la sorpresa que para ella supuso a su llegada al pueblo encontrarse con la verdadera naturaleza. Ese verde que crecía por todas partes, sin manos que lo recortasen y le diesen formas geométricas. La variedad de plantas, los cantos de los pájaros, el chirrido de los grillos al anochecer.

Quizá por eso rechazaba el laberinto. Porque era algo racional, diseñado por el hombre, cuidado a diario por los jardineros que se esforzaban porque los setos se mantuviesen perfectos, convertidos en tupidas paredes de un verde intenso; con su entrada en arco, guardada por una bellísima Ariadna de mármol que en su mano sostenía el ovillo del hilo de oro que guiaría a Teseo en su interior.

«No te preocupes», le susurré la primera vez que paseamos ante el laberinto, cuando vi que daba un rodeo para no acercarse demasiado. No hay un Minotauro en su interior que devore la carne de tiernas doncellas. Ella no se había reído, así que imaginé que quizá no le gustaba tanto la mitología griega como a mí y, decidido a seducirla con mis conocimientos, muy ufano, pasé a



narrarle la historia de cómo Teseo venció al temible ser, mitad toro mitad hombre, y logró salir del laberinto gracias al hilo que Ariadna le había entregado. El habilidoso Dédalo había construido aquel edificio de pasadizos imposibles por encargo del rey que, en agradecimiento, lo encerró junto a su hijo Ícaro en una torre, de la que lograron escapar gracias a unas alas fabricadas con plumas de ave unidas con cera. Me pareció que la historia le había gustado, incluso me sonrió al final, claro que para entonces ya nos habíamos alejado de la gran casona y paseábamos por campo abierto, rodeados por trinos de pájaros y abejas que zumbaban recolectando el néctar de las flores.

Habían sido tiempos felices aquellos de nuestro noviazgo, como también lo fueron los primeros de nuestro matrimonio. Eva empezó a trabajar en la Casa de la Cultura del pueblo, programando actividades para niños, algo que le encantaba. Yo tenía mi puesto de profesor de Historia en el Instituto. Todo iba bien, supongo, hasta que ella comenzó a mostrarse más distraída, silenciosa, replegada en su mundo interior. Frustrado, discutía con ella, la provocaba para traerla de vuelta a mi lado, para tratar de arrancarle aquel secreto que nos distanciaba. Todo fue en vano.

Un timbre me sacó de mis cavilaciones. Sobre una mesita estaba su bolso y dentro el móvil sonaba casi con furia. Corrí a cogerlo y contesté sin comprobar antes quién llamaba.

—¿Eva?

—Ahora no se puede poner.

Mi cuñada. No se puede decir que sea una gran relación la que mantengo con mi familia política, esa gente de la capital con sus aires de grandeza.

—Dile que me llame.

—No sé si podrá. No se encuentra bien.

No quería darle más explicaciones. No antes de hablar con los médicos. Con el psiquiatra.

—Por supuesto que no se encuentra bien —exclamó la voz al otro lado del teléfono, insolente—. Pero el entierro es a las cinco y no puede faltar.

—¿Qué entierro?

—¿Es que no te ha dicho que papá ha muerto?

Ni siquiera sé lo que contesté ni cómo conseguí colgar el teléfono. Mi suegro había muerto el día anterior. Probablemente ella ya lo sabía cuando llegó a casa. Dios. Si tan solo se pudiera dar marcha atrás al tiempo. ¿Qué le había dicho cuando llegó? Algo sobre esa cara de muerta que luces últimamente. Sobre que estaba harto de sus silencios, de la forma en la que entraba y salía de la casa sin apenas saludar ni despedirse. Le había gritado barbaridades cuando en realidad quería echarme a llorar y rogarle que volviera a mí, que no me abandonase de aquella manera.

Al fin llegaron dos médicos, uno era el de urgencias que la había atendido al llegar, otro el psiquiatra. Me hicieron mil preguntas. De nuevo tuve que confesar la discusión de la noche anterior, los problemas de las últimas semanas, y añadir a ello lo que acababa de descubrir. El médico también tenía algo más que decirme. Así me enteré de que iba a ser padre. El embarazo era ya de algo más de dos meses. Luego me dejó con el psiquiatra.

A esas alturas casi no necesitaba un especialista para explicarme qué le pasaba a mi mujer. Era como si todo su mundo se hubiera vuelto del revés. Comprendí las explicaciones que me dio sobre la especial sensibilidad de una mujer embarazada. Su cuerpo, sus hormonas juegan contra su mente, y es una partida que difícilmente puede ganar esta. Yo no había sabido comprenderla y me había vuelto contra ella en el momento en que más me necesitaba. Y por último el golpe final con la noticia de la muerte de su padre.

Por qué había entrado en el laberinto, un lugar que le repelía, y por qué cavaba en el suelo con sus manos desnudas era algo que el psiquiatra no me podría responder más concretamente hasta no lograr hablar con ella. Me aconsejó que me la llevara a casa, sus heridas estaban curadas y allí no había nada más que pudieran hacer por ella. Debía vigilarla en todo momento y volver a su consulta cuando nos citasen. Estuvimos de acuerdo en que no debía ir al entierro.

—Vamos, cariño, nos vamos a casa —le dije tomándola por los codos para ponerla en pie. Sobre una silla estaba su abrigo y se lo puse con cuidado para no lastimar sus manos. Mientras le abrochaba los botones noté que me miraba.

—Estoy muy cansada —susurró con una voz vieja que nunca le había oído.

—Lo sé, lo sé, mi amor. En casa podrás descansar.

—Pero aún tengo que encontrarlo. Él me dijo que estaba allí.

—No sé de qué me hablas, Eva.

—En el laberinto. Está allí. Lleva mucho tiempo ahí dentro. Y no le gusta. A mí tampoco.

En el coche, camino de casa, me repitió estas palabras y otras similares. Estaba convencida de que había alguien dentro del laberinto y ella tenía que ayudarle a salir.

Logré convencerla de que se acostase en la cama y en pocos minutos se quedó dormida. Velé su sueño, durmiendo también a ratos en mi sillón, hasta que el sol se puso y solo la luz de las farolas iluminaron nuestro dormitorio. Entonces despertó.

—¿Te encuentras mejor?

—Me está llamando, ¿no lo oyes? Me llama todas las noches.

—Eva...

—Tengo que ayudarle a salir o nunca me dejará en paz.

—Escucha, cariño, aún estás muy cansada. Si te duelen las manos tengo un analgésico que me dio el médico...

Pero ella no me escuchaba. Con una energía inesperada se puso en pie y comenzó a rebuscar en un baúl donde guardaba sus útiles de manualidades para los talleres que organizaba. Imaginé que las heridas le tenían que doler horrores, pero ella revolvía entre sus cosas con afán, sin la menor queja. Al final, entre sus dedos vendados me mostró un ovillo de lana.

Solo tenía dos opciones: o llamar a una ambulancia y que se la llevasen con una camisa de fuerza o acompañarla al interior del laberinto. Decidí, por una vez, escucharla.

Atamos el extremo del ovillo a las manos de la bella Ariadna que guardaba la entrada del laberinto, y nos introdujimos en su interior, caminando torpes en la

oscuridad. De unas obras al lado de casa había tomado prestada una pala. Esta vez no habría dedos descarnados por cavar en la dura tierra.

Caminamos por lo que me pareció una eternidad, girando a derecha e izquierda, alternativamente, entre los altos setos, más de dos metros en vertical, que oscurecían por completo el camino. Hasta allí no llegaba la luz de las farolas. Por momentos me parecía que alguien nos guiaba. Una sombra entre las sombras. Un cuerpo alto, de delgadas piernas y tronco robusto. Empezaba a temer haber perdido yo también la cordura cuando alcanzamos el centro del laberinto.

La luz de la luna llena iluminaba aquel espacio más amplio, circular, en cuyo centro había una fuente de la que no manaba agua. Desde lo alto, Ícaro nos miraba confiado, luciendo sus alas de cera que le daban aspecto de ángel muy terrenal, dados sus notables atributos masculinos que ninguna prenda ocultaba.

—Él está aquí. Lleva aquí mucho tiempo. Por las noches llora.

Me señalaba un sitio, al pie de la fuente, donde la tierra estaba removida. Donde ella había estado cavando la noche anterior.

No sé a qué Dios, cristiano o mitológico, me encomendé antes de clavar la pala en la tierra. Solo podía rogar que encontrásemos algo, algo que diese sentido a toda aquella locura. De haber sabido lo que nos esperaba, probablemente nunca hubiese hecho aquella petición.

No tuve que cavar mucho, menos de un metro en realidad, hasta que la pala dejó al descubierto una tela

oscura, muy gruesa, una alfombra como comprobé después. Con más cuidado, seguí excavando alrededor hasta que todo lo largo de la tela estuvo al descubierto. Estaba enrollada, como si de dentro fuera a salir la reina de Saba para sorprender al sabio Salomón.

—No llores más —susurraba Eva a mi lado—. Ya todo ha pasado.

Desenvolví la tela despacio, rezando, ahora sí, por no encontrarme nada en su interior. Pero allí estaba, la alfombra había protegido sus huesos de las agresiones de animales subterráneos. Me fijé en sus manos pequeñas, cruzadas sobre el pecho. Llevaba un anillo que yo recordaba, a pesar los casi treinta años que habían transcurrido desde su desaparición. Quien lo enterró en el laberinto, quizá, había deseado muy en el fondo que alguien lo encontrase algún día y pudiese reconocerlo gracias a aquella joya familiar. Lo limpié con un dedo para comprobar lo que ya sabía. El anillo lucía el escudo familiar de los Castro de Cal.

Volví mi mente atrás sobre los recuerdos que había invocado aquella mañana en el hospital, tratando de buscarle explicación a la locura de mi esposa. La única vez que la vi dentro del laberinto, acompañada del mayor de los Castro de Cal, borracho, farfullando palabras ininteligibles. El hijo pequeño desaparecido tantos años atrás. La familia extinguida ya en una sucesión de desgracias propias de una condena divina.

—Él también lo oía, por eso se tuvo que ir y nunca volvió —perdida en aquel lejano recuerdo, Eva miraba a la estatua alada sobre la fuente.

Levanté la vista impresionado, para fijar yo también mis ojos en la mirada vacía de Ícaro que nos contemplaba desde su pedestal. Solo él era testigo de lo que allí había ocurrido. Pero nunca nos lo diría. A mi lado, Eva acunaba con ternura maternal la alfombra que envolvía al último descendiente de una familia maldita.

Me asomo a la ventana y observo la estatua de Ariadna, guardiana del laberinto verde, mausoleo del desaparecido hijo de los Castro de Cal. Pronto nos mudaremos, lo decidimos aquella noche tras desenterrar el cadáver y contestar las preguntas sin fin de la Policía. Un hogar nuevo nos espera al otro lado del pueblo, lejos de todos aquellos recuerdos, donde no nos persigan en sueños las sombras de personajes mitológicos.

El psicólogo del hospital fue una gran ayuda a la hora de tratar de aclarar lo inexplicable. Él se ocupó de contarle a la Policía sobre el embarazo de Eva y la muerte de su padre. Sobre cómo dos noticias tan trascendentales, unidas en el tiempo, habían alterado su equilibrio psicológico. Tras la aparición del cadáver, ella casi había vuelto a ser la misma de antes. Contó a la Policía que había soñado con una noche, muchos años atrás, en la que el hijo mayor de los dueños del laberinto le confesó que allí había alguien enterrado a los pies de la estatua de Ícaro. Entonces, dijo Eva, no le creyó, lo tomó por las fabulaciones de un borracho. Pero aquel sueño y una sensación extraña, inexplicable, la obligó a comprobar tanto tiempo después sus palabras. Por suerte no habló de voces y llantos que la llamaban.

En la autopsia se descubrió que el pequeño tenía un fuerte golpe en la cabeza, suficiente para haberlo matado.

Si fue intencional o un accidente, no se podía concluir. Tampoco por qué decidieron esconder el cadáver en el laberinto. Probablemente todas las respuestas estaban enterradas con su hermano mayor en algún lugar de la Costa Azul.

La puerta se abre a mi espalda. Me vuelvo para recibir a Eva con una sonrisa. Sus ojos vuelven a ser luminosos. Ha desaparecido la sombra que los enturbiaba. Me muestra el dibujo de uno de los niños de sus talleres. Es ella, apenas reconocible, con su larga melena, su vestido azul y un vientre redondeado, excesivo, que podría acoger trillizos. Me entrega el dibujo, que acompaña con un beso. La envuelvo por la cintura, aún delgada, aunque creo notar una leve protuberancia cuando la estrecho contra mi cuerpo. Pienso en nuestro hijo, que crece seguro y feliz en su interior, unido a Eva por un fino cordón que le da la vida. Un cordón. Un hilo. El hilo de Ariadna. Ojalá nunca volvamos a perdernos en su laberinto.



## EL OTRO

Amelia de Dios Romero

**E**ran las tres y media de la madrugada. Estaba rendido y tenía ganas de meterse en la cama. Mañana abandonaría aquella ciudad. Sabía que había llegado el momento aunque no quisiera. No tenía mucho que recoger, así que podría salir temprano. Todavía no había decidido exactamente dónde iría, pero tenía ganas de instalarse en un puerto de mar. Seguro que no le costaría encontrar trabajo...

Absorto en sus pensamientos optó por el mismo atajo que cogía a menudo. Debía llevar unos cien metros cuando el eco ligeramente desfasado de sus pasos le sacó de su ensimismamiento. Agudizó el oído e hizo una pausa casi imperceptible. No estaba solo.

Un miedo familiar que creía olvidado le erizó la nuca. A estas horas de la madrugada nadie en su sano juicio atravesaba aquel descampado junto a las vías del tren. Contuvo el deseo de mirar a todos lados para identificar el origen de aquellos otros pasos.

Trató de tranquilizarse diciéndose que no había por qué sacar las cosas de quicio. Seguro que se trataba de alguien paseando a su perro o haciendo *footing*. Mientras seguía caminando al mismo paso, agudizó el oído tratando de detectar sonidos que apoyasen sus hipótesis.

No se oía a ningún perro y el ritmo del otro caminante nocturno era casi idéntico al suyo.

—No cedas al miedo. —Cuatro palabras empezaron a repetirse en bucle en su cabeza.

La lógica le obligaba a seguir planteándose explicaciones plausibles. Debía tratarse de una coincidencia. Como él, alguien había decidido acortar distancias, optar por la línea recta en lugar de rodear aquel vasto terreno que la crisis económica había dejado baldío. Al fin y al cabo, él lo hacía cada vez que le tocaba cerrar *La Cueva*, el antro donde trabajaba.

La oscuridad de la noche empezó a hacérsele viscosa y opresiva. Tenía dificultades para respirar normalmente. Sintió que las palmas de las manos empezaban a sudarle. Para dominarse fijó la mirada en el halo de luz que, a pocos metros, le permitiría salir de la sombra.

Siguió caminando sin alterar el ritmo: no quería llamar la atención. No quería pasar por un loco asustadizo. Sabía demasiado bien lo que le ocurría a los que mostraban su miedo. Se les metía la cabeza en el váter; o se les bajaban los pantalones en medio del recreo; o se les obligaba a ponerse una camisa manchada con mierda de perro...

—No cedas al miedo, no cedas al miedo...

Aquella extraña letanía no pudo cambiar el rumbo de sus pensamientos. Durante años había conseguido mantener a raya sus recuerdos, almacenarlos en un compartimento inaccesible de su mente. Sin embargo, esta fatídica noche, las imágenes del pasado volvían a acechar su consciencia. Los abusos que había sufrido en el colegio y lo que le ocurría cada vez que volvía a casa

mojado, sucio o con la ropa rasgada: los golpes, los insultos y crueles castigos a los que le sometía el alcohólico de su padre....

—¡Basta de estupideces! —gritó para sus adentros.

No podía perder el control de aquella manera. Era ridículo permitir que una simple coincidencia despertase sus pánicos. El colegio estaba muy lejos. Nadie había vuelto a ponerle la mano encima desde que su padre, borracho como una cuba, se desnucó al caer por las escaleras.

Vació su mente y siguió avanzando como si nada. Pero el sonido de aquellos otros pasos retumbaba en su cabeza, dando libre curso a una paranoia absurda e incontrolable.

¡Por el amor de Dios! ¿Qué le estaba ocurriendo? Ya no era el colegial delgaducho y enclenque que fue. Era un hombre hecho y derecho de un metro ochenta siete de estatura. Un hombre acostumbrado a lidiar con la fauna nocturna. ¿De qué demonios tenía miedo?

La luz de la farola sobre su cabeza pareció infundirle determinación. Se convenció de que, si miraba de frente al otro caminante nocturno, se tranquilizaría. Por un instante contempló la posibilidad de detenerse y plantarle cara sin disimulo. Pero una vez más se dijo que eso le haría parecer un loco cobarde.

Sería mejor mirarle sin que se diese cuenta. Volvió a adentrarse en la oscuridad sabiendo que esta cubriría sus gestos. Cuando consideró que el otro estaría pasando bajo la farola, lo miró a la cara.

Se le cortó la respiración al reconocer al individuo que desde hacía varias semanas frecuentaba *La Cueva*.

Era un niño engreído que solía sentarse en una de las mesas centrales y tontear con las camareras. Recordó que, en más de una ocasión, le había pillado observándole detrás de la barra, pero no le había hecho caso.

No podía tratarse de una pura coincidencia. No tenía sentido que estuviese atravesando aquel descampado al mismo tiempo que él. Pero entonces, ¿por qué le seguía?

Volvió a mirarlo, esta vez con menos disimulo. Lo que leyó en su rostro le heló la sangre: una expresión casi animal que ya había visto antes... Pero ¿dónde?... Quizás en la cara de sus agresores en el colegio...

No pudo seguir fingiendo. El terror hizo desaparecer cualquier intento de compostura. Empezó a caminar a toda prisa, sin importarle ponerse en evidencia. El niño también aceleró su paso.

El estruendoso latido de su corazón en las sienas no le dejaba concentrarse y pensar fríamente. Lo razonable hubiese sido confrontarlo, obligarle a confesar qué demonios quería con él —al fin y al cabo, era mucho más alto y corpulento que aquel niño—. Sin embargo, un pánico irracional le obligaba a seguir huyendo, huyendo como el muchacho debilucho y asustado de antaño.

Tropezó y casi perdió el equilibrio. Retomó el ritmo y siguió avanzando pero las pisadas del otro sonaban ahora mucho más cercanas. La caída fallida había reducido la distancia que les separaba.

Mentalmente recorrió el tramo de descampado que le quedaba antes de volver a las calles de la ciudad. Era demasiado largo: le atraparía antes de llegar.

Sin pensárselo dos veces dio un giro brusco a la derecha y se adentró en un laberinto de trenes aparcados, zigzagueando a toda prisa entre vagones en busca de un lugar donde ocultarse.

Se detuvo entre dos trenes cortos. Trató de silenciar su respiración y prestar atención. Solo se escuchaba la noche: ningún sonido que pusiese en evidencia a su acechador. Quizás su reacción le había sorprendido y había terminado por desistir.

Permaneció inmóvil. Cerró los ojos intentando relajarse. Al cabo de un rato empezó a sentirse mejor. Dejó pasar algunos minutos más antes de volver a ponerse en marcha.

Empezó a caminar despacio, tratando de minimizar el ruido de cada paso sobre la gravilla, mientras decidía la dirección a tomar. Quizás sería mejor seguir las vías hasta la estación de tren...

Todo ocurrió de golpe, sin darle tiempo a descifrar los acontecimientos y dominar sus reacciones.

El niño surgió de la nada. Alaridos de pavor y de rabia se mezclaron sin dueño en la noche. Entonces empezó un cuerpo a cuerpo cuya coreografía era dictada por el instinto de supervivencia.

Forcejearon hasta que el enorme cuchillo se clavó en el estómago de su contrincante. Retiró la hoja brillante, ahora cubierta de sangre, y volvió a hincarla en la carne una y otra vez, notando cómo el músculo ofrecía menor resistencia con cada embestida. Un sentimiento de euforia casi erótica se apoderó de su persona.

Entonces, una ráfaga de clarividencia atravesó su espíritu haciéndole temblar de terror. Durante unos instantes

supo que había sido él el que había estado acechando a su víctima por aquel descampado, y no al revés. Supo que había sido él el que la había elegido desde la barra y el que había decidido que aquel niño se uniría a su colección...

Miró los ojos agonizantes del muchacho y en su pavor reconoció la expresión que en un pasado había sido la suya propia.

Sus manos no pudieron seguir sujetando el cuchillo, que cayó al suelo en, lo que le pareció, un estruendo metálico.

Pero entonces su otro yo tomó las riendas de la situación, haciéndole desaparecer en los confines de su consciencia. Ya solo el otro existía.

Dejó de temblar. Todo estaba saliendo según lo previsto. Recogió el cuchillo que guardó donde lo había llevado. Se echó el cuerpo inerte del muchacho al hombro y lo cargó hasta la fábrica abandonada junto a las vías, la misma que había estado utilizando para aquellos menesteres. Conocía muy bien el terreno y no temía que alguien le viese. Cavó un agujero y lo enterró junto a los otros. Odiaba a los niños que se creían que todo les estaba permitido.

Después se lavó, se cambió y prendió fuego a la ropa que había llevado puesta. Volvió al motel y metió sus escasas pertenencias en el coche. Arrancó y se puso en marcha sin mirar a atrás. Nunca pasaba más de tres o cuatro meses en la misma ciudad. No era seguro.

Encendió la radio y sin prisa cogió la autopista del sur. Estaba totalmente relajado. La perspectiva de comenzar una nueva vida en otra ciudad siempre actuaba como un bálsamo para su alma.

Al cabo de un par de horas, volvió a ser él mismo: el hombre tranquilo que ignoraba lo que había ocurrido.

Un tanto confundido miró a su alrededor. Reconoció el vehículo que conducía. Un cartel de la autopista le indicó que la dirección a la que se dirigía coincidía con la que había decidido. Así que se encogió de hombros y siguió conduciendo. Había sufrido otra de sus ausencias. Tarde o temprano tendría que consultar a un médico.

Pero antes tendría que buscar un motel barato donde instalarse hasta que encontrase trabajo. Sabía que en un puerto de mar no le costaría nada...





## MOTIVOS

José Luis Díaz Caballero

Sí a la primera pregunta: en esta fotografía aparecen mi padre, mis hermanas, mi mujer y mis dos hijas (esta es la que murió).

No a la segunda: nunca seré para ella el cadáver de un hombre bueno.

Es imposible, después de lo que va a suceder.

Cuando entren, verán los charcos de sangre, los dos dedos mutilados pudriéndose sobre la mesa, los trozos de piel —tuyos y míos— cosidos a mi cuello.

Alguien le dirá que tengo el rostro descompuesto, que me han encontrado sin documentación, y que han sabido de ella (mi mujer) por una última llamada de teléfono.

Le pedirán que me identifique —mi padre tiene problemas cardíacos—, ella preguntará si es necesario y refutará, mientras se muerde los labios, como siempre hace al angustiarse.

Tendrá los ojos hundidos.

Palidecerá.

Sudará de manera viscosa y sentirá un enorme bloque de hielo en la vagina.

Puede que lllore.

Cuando el funcionario le ceda el paso, escuchará el mordisco de la puerta, caminará hacia la camilla, se tapaná la boca, y verá caer la sábana hasta mis tobillos.

Entonces dirá, conteniendo las arcadas: «Estoy segura de que es él».

Así me verá por última vez, tieso y vulgar, como un cadáver incómodo.

No es suficiente.

No después de lo ocurrido.

No después de que dejasen de investigar el atropello.

No después de que certificaran la ausencia de imágenes.

*Solo indicios engrosando un expediente.*

*Yo la vi tendida en el suelo; luces eléctricas iluminaban su cabello.*

¿Qué es lo que quiero?

Quiero que se desmaye, que se lance contra la pared, que me toque la frente, que me llame dulcemente hijo de puta, o que se lo llame a él, o que te lo llame a ti.

Quiero que se deje caer sobre mi cadáver e intente hacerme el amor, con la falda abierta y manchada de suero.

Quiero que se arrepienta de haber estado con él, de haberme dicho no en la distancia la noche en que murió nuestra hija.

En el fondo, quiero que asuma su penitencia mientras desaparezco, cubierto de marcas moradas, y me vuelvo fatuo.

Venganza y redención no siempre son compatibles.

¡Las deseo!

Pero no me imagino yendo al cielo mientras mi mujer se muestra sumisa con un cadáver al que odia, y al que seguirá odiando mientras no se descomponga.

Me gustaría conservarme en carne y hueso, y hacerlo más allá de mi velatorio.

Mi velatorio.

Un cuerpo expuesto detrás de un cristal, en una sala ocre, con sillones de cuero y cuadros pálidos que parecen caligrafías del sarcasmo.

Me pregunto qué ocurrirá con mi otra hija.

No quiero que me vea con las facciones torcidas, o excesivamente maquilladas.

Pero tampoco que me lleven al nicho mientras ella ve la televisión en una casa que parece la mía y ya no lo es.

Cuando pienso en cómo evitarlo, miro mis manos.

Las alzo, las doblo, las separo del pantalón.

Sí, estoy llorando.

Lloro mientras señalas esa maldita mesa, con sus tijeras desengrasadas, con sus costras de óxido y ese hedor a penicilina bañando la madera.

Pones tus dedos encima, los hueles, se te parten los dientes mientras toses, y ríes bajo esa luz rota que te afeita los labios.

¡Dilo!

¡Di que no lo mereces!

¡Di que lo hago para que ella se arrepienta!

Y aunque estés en lo cierto, dudaré.

Dudaré de quien me compadezca.

Dudaré de quien le dé la razón.

Dudaré de quien me juzgue y diga que soy un fracasado.

¿Fracasar?

Te burlas de mí, y piensas que soy un privilegiado.

Ni lo soy ahora ni lo fui hace dos años, ni hace diez, cuando mi vida transcurría por corredores sin puertas y ella me quería.

Os equivocáis.

Sabíais (tú también) que terminaría en este lugar, y que moriría crudamente.

Nunca imaginé esta silla, es cierto, pero sí la ausencia de luz, sí el ruido de los charcos y los dolores febriles que ahora me hacen temblar.

Dices que debimos perdonarnos, pero tú no lo haces, y yo no confío en mi idea del perdón.

Solo puedo concebirlo como una reacción física.

Lo observo.

Lo admiro.

Mataría por devorarlo y copular con él.

Es una urgencia visceral que me abrasa, y que me hace olvidar cómo funciona el mundo (él y su código de renuncias) y de cuál es la línea que me separa de lo éticamente correcto.

Se acabó.

Tú haces que se acabe.

Llevo demasiado tiempo ordenando mi enfado, desinflándolo desde la racionalidad.

No te será fácil imponerme, ahora que voy (vamos) a morir, tu concepto de la felicidad.

Tu caos y el mío se resumen, casi por inercia, en una estúpida mesa de torturas, y no creo que la hayamos manchado de sangre por mera vileza.

Siempre hay un motivo.

Grande o pequeño.

Locuaz o miserable.

Grandioso o delirante.

Y yo, sentado en esta silla, teniendo frente a mí al asesino que atropelló a mi hija, te diré cuál es, mientras me devuelves la fotografía y relajas las manos.



## EL SOL TAMBIÉN TIENE UNA CARA B

Amaya Fernández Rodríguez

**S**iempre había sonado a las ocho y diez. Tenía la costumbre de exprimir esos cinco minutos más de rigor que solía concederse para retozar entre las sábanas, consciente del momento y plena de saberse en paz por un instante, especialmente en los amaneceres en que los rayos de sol se colaban por las rendijas de la persiana. Sabía que una vez puesto el pie en la alfombra de pelo largo tipo *shaggy* comenzaría su rutina diaria entre el asfalto. Pero la norma desde hacía cinco años era abrir los ojos a la hora exacta y saltar de la cama sin concesiones. Y saltó.

Fuera llovía a mares. Las gotas golpeaban contra la ventana simulando un ataque de celos que se acumula y estalla como pólvora. Puso a hervir la cafetera italiana que le acompañaba desde hacía quince años, cuatro mudanzas y un reciente reguero de autoestima hecha trizas. El tostador lanzó sobre la encimera una rebanada ennegrecida, parecida a su piel bajo el sol de Puerto Rico en aquel viaje que el hipermercado de la esquina había sorteado con motivo de las celebraciones de su décimo aniversario. Siempre hacía la compra en el mismo sitio, pero el pescado era otra cosa. Para eso cogía el autobús hasta la Plaza del Centro, aquel mundo lleno de puestos,

gente y ruido en el que todos querían hablar más alto que el resto. Aurora, la del puesto quince, y Remedios, la del diecisiete, eran las mejores. Lo tenían todo vendido con su mandil de flores, su gracia natural, unos brazos robustos y aquel escote que ponía de vuelta y media a más de uno. “¿Qué ponemos hoy, señora?”, soltaba con toda su energía Aurora. “Tres cuartos de sardina y una rodaja de merluza para rebozar”. Y la cliente se marchaba con su carro de ruedas y un ramillete de perejil para el aderezo.

Sin reparar en el aspecto de la tostada, la untó bien de mantequilla y mermelada de arándanos, igual que escondía su dolor bajo el maquillaje. El calendario le recordó que mañana era el día de inicio de dieta, una fecha pospuesta en varias ocasiones durante el último año. “Mañana empiezo”, se repetía hasta la más extrema autocompasión. Mañana también era el día de dejar de fumar, de empezar a caminar y de llamar a su madre. Y mañana escribiría por fin ese correo electrónico que le debía a su amiga Cristina, que se había ido a vivir a la otra punta de España buscando el calor, la tranquilidad y a un dibujante de cómic. Pero eso era mañana. Mañana, mañana.

Como cada primer sábado de mes se dirigió con paso firme a su destino, tan solo a dos manzanas. Solo había faltado a su cita aquel fin de semana de noviembre que la había tumbado en la cama con casi cuarenta y una tiritona de espanto. Recordó que aun en pleno estado febril había intentado levantarse al día siguiente y caminar a rastras. Aunque nada podía suceder; no era sábado.



Bajó saltando de dos en dos los escalones desde el cuarto piso hasta el portal con absoluta concentración. La voz de Matías ni siquiera logró sobresaltarla:

—¿Qué hay, querida? ¿De nuevo a la estación?

—Sí. Tengo que llegar a tiempo... Tengo que llegar a tiempo... —respondió como una letanía y sin levantar la cabeza.

—Marta, deberías llevarte un paraguas, amenaza tormenta.

Pronto se dio cuenta de que sus palabras no eran muy alentadoras y en un intento de proteger a la que a sus ojos siempre sería *la pequeña revoltosa del cuarto piso*, cambió su discurso buscando esa sonrisa que nunca llegaba:

—Bueno, aunque la verdad siempre anuncian el diluvio universal y luego el sol acaba asomando. Nos quieren estropear el turismo, te lo digo yo.

Matías siguió barriendo el polvo mezclado con las hojas de los árboles que el viento había azotado hasta las entrañas de los soportales. Polvo arrastrado de tantas idas y venidas que curiosamente era capaz de interpretar, como otros lo hacían con las líneas de la mano o los posos del café. Sabía distinguir los andares altivos de las pisadas marcadas por el cansancio y la honradez; o bien encontraba las huellas de la amargura y destapaba aquellas que pretendían ocultarse en la mentira y la excusa. Las separaba con su escoba como el agricultor lo hace sobre la tierra con la maleza y la cosecha —“Dime cómo caminas, y te diré quién eres”, repetía en su soledad, mientras suspiraba azotando la escoba como si renegara de su propia especie—.

Matías había sido campeón de España de petanca. Sus manos eran capaces de exprimir una madera y sacarle jugo. Tenía el porte de quien se ha curtido bajo el sol y la tempestad, con una piernas bien contorneadas por los caminos y el carácter de las personas hechas a sí mismas. Se intuía en sus arrugas una infancia feliz y muchos cántaros de leche de vaca y nata para requesón a sus espaldas. También había sido entrenador de tercera regional en el equipo local. Todos le apreciaban por su dedicación a los chavales, y cuando los domingos jugaba El Arribas se vestían con sus mejores galas. Y el pueblo parecía la Gran Manzana. A pesar de su apariencia de hombre rudo tenía una sensibilidad y un verbo más propios de un poeta. Desde que su corazón le había dado su segundo aviso se había concentrado en vivir tranquilo junto a su escoba, y entregado a leer a los clásicos, escuchar ópera y pintar con acuarela. Y dedicarle algún verso a Lola, la vecina del tercero.

Lola era peluquera. Tenía el pelo corto y ondulado, y un deslumbrante color caoba. Solía tararear *La Vie en rose* a ritmo de secador y a Marta le parecía una artista de portada, una de esas a las que las clientas criticaban sin piedad, como si fuera una terapia colectiva para descargar contra aquellas fotos en papel cuché lo que nunca habían podido llegar a ser. Cuando el aire se hacía insoportable en su apartamento, Marta se escondía en casa de Lola y revolvió entre los rulos, las horquillas, la laca y los recuerdos y a cambio le ayudaba a barrer el salón cuando todas aquellas mujeres se iban y dejaban en el suelo su pelo, sus tintes y parte de sus miserias. A Lola

la había dejado su marido. Un capullo sin escrúpulos que más de una vez le había levantado la voz, dejando sus sueños y su autoestima por los suelos. Por eso, cada vez que ahora cogía una tijera, sentía que había sido la mejor manera de romper con su pasado y emprender una nueva vida, con la valentía de saber que había superado la dependencia emocional de aquel ser lleno de inseguridades y complejos.

Marta siempre había imaginado a Lola y a Matías bailando *Begin the Beguine*, de Cole Porter, en la oscuridad de los soportales, con la luna llena como único foco; y algo le decía que algún día podría contemplar esa escena.

Llegó al último andén de la estación con el pulso acelerado. Se acercó a la vía, tal vez demasiado, en el lugar exacto en el que se detenía su vagón y desde el que antes de apearse ya le dedicaba un “¿cómo estás, princesa?”. Volvió a sentir por unos instantes aquella sensación indescriptible de su abrazo que le provocaba tanta ternura, como cuando era una niña y él le despeinaba aún más los rizos y sus dedos se quedaban atrapados. Así se había quedado su alma. Se pensaba entonces en las tardes de verano y playa en las que nunca faltaban el cubo para las conchas y la cesta con tortilla y emparedados de jamón y queso. Y recuperó en imágenes la secuencia de las mañanas de domingo, con la música de los éxitos de los ochenta retumbando en el salón; y aquella manera tan especial de contar anécdotas que siempre terminaba en una carcajada. Pero sobre todo pensó en las conversaciones de los últimos años, con largos cafés sin prisa,

–“solo y con leche, por favor”–; un momento en el que él conseguía demostrar su infinita paciencia y aportaba algo de luz a tantas dudas e indecisiones. Un café que siempre finalizaba hablando de *mamá*. Allí, en aquella escena congelada por el tiempo se habían abandonado hacía cinco años sus recuerdos y parte de su equilibrada y aparente sensatez.

Soplaba el viento. Sonaba a la melodía que había coreado en El Regreso durante el cuarenta cumpleaños de Cristina. Su cuerpo se estremeció y sus manos empezaron a temblar, como a los ocho años cuando la señorita Adela le subió al estrado y comenzó a tener sudores fríos y una *temblequera*, que decía su abuela, que le dejaba en estado catatónico –“Los nervios, hija, los nervios. Tienes que controlar esos nervios”, repetía una y otra vez a las puertas de la jubilación la señorita Adela–. Marta nunca supo echarle años. Ya era mayor cuando ella era una niña, pero hacía pocos días habían coincidido en la cola del hipermercado de la esquina con la leche, el pan y algo de fiambre, y realmente su aspecto físico era igual. Tal vez alguna cana reluciendo en su pelo negro envuelto en el mismo moño y algo más menuda, pero nada destacable que pudiera distorsionar aquella imagen de infancia. Por un minuto se escapó del túnel de sus pensamientos y se preguntó cómo era posible que la naturaleza actuará así de retorcida y aleatoria, cuando ella cada mañana se contaba a pares nuevas arrugas frente al espejo.

El Regreso era un pequeño local con buena música y exhibiciones habituales de los mejores cócteles del país. Aquella noche anunciaba el concierto de *Los Grandes*,

un grupo venido a más que se había parido en la Facultad de Derecho de los años noventa entre clases y café, horas de biblioteca y alguna noche de vino y rosas. Detrás había varios egos indomables, cambios constantes de repertorio, alguna bronca y muchas horas de ensayo con buen resultado final. El alma era un joven aspirante a ingresar en la carrera fiscal que finalmente abandonó el camino que le había venido dado para tirar por la calle del medio llevando consigo su guitarra, su tez morena y algunos *dejes* que delataban cierta creencia a situarse por encima del bien y del mal. Ocultaba su rostro bajo un gorro de algodón y unas gafas de sol, una curiosa manera de huir de su pasado y alejarse de la que, sin duda, era una de las mejores familias de la ciudad, con una billetera llena, varios terrenos y un par de cuentas conocidas en paraísos fiscales. Marta siempre había sentido cierta compasión por él, consciente de que su vida de entorno fácil y un extremo atractivo encerraban una amarga soledad e incompreensión.

Era el mes de julio. Marta había reído como nunca aquella noche junto a Cristina y el resto del grupo. Se había tomado cuatro vinos y dos cócteles especiales con un intenso color azulado, sin contar el champán del brindis. Bailaron, se contaron sus confidencias, hablaron de jefes, viajes, niños y prometieron verse más a menudo. Llegó a su casa en un taxi, se quitó los *stiletos* en el ascensor, abrió la puerta y los dejó caer en el vestíbulo. Desabrochó como pudo la cremallera de la espalda de su vestido y se fue directa a la cama con un remolino en su cabeza y algo parecido a una sonrisa.

A la mañana siguiente el despertador sonó como cada sábado a las ocho y diez, y el sol se coló por las rendijas de la persiana como a ella le gustaba. La semana había sido intensa en el trabajo y la noche se había alargado más de la cuenta con los bises que *Los Grandes* tuvieron que hacer ante la agotadora insistencia del público. Cuando sus párpados lograron desprenderse se estiró hasta que todos sus huesos crujieron. Su ritual de los cinco minutos más se había convertido en media hora, así que de golpe abrió los ojos, se sentó sobresaltada sobre la cama y marcó el teléfono. No daba señal.

Su padre colaboraba en una asociación benéfica muy activa en todo el país y se pasaba largas temporadas fuera de la ciudad. Solía llegar el primer sábado de cada mes, por lo que desde hacía un tiempo Marta había decidido ir a buscarle a la estación para tomarse juntos el primer café del día. Siempre llegaba puntual. Se vistió una camiseta, un viejo vaquero, calzó sus deportivas y como era costumbre bajó saltando de dos en dos las escaleras hasta el portal.

Las aceras ya estaban llenas de vida e impregnadas con el olor a pan recién hecho, y una luz distinta se proyectaba esa mañana sobre los edificios. Cruzó la calle sin mirar y en medio del carril un ciclista tuvo que esquivarla: “¡Eh!, ¿tú estás loca? ¡Mira por dónde vas!”. Se dio cuenta de que había hecho una estupidez, pero no podía detenerse.

La sirena de la ambulancia sonaba cada vez más cerca. Su sexto sentido le avanzó que la cosa no iba bien. Se detuvo y notó cómo su corazón comenzaba a romperse

en mil pedazos. El destino, celoso de su suerte, se había aliado con la ocasión para hacer coincidir el espacio y el tiempo equivocados. Su llamada de teléfono se había producido en el mismo instante en el que un joven corría tras su novia en un absurdo juego adolescente y empujaba escaleras abajo al único hombre que la había querido sin condiciones, mientras este revolvía en su bolsa de mano buscando el teléfono. Y la voz de *su pequeña Marta*.

Habían dado las nueve en punto. Se bajaron los rostros marcados por el cansancio de la semana y del viaje nocturno. Uno a uno, hasta que no quedó nadie. Esperó igualmente sentada en el banco más cercano. Pasaron las horas hasta que reinó el silencio, asomaron los gatos y las luces de la ciudad dibujaron las sombras. La envolvió la misma gélida sensación de aquel día en el que cientos de manos habían acariciado su hombro y rodeado su cuello entre lágrimas y consuelos. Pero ella se mantuvo fría y ausente. Fría y ausente durante cinco años.

Regresó a su casa con el paso del costalero, agotado y penitente, bajo una lluvia que comenzaba a ser más intensa. Matías recogía las bolsas de basura del último portal.

—Buenas noches, querida. —El bueno de Matías no esperaba respuesta, pero ella se giró con el pelo chorreando.

—¿Sabes qué, Matías? Creo que la vida va de eso.

—¿De qué, pequeña? —preguntó sorprendido—.

—De intentar ocultar nuestros miedos.

Y subió escaleras arriba, esta vez de una en una, hasta el cuarto piso.





## DE LA INMORTALIDAD DEL ALMA

Carlos Fernández Salinas

**T**ras sentarse en un taburete y desplazar los ojos con humildad, el cabo Verner Drevil —Batallón III de Zapadores de la 14ª Brigada de Infantería al mando del general Erich Ludendorff— intentó adivinar cuántos soldados aguardaban en la fila. Veinte, treinta... ¿Tal vez cincuenta? Imposible calcularlo. Todos en rigurosa formación con las botas en la mano. Había dejado de llover y el fulgor del último sol dibujó una corona de luz sobre las nubes del oeste. Olía a hierba recién segada y no muy lejos se escuchaban esquilas de ganado. Verner estaba exhausto, tenía los dedos entumecidos y la próstata no le había dado un respiro durante la tortuosa marcha a través de los valles que jalonan la ribera del Lahn. Empero, sabía que había llegado su momento. Se frotó las manos en el mandil, de uno de los bolsillos sacó un punzón y tras inspirar profundo, de un gesto inequívoco le indicó al primer soldado que se acercara.

Cuando Verner se retiró a su tienda, la luna se vestía de nácar y los búhos hacían su trabajo. Momentos antes se había detenido en el carromato del cocinero. El marmitón de guardia le sirvió un caldo caliente y un trozo de cecina. En el campamento se respiraba la tranquilidad que da el sentirse lejos de la primera línea de batalla.

Aún quedaban varias jornadas para alcanzar los puentes del Mosa y los mandos confiaban en que el gobierno belga entrara en razón y les dejaran cruzar hacia Francia, verdadero objetivo de las tropas del Káiser. Verner se recostó sobre la hamaca pero a pesar del cansancio fue incapaz de conciliar el sueño. Semanas atrás, el capitán de reclutamiento que se había dejado caer por Fulda, en una arenga encendida, donde la patria era el baricentro de aforismos y paráfrasis, les había asegurado que cada uno de ellos sería determinante en el devenir de la contienda. Parecía que la soflama la había escrito pensando en Verner, porque hoy, el veterano zapatero de Fulda había cosido suelas, encajado tacones, perfilado plantillas y rematado costuras para que treinta y cuatro divisiones de soldados avanzaran a lo largo de bosques, campiñas y carreteras bacheadas apenas sin asfaltar. No obstante, el que Verner no pudiera descansar esa noche nada tenía que ver con su buen quehacer profesional. El verdadero propósito (íntimo e irrenunciable) por el que se había alistado estaba resultando mucho más arduo de lo inicialmente previsto. Tal que así que hasta esa misma tarde no había dado el primer paso. De ahí la excitación que le impedía dormirse. Ocurrió cuando en la cola quedaban media docena de soldados. Al igual que los días precedentes, Verner todavía no había tomado una decisión. Entonces lo vio. El parecido era tan extraordinario que sintió ganas de llorar. Labios de niño. La piel tersa y lozana, los pómulos ligeramente sonrosados sosteniendo esa mirada pudorosa que rehúsa a participar en aquello que le es ajeno. Era él, sin duda. Con la discreción de un

taumaturgo, Verner puso en marcha la causa secreta que le había llevado hasta las gloriosas tropas del emperador Guillermo II.

Los ejércitos son entidades semovientes que obedecen a sus propias leyes, y la primera dice que la muerte es su bandera. La muerte, la aniquilación, el terror, constituyen el alimento que les hace avanzar, el fin mismo de su existencia. Al poco de abandonar sus cuarteles se convierten en alimañas indomables. Sin embargo, siempre hay una ventana abierta a la esperanza. Porque cada regimiento, cada batallón, cada compañía, cada pelotón, está compuesto de personas y las personas, como es sabido, somos, al mismo tiempo, egoístas y solidarias, una aporía de orden moral responsable de que hasta la fecha ningún ejército haya derrotado al ser humano.

Verner no daba crédito. Acababa de conseguir de nuevo su propósito sin apenas esforzarse. Al contrario que en días precedentes, el elegido no se hizo esperar, sino que se encontraba en los primeros puestos de la fila. Tras llevar a cabo su secreta tarea, Verner continuó ufano. Las cosas iban a mejor. A medida que se acercaban a Bélgica, el trabajo se multiplicaba, pues las botas, aun siendo de calidad, iban acusando los kilómetros. Esto, a su vez, explicaba el que todas las tardes, al final de la marcha, Verner tuviera más soldados esperando y las posibilidades de que entre ellos hubiera uno que se ajustara al canon eran mucho más elevadas. Aún le quedaban quince aguardando su turno, pero a Verner no le importaba. El trabajo era el elixir contra la debilidad del alma, y la suya hacía meses que estaba enferma. Verner

era de la opinión de que alma y cuerpo son sustancias diferentes. Cosa distinta era que la primera pudiera sobrevivir a la última. Eso solo estaba reservado a las grandes personalidades. Sería absurdo pensar lo contrario. No, las personas insignificantes como él tenían los tiempos definidos, y lo sensato era ajustarse a ellos.

Con la vista en el suelo a causa de la posición a la que se veía obligado para remendar el calzado, Verner dedujo que tenía a menos de un metro las botas de un teniente.

—¿Cabo Verner Drevil?

Verner se incorporó raudo para saludar marcialmente a su superior.

—¡A sus órdenes, mi teniente!

—Deje inmediatamente lo que está haciendo y síganos.

Verner recogió sus utensilios y esperó a que los dos soldados que acompañaban al teniente se pusieran a su espalda para empezar a caminar. Los que aún permanecían en la cola, tras intercambiar una mirada de desconcierto, se pusieron las botas que traían en las manos y se dispersaron resignados por el campamento.

Dentro de la tienda de campaña se había improvisado un tribunal militar. El coronel que hacía las veces de instructor tomó la palabra.

—Y bien, dígame, ¿realmente pensó que podría engañarnos?

Verner tácitamente reconoció los hechos sin que estos hubieran sido enunciados.

—Siento haberles causado tantas molestias. Les aseguro que no era mi intención.

—¿Que lo siente? ¿Con eso pretende arreglarlo todo? ¿Que le demos las buenas tardes y pasemos página? ¿Cinco soldados en poco más de una semana!

—Lo siento, coronel. Lo siento. No sé qué decir.

El oficial no estaba dispuesto a que la docilidad del cabo suscitase empatía entre los miembros del tribunal. En las manos sostenía la ficha del soldado.

—Aquí dice que usted es natural de Fulda. Allí ejercía de zapatero, al igual que en su día lo hizo su padre —Verner asintió sin alzar los ojos—. Acaba de cumplir cincuenta y un años. Por edad quedaba fuera del reclutamiento forzoso.

—Es cierto. Nadie me obligó a venir.

—Y, sin embargo, aquí está usted disfrutando de los rigores de la guerra, un zapatero que nunca había acampado a cielo abierto o sostenido un fusil. ¿No resulta extraño? O a lo mejor tiene una explicación sencilla. Desde los tiempos de Viriato siempre tiene que haber una semilla negra entre las tropas. Míreme a los ojos y dígame la verdad, ¿para quién trabaja? ¿Para los franceses, para los rusos?

Verner tragó saliva. Sabía que nada de lo que dijese jugaría en su favor. La suerte estaba echada. Por un segundo se atrevió a mirar a los componentes del tribunal. Solo vio ojos llenos de reproche.

—Su silencio le delata. Cabo Verner Drevil, por la autoridad que me conceden las ordenanzas militares, le condeno a la pena capital por alta traición. Dispongo que la sentencia sea ejecutada con la mayor celeridad posible.

El amanecer resultaba húmedo en ese margen del río, si bien Verner era consciente de que el relente que

le calaba los huesos era el menor de sus problemas. El canto de un gallo le reveló la existencia de una granja cercana. Un carromato tirado por dos mulas cruzó el puente y por un terraplén descendió hasta donde Verner se encontraba custodiado por el mismo teniente de la tarde anterior. Del carro se apearon cinco soldados. Todos lucían aparatosos vendajes en un pie. Los cinco se fueron acercando cojeando de manera ostentosa. Se apoyaban en sus fusiles o en los hombros de sus compañeros para poder avanzar. Tardaron una eternidad en alinearse. Justo en ese instante el sol superó el puente, borrando las sombras de los rostros. Todos los soldados guardaban un increíble parecido entre sí. La misma edad, la misma estatura, el mismo pelo bermejo, esos pómulos sonrosados que sostenían la mirada pudorosa de quien rehúsa a participar en aquello que le es ajeno.

Once meses antes de que Verner se encontrara frente al pelotón de fusilamiento, su único hijo murió en sus brazos víctima de la tuberculosis. Era un muchacho joven, cariñoso e introvertido, que un destino indolente se había llevado por delante. Tras varios días retorciéndose de dolor, Verner juró que aquella muerte no sería en vano. Por la pérdida absurda de su hijo, le arrebataría una docena a la sinrazón del mundo. El plan lo ultimó mientras leía un cartel en el que se anunciaba el reclutamiento de civiles. Bastaba con disponer una esquirra fina y puntiaguda de forma oblicua entre la suela y el tacón. Las horas de marcha harían el resto. Cualquier salto, un mal gesto, un tropiezo, provocarían que la esquirra penetrara sobre la planta del pie, dejando al soldado

inservible para la lucha en las trincheras. Cuando los soldados se recuperaran de la herida, tal vez esa ridícula guerra habría terminado.

Mientras apuntaban hacia el reo, los jóvenes dibujaron todo el odio que les cabía en el rostro, como si ese insignificante zapatero de Fulda les hubiera privado del honor que les reservaba el campo de batalla. Habían rehusado explícitamente a que uno de los fusiles fuera cargado con una salva. Pero Verner sabía que la pose del pelotón no era más que una farsa para contentar al teniente que blandía su sable en el aire. El sol refulgió en el filo del metal.

—¡Fuego!

Un instante antes de que las balas le reventaran el pecho, el cabo Verner Drevil —Batallón III de Zapadores de la 14ª Brigada de Infantería al mando del general Erich Ludendorff— escuchó la llamada de la inmortalidad. Acababa de leer en los labios de esos muchachos la palabra gracias.

—Fin—

Relato ganador del XXXV Certamen de Cuento  
Corto Laguna de Duero





## PARÁLISIS

Gustavo Carlos Florenciano Fernández

Completo silencio. Profunda negrura. Todas las luces se han apagado, algunas personas duermen. Escucho un bostezo al fondo del pasillo. Es el preludio de un sueño profundo. Cierro los ojos. Quiero apartar la realidad de ellos para no ver lo que hay frente a mí. Es un intento frustrado, fallido. La noche ha llegado. El día muere devorado por las sombras y mi secreto, como yo, se desvela. La habitación comienza a agitarse. Se convierte en un mar embravecido donde las primeras olas de una somnolencia profunda empiezan a mecarme. Lucho, peleo. Esta vez no me vencerá, no me dormiré.

El pavimento vomita fuego viscoso por su boca de asfalto. Es una lengua grumosa que se extiende a lo largo de la avenida perdiéndose en la lejanía de un vacío insondable. La oscuridad la engulle con sus fauces de muerte. A cada paso que doy tizna de negro profundo mi sombra. Espantada por el calor que la quema trata de huir de esta hoguera que se alimenta de almas cautivas. No puedo impedirlo. Veo cómo huye, cómo se escapa arrastrando su tenebrosa figura para perderse inmediatamente en la distancia.

La noche lúgubre y oscura me acecha. La siento vivamente sobre mí. Asfixia mi cuerpo. Lo somete a una

presión que comprime con desprecio mis vísceras. Me aterrorizo. Sentir miedo es una necesidad creciente que inunda mi ser. Cada vez soy más vulnerable. Cada vez soy más cobarde. A cada paso mi figura se encoge. Me pregunto si es fantasía. No encuentro sentido a nada.

Camino entre edificios de rígido cemento. Su estructura crece voluptuosa hacia el cielo. Se ciernen, a derecha e izquierda, sobre mí, hostigándome. Todos se iluminan con lóbregas sonrisas y atroces sonidos que me enloquecen. Un fuego intenso se puede ver a través de sus ventanas. Son ojos llenos de odio abiertos a los espacios de la noche. Sus brazos poderosos tratan de asirme. Desesperadamente desean estrangularme con sus férreas manos. Se enroscan como un ofidio a mi cuello en un baile perverso. Aprietan tan fuerte que pueden, con aversión, partir mi garganta. Siento como poco a poco me falta el aire. Trato de meter algo de él en mis pulmones pero están colapsados. Las garras que me aprietan terminan en afiladas uñas que se clavan en mi cuello. Actúan como colas de escorpiones que buscan con deseo inyectarme su veneno letal. Me sueltan y las levantan firmemente contra mí. Hay un desprecio absoluto en todo ello

A pesar del miedo que me sobrecoge me convengo de que no es conveniente acelerar mi paso. Debo de permanecer lo más tranquilo posible, me digo, y que mi aspecto sea el de una persona sosegada que conoce el destino al que sus pasos le llevan. El tiempo ha de pasar. Las agujas del reloj deben de correr rápidamente a lo largo de la espera. Todo este mundo real parece un sueño. Hay

algo en todo esto que me excita. Hablo de una excitación sexual. Tiemblo. Mi ser se cubre de pánico.

A través de las calles de esta ciudad, tan desconocidas para mí que parecen malditas, los árboles se yerguen prominentes como gigantes envueltos en llamas. Se asemejan a monstruos calcinados. Son cenizas que no desaparecen arrastradas por el viento. Expulsados del averno se lanzan ahora bramando a la captura de almas con las que alimentar la sed insaciable del maldito. Es el príncipe de todos ellos. El que gobierna sus actos con maldad. La profundidad de sus graves voces se pierde en un eco terrorífico.

Un viento mortal sopla con fuerza trayendo a mis oídos lamentos y gritos desgarrados. Agita los tallos leñosos y les confiere un aspecto tremebundo. Un animal, un gato o lo que queda de él, herido de muerte chilla con dolor por sus órganos arrancados. En el suelo, agonizante, ve escapar su vida a través de unos ojos que se hunden en las cuencas absorbidos por la energía malvada del cazador de almas. Una sombra serpenteante se aleja reptando entre la basura. Un rastro de sangre marca su camino de huida. Me acerco a él. Bufo mostrándome unos dientes afilados. Su gesto termina en una sonrisa grotesca que se apaga lentamente. Es un ser maligno invadido por una posesión disfrazada.

Corro sin mirar atrás, no puedo controlar las ganas de vomitar y trato de hacerlo frente a un portal. El aire huele a estiércol. Lo percibo intensamente. Hundo mi cabeza entre los hombros y apoyo las palmas de las manos en las rodillas. Una primera arcada no consigue

sacar nada de mí. La siguiente vierte un torrente de bilis sobre la acera. Me limpio la boca con la mano. El sabor metálico del vómito se extiende sobre mis labios. Tengo las manos manchadas de sangre. El color rojo tiñe mis brazos hasta los codos. Se desliza a chorros desde mis dedos. En cascada cae al suelo salpicando mis pies. En ese instante me doy cuenta de que voy descalzo. Mis piernas son patas de cabra. Cierro los ojos para soñar que esto es un sueño. Yo no veo pero siento que ellos me ven. Quiero abrirlos y vivir en la realidad de mi vida. Levanto la mirada aún borrosa por el esfuerzo del vomito. Recorro con mi vista la puerta. El número del portal lo dice todo, 666. Mi cara se refleja en el cristal. Mi rostro no tiene rasgos definidos. Es una bruma.

Me siento como una persona prestada a un cuerpo ajeno. Decido seguir. No tengo rumbo. Mi cuerpo navega al paio. Las hojas de los árboles caen sobre mí como ascuas del infierno. Sus nudosos troncos se conforman de rostros pretéritos, de seres cuya humanidad ha sido devorada una vez finalizó el plazo dado en el acuerdo. Bocas vacías que abiertas gritan pidiendo la salvación eterna, mientras miran hacia un cielo oculto por nubes de vileza y crueldad que se les vuelve inalcanzable.

Masas exaltadas, monstruos deformes, sombras carentes de humanidad, surgen súbitamente como ángeles rebelados llegados a una inmortalidad pactada con el maligno. Todas ellas entran en lo que parece un sueño sin interrumpirlo. Se lanzan sobre mí intentando arrancarme el alma. Es un manjar que ansían devorar atrozmente. Entre ellos se la disputan como aves carroñeras.

¿Es real lo que estoy viviendo, forma parte de un sueño o de la más cruel pesadilla?

Ellas son mujeres que me ofrecen sus cuerpos desnudos. Con melosas voces prometen orgías. Juran satisfacer mi carne, mis pasiones, colmar mis instintos más bajos si incondicionalmente entrego mi alma a su maestro. Ellos, hombres monstruosos de siluetas deformes, me muestran en sus manos abiertas placeres almibarados que jamás alcanzaré en mi vida terrenal. Riquezas, poder, abundancia, opulencia... todo a cambio, les escucho decir, de muy poco: “Escribe tu nombre en este papel y dame a beber tu sangre”.

Siento un martirio cruel. Arde mi cuerpo, mi ser explota en mi pecho, el corazón se aprieta intensamente y deja de bombear sangre. Mi cuerpo se paraliza

Estos lamentos dan paso al silencio de la noche. Calurosa, agotadora, llena de olores e impresiones, todas ellas al alcance del olfato. Este aroma inerte queda impregnado y atrapado en mí. Convierte en materia aquello que queda cautivado por su perfume, por la esencia de la fragancia que no puede escapar a mis sentidos creando en una atmósfera en la cual se confunden y yerran en su función cada una de mis células nerviosas. Siento los pulmones invadidos por la muerte.

Creo reconocer lo que veo, o quizás es mi imaginación la que quiere poner el engaño de lo que sucede en mi retina. Mi culpa, la ignominia de mi pecado lo transformó en piedras colocadas unas sobre otras que doblaban mi cuerpo hasta partirlo por la mitad como un viejo buque que se hunde en la tempestad y busca el descanso

eterno en el fondo del mar, al abrigo de la vida y la muerte bochornosa, del infernal movimiento, de quietud que inquieta, de la oscuridad que ciega los ojos aletargados. Pude entonces comprender que mi sufrimiento se encontraba en lo más profundo de mi corazón, que no era mi mente la que gobernaba mis actos sino que estos tenían lugar en las pasiones que se desataban en mi alma, y que nunca jamás, aunque quisiera, podría dejar atrás todo aquel mal que había ocasionado con mis actos inconscientes.

Es hora de pagar mis deudas. Me abalanzo sobre todos ellos en lo que parece ser una lucha frenética y desesperada contra mí mismo. Mi muerte se anuncia inminente.

Despierto bruscamente. Abro los ojos. Siento mi cuerpo sudoroso. Una pátina de inmoralidad cubre mi cuerpo. Aunque lo intento, no puedo mover ninguna parte de él. Es una lucha desesperada que mi cerebro no puede controlar. Quiero gritar, pedir ayuda, pero permanezco agarrotado sobre el lienzo blanco que son las sábanas de mi cama. Mi voz es un sonido mudo. Dejo que mi voluntad vuelva poco a poco a pertenecerme. Voy tomando, durante este tiempo que es eterno, conciencia de lo que sucede a mi alrededor. El techo, como un cielo despejado, se pinta de rayas paralelas. Clarea, es el alba despertando a un nuevo día. Estoy asustado. Mi mente se pone alerta. Mi figura permanece paralizada. Me pregunto cuánto tiempo durará este estado. Algo me arrastra y mi corazón se para. Alucinaciones envueltas entre siniestras sombras son imágenes constantes en mi

presente. Siento su presencia de manera intensa. Algo se mueve en torno al lecho donde me encuentro. Puedo sentir un aire gélido en torno a mí. Una voz áspera repite mi nombre como si fuera un conjuro. Una cara entre penumbras se presenta delante de mí. Se lleva el dedo índice a los labios y me pide silencio. Lágrimas negras corren por su rostro. Lo empapan y sumergen de nuevo en la oscuridad. Atrapado en mi propio cuerpo lucho contra todas estas sensaciones. Aparto rápidamente los recuerdos recientes de mi mente. No quiero pronunciar la palabra. Sé lo que han sido. Otra vez. Tan reales que podría tocarlos con las manos, sentirlos con ellas, asirlos. Tan sólo si pudiera moverme... Una fina línea entre lo real y el sueño. Tan delgada que sé que si se quiebra me encontraré al borde del abismo de la locura. Una vez más mi mente se ha visto seducida por la zozobra de mi voluntad y se ha entregado al delirio absoluto. Ansiedad y trastorno.

Anhelo desesperadamente morir en mi sueño y nunca más volver a despertar a esta escena de realidad que me aterroriza. Poner fin a estas apariciones siniestras y enigmáticas. Mis sádicos sueños me convierten en un masoquista. No tengo miedo de los monstruos, sólo espero en mi cama a que lleguen.

*Encontraron su cuerpo al alba. Frío, rígido. Los ojos abiertos al infinito, con un brillo de profundo pánico en ellos. Nadie pudo cerrárselos. Una sábana blanca, ahora, cubre de paz su cuerpo.*





## DESTELLOS DE MAR

Teresa Gallego Arjiz

**L**os destellos de mar no renunciaban a irradiar una mañana apacible. El calor invitaba a darse un baño desinhibido y abandonarse en el manso ploteado de las olas.

Pedro y Belén se levantaron al unísono.

Él sonrió complacido y enganchó su mano caminando juntos dirección al horizonte. Se sentaron. El agua iba calando sus extremidades. Sin soltar la mano de Pedro, Belén empujaba con los dedos hasta hacer juncos en la tierra. Las olas se acercaban alisando el terreno, y así, mirándose intercaladamente con sus propios pensamientos, dejaban pasar los minutos en silencio.

A unos doscientos metros, bien instalados, se relajaba el resto de la pandilla. Silvia, tumbada en la hamaca, embadurnada de crema solar, a su lado su marido, un hombre rubio de fuerte musculatura solo pendiente de no darle sombra al cuerpo de su esposa. Bajo la sombrilla, en una silla de rayas azuladas, la hermana de Silvia, Elsa, con un libro en las manos y tan absorta en la lectura que no se percató de que su novia hacía largo rato que se había ido a dar un paseo de punta a punta de la playa. Tumbados también en la hamaca, sin parar de jugar como si fueran

dos adolescentes redescubriéndose por primera vez, estaban Mónica y Raúl.

Cada uno mantenía una conversación dispersa, pues tan pronto hablaban de temas del corazón como de títulos de libros o recetas de comida.

Belén se incorporó para adentrarse más en el agua. Su cuerpo estaba lo suficientemente acalorado como para que fuera ya necesario mojarse. Pedro la seguía. Según se introducían en el mar, más y más se agitaba el elemento. Se miraban cómplices y sorprendidos de que, ante la aparente calma de las aguas, de vez en cuando una fuerza les fuera empujando.

Silvia dejó de lado la revista y se quedó ensimismada mirando el apacible mar, viendo cómo Pedro y Belén jugueteaban nadando hacia ellos.

—Mira, cariño, qué tontos son esos dos tortolitos fingiendo esfuerzos para llegar a la orilla —comentó Silvia sin esperar respuesta.

Mónica y Raúl detuvieron su juego y, en consenso, se fueron en busca de una orilla lejana al grupo, correteando por la playa y alejándose de todos.

De pronto Belén sintió que esa corriente la empujaba cada vez más hacia dentro y le impedía mover las piernas. Tenía la sensación de que un alga gigante había llegado hasta su ingle e incluso que intentaba atravesar su escueto bikini. Pedro procuraba acercarse a ella pero el miedo iba apoderándose de él.

El terror también cambió el rostro de Belén: algo tiraba y tiraba hacia abajo, la subía y la bajaba. Cada segundo la corriente brotaba con más fuerza, con más violencia.

Todo se volvía impredecible. Ni adelante ni atrás. Pedro, anonadado, no sabía si pedir auxilio, si acercarse a ella. Solo amuermaba y anulaba cada momento más la fuerza y la decisión de sí mismo. Miraba desesperado hacia todos los lados. Belén entre los intervalos en los que conseguía sacar la cabeza decía «Auxil..., Pedr..., Ayud».

Pedro empezó a dejar de verla y, mirando al vacío del horizonte, caminó marcha atrás tropezando con Silvia y su marido.

—Pero, ¡imbécil!, ¿dónde está Belén? —gritaba Silvia dirigiéndose con un rápido nado hacia el lugar donde pensaba poder encontrarla.

Su marido se quedó consolando a Pedro. Pedro intentó frenar el impulso de Silvia pero todavía estupefacto, apenas reaccionó.

Cuando Silvia llegó a la zona de algas se sumergió hacia abajo topándose con un buceador y el cuerpo extinto de Belén.

Pedro y Enrique esperaron toda la tarde en la orilla observando a los policías frente a la mansa masa de agua. Una y otra vez respondieron que solo vieron pasar a un buceador con dos estrellas de mar en sus manos.



## AMORES DE PROGRE

Francisco Javier Gómez Gutierrez

**A** Manoli Perdomo sus inquietudes sociales le iban a dar una muy desagradable sorpresa cuando lo que le parecía una aventura misteriosa, romántica y con suspense iba a desvelarse un mal día con un desenlace sórdido y atroz.

En los años de la movida, la mentalidad que reflejaban las canciones de Joaquín Sabina y otros cantautores, diversos film y relatos de la época se caracterizó por la empatía con el bandido "generoso" y la demonización del representante de la autoridad: las fotos del Lute con el alcalde de La Villa y Corte Tierno Galván son muestra de lo primero; la demonización del asesinado Melitón Manzanas, el comisario feroz con los terroristas despanzurradores de niños y mujeres, la prueba de lo segundo.

En el entorno del parque, donde confluían todos los sectores sociales, marginados de altas y bajas esferas, gays y feministas, sociatas progres de ambos sexos, Manoli Perdomo, profe de instituto un poco feílla, de ideas largas y pelo corto, escasa en frívolas coqueterías de dependienta o peluquera, pero desahogada a la hora de irse a la cama con el primero que la hiciera tilín, se timó de miraditas repetidas veces con un joven caballere de chupa de cuero y abundante cabellera, que solía

sentarse a leer en un velador parejo a donde se sentaba ella con sus amigas a pegarle al wiski con ganas.

Un día, mientras esperaba a sus amigas de pandilla entonada ya con un wiski y dispuesta a la comunicación, entabló conversación con el vecino lector, que estaba leyendo una historia antigua, algo así como *La vida del Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*. A la profesora de Instituto, precisamente de literatura, le llamó la atención la inquietud del caballero por un texto que ella explicaba en sus clases, pero que no suele interesar a los aficionados al Marca, que según ella lo eran todos. Así iniciaron una alegre e interesante conversación comienzo de un enredo un poco al estilo de la prima Montse catalana con el Pijoaparte de la novela de Juan Marsé.

Como las amigas no llegaban ni ella lo quería tampoco, aceptó la sugerencia de ir a bailar a un hotel con muy buena orquesta de boleros, tangos, salsa... Allí se embalaron como corresponde y aunque hicieron de todo menos hablar, fue con la infalible intuición femenina que, atando cabos, la llevaron a tener razones fundadas para pensar que estaba dándose el lote con un auténtico guante blanco. Luego, de amanecida, cuando se dirigían caminando por el Paseo de la Playa hacia el estudio del Pacuco de nuestra historia –de nombrete Mortadelo–, y como hablando se entiende la gente, con lagartería taimada de mujer culta le fue sonsacando un montón de cosas, como de qué localidad era. Con estatus desesperado, había trabajado de ayudante de cocina en el sur, de mozo de almacén, de repartidor de cerveza, en la zafra

del tomate, en la obra, vendiendo libros, embarcado en la pesca etc., y al final, cansado de ser explotado, mal pagado y puteado, había decidido hacerse autónomo y trabajar por su cuenta. Empezó con muy poco capital, el justo para comprarse un *fotingo* de segunda mano con que desplazarse a sus asuntos y adquirir la merca: un lote de costo de Ketama que pasar a una clientela burguesa y distinguida como ella; eso sí, solo marihuana, ya como hombre de principios jamás se había manchado las manos con el jaco, la farlopa o los ácidos, explicación que a ella la sorprendió muy positivamente.

La realidad, empero, era otra, con un principio de tirones y descuidos, a veces en el oculto ambiente de mariquitas y chaperos, había subido un poco de categoría cuando empezó a mover chocolate y a practicar el trueque de porros a cambio de tutoriales de gramática parda impartidos por don Antonio de Caravaca, un murciano con muchos másteres en la universidad del talego, quien con variadas lecciones teóricas y prácticas le inició en el registro del amoreo, en el proceloso mar de turistas maduras, cargadas de divisas esperando al galán que sepa seducirlas. Don Antonio le enseñó también cómo cambiar de sitio una cartera con el registro de la pinza o el del chino, cómo cobrar un cheque al portador o un talón con documentación falsa, favorecido en tal registro porque su condición de rubio canelo le daba apariencia de guiri y el defenderse además en inglés mejor que Aznar y Zapatero juntos: inglés de discoteque y de bailongo, callejero, *mamao* entre guiris maduritos y maduritas. Pero cuando las urgencias no permitían el

planear con sosiego, el palo todavía practicaba el tranque o el tirón desde una moto ajena.

La historia que él contó era bastante diferente: «Yo cuando llevo un tiempo disparando posturas de chocolate y me malicio que la madame puede quedarse conmigo por culpa de alguna berreona, me lo monto de guante blanco. Yo he leído todas las novelas con las aventuras de Arsenio Lupin del gran escritor francés Maurice Leblanc. Lupin es mi modelo de guante blanco, yo me hospedo en un hotel de cinco estrellas con turistas millonarios y cuando van por la mañana a tumbarse al sol en la playa, mi menda –sin romper nada ni usar nunca la brava– abro con la espada la cerradura que me interesa y me llevo solo el *colorao* y la pasta, respeto los documentos y la ropa; y eso sí, tras un buen golpe puedo permitirme a estilo de los bandidos andaluces ayudar económicamente a vecinos de mi barrio que viven en la miseria y luego, hasta que no se me va acabando, no doy más palos, ya que la avaricia rompe el saco y el ciego castiga al codicioso de los bienes ajenos. Yo, además, respeto al máximo a los españoles: nunca los uso como clientes, en cambio con los turistas es diferente porque como el viaje les incluye seguro de robo, denuncian y la aseguradora les apoquina más de lo robado, pues no son tontos y cargan de más en la denuncia. Cuando ya se ha enfriado mi rastro de camello, pillo otro kilo de maría y otra vez a pasar posturas de costo. Así, además, con un trabajo tan liberal y poco mecánico, tengo mucho tiempo para instruirme leyendo de todo y estudiando inglés, tan necesario para un artista de guante blanco».



Manoli Perdomo en amenas conversaciones pudo comprobar que su Arsenio Lupin, además de practicar las artes del guante blanco, había leído bastante y variado y se podía hablar con él de todo. Así pues, a la semana de darse revolcones en el catre de aquel cuartucho celtíbero, estaba encantada: el brío y la destreza no exenta de malicia que mostraba en el campo de batalla aquel Pimpinela Escarlata no era ni comparable al penoso bregar del colega de filosofía del instituto, más versado en las especulaciones de Sartre y de Camus, de Lacan y de Marcuse que en los saludables ejercicios gimnástico-lúdicos con que su nuevo *partenaire* la sorprendía tan gratamente en cada sesión continua de catre.

La profesora de literatura se veía reflejada en la novela de Marsé *La oscura historia de la prima Montse*, una de sus últimas lecturas, pero con un Pijoaparte de mucha más categoría y clase que el chorizo de la prima Montse. Se acordaba también del episodio del *Viva mi dueño* de Valle Inclán en la feria de Solana, en el que Juan Caballero, el viejo exbandolero, entona acompañado a la guitarra la carcelera de Diego Corrientes: «Ya se murió mi madrina –la duquesita de Alba–, si ella no se me muriera a mí no me ajusticiarán...», y se veía como la duquesa, como todas las duquesas, un poco maja y manola de un bandido generoso: la llevaba a cenar a sitios chachi piruli, el chocolate que la pasaba gratis era Ketama de lo más guay, y no la dejaba pagar nada, como un caballero de los que ya no quedan. Tal cual aquellos andaluces sin tierra que se echaban al monte en los folletines de Manuel Fernández y González. Como el

pirata de Espronceda que se sacudió el yugo del esclavo, mejor que el pistolero de la película de *Bonnie and Clyde* rebelde al capitalismo esclavizador del dólar, su pibe, como ella decía coqueteando con veleidades de filóloga y con la jerga de la movida juvenil, era un héroe para el que todo homenaje en la cama era poco.

Pero al cabo de dos meses el primer jarro de agua fría a sus irregulares amoríos le vino por teléfono —el moderno mensajero—. Un día, en el apartamento que compartía en primera línea de playa con otra profe, una llamada misteriosa la metió el miedo en el cuerpo, se trataba de una airada voz femenina que se expresó muy claro: «Oye, so puta, se que estás liada con mi marido, el padre de mis hijos. A la hija de mi madre no la come el pan de sus hijos una puta como tú. ¡Qué valor, arranca-colchón! Como te pille por la calle te escacho el boquino, te arranco la cabeza como que me llamo Feluca y soy del barrio del Polvorín, casi *na*». La profesora no sintió más curiosidad por seguir escuchando denuestos varios, colgó y le entró una comedura de coco descontrolada.

En la próxima entrevista con su Romeo le manifestó su inquietud:

—Me dijiste que estabas separado, pero no que tenías ningún hijo ni que estabas sujeto a obligaciones familiares. Me has engañado, me has llevado al huerto.

—No te he engañado, no te he *yevao ar* huerto Manoli, mi vida, si no te he dicho lo de mi chinijo es porque es una pena muy grande; es tonto total, de los que tienen la cabeza más grande que el cuerpo y no saben más que babear. Y claro, corren de mi cuenta los gastos de

rehabilitación. Por si fuera poco mi mujer padece de un trastorno que se llama fibromialgia y no puede trabajar, ¡qué te voy a decir!, por eso me busco la vida al margen de la ley, por lo caros que me salen.

Las explicaciones aclararon un poco la cuestión, y la cama –esa santa– lo acabó de arreglar, pero la profesora planteó la necesidad del secretismo: un romance tan peligroso había que llevarlo con la mayor discreción y como su mujer sabía donde se alojaba él cuando venía a la capital, lo prudente era que se domiciliara en el sur, su territorio de guante blanco, y que la visitara tres veces a la semana en su apartamento –que por su amiga no había problema por ser cinco veces más moderna que ella–, ya que en tres sesiones, con voluntad, disposición y tiempo, se podía gozar lo mismo o más que al ritmo que llevaban de no perder un día sin darle gusto al *body*...

El asunto quedó así, pero no cesaron las amenazas llamadas telefónicas, la profesora de marras no ganaba para sustos, le atenazó la paranoia, fantaseaba con horror la aparición en el claustro de profesores de una marujona gorda y fiera, de uñas largas, no para atacar según uso y costumbre al indefenso profesor por haber suspendido «a su niño», sino por un melodramático ajuste de cuentas con la vampiresa que le quita los machos a otras hembras.

Todo eso enfrió un poco la relación. Pero lo que acabó con ella fue un imprevisto a las pocas semanas. Hacía una noche espléndida de otoño y ella junto a su compañera de apartamento la aprovecharon para darse por la avenida de la playa hasta las dos de la mañana, luego

por varias calles solitarias se dirigieron a un pub con música pop a la última cuando, al dar la vuelta en una esquina, casi se tropezó con ellas un galletón lanzado que a poco las derriba del envite, llevaba un bolso de mujer en la mano y a cien por hora se perdió calle arriba. Diez metros atrás una puretilla extranjera yacía en el suelo chillando y sangrando abundantemente por la cabeza, un portero y dos vecinos samaritanos que salían de un bareto la intentaban levantar, y un tercero se apresuraba a llamar a una ambulancia. Como su amiga conocía al intrépido corredor tranquista por las bravas, la vergüenza le impedía hablar: aquella octogenaria agredida salvajemente por resistirse al desvalije, desangrándose en el suelo, la transmutaba de ser una duquesa maja a una pelandusca que cena en los grill argentinos acompañados de Ribera de Duero a cuenta de la cuarta edad femenina minusválida. El que su amiga fuera testigo de que su Diego Corrientes atropellaba a hostia limpia a las abuelitas de los cuentos infantiles le llenó otra vez de vergüenza, que sumada a la vergüenza ajena de su amiga eran dos vergüenzas.

Los días siguientes le abochornaba hacer frente a la situación cuando su galán viniera a verla, a saber con qué disculpas, a saber si le había visto en su atolondrada fuga con el botín de la ancianita. ¡Vaya que si le había visto, demasiado! De golpe había dejado de ser para ella el ladrón de guante blanco –con los hombres un valiente, con las mujeres gentil– para ser lo que era: un tironero de puretillas osteoporósicas que se caen al suelo a la primera hostia y luego no tienen fuerzas para autolevantarse; el

cliente ideal para escapar con éxito de los lances. Él, que estuvo a punto de chocar con ella –sinvergüenza grande mas no un primo–, comprendió que ya no tenía nada que rascar, así que no vino a verla, y ella se ahorró las incomodidades de las rupturas amorosas. Además, cómo iba a venir cuando a los pocos días, ojeando la prensa local, se llevó un sobresalto de muerte a cuenta de dos fotos: una de la anciana teutónica defuncionada a consecuencia de las lesiones sufridas en el tranque y otra el tranquista, su Arsenio Lupin de guante nada blanco que la página de sucesos informaba estar ya en la jaula seguro que por una tira de años.

Y cuando se recuperó del shock, al cabo de unas semanas, había sacado en claro que los piratas y los chorizos simpáticos de las canciones de Joaquín Sabina, los bandoleros amantes de las duquesas goyescas, los heroicos etarras que hacían volar igual al ogro Carrero Blanco que a un niño de una guardería, le empezaban a caer mucho menos simpáticos que antes, incluso comenzó a demonizar menos al execrable difunto Melitón Manzananas y aunque no renunció a su perfil de progre, sí se abrió a comprender que sin los monstruos de la madera las calles iban a estar empedradas en lugar de con adoquines con puretillas escalabradas.



## HOTEL 66

Alicia G. García

«**H**otel 66, qué curioso nombre», pensaba Ana mientras paseaba por la recepción diez minutos antes de la hora acordada. De reojo, en los espejos de la entrada revisaba su aspecto: el pelo, la ropa y el maquillaje, elegidos con esmero, debían reflejar a una trabajadora responsable y eficiente.

—Hola, mi nombre es Antonio y este es mi hermano Carlos, tú debes de ser Ana, bienvenida a nuestro hotel.  
—El tono de voz y la sonrisa que adornaba su rostro destilaban amabilidad.

Mientras conversaban sobre su formación y experiencias laborales anteriores, Antonio y Carlos guiaron sus pasos por las habitaciones y dependencias del hotel, mostrando con orgullo las posesiones. El edificio constaba de tres plantas: la primera, ocupada al completo por la recepción, el comedor y la cocina; en el segundo piso, un largo pasillo distribuía las quince habitaciones que componían el grueso del negocio; la última planta se reservaba para tres *suites*, catalogadas por sus dueños como de lujo.

Durante el recorrido, Ana se preguntaba cómo un negocio de esa envergadura resultaba insignificante desde la calle: una fachada idéntica a la del resto de edificios de

la zona; una puerta pequeña, vieja y estrecha, que poco o nada animaba a ser franqueada; un cartel diminuto, situado a una altura excesiva para cualquier paseante, en el que figuraba el nombre del hotel con unas letras mínimas y sin iluminación. Parecía como si el edificio se camuflase para resultar invisible a los ojos de los transeúntes.

Esa misma tarde, Ana pasó a formar parte de la plantilla de trabajadores; durante un mes permanecería a prueba cubriendo el turno de noche en la recepción. Si pasado ese tiempo el resultado era satisfactorio para ambas partes, firmarían con carácter indefinido. Antonio le entregó la llave maestra del hotel, que abría no solo las habitaciones sino también todos los armarios, alacenas y cuartos del edificio. Juntos recorrieron las estancias para que la joven ubicase lo que cada lugar almacenaba.

Al llegar a la cocina, su jefe le señaló una estrecha puerta al lado de una de las cámaras frigoríficas, en la que Ana no se había fijado durante su primera visita. Tras ella, le explicó Antonio, se encontraba un piso de su propiedad. Después de la muerte prematura de su padre, su madre se vio obligada a convertir su hogar en una pequeña pensión para alimentar a sus hijos y pagar las facturas. Con tristeza, el hombre relataba los desvelos y preocupaciones de la mujer para que los dos hermanos crecieran y vivieran sin carencias. Aquel edificio fue el regalo de despedida de la anciana, que ya muy enferma les rogó continuasen con el negocio que a ella tanto le costó iniciar. Nunca les confesó la procedencia del dinero para comprarlo, ese secreto la acompañó en la tumba. Para la anciana no existía mayor triunfo que el conceder



a sus hijos una seguridad económica, una tranquilidad y estabilidad de la que ella careció durante toda su vida.

Antonio acabó contándole que, en memoria de su madre, decidieron acondicionar el antiguo piso familiar para que en él viviesen sus trabajadores, y que estos pudiesen ahorrar el alojamiento en otro lugar, así como el tiempo y dinero de los traslados. Al tratarse de una estancia privada, solo los residentes en la vivienda tenían acceso a ella, la llave maestra no servía para aquella puerta.

Los días transcurrieron más rápido de lo que Ana podía imaginar. En un principio temió que el trabajo nocturno resultase aburrido; pero se equivocaba, las horas se sucedían y sin apenas darse cuenta amanecía y uno de sus compañeros la relevaba.

Las noches tenían una rutina propia. A las pocas horas de su llegada, el personal finalizaba las tareas, se despedían de ella y se dirigían a la cocina para alojarse en sus habitaciones; todo ello con una normalidad aparente, ningún gesto, ninguna frase, ninguna actitud denotaba otra cosa, todo excepto una tristeza en sus ojos, una angustia y una resignación que contrastaba con las miradas nobles, afables y divertidas que veía la muchacha a su llegada al trabajo. Ana lo achacó al cansancio acumulado durante su jornada laboral.

Pero... ¿y los ruidos?, ¿qué explicación se podía dar a los extraños sonidos que se filtraban tras aquella puerta? La cadencia se repetía de forma constante, primero un sonido largo y pegajoso como el que se produce al despegar dos plásticos cubiertos y unidos por un potente pegamento, luego suspiros ahogados, lloros susurrantes

y, por último, unas puertas que se cierran y una llave que los guardaba en silencio absoluto hasta el amanecer.

Incapaz de entender aquellos inquietantes sonidos, Ana decidió engañar a su imaginación, retirándolos a la parte más alejada de su mente. Procuraba concentrarse en su trabajo, así eliminaba la posibilidad de escuchar lo que no quisiese o supiese comprender.

Unos días antes de finalizar el contrato, sus jefes le ofrecieron la posibilidad no sólo de renovarlo, sino también de que se quedase a vivir en el hotel, ahorraría tiempo y dinero y para ella sería más seguro acostarse en su habitación al terminar el turno, que tener que salir a la calle ya anocheciendo porque, como le prometieron, abandonaría el horario de noche para trabajar con sus compañeros durante el día.

Aceptó encantada, por fin abandonaría la casa de sus padres, por fin tendría su soñada independencia. Cuando su mano firme y decidida se disponía a firmar, Carlos sujetó la muñeca de la muchacha y con una expresión de tristeza, desconocida en aquel rostro, le sugirió que lo leyese con calma, afirmando con la voz de un padre preocupado que nunca se debe aceptar un contrato antes de estudiarlo detenidamente. La joven, pensando que esa actitud era tanto como desconfiar de una gente que la trataba con afecto y respeto, se negó y garabateó su nombre y apellidos en aquella hoja.

Su primer día en el nuevo turno transcurrió como ella esperaba: mucho trabajo, mucho cansancio, pero con un ambiente agradable. Parte de su jornada la dedicó a enseñar a la nueva recepcionista las tareas que debería

realizar en la jornada de noche. Su sustituta, una joven de unos veinte años, desbordaba alegría por todos los poros de su piel –su primer trabajo, su primer sueldo, sus primeros sueños de independencia económica–. Al igual que un mes antes pasó con Ana, todo el personal se volcó en ayudar a la recién llegada, facilitando todo lo posible su adaptación al Hotel 66.

Finalizado su turno, Ana cogió sus pertenencias, guardadas en un armario de recepción, y siguió a sus compañeros hasta la cocina. El cansancio no le permitía pensar en deshacer las maletas para instalarse, se limitaría a buscar lo imprescindible para pasar aquella noche y, a la mañana siguiente, ya descansada y despejada, se ocuparía del resto.

El sonido de la llave en contacto con la cerradura devolvió a la joven al lugar en que se encontraba. De repente, su mente desenterró de sus últimos rincones el recuerdo de los extraños sonidos, provocando un pequeño temblor en sus manos. Al abrir la puerta, Ana observó que el lugar difería por completo de lo que había imaginado. Sin luz natural, carente de sol y energía, la estancia provocaba un frío intenso en el cuerpo y una gran angustia. En el centro de la sala habitaba un viejo sillón de mimbre, equidistante a dos puertas que daban acceso a lo que Ana supuso habitaciones de hombres y mujeres.

Situada a la cola del grupo, esperó pacientemente con su equipaje en la mano a que sus compañeras se dirigiesen a uno de los dos cuartos para seguir las. De repente, el vello de su cuerpo se erizó y su estómago se agarrotó con violencia.

Aquel sonido...

De reojo observó como uno de sus compañeros, un hombre alegre y bonachón, que trabajaba en la cocina, la miraba a los ojos y suplicaba su perdón a la vez que de su ser surgía el desconcertante sonido. El cuerpo del joven se deformaba como si su piel fuese un chicle usado a punto de formar un globo. La piel de su rostro se separaba de la carne manteniendo la misma forma. Brazos, piernas, tronco, todo su ser sufría la misma transformación.

Los ojos de Ana se negaban a parpadear, ¿qué era aquello?

Tratando de sobreponerse, giró su rostro hacia el resto de compañeros, el sonido pegajoso e irritante se repetía sin descanso a su alrededor.

«No puede ser cierto, esto es una pesadilla», repetía la joven como un mantra, mientras cerraba los ojos en un vano intento de ignorar su entorno. De repente un terrible pinchazo le recorrió el cuerpo desde la cabeza hasta los dedos de los pies, miles de pequeños alfileres clavaban sus afiladas puntas en su piel, marcando una línea imaginaria en su interior; Ana apenas podía respirar, agarrotada por el miedo y el dolor, cuando una mano invisible inmovilizó su cuerpo, sus músculos no respondían, se negaban a correr, huir, alejarse de aquel lugar.

Los siguientes segundos elevaron su sufrimiento hasta casi perder la razón; su piel se tensaba, se alejaba de sus huesos hasta que por fin se produjo aquel extraño y pegajoso sonido.

Una figura transparente, llena de dolor, la observaba en la distancia. Una voz melosa y zalamera brotó de las paredes.

—Bienvenida a tu nuevo hogar —dijo con ironía y sarcasmo—. Deseo que sea de tu completo agrado, ya que en él pasarás mucho, mucho tiempo.

Mientras los sonidos se filtraban por la pared hasta formar palabras y frases, Ana contempló cómo sus compañeros se dirigían a las habitaciones, los cuerpos opacos y sin vida entraban en una; y su luz, su fuerza, a la otra.

—Tu alma me pertenece para siempre, jovencita, me la regalaste en el documento firmado esta mañana, ¿lo recuerdas? Sí, es cierto, debiste leerlo. Este es tu futuro, durante el día tu alma regresará a tu cuerpo y podréis disfrutar la una de la otra, pero durante la noche os separaréis para que no olvides el dolor y la angustia que sufrirías si tratas de abandonarme. Tu espíritu me pertenece, y aunque tu cuerpo logre cruzar el umbral de la calle, lo hará solo. Como el resto, debes saber que mi generosidad es inmensa y os concedo una posible liberación, el día que existan cien almas en mi interior, la más antigua será liberada; así que ya sabes, trata bien a tu nueva compañera, para que desee pertenecer a nuestra familia y algún día serás una de las afortunadas.

Cuando el silencio reinó de nuevo en la estancia, Ana percibió cómo unas manos frías y sin vida sujetaban su cuerpo y lo empujaban al interior de un cuarto abarrotado de seres sin alma. Aquellos dedos largos y huesudos pertenecían a una anciana cuyo rostro, cruzado por infinidad de arrugas, se resistía a mirarla.

—Necesitaba el dinero, debía asegurar el futuro de mis pequeños; pero no pude devolver el préstamo y Él se quedó con todo y con todos. Mi alma fue la primera.

El último sonido de aquella maldita noche fue el crujir de un viejo sillón de mimbre al ser ocupado por su carcelera.

A la mañana siguiente, la vida en el barrio amaneció como cada día, con la misma fuerza y energía, con sus comercios, su alboroto, su tráfico, sus compras, nada había cambiado. Un paseante caminaba por la acera frente al extraño edificio, dispuesto a comenzar una nueva jornada, alzó la vista y le llamó la atención aquel cartel en el que nunca se había fijado. Susurró para sus adentros: «Hotel 67, qué nombre tan extraño».

## BARRIO DEL NORTE

Concepción Gonzalo Salomón

**E**n el barrio del Norte, apartado del centro urbano, no solían producirse novedades, pero aquella noche no sería como las demás.

Faltaban un par de horas para que amaneciera, el insomnio era la causa de que Carmen estuviera despierta delante del televisor.

Carmen era la solterona del vecindario. Los chavales, con burla, le decían: «Hoy no viene tu novio». No era ni fea ni guapa y su carácter tiraba a seco, quizás por su trabajo de auxiliar de biblioteca, acostumbrada al silencio. Su pasatiempo era leer novelas policíacas.

En el piso de arriba, el ambiente era diferente. Juan apostaba por el bullicio.

Juan, el del taller de motos, era un cuarentón separado y aficionado a usar su piso para reuniones pecaminosas. Cuando cerraba el taller, iba a la caza de copas y féminas y el jolgorio a altas horas solía alterar el sueño de la comunidad.

En el sillón, medio dormida, a Carmen le sobresaltó un ruido procedente del exterior. Acercándose a la ventana, observó un bulto en la acera. La iluminación era escasa, aunque parecía una persona. Su latido se aceleró de repente. Se disponía a bajar para comprobar qué era

o quién. Se paró, estaba precipitándose. Quizás no era lo que parecía. Volvió a la ventana, se asomó y comprobó que el bulto seguía inmóvil.

Bajó y desde el portal vio que era una mujer.

La policía y la ambulancia llegaron enseguida. Un vecino desde la ventana, preguntó al agente qué había pasado.

Con el revuelo, el barrio amaneció dos horas antes.

Juan volvía a casa cuando la ambulancia puso la sirena. Extrañado, pensó que había bebido demasiado. «Si aquí nunca pasa nada», dijo en voz alta, acordándose de la noche que algún vecinito llamó a los agentes del orden por exceso de ruido.

Hace unos meses, en una lujosa casa a 50 Km. de Paris, se celebró una fiesta privada con asistencia de personas con cargos relevantes, políticos y artistas. Yoana y su amiga fueron invitadas por un aspirante a actor que buscaba relacionarse... Le habían encargado llevar dos señoritas guapas y divertidas. En la fiesta no faltaban bebidas, manjares, ni sustancias tóxicas.

Yoana fue presentada a un caballero con el que bailó, habló y bebió hasta no recordar. Al día siguiente despertó en casa de su amiga. Ya en su casa, en el bolso encontró una tarjeta de visita que guardó en la cómoda.

Pasaron unos meses.

En la casa del barrio del Norte, el último piso lo alquiló un señor de buena apariencia. Yoana llamó al timbre del caballero. Cuando abrió la puerta, apenas reaccionó para preguntar: «¿Qué haces aquí?». Ella respondió que quería hablar con él.



Cuando le contó lo que pasaba, no salía de su asombro.

Visiblemente nervioso, pensando en voz alta soltó: «¡No puede suceder algo así!, ¡es un escándalo!, ahora que estoy en precampaña electoral. Dios mío, y mi esposa».

Con la mente bloqueada, el hombre tomó una terrible decisión. Sí, era la solución más segura, nadie lo relacionaría, parecería un suicidio.

### PRENSA LOCAL del día siguiente

Página de sucesos: la policía investiga posible suicidio de una joven, en el barrio Norte de Madrid.



## MI MOMENTO

Elena Jarrín Fariñas

**H**ace unos días me preguntaron en un juego de mesa cuál había sido la mayor ilusión de mi vida. No supe qué contestar y esa pregunta me dejó un poco inquieto el resto del juego, el cual, por supuesto, perdí.

Esa noche en la cama empecé a darle vueltas a la cabeza. Debería haber contestado que salir del pueblo con quince años, eso sí que me hizo ilusión, me iba a la capital, a trabajar, ya no dependería de mis padres ni de mis tíos, me tendría que pagar una pensión y mantenerme por mí mismo. No voy a decir que no fuera con un poco de miedo, porque estaba aterrado y tal vez eso no me dejó disfrutar del todo de ese momento.

Al día siguiente pensé que esa no hubiera sido la respuesta más sincera posible, ya que en mi vida habían ocurrido otras cosas que me habían ilusionado. Como soy bastante concienzudo en todo lo que me propongo, hice una lista de cosas por las que había sentido ilusión. Empecé por la que ya tenía en mente, aunque no consideraba que fuera la mejor:

- a)irme del pueblo
- b) Mi primer trabajo. Empecé de botones en un gran Hotel de Madrid. Puedo asegurar que había

propinas que te contagiaban una tremenda ilusión, aunque casi siempre llegaba a la pensión de la Sra. Felisa tan cansado que no podía ni pararme a disfrutar pensando en ello.

- c) El día que me ascendieron a recepcionista. Aunque coincidió con el fallecimiento de mi madre en el pueblo y no pude ni celebrarlo.
- d) Casarme con Nati. Ella era también del pueblo. Se vino a la capital tres años después que yo e hicimos muy buenas migas. Todos decían que éramos el uno para el otro, así que nos casamos. Ahora que medito sobre eso, en realidad no estaba muy ilusionado el día de la boda, aunque sabía que debía casarme porque si no a ella le rompería el corazón. Y debo reconocer que al final todo salió bien.
- e) Mi hijo Pablo. Me ilusionó su nacimiento, pero creo que en aquellos momentos lo único que estaba era preocupado, ya que Nati había perdido mucha sangre con el parto y temí quedarme solo en la vida cuidando de un bebé.

Durante varios días estuve dándole vueltas a la lista y cuanto más lo pensaba, más dudas tenía de haber sentido verdadera ilusión en esos momentos tan especiales pero a la vez tan delicados de la vida. Si lo analizo, en la mayoría de ellos había sentido miedo, tristeza, resignación, preocupación... pero no ilusión.

Como no soy una persona que tire la toalla con facilidad, rompí la primera lista y me dispuse a hacer otra,

pensando que la mayor parte del día la pasa uno en el trabajo, con lo cual allí podría encontrar cosas que me hubieran ilusionado:

- a) Mi primer sueldo. Aunque este era tan raquítico que no se si se podría considerar sueldo.
- b) La primera vez que empleé a alguien a mi servicio. No, esto no valía porque mi primer empleado había sido Valentín Cifuentes, que resultó ser un caradura y acabó robándome parte de los beneficios de la empresa.
- c) El primer día que dejé el negocio en manos de otro para irme a la playa con Nati y Pablo. Aunque ese día a Pablo le picó una medusa y nos pasamos la noche en vela poniéndole paños de agua fría en las piernas, ya que el médico tardó cinco horas en aparecer.

Pero no, esta lista no me convencía. Había habido muchos momentos gratos en el trabajo y muchas alegrías, por supuesto, pero todo aquello me lo había ganado sudando cada día doce horas y, si lo pensaba bien, ahora de nada me servía haber sido uno de los hombres más poderosos de esta ciudad.

Rompí la nueva lista al igual que había hecho con la primera. Tendría que hacer otra, pero esta vez lo tomaría con calma, iría apuntando cada día una cosa y durante todo ese día pensaría en ella y por la noche antes de acostarme decidiría si la dejaba en la lista o la tachaba. Así pasé quince días, apuntando y tachando:

- a) ~~mi antigua casa~~, un chalet en Las Rozas, con su jardín y su entrada para el servicio que, ahora que lo pienso, me dio más problemas que alegrías debido a un error de construcción que hacía que le entrara humedad.
- b) ~~mi perro Rufo~~, que hasta que perdió el olfato era el mejor perro cazador que he visto.
- c) el primer coche que me compré, un 600 de segunda mano bastante destartado, que el primer día se calentó y me dejó tirado a 10 km de casa.
- d) ~~el último coche que me compré~~, un mercedes 300 que nunca llegué a conducir ya que siempre lo hacía alguien por mí.
- e) el reencuentro con mis amigos de la mili veinte años después, aunque sentí que todos me tenían un poco de envidia y no me trataban como a un igual.
- f) ~~la Traviata~~ de G. Verdi, interpretada por María Callas. A esta ópera tuve que ir solo, ya que Nati padecía de migrañas que la dejaban en cama durante días enteros.
- g) ~~la llegada de los ordenadores~~, con los que la contabilidad se hacía mucho más fácil.
- h) ...

No, esto tampoco me había generado verdadera ilusión. No me quedaban muchos más recursos, así que rompí la última lista y por primera vez en mi vida me rendí.

Nunca había sentido qué era estar derrotado y no podía dejar de pensar que la vida me había ganado la

batalla. Necesitaba distraerme con algo, así que me dirigí a la biblioteca en busca de un buen libro en el que sumergirme.

Subí a la segunda planta, lugar que no solía frecuentar excepto para ir a buscar libros, habitualmente me mantenía en la primera por rutina y allí centraba mi vida. Llegué a la biblioteca y vi a una mujer que estaba sentada de espaldas a la puerta. Me acerqué y observé que no leía. Estaba bordando un cuadro infantil. Ella, al percatarse de mi presencia, se giró y me miró fijamente a los ojos con una mirada cálida, tranquila. Era la mirada de alguien que dispone de todo el tiempo del mundo y no tiene prisa por vivirlo. Recuerdo que pensé que en sus ojos azules parecía reflejarse el mar.

Me quedé parado un buen rato mirándola. Pelo color miel, largo, recogido a la altura de los hombros, y unos ojos que parecían dejarme hipnotizado. Permanecí así hasta que mi mente empezó a insinuarme que debía decir algo:

—Perdón no quería molestarla —dije torpemente.

—No me ha molestado, todo lo contrario, me encanta tener compañía. ¿Cómo se llama?

Hacía mucho tiempo que nadie me preguntaba mi nombre. Los enfermeros solo te preguntan tu número de habitación.

—Mateo, ¿y usted? —logré contestar, a pesar de que la saliva parecía espesarse en mi boca.

—Teresa.

De esta conversación hace exactamente veintiséis días y ahora sé que tengo una gran ilusión por algo en la vida,

algo que no había tenido hasta hoy. La ilusión de vivir cada día, cada minuto que me queda al lado de Teresa y ningún otro sentimiento me lo va a eclipsar. Después de diez años en un asilo, a ocho días de cumplir los ochenta y tres y con un hijo y unos nietos a los que apenas veo. Ya no tengo que preocuparme de nada, más que de mí. Por fin, es mi momento.



## EL LUGAR MÁS BONITO DEL MUNDO

Isabel Jiménez Romero

**L**as bombas también han destruido la escuela. En medio de los escombros, asoma el mapa del mundo. He cogido un trozo y me lo he guardado en el bolsillo. Samir no ha querido nada; este año iría por primera vez a la escuela. Protesta. Yo le digo que esto pasa porque estamos en guerra.

Al llegar a casa, mamá y papá nos reciben cariñosos y nos dan muchos besos. Mamá se ha puesto a llorar y papá habla como si estuviera alegre. En el umbral se encuentran los bultos. Al poco, nos animan: «¡Daos prisa, niños; se nos hace tarde!». Papá dice que vamos a un país donde las escuelas son respetadas y no caen bombas sobre ellas. Papá cuenta maravillas de ese país, y yo me lo imagino lleno de jardines y campos de fútbol. Según mamá, dormiremos en camas blanditas sin el ruido de los aviones. «Ya veréis, niños... es “el lugar más bonito del mundo”», asegura. Me da pena tener que dejar nuestra casa y los libros que me regalan por los cumpleaños. «No te preocupes, Lina: ¡tendréis libros interesantes!». Y de pensar en los libros nuevos y en ese país tan bonito casi se me olvida la escuela destrozada.

Mamá ha cogido en brazos a Samir. En cambio, yo, que soy mayor, debo portear un hato. «Tú eres fuerte,

Lina, seguro que podrás». Papá prefiere llegar a cualquier parte antes de que aparezca la luna. Samir tiene suerte: al menos no tiene que llevar peso ni caminar todo el tiempo.

Poco a poco nos vamos alejando... No me importa: ya no me gusta mi ciudad. Antes, las personas bailaban y se gastaban bromas. Ahora, nadie pasea tranquilamente por las calles, las tiendas se encuentran cerradas, los niños no juegan... Y, sin escuela, es una ciudad fea y oscura.

\* \* \*

El sol ha aparecido muchas mañanas y la luna se ha vuelto a esconder. Mamá se queja de la espalda, y a mí, me hacen daño los zapatos. Papá insiste en que no vale quejarse porque así perdemos fuerza. Y sin fuerza no podemos pasar la frontera. Mi hermanito duerme o llora según le viene; él no se imagina cómo es una frontera. Al fin llegamos. Papá saca su dinero y se lo entrega a unos hombres. Y los hombres nos indican el agujero por dónde tenemos que pasar. «Primero saltaréis vosotros y yo os seguiré», organiza papá. Mamá se cubre la cabeza con el pañuelo y tapa a Samir con sus ropas. Samir se queja y, de pronto, se le oye llorar, ¡parece que se ha pinchado en la cara! Luego, aprovechando que el hueco se ha hecho más grande, me escurro al otro lado.

Seguimos caminando; no dejamos nunca de caminar... hasta que mi hermano y yo nos caemos de sueño. Y así un día tras otro. Cada mañana, al despertarme, lo primero que hago es mirar el mapa que guardo en

el bolsillo. «Mira, Lina, ves este puntito. Pues ahí se encuentra el país adonde nos dirigimos», reseña papá dibujando con su dedo una cruz sobre el mapa. Por el camino nos unimos a otros hombres y mujeres y niños. Se nota que están cansados, igual que nosotros.

«Papá, ¿por qué no cogemos el tren?», «No preguntes, Lina, y haz lo que te digo». Y él me ha ayudado a subir al camión. Los hombres se pelean apartando a los demás, y las mujeres esperan cuidando de sus niños. Al final, hemos conseguido un espacio entre las cajas. Papá se ha quedado fuera. «¡Papá, papá!», lo llamo. Huele mal: Samir tose. Dentro está oscuro y casi no puedo respirar. Solo tengo ganas de salir, y ya no me interesa ese país tan bonito.

Tan pronto se detiene el camión doy un salto sin esperar a mamá. «¡Lina!», escucho una voz: ¡es papá! Sucio, la cara tiznada... no parece él. «He viajado en el motor», me revela al oído. Y enseguida se pone a ayudar a los otros. Mamá baja con Samir en su regazo. No llora pero su cara está pálida. «¡¡Mi hijito, mi hijito!!». Papá se abraza a mamá y deja caer su cabeza sobre el pecho de Samir. «Ha sido la voluntad de Dios», dice arrodillándose ante el cuerpo de mi hermano que ahora yace en el suelo. Mamá no llora; se golpea el pecho y su cara se ha vuelto blanca de luna. Pienso en Samir: ya no irá a la escuela. Después de despedirnos de mi hermanito, nos hemos puesto en camino.

«Saca tu mapa, Lina —me indica papá—. Solo nos queda este poquito...». Mamá no pone atención ni se queja de su espalda, y yo no quiero saber nada de mapas

ni de ese país. Al final, se me han roto los zapatos y mamá me ha vendado los pies con las tiras sacadas de su pañuelo. Papá camina delante. Mamá y yo lo seguimos, siempre mirando al cielo por si vemos aparecer a Samir entre las nubes, igual que hace el sol.

\* \* \*

El sonido del tren viene de lejos, y el aire huele a hierba fresca. El tren nos espera. Largo y de color azul va sonando su silbato. «El tren con destino al país más bonito del mundo permanece estacionado en vía tres...», se oye por el altavoz. De pronto, a mamá le ha vuelto el color de sus mejillas, papá ha soltado un «¡viva!». Y yo me encuentro alegre, también por Samir.

*El mapa es grande, es un mapa casi nuevo donde cabe todo el mundo. Me gusta la pizarra y los pupitres y el patio y los demás niños y el maestro... Seguro que Samir estaría contento de venir a un colegio como este. Y aunque yo también lo estoy, conservo mi trozo de mapa por si algún día nos da por regresar a nuestra casa cuando la guerra haya terminado. Y sin guerra y con escuelas para los niños, mi país volverá a ser «el lugar más bonito del mundo».*

## UN NUEVO HORIZONTE

Manuel López Argüelles

Frente a mí, la puerta estaba cerrada, siempre estaba cerrada. Nunca me había atrevido siquiera a intentar abrirla. Me daba miedo, me sentía inseguro, vivía confortablemente en mi pequeño mundo, donde encontraba todo cuanto necesitaba, o así al menos lo creía.

Un día y otro miraba y veía. Eran altos, esbeltos, de colores y sobre ellos estaban ellos también, moviéndose como llevados por el viento pero yo no me atrevía, volví sobre mis pasos y siempre me decía: No puedes, no puedes, ni siquiera lo pienses. Así el tiempo fue pasando, una semana, docenas de semanas, docenas de años, hasta que llegó el día.

De repente, frente a mí, la puerta estaba abierta. Me acerqué con temor, pero me acerqué. El aire acariciaba todo y a todos, recordé en aquel preciso instante todo lo aprendido en las docenas y docenas de tiempo.

Me estiré, me alisé y de un salto subí al muro. Todo parecía más cercano, más real, con más vida. Comencé a temblar, no se bien si por el frío o por mi propio frío, esa helada sensación que te recorre cuando el miedo forma parte de ti. Respiré una y otra vez para intentar tranquilizarme hasta que un impulso natural me empujó y lentamente comencé a caer.

Sin pensarlo, me desplegué y ahora era el aire quien me sostenía, la emoción era tan grande que mi corazón apenas tenía tiempo para palpar. Tras el primer minuto, comencé a recobrar el ánimo y un inmenso disfrute se extendió por todo mi ser. Todos estaban allí, esperándome, el mundo que tantas veces había imaginado ahora se volvía real y era yo quien formaba parte de él.

No pasó mucho tiempo hasta que encontré mis primeros amigos. Eran similares en forma y colores, pero llenos de cicatrices que la vida les había ido dejando a su paso. Yo, sin embargo, era nuevo, sin heridas, sin marcas pero también sin vida vivida. Como si nos conociéramos de tiempo y tiempo, de docenas y docenas, comenzamos a hablarnos y les conté la nada que había hecho hasta entonces. Ellos, sin embargo, compartieron conmigo cientos de historias, algunas alegres y otras muchas impregnadas de dolor. Su vida no había sido fácil como la mía pero habían sobrevivido disfrutando en lugar de vivir penando.

Después de horas y horas, nuestros estómagos estaban llenos de aire y nuestra naturaleza nos animó a emprender un nuevo viaje, me limité a seguirlos, estaba seguro de que fuera donde fuéramos, sería un buen lugar, confiaba en ellos y no lo dudé ni por un instante.

Transcurrió poco hasta que llegamos a una casita distinta de todas las demás. Sus ventanas eran amplias, sus paredes robustas, cinceladas por el pasar del tiempo, sus colores eran limpios y sus moradores también. Mis amigos, inquietos, se colocaron cada uno en su lugar y yo busque el mío. Miraban a todos lados como si del cielo

fuera a caer algo y de repente, tras un cristal, otro cristal, divisé a alguien que comenzó a lanzar delicadamente nuestro alimento, nuestro sustento. Mis amigos, nerviosos como cada día, esperaban este mágico momento. Nuestro amigo desconocido siempre era fiel a su cita, compartiendo su pan para darnos vida.

Confieso ahora que ser pájaro, ser gorrión, nunca ha sido fácil a pesar de que pueda parecerlo.

El tiempo fue pasando a docenas y docenas y cada día me sentía mejor, más ligero, más ágil, más diestro en el noble arte de planear. Debo reconocer que ocasionalmente me caí, me golpeé contra alguna cornisa y también contra los altos, esbeltos y coloridos árboles que veía tras el cristal, pero gracias a ellos, aprendí a esquivar, a levantarme de nuevo y, verdaderamente, a saber volar.

Todos los días íbamos a ver a nuestro amigo. Allí estaba, esperando el instante de saludarnos a todos con su silenciosa sonrisa, lanzaba su pan y respetuosamente se retiraba para dejarnos estar.

Algo comenzó a moverse en mi interior para acercarme a él y agradecerle con mi canto sus cuidados. Lo pensaba una y otra vez cuando lo veía porque siendo gorrión es necesario ser esquivo, pero, sin embargo, aquel hombre era diferente, sencillo de apariencia, sin intención de atraparnos, de hacernos daño.

Llevado no sé bien porqué, otro nuevo impulso me llevo frente a él. Nos miramos sorprendidos, incluso diría que estaba más desconcertado que yo, hasta que su rostro comenzó a cambiar lentamente, dibujando una

amplia sonrisa. Me sentí orgulloso por haberme atrevido, mi pecho comenzó a hincharse en toda su extensión, para que pudiera ver lo que un gorrión podía llegar a ser. Comenzamos a hablarnos, sí, a hablarnos y también a cantarnos, milagrosamente nos entendíamos entre notas y palabras.

Mis amigos se fueron pronto, siempre deseosos de volar y volar pero yo me quedé y así pasamos todo el día, entre palabras y cantos hasta que llegó la noche. Rendidos ambos, me apoyé en su hombro y con extrema delicadeza me llevó y recostó a su lado.

Soñé como nunca había soñado, quizás porque mis miedos, los que había tras el cristal, se habían esfumado llevados por el mismo aire que me había traído a este lugar, quizás, porque había encontrado mi nido, en la casita de paredes robustas, cinceladas por el pasar del tiempo donde aquel hombre habitaba esperando siempre mi regreso para hablar y cantar.



## VUELVEN

Adrián Martín Ceregido

**Z**arandeado por un pánico desconocido para mí, comienzo a deslizar el bolígrafo sobre el primer folio arrugado que he encontrado. Me guía una frenética desesperación. Dudo si podré acabar el relato que ahora comienzo. De un momento a otro puedo enloquecer, y puede la locura impedirme continuar mi historia.

El tiempo apremia. Debo empezar, pero no consigo ordenar los acontecimientos en mi cerebro. Necesito tranquilizar mis nervios, que son, a la vez, los causantes de que las palabras plasmadas sobre el papel parezcan garabatos, alambres retorcidos sin ningún significado.

Comenzaré en el instante en que me asaltó la desafortunada idea de ir a pasear. ¡Nadie sabe cuánto me arrepiento de ello ahora!

El día ha sido un lento vacío. Vagando entre el abandono de mi casa, pensaba en cómo ocupar mi tiempo, con la inefable sensación de que hiciera lo que fuese, nada podría complacerme. Siempre he tenido la necesidad de que mi vida rebose actividad. Nunca he soportado la soledad, nunca anhelé ocasionales momentos de tranquilidad, de apacible sosiego. Tal es mi actitud en ese sentido que todas las noches, sin excepción, cuando llega el momento de acostarme, y sea la hora que sea, no me resigno a que

el día acabe, a sumergirme en ese adelanto de la muerte que representa el sueño. Y con cierta angustia busco algo que hacer, y atroz es mi desesperación si no lo encuentro.

Al filo de la medianoche sentí un inesperado impulso, la necesidad imperiosa de escapar del rutinario ambiente de las habitaciones de mi casa. En aquel momento no llegué a discernir la verdadera razón. Y es que más tarde, demasiado tarde, comprendí que ya entonces me hallaba bajo el influjo de un poder desconocido e innombrable que me arrastró a su antojo.

¡Percibo cómo la locura se extiende por mis venas! El mero recuerdo de lo acontecido me sobresalta y, al menos, evita que me rinda a esta demencia invasora. A pesar de todo, debo proseguir.

Tras sentir el misterioso y repentino estímulo relatado, fui como un títere movido por unas manos perversas. Sin darme cuenta, me vi en la calle. La noche era cerrada, sin estrellas, la mortecina palidez de una luna menguante apenas representaba claridad alguna.

No hubo duda ni vacilación alguna, en la silente atmósfera nocturna comencé a avanzar, con lentitud, sin rumbo fijo, o al menos eso pensaba yo. Bajé las escaleras que desembocan en la iglesia. Permanecí un rato bajo la rotunda robustez de sus paredes de piedra. Sus arbotantes se me antojaban las patas de una inmensa araña, mientras su rosetón parecía un ojo vigilante, condenado a estar siempre abierto. Una sensación amenazante me impulsó a continuar mi camino.

Avancé en la calígene de la noche. Recuerdo que durante un segundo pensé en volver, pero al momento

sentí con mayor nitidez que algo me arrastraba, tiraba de mí. Sin duda, esa fue la última oportunidad que tuve de deshacer el hechizo, la última oportunidad de salvarme; si lo hubiera logrado, no me encontraría en este estado, al borde de la paranoia como de un acantilado, irremisiblemente perdido, y abocado a una desgracia inimaginable.

Poco a poco me acercaba a la playa, recorría las sinuosas callejuelas empedradas, escuchaba con perfecta nitidez los pequeños ecos de mis pisadas. Recordaba cuántas veces había realizado el mismo trayecto, pero ¡qué distinto era ahora! Cada vez se iba haciendo más lóbrego, más tenebroso; multitud de sombras, nunca antes percibidas, comenzaron a inquietarme. Al mismo tiempo un incipiente viento sibilaba entre los callejones como nido de serpientes.

Superé la última esquina de la última casa, y ante mí pude percibir la línea del horizonte en la infinitud del océano y el sonido de las olas rompiendo en la orilla, mientras paladeaba el poderoso olor a salitre. Me mantuve un rato quieto, a la expectativa de algo que no llegaba, antes de saltar a la arena cobriza de la playa.

Y fue en ese preciso instante cuando comenzó. De repente, sin transición, el paisaje cambió, todo se transformó y empezó el tormento por el cual estoy ahora prostrado en un rincón de mi habitación, temblando como un niño, empuñando el bolígrafo con manos crispadas que muevo imprecisa, frenéticamente.

La tempestad se desató vertiginosa, de inmediato quedé empapado; los truenos eran estridentes, grandiosos,

parecía como si antes hubiesen sido aplacados contra su voluntad de alguna forma, y tras rebelarse, surgieran con toda una fuerza y malignidad extraordinarias. Poco después, el mar empezó a transformarse. Las olas eran cada vez más altas, más amenazantes; en la oscuridad casi absoluta se intuían como cornisas de granito avanzando hacia la orilla. Los estallidos al chocar contra las rocas de los laterales de la playa simulaban el fragor de cien batallas.

Yo asistía paralizado a tal promiscuidad de fenómenos naturales, erguido pétreamente en el centro de la playa. Por un lado, perplejo, confundido, sin comprender lo que estaba sucediendo. Por otro, aterrado, atezado por un pánico que no me permitía reaccionar. Todo mi cuerpo permanecía rígido y un frío de muerte lo recorría de un extremo a otro. Las olas, los truenos, el vendaval, los relámpagos, la espesa lluvia, y los rayos en alta mar, parecían conformar un único sentir de algo aún más terrorífico, de algo que no iba a tardar en hacer su aparición.

No puedo evitar hacer un pequeño paréntesis, casi no me atrevo a describir lo que mis ya aturcidos y desorbitados ojos presenciaron. Pero debo continuar sin dilación, presiento que me queda poco tiempo.

No lo vi hasta que fue evidente. Y cuando lo hice no podía dar crédito. Mi razón me gritaba que era un espejismo. ¡Un cuerpo humano salía del mar! De inmediato experimenté unos deseos arrebatadores de huir, pero algo me retenía adherido a la arena. Aquello se acercaba, y mientras tanto otro bulto oscuro aparecía tras

él. ¡No podía creerlo, y sin embargo sabía que era real! Poco a poco más cuerpos surgieron del infernal océano y aunque las formidables olas rompían contra ellos, no parecían sentirlos. Al menos, sus movimientos eran lentos, al contrario de mi espanto y ansiedad, que crecían desaforados con una rapidez inusitada.

¡Cuántas veces, en tan pequeño lapso de tiempo, maldije el momento en que salí de casa! Atendí la llamada de aquel horror y ya era tarde, ya sólo me quedaba la apremiante necesidad de reaccionar para alejarme cuanto antes de todo aquello.

Pero seguía incapaz de dar un maldito paso. Vaharadas despedidas por aquellos pútridos cuerpos nublaban mi entendimiento. Se iban acercando y cada vez eran más visibles. Su ropa estaba hecha jirones, el viento la separaba de sus cuerpos haciéndola ondular enloquecidamente. Algunos de ellos carecían de algún miembro, y las heridas aparecían sangrantes como si acabaran de ser producidas. Así y todo, lo peor, sin duda alguna, eran las caras. Aparecían desencajadas, deformadas, incompletas, irreales. Con una expresión por completo deshumanizada; los ojos vacíos, fijos; las bocas desdentadas, entreabiertas; la lengua asomando amoratada como la de un ahorcado.

Eran todos los espectros del abismo, ahogados y naufragos, que por alguna desconocida razón volvían muertos al reino de los vivos.

Entonces reparé en uno de ellos. Acababa de levantar un brazo hacia mí, como señalándome, lo cual me hizo reaccionar y por vez primera pude separar los pies de

la arena y dar un par de titubeantes pasos. Retrocedía cuando recibí el último y en cierta medida más intenso de mis sobresaltos. ¡Reconocí aquel contrahecho cuerpo! Me quedé de nuevo paralizado, observándolo. Era un viejo pescador, amigo de mi padre, al que conocí de niño. Un amanecer salió a pescar y ya no volvió jamás. Hasta hoy. Recuerdo que le apreciaba, pero hace un momento, en la playa, aterido de frío, inmóvil por efecto del pánico cuando alzó los brazos como en demanda de socorro, le di la espalda. Le di la espalda y corrí, por fin, desesperado, con su imagen prendida en mi imaginación, imborrable y delirante.

Ni una sola vez volví la mirada; tropecé varias veces, pero nada más caer volvía a levantarme con una rapidez aún más acuciante.

Ahora estoy en casa. En mi cabeza sigo viendo al viejo pescador con absoluta nitidez. Y espero. Espero el sonido de sus dubitativos pasos fuera de la casa de un momento a otro, ya que ¡oh, Dios!, aquel viejo pescador sabía dónde vivo.

## EL REGALO

Reyes Martínez Hernández

« **S**ergio corría sin parar, no tenía escapatoria. El enmascarado era mucho más ágil que él. Le daría alcance enseguida, pero no se iba a rendir. Al menos, se lo pondría difícil...».

—¡Marina! ¿Te apetece otra visita al director? Me la estás pidiendo a voces —estalló Marcela, la profesora de literatura.

—No... lo siento, estaba un poco distraída. No volverá a pasar, lo prometo.

—Estabas escribiendo tus chorradas, como siempre, ¿no?

—¡No, no, qué va! —replicó Marina mientras cerraba rápidamente su cuaderno y lo ponía a buen recaudo bajo sus libros—. Solo estaba distraída, de verdad.

—Bien, entonces no te importará que me quede el resto de la hora, ese cuaderno que acabas de intentar esconder ahí debajo, ¿no?

En aquel momento, Marina se sintió igual que Sergio, su personaje. No tenía escapatoria. Además, su profesora muy bien podría ser el misterioso enmascarado, porque llevaba una capa de maquillaje que casi parecía haberse solidificado produciendo el mismo efecto que

una máscara. Aunque muy ágil no parecía. Su cuerpo era igual que un espárrago con alambres que hacían de brazos y piernas. Y el pelo... parecían miles de muelles que le hubieran tirado encima de la cabeza.

El resto de la hora intentó atender a todas las estupideces que decía Marcela, que eran unas cuantas. Juan, su mejor amigo, parecía tan aburrido como ella. Se conocían desde el primer día de guardería, hacía ya mil años. Había que reconocer que no estaba mal, pero no era él quien quitaba el sueño a Marina. Ella estaba enamorada de Félix, sentado cuatro mesas más atrás. Un chico extrovertido, alegre y maleducado, que con solo chasquear los dedos estaba rodeado de las chicas más populares del instituto. Es decir, inalcanzable, al menos para alguien como Marina, tan normal y despistada. No resulta interesante para alguien como Félix, una chica a la que quitan el cuaderno un día sí y al otro... tres veces.

Al acabar la interminable clase de literatura, Marina intentó recuperar el cuaderno sin éxito. Genial, tendría que volver a empezar. Y ya era la quinta vez que empezaba ese relato.

—Marina, ¿te vienes esta tarde a merendar? —preguntó Irene, su gran amiga y novia de Juan.

—¿Esta tarde? Pero... ¿te has olvidado de...?

—¡Ja, ja! Tonta, era broma. ¡Cómo vamos a faltar a tu cumpleaños! A las cinco en punto estaremos allí, aunque tenga que quedar con Juan a las tres para que llegue a tiempo.

Marina se despidió de sus amigos sonriendo, nunca fallaban. Al llegar a casa, lo primero que llamó su



atención fue un paquete rojo con un gran lazo azul. Encima, una nota de su hermana escrita con prisas: «Esto llegó esta mañana, no ponía remite. Nos vemos a las cinco. ¡Felicidades, canija! Ana.»

Comenzó a abrir el paquete, era su primer regalo de cumpleaños y se sentía emocionada. Se trataba de un libro antiguo con las cubiertas de piel. Lo primero que llamó la atención de Marina es que no tenía título, pero al abrirlo también descubrió que estaba en blanco... ¡Claro! Seguro que era el regalo de su padre, así la animaba a escribir. Pues estaba decidido. Escribiría su primera novela en él. En ese momento vio que la luz del contestador parpadeaba y pulsó el botón. «¡Felicidades princesa! –exclamaba la voz de su padre–. Tengo una sorpresita para ti...y el viernes que viene te la daré en persona. ¡Una semanita de vacaciones! ¿A que es genial? Luego intentaré volver a llamar a ver si te encuentro en casa. ¡Hasta el viernes!».

¡Papá venía por fin! Solo quedaban siete interminables días. Desde que se fue a Bangladesh hacía ya seis meses, solo había podido venir una vez a verlos. Le echaba tanto en falta...

A las cinco menos diez estaba ya comiéndose las uñas. No tenía ni idea de lo que habían preparado sus amigos en esa ocasión. Cada cumpleaños era siempre diferente. Cuando oyó al timbre, voló hacia la puerta y, al abrir, casi se cae hacia atrás de la impresión. Allí estaban sus amigos disfrazados de vampiro y hombre lobo y Marina no sería menos. Irene le tenía preparado un traje de viuda negra que le quedaba “de muerte”.

Llegó a casa después de medianoche, exhausta. Tras una ducha rápida, se puso el pijama y miró sus regalos. El reloj que le había regalado su hermana Ana era exactamente como el que ella quería. El resto de los regalos también le habían gustado, pero sus ojos se fijaron en el libro. Lo abrió y cogió un bolígrafo, después se dejó llevar. Había que encontrar un título, era lo más difícil. Y cerró los ojos para poder pensar.

A la mañana siguiente se despertó muy tarde. Su madre estaba trabajando, su hermana había ido a un partido de voleibol y su hermano pequeño, Alex, estaba en el salón leyendo.

—¡Hola, hermanita! ¿Qué tal el cumple? Cuando fui a felicitarte estabas como un tronco. Oye, te he cogido esto, espero que no te importe. Me parece genial. Es lo mejor que has escrito hasta ahora. Y ya sabes que a mí me encanta todo lo que escribes.

—¿De qué estás hablando? Ese libro no tiene aún nada escrito. Anoche comencé a escribir y me quedé dormida al momento —respondió Marina—. Creo que solo puse el título.

—Ya, pues, vaya título más largo. Nunca había visto un título que ocupase dieciocho folios —ironizó su hermano menor.

—¿Qué? ¿Dieciocho folios? ¿Estás loco o qué? Déjame ver —dijo Marina mientras su hermano le daba el libro—. Pues sí... es mi letra y ayer no había nada escrito. Lo debí escribir por la noche, pero la verdad es que no lo recuerdo.

—Vaya, me parece que alguien bebió alguna copita de más en su fiesta de cumpleaños...

Marina no se lo podía creer. Se puso a leer lo que había escrito, pero no lo reconocía. Era muy bueno, de lo mejor que había leído jamás. Ya le gustaría que de verdad fuera suyo, pero... debía serlo. ¿Quién lo había podido escribir si no? Desde luego la letra era suya, pero era incapaz de recordar nada...

Por la tarde empezó a escribir otra vez. Intentó seguir por donde se había quedado, pero no le gustaba nada de lo que se le ocurría, nada de lo que escribía era la mitad de bueno que lo que había escrito por la noche. Y, agotada, se fue a dormir. Por la mañana se quedó desconcertada. Todas las hojas que había arrancado del libro, por la tarde habían desaparecido. Ella recordaba perfectamente haberlas dejado por allí tiradas. Posiblemente su madre habría entrado a darle las buenas noches y al ver ese desorden lo habría recogido. Pero cuando abrió el libro empezó a asustarse de verdad. Había cuarenta y nueve hojas escritas. Estaba segura de haberse dormido y haber cerrado el libro antes de acostarse. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Acaso estaba escribiendo en sueños? Pues escribía mejor que despierta. ¿Sería sonámbula? La primera escritora sonámbula de la historia. No sonaba nada mal. Sin darle mayor importancia, bajó al salón donde estaban sus hermanos y su madre.

El lunes, vuelta a clase. Su padre solo tardaría cuatro días en venir. Estaba tan impaciente que cada minuto le parecía una hora. Y las clases tampoco ayudaban mucho. Cada vez eran más aburridas y repetitivas. Y para rematar, Félix no había acudido a clase, ¿estaría enfermo? Marina se imaginaba cuidándole y mimándole,

llevándole un caldo de pollo calentito y leyéndole un libro. Y él estaría tan agradecido que, por supuesto, querría verla de nuevo y... ¡Despierta, Marina! ¿Qué tonte-rías estás pensando? Él ni siquiera sabe que existes.

Hacia las once, el director se acercó a la clase de Marina. Era bastante inusual que aquel personaje se mezclara con los alumnos, así que esperaron en silencio a que hablara. De repente, un escalofrío recorrió la columna vertebral de Marina. No estaba segura de si el presentimiento lo sentía por la presencia del director o por su manera de sudar copiosamente, pero era obvio que algo muy grave había pasado.

—Muchachos, vengo a deciros algo muy importante. Ha ocurrido algo terrible. Siento comunicaros que un compañero vuestro fue asesinado ayer por la noche cuando volvía a su casa. Ha sido una gran tragedia. Es muy importante que si alguien cree que vio algo inusual o fuera de lugar, sea lo que sea, me lo diga para que nos pongamos en contacto con la policía.

Marina no podía ni pensarlo. No podía ser Félix. Seguro que era de un alumno de otra clase y el director estaba dando la noticia por todos los cursos. Seguro que era eso.

—Vuestro compañero Félix —prosiguió el director—, recibió dos disparos en el pecho ayer por la noche. Murió en el acto. Esto es lo que debemos pensar todos, que al menos no sufrió.

En aquel momento, Andrea, la actual novia de Félix, se desmayó. Marina aguantó como pudo. Andrea tenía derecho a desmayarse, al menos a los ojos de los demás,

ya que salían juntos. Pero una persona que está enamorada en secreto de otra, debe desmayarse en secreto también, no delante de toda la clase. Así que Marina aguantó, ni siquiera lloró. Guardó sus lágrimas para verterlas en la seguridad de su habitación por la noche, cuando nadie la viera.

Entonces se percató de que el libro que le había regalado su padre sobresalía de su mochila. No podía ser, estaba totalmente segura de haberlo dejado en casa. Además, la noche anterior se había ido a la cama derecha, sin escribir algo antes.

Pero lo abrió. No sabía por qué, pero necesitaba abrirlo. Con horror descubrió que ya eran 139 las páginas escritas. ¿Cómo era posible? Definitivamente se estaba volviendo loca. No fue capaz de aguantar las clases el resto de la mañana, así que volvió a su casa. Allí sí se permitió llorar. Parecía haber guardado lágrimas durante años para poder soltarlas ese día. Cuando se calmó un poco, se tendió en la cama y abrió el libro. Necesitaba pensar en algo que no fuese Félix. Pero nada más empezar a leer...: «Félix volvió a ver aquel coche. Era la tercera vez en esa semana que ese coche estaba aparcado ahí. Estaba seguro. ¿A quien estarían vigilando? ¿Y por qué? Si en ese barrio nunca pasaba nada...».

Vaya. Parece que esas tres noches las pasó escribiendo sobre Félix. Bueno, no era tan raro. Pensaba constantemente en él durante todo el día y los sueños son libres, así que mientras escribiese dormida... ¡Cómo no iba a ser sobre Félix! Lo importante era saber lo que había escrito, así que se dispuso a leer con calma. Pero cada vez

se ponía más y más nerviosa, hasta que llegó a una parte que le provocó un ataque de histeria que hizo que se acurrucara en un rincón después de dejar su habitación en un estado lamentable. Cuando consiguió tranquilizarse de nuevo, cogió el libro y leyó ese párrafo que la había puesto tan nerviosa otra vez: «Félix estaba a punto de llegar a casa. Estaba seguro de haber despistado al misterioso encapuchado, así que caminaba tranquilo. No había sido tan difícil después de todo. De repente, su corazón se contrajo. Delante de él estaba la figura siniestra que llevaba dos días persiguiéndole con esa horrible capucha siempre puesta. Decidió plantarle cara, él no era ningún cobarde. Pero entonces el encapuchado levantó la mano hacia él. Félix notó dos pinchazos muy fuertes en el pecho y la noche lo envolvió. Antes de llegar al suelo todo había terminado para él.»

Las lágrimas corrían libremente por el rostro de Marina. El resto del día lo pasó en la cama tras volver a organizar su habitación como pudo. No quería tener que dar explicaciones. Que asesinen a un simple compañero de esa manera es motivo suficiente para que alguien pase el día en la cama, pero destrozarse la habitación era otra cosa.

No estaba segura de lo que había ocurrido. ¿Había escrito aquello después o antes de que ocurriera? Si era después no tenía ni idea de cuándo o cómo lo había sabido. Si era antes, bueno, para eso no tenía explicación posible, pero sí podría controlar lo que escribía para que nadie saliera perjudicado. Al menos nadie a quien ella quisiera.

Salió a la calle con el libro bajo su chaqueta. Se fue en silencio. Buscó un sitio apartado y lo quemó. Sí, aquel precioso libro encuadernado en cuero que le había gustado tanto cuando lo tuvo en sus manos. Aquel diabólico regalo de su padre estaba ardiendo delante de ella. Esperó a que no quedase ni una sola hoja sin quemar y se marchó a casa. Estaba mucho más tranquila.

Disimuló delante de su madre tomando un par de bocados de la cena, después una sonrisa falsa de vez en cuando si la ocasión lo requería y subió a su habitación. Se metió en la cama y apagó la luz, pero nada más hacerlo pensó que algo estaba fuera de lugar. Algo en su habitación no estaba como debería. Encendió la luz y recorrió cada rincón de su cuarto con la mirada, que se quedó clavada en su escritorio. El libro estaba allí. ¡Era imposible! Ella misma lo había quemado. Se acercó cautelosa y lo abrió. Miró las últimas páginas escritas y sus ojos se quedaron mirando un solo nombre: Martín, su padre. En aquellas hojas ponía que iban a matar a su padre mientras se dirigía al trabajo en su coche. No podía permitirlo.

—¡NO! ¡Papá, no! –gritó Marina cogiendo su móvil–. Vamos, papá, contesta. ¡Contesta!

—¿SI? – dijo una voz somnolienta al otro lado de la línea.

—¿Papá? ¿Papá, estás bien? – preguntó Marina con cautela.

—Marina, cariño. ¿Que si estoy bien? Claro, ¿por qué no iba a estarlo? ¿Y tú? Me ha contado mamá lo de tu compañero de clase. Debe haber sido horrible, princesa. No salgas sola a la calle, ¿vale?

—Papá, el libro que me enviaste... bueno, no sé cómo explicártelo. Es... raro.

—Mira, cariño, es tarde. Los dos tenemos que descansar. Mañana te llamo y hablamos, ¿vale?

—Vale, papá –Marina dudó un instante–, pero prométeme que mañana cambiarás de ruta para ir a trabajar, ¿lo harás?

—Pero, hija, ¿qué más da? ¿Qué te pasa? ¿Has tenido un sueño o una premonición o algo así?

—Tú solo prométemelo –le pidió llorosa Marina.

—De acuerdo, lo prometo –contestó complaciente su padre–. Te quiero, cariño.

—Hasta el viernes, papá, yo también te quiero.

Marina intentó convencerse de que su padre cumpliría su promesa, pero en aquel momento tuvo la certeza de que no lo volvería a ver. Pasó la noche leyendo una y otra vez el libro para pensar cómo podía conseguir que lo que ponía en esas páginas no se cumpliera. Pero no sabía qué hacer. Tenía los ojos hinchados de tanto leer y llorar. Fue al baño y se refrescó la cara. Mientras se miraba en el espejo le vino a la mente la imagen de su padre muerto. “¡NO!” –pensó dando un fuerte puñetazo al espejo del baño. Se le clavaron varios trozos en la mano. Sangraba bastante, así que se enrolló una toalla en la mano herida y volvió a su cuarto. Allí cogió el libro y arrancó las hojas que narraban la muerte de su padre y las destrozó. Quedaron reducidas a un montón de trocitos salpicados de la sangre que brotaba de su mano. Después los quemó. Solo quería intentar destruir lo que le iba a destruir la vida a ella. Después, totalmente rendida, se durmió.



Los gritos de su madre la despertaron. Había visto los cristales en el baño y la sangre, e inmediatamente pensó en Marina, por lo de Félix. La puerta de la habitación golpeó contra la pared al abrirla su madre con furia.

—¡Marina! Hija, dime algo, por favor —exclamó su madre aterrorizada.

—Tranquila, mamá, estoy bien. Siento lo del baño. Y lo de la habitación. Anoche perdí los estribos.

Yo...yo... no sé qué decirte. Siento haberte asustado.

—Cariño, pensé que habías hecho una tontería —explicó su madre temblando—. Creo que lo de tu compañero te ha afectado muchísimo. Si necesitas ayuda podemos buscar a alguien.

—No, mamá, tranquila. Lo peor ya ha pasado. De verdad, lo superaré.

—¿Seguro? Por favor, Marina, me lo dirás si no te ves con fuerzas de seguir adelante, ¿verdad? —preguntó su madre con lágrimas en los ojos.

—Mamá, no te preocupes, que estoy bien —susurró Marina mientras abrazaba a su madre con fuerza—. Te lo prometo.

Por la mañana no acudió a clase, no fue capaz. Intentó dormir, pero sus sueños fueron caóticos, pesadillas, no paraba de ver a Félix muerto, pero no siempre era Félix. A veces se acercaba para comprobar que era Álex, su hermano, o su padre. Por la tarde, mientras estaba en el sofá mirando la tele, sonó el timbre de la puerta. Llevaba esperando que alguien les avisara de lo de su padre todo el día. Seguro que era la policía. Tragó saliva y abrió la puerta. La emoción casi le paraliza el corazón.

—¡Papá! Pero...el viernes... el coche, no entiendo, ¿qué haces aquí? —Marina saltó a los brazos de su padre y lo abrazó hasta casi romperle las costillas—. Yo... estoy tan contenta de verte...

—Bueno, bueno, que no he venido a verte para que acabes conmigo antes de entrar —bromeó él.

—Ven, papá, tengo que enseñarte algo. El libro que me regalaste...bueno... es precioso, pero...

—Espera, espera, no tan deprisa. No tengo ni idea de cómo sabías que iba a regalarte un libro, pero lo tengo en la maleta —explicó su padre—. Yo no te he mandado nada.

—No puede ser, lo tengo aquí mismo, mira —dijo Marina tendiéndole a su padre el libro.

—Cariño, es la primera vez en mi vida que veo este libro, te lo prometo.

Entonces Marina se quedó pensativa intentando saber de quién había sido ese misterioso regalo. Mientras, su padre ojeaba el libro.

—Vaya, parece que vas muy bien. Estás escribiendo mucho. Y esto está muy bien escrito. ¿Has usado a tu amigo Juan como personaje? ¿Lo sabe él? Espero que se recupere, porque según esto que has escrito, solo un hilo lo separa de la muerte —comentó su padre encantado.

—Déjame eso —gritó Marina a la vez que arrancaba el libro de las manos de su padre.

—Bueno, bueno, ya sé que no te gusta que leamos nada hasta que está terminado, vale. Voy a darme una ducha, que el viaje ha sido largo. Luego iremos a por mamá, ¿de acuerdo?

Pero Marina estaba leyendo a toda prisa las últimas páginas. ¡Había funcionado! Las hojas donde describía la muerte de su padre habían desaparecido. En su lugar había un capítulo que describía con pelos y señales el intento de asesinato de su amigo Juan y la desaparición de Irene. Arrancó de nuevo las hojas a sabiendas de que luego volverían a salir, pero intentaría evitar lo de Irene y Juan a toda costa. Rasgó los papeles con rabia y les prendió fuego. Eso estaba mejor, ya solo quedaba esperar a que las páginas volvieran a estar escritas... con otro contenido.

El resto de la tarde fue maravilloso. Todos juntos en casa. Tenían tantas cosas que contarse que casi tienen que hacer turnos para no atropellarse los unos a los otros. Incluso Juan e Irene pasaron por casa de Marina a saludar a su padre. Era un hombre muy divertido. Cualquier anécdota que contase se convertía en una auténtica historia. «Tendré que prestarle más atención de aquí en adelante, con sus historias tengo para escribir durante años. Menudo filón», pensó Marina mirando a su padre con cariño.

Cuando se hizo tarde, Juan e Irene se fueron a casa. Y Marina y su familia se retiraron a dormir. Esa noche Marina durmió de un tirón. Pero de madrugada, casi al amanecer, un presentimiento la levantó de un salto. Cogió su libro rápidamente buscando las hojas del final. Y allí estaban. Habían vuelto a aparecer. El capítulo que describía lo de Irene y Juan estaba allí, exactamente igual que el que había destruido el día anterior. En aquel instante supo que aquello había sucedido.

Pasó poco tiempo antes de que la madre de Irene llamase a Marina para contarle lo que había ocurrido. Irene

estaba desaparecida desde que salió de casa de Marina la noche antes. Juan estaba en estado crítico. Tenía dos balas alojadas en su pecho. No podían operarle. Al menos aún no. El riesgo de morir desangrado era demasiado grande. Tenían que esperar a que estuviera estable.

Marina lloró con rabia. ¿Por qué esa vez no había funcionado? ¿Había destruido las páginas al igual que las de su padre! ¿Qué podía hacer? ¿Qué era distinto? ¿La hora a la que las quemó? ¡No! La sangre: cuando destruyó el capítulo con la muerte de su padre le sangraba la mano y salpicó aquellas hojas con su propia sangre. ¡Así que era aquello! Pero, ¿podía estar totalmente segura? No tenía otra elección. Sabía que lo que ya había ocurrido no cambiaría, pero sí lo que pasara después. No consentiría que aquel libro se cobrara una sola vida más. De pronto percibió un ligero cambio en el libro y lo abrió. Comprobó que un nuevo capítulo estaba escrito. Con horror leyó cómo su amigo moría desangrado en la mesa de operaciones y cómo Irene aparecía muerta cerca de su casa en una caseta de jardín. La habían violado y torturado hasta la muerte.

Subió a su habitación, arrancó las hojas y, cuando se disponía a romperlas, sonó el teléfono. Temblorosa se acercó a su madre que hablaba con cara de preocupación. Cuando colgó el auricular, su madre se giró hacia ella y con lágrimas en los ojos le dijo:

—Lo siento, cariño, Juan ha muerto.

Esa noche, cuando estaban todos durmiendo, bajó al garaje. No podía apartar los ojos de aquel maldito libro. Cogió una lata de gasolina, un cuchillo y el libro. Tras

arrancar todas las hojas, lo puso junto a las tapas en una caja en el centro del garaje y la roció de gasolina. Después se cortó las dos muñecas. Regó bien de sangre aquel maldito regalo y le prendió fuego. Prácticamente no ardía, así que se practicó dos heridas más y añadió más sangre. Por fin el libro empezaba a consumirse. No supo cuánto tiempo llevaba allí, porque de pronto todo empezó a flotar a su alrededor y notó cómo sus rodillas se encontraban con el suelo. Pero no le dolió. Poco a poco la oscuridad se adueñó de ella.

El lunes siguiente empezó como siempre, salvo que todos los alumnos se estaban reuniendo en el salón de actos. En el centro, una foto enorme de Marina, en los asientos, alumnos llorosos consternados por su repentina muerte. Allí estaban Irene, Juan, Félix y muchos otros compañeros que no entendían por qué Marina había decidido acabar con su vida. Era tan joven, tan llena de vida... Además, tenía un gran talento para escribir. Sin duda habría llegado muy lejos.

Solo una persona sabía lo que había pasado de verdad. Llevaba un libro encuadernado en cuero bajo el brazo. Un libro en blanco. Se acercó a un estudiante de tercero: —Jaime, ya sé que no es el momento. Con lo que le ha pasado a Marina estamos todos un poco aturridos —se disculpó en tono triste Marcela—. Pero he leído el relato que me enviaste y quería hacerte un regalo...

FIN



## QUÉ DIFÍCIL

Claudia Morales de Pardo

Falta solo un trimestre para que su amor se esfume para siempre.

Ella tiene la vista en su mirada, se da cuenta y le sonrío. Entonces, un impulso de llamas arde en el ritmo de su corazón.

Se confunden en los pasillos del colegio. Ella de dirección, la otra de clase.

Todas las mañanas, su amor se encuentra un corazón en el pupitre, y cuando menos se lo espera, se asoma la confesión de una pasión adolescente. Aparece un *Te quiero*, que renace todos los días de febrero.

La mira en el comedor del colegio, pero no con fugacidad, si no con la dificultad que es permanecer en el mismo lugar que ella y no poder saludarla, no porque no pueda, sino porque es incapaz de mostrar su valentía y aprender a querer sin importar lo que piensen los demás.

Qué difícil es vivir y encontrarse muerto, qué difícil es darle una carta con un mensaje, como lo hace el profesor de matemáticas o cualquier otra persona que se cruza en su vida sin ofrecerle lo que todos esperamos, qué difícil es que el mundo no entienda que somos humanos y nos enamoramos de otros humanos, y qué difícil es que se miren sin la misma interpretación.

Porque para ella una mirada es el deseo absoluto de su existencia, y para la otra, una simple conexión donde el tiempo no se detiene.

Es muy diferente entre semana, cuando hace sintaxis en la pizarra y se ensucia las manos de polvo, o cuando se ríe con sus amigos y ambas se miran a través de los cuchicheos de los grupos.

Es imposible concentrarse en la bajada de la escalera, porque quiere que sus miradas se reencuentren, y hace que tropiece poco a poco, hasta que rueda por la escalinata y su amor acude a ella. Y después de ese accidente, algo ha cambiado en sus presencias, porque cuando se tocan no saben qué decir, ni cómo interpretar el silencio.

A ella le ha parecido ver el arte de belleza en persona, mientras a la otra, un bonito rostro ensangrentado.

Allí no existe el tiempo ni la privación del amor. Entonces, ignoran lo que el mundo pueda criticar, y sin reprimirse, se apartan el pelo de la cara, para poder así mostrar lo que sienten.

Se quieren, pero a su amor le da miedo, le da mucho miedo el qué dirán, y se aleja, impasible.

Ella la mira y, simplemente, hay algo que se rompe en su corazón.

Qué difícil es entonces el amor, cuando uno no sabe que es posible de romper barreras.

Y después de ese trimestre no se miran como antes, porque en septiembre ella sigue en el instituto, mientras la otra hace su futuro en la universidad.



Y ya nada es como antaño, porque lo amado vuelve a ser prohibido, y el mundo vuelve a encontrarse con un amor no correspondido.



## LADRÓN

Margarita Pedrayes González

La noche es oscura, sólo una minúscula luna menguante asoma, tímida, tras los jirones nubosos. La niebla impregna el aire creando una atmósfera húmeda y lúgubre en el ambiente. Apenas se oyen ruidos en las calles y dentro de las casas la gente duerme, ajena a las desgracias de los más desfavorecidos. Sólo las ratas corren entre los cubos de la basura en busca de alimento. Por el día deben esconderse en las alcantarillas para no ser atrapadas.

Las luces de un coche patrulla iluminan por un momento los rincones de un callejón y los cristales de las ventanas adyacentes, después sigue de largo volviendo a dejar que reine la oscuridad.

En ese momento un par de ojos asoman de su escondite. No parece haber moros en la costa, así que es la hora de salir y actuar. Es el día señalado. El ladrón tiene escogida su presa desde hace un tiempo y ha preparado su actuación de manera concienzuda para no fallar y ser atrapado. Sigiloso, con movimientos ágiles y precisos sale de su guarida en dirección al lugar donde se esconde el objeto de su acción. Observa a un lado y al otro para asegurarse de que no hay nadie por los alrededores. Ha esperado demasiado como para cometer un descuido

ahora y echar a perder su oportunidad. Pero no se equivocará. Su fama de ladrón es conocida por muchos y envidiada por otros compañeros del gremio que quisieran conseguir sus mismos resultados.

Sus pisadas son suaves y silenciosas, de esta forma consigue no ser oído por nadie. No es algo que se logre fácilmente, requiere una gran técnica que le enseñó su madre, su mentora, de la que aprendió todo desde muy pequeño y que le ha llevado a ser el mejor. Su madre era inigualable en el arte de robar, porque esto no es una profesión, es una manera de vivir y de ser. Y así se lo enseñó a edad temprana. Es cosa de familia.

Tras andar unos minutos llega a la puerta de esa sala que le cierra el paso a su objetivo. Pero no supone un gran obstáculo. Sabe varias maneras de abrirlas y con mucha maña logra hacerlo unos centímetros, suficientes para entrar deslizándose al interior, igual que una sombra. Ese es otro truco que muchos no saben. Otros ladrones anodinos se empeñan en abrirlas de par en par y al hacerlo, algunas tienen las bisagras en mal estado y emiten pequeños chirridos que delatan al intruso. Un grave error que puede salir muy caro. Una puerta cerrada, aunque sea fácil moverla, es mejor hacerlo lo mínimo posible. Los goznes pueden ser una alarma poderosa en el silencio de la noche. Cuantos menos movimientos se realicen, más fácil es pasar desapercibido. Otra lección que aprendió de su madre. Recuerda cuando era pequeño y se iba junto a ella a algún evento. Allí, rodeados de gente, se movían despacio, sin hablar, o se mantenían quietos en un rincón observando a todo el mundo. El resultado es que casi

nadie se fijaba en ellos, era como si formaran parte del mobiliario, como el jarrón con flores que reposaba en una mesilla o la percha de la que se colgaban los abrigos.

Todo se reduce a moverse lo menos posible, lo más silencioso que se pueda y en el menor tiempo. Tres reglas básicas del buen ladrón.

Por fin, se planta delante de la vitrina donde reposa el objeto de su deseo. Ahora tiene otra puerta que abrir pero esta es aún más fácil que la anterior. Tras hacerlo se encuentra con el premio, ante sus ojos llenos de anhelo. El paquete es cuadrado y de pequeño tamaño. Lo alcanza sin problemas pero antes de huir con él, decide abrirlo. Su ansia puede más que la razón, además está seguro de que no corre ningún riesgo. Nadie se ha dado cuenta de su presencia. Con impaciencia acaba rasgándolo para encontrarse con su contenido, la sustancia de color blanco que le transportará a la felicidad y no puede resistirse a probarla, mete la nariz y luego la prueba con la lengua. Al hacerlo le invade una ola de felicidad. Ese es el mejor momento. Es la recompensa por todas las horas de vigilancia realizadas, insomne, por estar atento a los horarios de todos los implicados en la custodia del objeto, por su paciencia esperando a que llegara el día adecuado para perpetrar el robo.

De repente se enciende una luz, se oye ruido de pasos... Maldición, le han descubierto. Corre a esconderse en el primer rincón que encuentra, dejando tirado en el suelo su botín, y se queda inmóvil para no ser atrapado.

—Mary, ¿qué haces levantada?

—Nada, oí un ruido y ya veo que el gato volvió a robar el tetrabrick de nata del armario...

## CONTRADICCIÓN

Tú eres de perro, yo soy de gato. Tú eres de música, yo de letras. Tú eres noctámbulo, yo necesito dormir por las noches. Tú eres inquieto, trotamundos, pasas la vida de acá para allá, llevas una vida bohemia, de artista. Yo tengo raíces bien plantadas, hace años que no viajo y paso el tiempo metida en mi casa, tengo un trabajo de oficina con un horario igual cada día, una rutina que no cambia. Somos de lugares diferentes, somos muy distintos, no parece que tengamos muchas cosas en común. Nada debería unirnos porque todo nos separa. Pero por alguna razón del destino que no puedo llegar a comprender he sentido un hilo invisible que tira de mí en tu dirección, que me atrae sin que pueda evitarlo.

## EL ENGAÑO

María de Gracia Peralta Martín

Llevo tres semanas en este agujero inmundo donde el destino me ha depositado sin esperarlo, sin buscarlo, sin quererlo. No puedo dormir y cada día que pasa me invade un sentimiento de tristeza y de desprecio hacia mi persona, que hace que me sienta sucia, muy sucia.

Estar encerrada entre cuatro paredes, con una pequeña cama y una mesa, sin una ventana para poder disfrutar (por llamarlo de alguna manera), de la luz natural y poder observar siquiera el esplendor de un nuevo día, me empequeñece, me consume. Muchas veces me pregunto cómo me ha podido suceder esto a mí. Siempre he sido una persona cerebral, metódica, calculadora y no me he dejado llevar por los sentimientos. Y, sin embargo, aquí estoy por cambiar mi forma de ser y actuar, por confiar sin conocer.

Todo mi esfuerzo de años, mi disciplina y en cierta forma, llevar una vida bastante austera, me regaló la confianza de mis colegas y ganar un prestigio dentro del mundo de la abogacía, a la cual he amado con sus intachables tecnicismos y su magnífica prosa rozando lo sublime. Sin embargo, en mi vida personal había renunciado a muchas cosas por dedicarme en cuerpo y alma

a mi trabajo. Por otro lado, me había costado mucho llegar donde había llegado y eso lo tenía que cuidar a conciencia. Si alguna vez me proponían alguna cita, siempre ponía excusas para no asistir, incluso con amigas. Prefería estar en casa absorbiendo mis libros, mis casos, mis juicios.

El verano pasado, agotada de tanto trabajo, me dispuse a tomar un descanso; lo pensé fríamente. Necesitaba hacer un viaje para relajar mi mente y, cómo no, también mi cuerpo. Hice caso a mis compañeros y de camino a casa entré en la primera agencia de viajes que encontré, me atendió una chica muy amable y le dije que me aconsejase un lugar para descansar. La verdad que su propuesta me cautivó y decidí viajar a Madeira.

Me alojé en un hotel en la capital, Funchal, en la parte baja de la ciudad, tenía unas vistas estupendas. Por las mañanas me iba a caminar por el precioso paseo marítimo, visité el casco antiguo de la ciudad, recorrí sus calles adoquinadas, tan limpias. Me parecía un sitio perfecto para descansar y disfrutar.

Una noche decidí cenar en el hotel y ver el espectáculo que organizaban, una exhibición de bailes típicos madeirenses y un recital de fados portugueses. La velada estaba transcurriendo de forma agradable. Después comenzó un baile en el que la mayoría de la gente participó. Yo no tenía intención de imitarles, pero llegó un chico que me invitó a bailar y me dejé llevar.

Me comentó que había ido a la isla con su tía porque era una enamorada de ese lugar y todos los años hacían una escapada para descansar. Al día siguiente realicé una



excursión a la isla de Porto Santo y me encontré a Mauro en el ferry. Pasamos todo el día juntos disfrutando de la maravillosa playa que la isla tenía. Lo pasamos muy bien. Le pregunté por qué no había ido su tía y me dijo que no le apetecía hacer ese viaje, conocía la isla, y prefería quedarse en el hotel.

Cuando tenía que regresar a casa y estaba esperando en el hall del hotel para que me viniesen a buscar, vi a Mauro que se acercó a mí con una rosa. Me besó en la mejilla y se marchó. No supe reaccionar. En el avión descubrí que en el envoltorio de la rosa había una tarjeta que decía que había disfrutado mucho de mi compañía y su número de teléfono. Nuevas sensaciones, extraños sentimientos. Un inusual cosquilleo recorría todo mi cuerpo.

Al llegar a mi realidad, mis idas y venidas a juicios, mi trabajo en turno de oficio ocuparon mi mente durante unos días. Una tarde, al llegar a casa tomé una ducha, como de costumbre, me puse el albornoz y fui a la cocina a preparar algo para la cena. Vi la rosa que Mauro me regaló en un pequeño jarrón de cristal. Inmediatamente me dirigí al cajón de la mesilla donde había guardado su tarjeta. Dudé unos instantes con el teléfono en la mano. Terminé marcando su número. Estaba nerviosa, tenía la boca seca y me di cuenta de que tartamudeé en algún momento. Él hizo que me relajase y disfruté de la conversación durante más de media hora.

Me fui a la cama con una sensación de bienestar y una gran sonrisa dibujada en mi rostro. Recordé el día que pasamos juntos en vacaciones y algún encuentro que

tuve con él en la ciudad. Me hubiese gustado conocer a su tía. Me habló de ella y me dijo que era una señora muy especial. Él la acompañaba a muchos viajes porque ella no tenía más familiares. Y además cuidaba de ella. En aquel momento pensé en la buena labor humana que estaba realizando.

A los pocos días Mauro me llamó. Cuando vi su nombre en el móvil, me puse nerviosa y feliz al mismo tiempo. Descolgué el teléfono y escuché esa voz tan varonil, tan profunda. Me encantaba. Me invitó a cenar y yo le dije que intentaría acabar pronto unos asuntos pendientes y me reuniría con él.

Quedamos en la puerta de un conocido restaurante. Cuando llegué en taxi, él ya estaba esperándome con un gran ramo de rosas. Me quedé perpleja; no me salían las palabras. Nos hicimos innumerables confesiones. Me habló de su tía, de sus padres. No recuerdo si me dijo a qué se dedicaba. Le conté que yo era abogada. Realizaba mi trabajo a través de mi bufete y también llevaba casos cuando me los asignaban por turno de oficio.

Me acompañó a casa y me dejó en la puerta. Se marchó y pensé que me hubiese encantado pasar la noche con él, aunque no podía quejarme, ya que durante el rato que estuvimos juntos me hizo vibrar. Tardé varias semanas en saber de él, ya que intenté llamarle en un par de ocasiones pero me saltaba su contestador. Por fin un día llamó y me dijo que quería comer conmigo, y le dije que sí. Cuando estábamos en el restaurante me entregó un pequeño paquete. Lo abrí y encontré dos billetes de avión y unos boletos para pasar el fin de

semana en un hotel de montaña. No podía creer lo que me estaba pasando.

Fue un fin de semana maravilloso: salimos a esquiar, paseamos entre la nieve, recogimos frutos del bosque... Y al calor de una enorme chimenea de leña me perdí entre sus brazos y ese dulce perfume.

Regresamos y no podía quitarme a Mauro de la cabeza. Le conté mi romance a una compañera de trabajo y me dijo que disfrutase pero siempre con los pies en la tierra. Lo que no me gustaba de él era el tiempo que transcurría entre una cita y otra. Luego aparecía, me comía a besos e inmediatamente olvidaba mi enfado. De hecho aprendí a llevar esa situación. Me confesó que viajaba bastante por motivos de trabajo y que tenía que cuidar de su tía enferma. Eso me tranquilizaba.

Había pasado casi un año desde que viajé a Madeira y le conocí. Habíamos hablado de celebrar esa fecha de forma especial pero todavía no teníamos nada concreto. Llevaba un mes sin tener noticias suyas. Estaba desesperada. Me llamó y me dijo que me esperaba en el mismo hotel de Madeira donde nos conocimos. Colgó.

Tuve que pedir unos días de vacaciones en el trabajo e inventarme una excusa para marcharme. Les extrañó, pero no preguntaron.

Me reuní con Mauro en el hotel donde habíamos quedado. Fue emocionante. Me cogió la mano y me puso en el dedo anular un precioso anillo de diamantes, quería casarse conmigo. Aunque no pedía una respuesta

inmediata. Pasé unos días inolvidables recordando cómo nos habíamos conocido. Era todo tan increíble...

Cuando regresamos seguí con mi rutina. Le confesé a mi compañera mi experiencia y le enseñé el anillo. Ella me dijo que se alegraba pero que me veía muy entusiasmada y que me tomase las cosas con calma. Sabía que ella había tenido un desengaño sentimental y no confiaba mucho en los hombres. Así que no tuve muy en cuenta sus comentarios.

Una fría tarde de noviembre, después de mi jornada laboral, me fui a casa segura de la decisión que había tomado. Abrí la puerta, me puse cómoda y marqué el número de teléfono de Mauro.

—ACEPTO. Te amo –le dije cuando escuché su voz.

—Yo también te amo –me respondió.

Pasaron dos semanas desde que hablamos. Mientras, yo planificaba mentalmente mi futuro. Iba a llamar a mi familia para darles la noticia de mi compromiso. La vida se teñía de color de rosa para mí.

Una mañana llegué al bufete y me llamó mi jefe para decirme que me habían asignado un caso, que lo estudiase. Me entregó el expediente y fui a mi despacho para leerlo detenidamente. Estaba paralizada. Era un caso horrible. El inculpado había matado, supuestamente, a su esposa. Encontraron restos del cadáver por diferentes zonas del jardín de la casa donde vivían. La esposa era una señora acaudalada, con un gran patrimonio. Tenía multitud de propiedades. El marido, veinte años más joven que ella, la había conquistado y engañado para hacerse con su fortuna. Sin embargo, ella descubrió

lo que pretendía y habló con su abogado para poner a salvo su patrimonio. Esta era la versión de dicho letrado.

Mientras leía detenidamente el caso, pensé en la paradoja de mi felicidad con la desgracia de esa pobre señora. Llevaba todo el día en el despacho y estaba agotada. Cerré la carpeta y me marché a casa. Al día siguiente iba a ir a conocer a mi cliente. Era un caso difícil pero tenía que hacer mi trabajo lo mejor posible. Era un buen momento para afrontar un caso así, ya que estaba optimista y fuerte debido al dulce momento emocional que estaba viviendo.

A la mañana siguiente tomé una ducha, me vestí y salí de casa. Subí en mi coche y encendí el motor. De pronto me asusté al oír cómo alguien tocaba el cristal de la ventanilla. Me quedé estupefacta. Era un agente de policía que me dijo que estaba detenida y que tenía que acompañarle a comisaría.

Se siguió el procedimiento habitual. Yo estaba acostumbrada, pero no en calidad de detenida. Me dijeron que se me acusaba de ser cómplice de asesinato. Habían encontrado mis datos, notas y escritos que me incriminaban entre las pertenencias del acusado. Nunca supe a qué se dedicaba mi prometido.

He renunciado a un abogado e intentaré demostrar con mis propios argumentos que yo no tuve nada que ver con lo que Mauro hizo. ¿Tendré fuerzas para afrontar mi propia defensa? Ahora solo espero que él pague por el asesinato de su mujer. Pero también espero que se pudra en la cárcel por haber sido el hombre que ha engañado a dos mujeres confiadas y profundamente enamoradas.

Esta herida que me oprime el alma cicatrizará cuando pueda saldar mi propia deuda moral, dibujando una gran sonrisa en aquellos rostros ocultos y anónimos para que vuelvan a brillar.

## LA CUEVA DE MERLÍN

Ignacio Pérez González

**P**ensé que sería interesante hacerse con un plano de la ciudad, porque me había dado cuenta de que en todo ese verano esperando para iniciar mis estudios en la capital, ni siquiera se pasó por mi mente adquirir un libro o un miserable plano del lugar donde se suponía que iba a vivir cinco años. La razón, quizá, estaba en que la librería del pueblo pertenecía al padre de uno de mis peores enemigos del instituto, cuyo nombre omito como se esconde el del diablo en las casas santas y de buena tradición cristiana. Aunque si he de ser sincero, también es verdad que la pereza y el deseo de no ver y oír hablar de recomenzar los estudios me alejaron de todo contacto con mi próximo futuro. La pereza o el miedo, no sé, tampoco quiero juzgarlo.

Bueno, salí hacia un calvero en el bosque de ladrillos y brea. Se extendían, como alfombras de plata, unas avenidas soleadas por esa débil luz blanca del mediodía. En el fondo se apretujaba la vegetación de un parque, la cúpula de algún monasterio del Siglo de Oro.

—Oiga, por favor, ¿alguna librería por aquí...? —pregunté al primer viandante con el que me crucé, y me indicó que retrocediera por una de las bocacalles de las que venía, que girara un par de veces a la derecha y que allí, pensaba,

podía existir una. Así lo hice, pero, claro, en el momento en que retomé el dédalo de callejuelas idénticas los puntos cardinales perdieron todo sentido para mí. Sin embargo, podía presumir de orientación; en las excursiones que hacíamos por los campos y los montes, en el pueblo, siempre fiaban el rumbo a mi persona, y no me costaba nada trazar el camino de regreso valiéndome de señales tan sencillas como un árbol o un sembrado. Por eso calculé que no podía haberme separado tanto de la calle de los Vientos ni de las indicaciones de aquel individuo sobre la librería. Bajo mis pies un adoquinado humedecido crecía empinadamente hacia unas casas viejas, por cuyas fachadas, como rayos de carbón, los cables de electricidad trepaban para esconderse en unos interiores que se adivinaban aún más oscuros y míseros. Olía a pan recién hecho y eso me recordó que no había desayunado nada.

Al fin di con la librería, hacía esquina, y su poca iluminación me llevó a pensar que quizá estaba cerrada. Los libros, tras la luna del escaparate, tenían el color de haber sido desgastados por el sol y sin embargo parecía imposible que la luz se filtrara entre aquellas calles. Serían de ediciones antiguas, cuyas pastas aguantaban los decenios con reveladora calma.

El local se llamaba «Merlín» y me colé en su interior abandonando mi timidez perpetua, como si los licores de la noche anterior aún anduvieran ronroneando por mi cuerpo. Un tintineo de campanillas trató de advertir de mi presencia a los moradores del castillo, y mientras se dejaban ver pude distinguir el barroquismo de estantes y anaqueles, de vitrinas y mostradores, y sobre todo de



la estructura arborescente de las pilas de volúmenes que había repartidas por todos los lados. Era el desorden, la revolución de la simetría, el caos de la cultura impresa.

Vino un tipo ataviado con una bata azul, joven, con el pelo al rape y un lápiz largo en una de las orejas. Tuve que mirarle un par de veces para notar la rigidez de sus facciones, la expresión absurda en que se alineaba todo su rostro mientras se dirigía hacia mí.

—¿Qué? —dijo, así, sin apenas mover la boca, con una nasalidad de voz que recordaba a cualquier ganso de los dibujos animados.

—Perdone, desearía un plano de la ciudad.

Mi solicitud le dejó impávido, por un momento dudé si me había oído. Movi6 el cuello como si tratara de desencajar la cabeza de la bata y cogió el lápiz de la oreja para agitarlo delante de mí un par de veces. Luego chupó la punta y su fisonomía facial adquirió el ejemplo máximo de la idiotez.

—¿Un plano? —repitió—. ¿De la ciudad?

Asentí, perplejo de advertir hasta qué profundidades de la boca le llegaba en ese momento el lápiz.

—¡Arturo!, ¡Arturo! —gritó de pronto, y yo seguí la dirección de su voz de pato hasta una escalera que se sostenía en unas enormes estanterías con libros, donde parecía estar otro individuo trajinando. El aludido comenzó a descender los peldaños muy despacio y desde mi posición le notaba ya refunfuñar y soltar disparates por la interrupción de su tarea. Se acercó, al fin.

—¿Qué? —preguntó también y, bueno, sí, así lo voy a dejar impreso, así debo recogerlo, dijo «¿qué?» también

porque también era joven, con el pelo rasurado, y porque un lápiz le atravesaba la cabeza anclado en una de sus orejas. Simplemente eran idénticos, sus rasgos esculturados para la estupidez constituían réplicas exactas.

—¡Que quiere un plano, el chico! ¡Arturo! —chilló mi primer dependiente.

—¡No grites, hombre! Por la oreja en que no tengo el lápiz te oigo perfectamente, animal. Además, hay libros que duermen.

Me reí, sin poder evitarlo, pero tuve que recuperar mi habitual timidez al ver que los gemelos me observaban seriamente, que movían sus cabezas como si el cuello de la bata intentara ahogarles.

—Me hizo gracia lo de los libros que duermen —justifiqué con el atisbo de una sonrisa, esperando en contagiarles. Pero ellos continuaron observándome con la impavidez de dos figuras de cera, pelonas y sin vida.

—Esto además de una librería es una biblioteca, amigo —señaló uno, sin yo saber quién al haberse mezclado—. ¿Y en las bibliotecas no se guarda silencio? ¡Parece mentira que no sepa usted eso! Muchos libros deben descansar, duermen.

—Claro —le corroboró su hermano—, si uno hace ruido las historias que guardan pueden resentirse, descolocarse, andar un capítulo por aquí y otro por allí. Nuestros clientes después se llevarían productos adulterados, totalmente ajenos a la intención del autor. La importancia del silencio es, pues, absoluta, ¿comprende? Allá, en aquellos estantes altos, tienen su sitio los libros de más delicado trato: *La vida es sueño*, *El sueño de una*

*noche de verano, La bella durmiente, Tiempo de silencio...* El barullo, el jaleo, es más difícil que alcance esos lugares protegidos. Sin embargo...

Se volvió pausadamente hacia unas vitrinas cercanas para hacerse con unos libros y ponérmelos en el mostrador.

—...estos son ejemplares a los que no les importa la algarabía, joven. Por eso los colocamos cerca de la puerta, expuestos al fragor de la calle, a los zumbidos atronadores que se cuelan del exterior.

Leí, pálido de incredulidad, eclipsada la mente por aquel absurdo diálogo: Truman Capote: *Música para camaleones*; Gunter Grass: *El tambor de hojalata*; W. Faulkner: *El ruido y la furia*...

Volví a reírme, pero esta vez de una forma loca, desajustada, dando rienda suelta a toda esa tensión almacenada desde que llegué a la ciudad, y que me enfrentó a situaciones quiméricas, totalmente disparatadas. Ya no me importó la cara cuadriculada de aquellos tipos, la patética calma con la que trataban de asimilar mis carcajadas. Incluso me doblé de la risa cuando intercambiaron sus respectivos lápices sujetos a las orejas.

—Caballero, le rogamos guarde la compostura. No deseáramos atribuir su mala educación a su juventud.

—Perdón —ya me serenaba, pero vi un libro abandonado en uno de los infinitos anaqueles y no pude por menos que preguntar—: *¿El patito feo?*

Según lo dije aguanté con todo el cuerpo, dibujando un rostro lo más cercano a la cortesía caballeresca que intentaban atribuirme.

—Se equivoca, es de García Márquez: *Cien años de soledad*.

—¡Ah, claro, claro! Desde luego llevan ustedes un archivo perfecto. Les felicito. Aunque el desorden también cunde, ¿eh? Según veo han dejado olvidado un libro en ese peldaño que hay ahí.

—Es su sitio. Buero Vallejo: *Historia de una escalera*.

—Ya. ¿Y qué demonios pinta esa caja fuerte en medio del armario aquel?

Debió carraspear el más tonto.

—Ejemplares peligrosos. Precisamente ayer recibimos uno. Tuvimos que ponernos los trajes especiales.

—¿Algún pensador prohibido? ¿Un político?

—No, *La Peste*, de Camus.

Me callé, en realidad no tenía más que decir. Estuve un rato en silencio, respetando a libros como el de Delibes, *Siestas con viento sur*, por ejemplo. Algo de mala leche me salió al preguntarles otra vez por el plano.

—Ves, Arturo, ya te lo decía. Quiere un plano de la ciudad.

Asentí. Debía estar rojo, no sabía si de vergüenza o de ira.

—Efectivamente, sí: un plano, un miserable plano de este lugar. Aunque, vamos a ver, ¿dónde guardarían ustedes un plano? ¿En un sobre, en un cajón con fondo falso? Arriba, arriba no puede ser. Estaríamos en presencia de un aeroplano, y eso es otra cosa.

Uno de los hermanos se sonrió. Vaya, al fin algo había tenido gracia para ellos. El que trajinaba en la escalera volvió a sus ocupaciones y el otro, mi primer dependiente,

pareció también desvincularse de mi presencia fingiendo atención a unas facturas. Como mi timidez estaba definitivamente enterrada en aquel instante, le agarré la manga de la bata azul para preguntarle de nuevo.

—No tenemos, lo siento. Pero si quiere alguna otra cosa...

Era igual. En mi ánimo no estaba el insistir más, sólo deseaba salir de aquel mundo de chapuza, recuperarme de la ingravidez a que tanta tontería me había llevado. Sin embargo, cuando volvía sobre mis pasos, distinguí la silueta de una persona en la puerta de un despacho, del que salía una luz débil y confusa.

—Por favor, joven... —oí que me llamaba.

Y ya aluciné cuando tuve de cerca ese nuevo personaje, porque si bien iba ataviado con un estupendo traje con corbata encarnada que le daba un aire elegante y rubicundo, el elemento carnal, es decir, el rostro que la ropa no tapaba, hacía trío con el de los sujetos anteriores: igual de calvo, e igual lápiz adosado a la oreja.

—Debe perdonar a mis hermanos... He oído toda su conversación y no he podido dejar de intervenir. Soy el dueño de «Merlín», encantado.

Le estreché la mano, o correspondí a su saludo. Mi mirada fija y de espanto hubiera amedrentado a cualquier ser vivo, pero el tipo aquel esquivaba toda posible censura con su aspecto altivo y de mando. Su pretensión no era hacerme pasar al despacho, las explicaciones me las iba a dar allí mismo, bajo las estanterías abstractas, envueltos por el clima fantasmagórico del archivo.

—Comprenderá que es ridícula una catalogación así de las obras literarias. Libros que duermen, relatos

condenados al ostracismo, apéndices de las enciclopedias de medicina... Sí, todo esto le podrá sonar a disparate, no se lo niego. Yo mismo quedé anonadado ayer cuando Arturo se emborronó la camisa con tinta negra. Le dije: «¿Estás chalado?», pero él llevaba un par de tomos en las manos y se sintió muy ofendido. Iba a colocarlos en su apartado correspondiente. «¿De qué se trata? —le pregunté—, ¿por qué te pusiste así la ropa?» Me enseñó los libros. Primera y segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*... ¿Y qué puedo hacer yo?... ¿cómo puedo borrar de ese par de cabezas huecas la ilusión por la biblioteca perfecta? ¿Acaso no es legítimo su deseo de soñar, de vivir en la fantasía? ¿Quién soy yo para arrebatárselos su único asidero para soportar este mundo? Si supiera que no han leído nada de lo que archivan, que sólo conocen las obras por su ubicación... Pero, en fin, le estoy aburriendo a usted con tanta charla. Pensaré que no le importa nada la historia de esta librería, que sólo es un cliente que desea que le despachen...

Asentí, agradecido de que el tercer eslabón de la cadena mostrara algo más de cordura. Sin embargo, todavía desconfiaba de que realmente fuera así, el lápiz en su oreja, por ejemplo, me mantenía en guardia, y también el gesto repetitivo de intentar destornillar su cabeza del traje. De refilón traté de ver cómo se hallaba el resto del tríptico, pero habían desaparecido en las profundidades del local.

Un reloj de cuco emitió una hora desde algún sitio. Imaginé que el conejo del reloj saldría de *Alicia en el país de las maravillas* y correría entre los libros para anunciar que llegaba tarde.

—Usted, joven, lo que quería era un plano de la ciudad, ¿no es así? He de decirle que en eso mis hermanos no han desatinado, y que su turbación, en gran medida, se debe a la peculiaridad de su deseo. ¿Por qué? Pues simplemente porque no existe un plano de la ciudad.

Agaché la cabeza, renunciando a toda nueva explicación. Buscaría en otra tienda, allá donde la sensatez se impusiera. Aquel hombre pareció leer mi pensamiento.

—Y no lo encontrará en otro sitio, ni lo intente. No hay editado ningún plano de la ciudad. Es verdad que existen datos de viejas publicaciones del siglo XVI y del XVIII por autores como Roberto D'Allegno, viajante genovés, o por el cartógrafo sajón Willians, pero son esbozos sin sentido, como los cuadros que captan un fugaz instante o una expresión en los retratos. Nada que ver con la realidad. En la edad moderna también se ha intentado crear un diseño del trazado de la ciudad y ha sido en vano. No hay nadie capaz de plasmar al papel el intrincado dédalo de calles, y aún peor porque esta ciudad cambia su perfil de repente, las murallas se desvían y las puertas del norte giran al este y las del sur suben hasta confundirse con otras coordenadas. Todo ello no forma más que un laberinto imposible, un caótico juego de pasillos de alquitrán. Por no se sabe qué misteriosos motivos uno puede orientarse dentro, pero desde fuera resulta inalcanzable ubicar las plazas, las avenidas... En este sentido, lamento no poder ayudarle, y lamento también que no pueda encontrar lo que busca en otro lugar.

Inconscientemente me había ido retirando hacia la puerta de entrada, magnetizado por el creciente temor

de que algo o alguien me impidieran salir de la librería. Mareado por el discurso del hombre triplicado, lo saludé con un gesto mohíno de la boca y traspasé el umbral, no sin antes escucharle todavía estas palabras que me acercaron a las mismas entrañas de la demencia:

—Gracias, caballero, por su visita. Vuelva cuando quiera, que hallará esto siempre abierto. No cerraré este local hasta encontrar un libro que me han archivado esos insensatos. Mi tarea es difícil, pero en ella llevo empeñados ya casi cuatro años. Es una edición antigua del libro de H.G. Wells *El hombre invisible*.

## VALORACIÓN

Se trata de un relato muy sugestivo y original, envuelto en un intrigante halo de misterio permanente, un texto cautivador desde el inicio, escrito en un estilo ameno y ágil y rematado en un final coherente; un final que no sorprende pero tampoco defrauda. Tanto la estructura como el contenido —especialmente la caracterización del trío de hermanos— son muy sólidos, muy bien contruidos, de manera que se consigue lo más difícil: la verosimilitud de la historia fantástica, que el lector crea que lo que lee es real dentro del mundo de la fantasía.



## FLORENCE

María Pilar Ferreras

**E**xtendió la mano y todavía estaba caliente su lado de la cama, pero no oyó cerrarse la puerta, como otras muchas veces...

«¡Mejor! –pensó medio adormilada–. No hubiera podido evitar, de un salto, salir corriendo y besarle otra vez...»

«¡Esto tiene que acabar, Florence!», se decía a sí misma mientras el otoño interrumpía su vida a través de la ventana con otro día de lluvia. «¡Maldita lluvia!», ya no podría bajar paseando por el Jardín de Luxemburgo como quería hacer esa mañana. «Paciencia, amiga, la calle del Panteón tiene una magnífica chocolatería para que puedas ahogar tu rabia en chocolate», pensaba. Y, mientras, elegía una falda que no tapara totalmente sus preciosos botines de lluvia.

—Bonjour mademoiselle Florence. —Escuchó a su espalda, mientras se calaba el sombrero para protegerse de la fina lluvia que caía incesante.

—Bonjour —respondió con una prisa que no tenía, sin casi darse cuenta.

El Barrio Latino bullía con sus calles llenas de gente apresurada, la mayoría estudiantes que, como ella, no habían dormido mucho. El descanso y la vida nocturna del barrio no eran, decididamente, una buena mezcla.

A pesar de ello, Florence pensó que era la primera vez que no tenía ninguna prisa. Llegaría con tiempo suficiente a la Grand École.

Aflojó el paso y cruzó por el Pont Neuf, a la orilla izquierda del Sena, en pocos minutos se encontró en el cruce entre el Boulevard de Saint Germain y Saint Michel y no pudo evitar girar la cabeza y echar un vistazo al considerado el diario de la Academia Francesa. Giró con rapidez la cabeza y apartó su vista de la fachada del periódico y pensó: «Algún día tendrás que reconciliarte. Lo podrás demorar, pero no eternamente...»

Torció a la derecha ágilmente y encaminó sus botines calle abajo, pensando en el delicioso chocolate de Le Procope.

A ver si podía llegar cuanto antes y quitarse ese sabor que le dejaban sus íntimos recuerdos. El placer que sentía al acariciar a su amante era intenso y las manos de este recorrían su menudo cuerpo como una suave brisa y lo arrullaba tan suave y dulcemente con tal regularidad que pocas veces le acometía una sensación más fuerte que otra.

Sólo adquiriría conciencia de lo sucedido cuando él ya se había marchado. Despertaba de sus sueños, como si fueran causados por el opio, con el cuerpo aún no totalmente descansado. Permanecía tumbada, abandonada a sí misma y obsesionada por el recuerdo de sus manos sobre su cuerpo.

Recordando esa noche, inmersa en esas sensaciones ya lejanas, oyó al camarero que la daba los buenos días y preguntaba: «¿Tomará lo de siempre?»

Asintió con la cabeza aunque su pensamiento no estaba en ella precisamente, sino en el día que vio por primera vez al dueño de toda su vida...

La pareció enorme, descuidado, con un olor ocre del aceite de sus pinturas y del disolvente. Le pareció que no pasaba muy frecuentemente por la ducha, su desaliño era total, casi animal.

Ahora, pensando en él, se sentía totalmente poseída e invadida, pues sus caricias tenían una extraña cualidad. Unas veces eran suaves, tanto que se volvían evanescentes, y otras eran fuertes y casi fieras en su firmeza... Había algo especial y casi animal en aquellas manos que le tocaban por todas partes y, algunas veces, tan suaves que apenas la rozaban.

Florence sabía que aquello tenía que acabar, pero no podía olvidar el hoyuelo del final de su espalda, ni podía dejar de pensar en los rojizos y dorados reflejos que el sol daba a su cabello mientras él pintaba poseído de pasión e inconformismo...

En ese momento, se sintió abandonada y, en ese sentimiento letal, en ese abandono, tomó la decisión de dejar las vanguardias y alejarse de París.



## LA MUJER DEL CRUCERO

Gabriela Quintana Ayala

**E**l día que la conocí le temblaban las manos, pero no estaba nerviosa. En una de ellas sostenía un cigarrillo que se consumía lentamente sin ser fumado. Su rostro aún se veía radiante y fresco para una trotamundos. El bolso rojo contrastaba con su impecable traje blanco y un sombrero de plumas a tono. Apagó el cigarrillo, se arregló los guantes y se marchó de la mesa. Esa tarde fría de otoño se esfumó entre las tiendas y yo experimentaba cierta displicencia a seguir su rastro detrás de los escaparates de la isla.

Su afición por el lujo me apartaba de ella, la observaba a la distancia y con reservas. Siempre había sido una mujer distinguida y culta, incluso cuando convivía con su hermano. Un ama de llaves la acompañaba a visitar a Richard, quien residía en una mansión de piedra blanca como era costumbre a principios de siglo veinte en la campiña irlandesa. Su hermano había gozado de los privilegios de hijo mayor y vástago que preservaría la estirpe; sin embargo, no contaban con un gran imprevisto: sus inclinaciones homosexuales. Llegado el momento, la señorita Launa era la esperanza de continuar el linaje, pero el tiempo se escurrió como cascada y nunca llegó a casarse ni a tener hijos. Richard cayó

enfermo de neumonía al regreso de su último viaje. En aquella ocasión su inquietud por los jeroglíficos y las tumbas lo había llevado hasta Egipto. Sus estudios de historia con reconocidos maestros y su actividad filantrópica le dieron acceso a las más importantes colecciones tanto de textos como códices de uso restringido para científicos y arqueólogos. Deambulando por las aguas del Nilo, contrajo un virus que le contaminó los pulmones y la neumonía lo venció. Se sabía que no era lo único que trajo de África, también algo muy valioso. Launa llegó a tiempo a verlo, y agonizando pudo escuchar sus últimas palabras que se extinguieron junto con su aliento. El funeral lo realizó en el jardín de sus dominios, y allí en un pequeño mausoleo sepultó a su hermano.

Todo esto lo supe por alguien cercano a la señorita Launa. Lo que siguió después, bueno..., puedo decir que fui testigo fiel de los funestos acontecimientos. Aquella nebulosa mañana, el abogado no se hizo esperar y terminado el entierro citó en el despacho a los familiares. Al parecer, sólo se encontraba su hermana junto con familiares lejanos. Se respiraba la humedad de algunas lágrimas y un sopor a nostalgia. Al término de la lectura del testamento, la palabra *diamantes* retumbaba en los confines de la codicia, y una voz hizo eco desde la esquina de la habitación.

—Soy Eugene, hijo de Richard.

El asombro asaltó a todos los presentes. Era bien conocido que Richard tenía un amante, el joven Declan, quien lo acompañaba en sus viajes y con quien pasaba los veranos. En ciertas temporadas había residido incluso en

la mansión. El silencio en la sala duró lo mismo que la sorpresa y enseguida Launa levantó la voz en defensa de lo que ahí, en aquella sala caldeada, se estaba sorteando.

—Mi hermano no dejó hijos, señor Eugene. Usted verá... él era homosexual.

—Hubo un tiempo previo al que todos conocen en el cual era amante de mi madre, la hija del ama de llaves, en una época en la que mis abuelos viajaban por toda Europa y dejaban a mi padre al cuidado de una institutriz.

—¡No tiene como probar su embuste!

—Pronto lo tendré, y usted será la primera en revisarlo.

—Ya veremos, puesto que todos los aquí presentes estamos seguros de que no dejó vástagos.

El abogado respingó, había creído que sería asunto simple el dejar toda la fortuna a la única heredera, y con el imprevisto tuvo a bien tomar la siguiente resolución:

—Señor Eugene, la fortuna completa con todas las propiedades pasará a manos de la señorita Launa mientras no se compruebe la paternidad del señor Richard. Una vez constatada, toda la herencia pasará a su cuidado.

El semblante de la señorita Launa palideció, y sus ojos azul cristalino reflejaron pánico y rabia. Estaba claro que no descansaría hasta ver desaparecida cualquier prueba que ligara a Richard con Eugene, si es que en verdad existía. Ella conocía bien a su hermano, trataría de conservar la calma y, con esa misma seguridad, tomaría posesión de todo lo que legítimamente le pertenecía: los bienes de sus padres. Al joven Declan sólo le había dejado un baúl, lo que para todos resultaba un regalo insignificante; sin

embargo, se creyó que tendría algún valor sentimental. El joven no estuvo presente en la lectura, pero el abogado se encargaría de que lo recibiera. El jurista dobló la carta que había sacado de un sobre sellado a cera con el escudo familiar y la guardó haciendo una mueca, visiblemente contrariado puesto que no daba por concluido el tema en cuestión. Tomó su bombín y deseándole buena suerte a la señorita Launa se marchó.

Esa noche llovió muy fuerte. Los truenos y el viento que azotaba la ventana hicieron que el sueño se le escapara a Launa junto con la zozobra que repicaba en su mente. El mayordomo la había encontrado a media noche buscando algo con desesperación en la cocina y ante el encuentro decidió regresar a su alcoba, presa de sus nervios. Todos sabían que había vivido cobijada por su hermano desde que fallecieron sus padres, sin trabajo alguno, así que los siguientes días revisó la mansión a detalle. Esta comprendía una vasta extensión de terreno con caballeriza, un gran jardín con estanques y un establo. Pidió al mayordomo que la pusiera al tanto de la administración y las cuentas. Los gastos de la casa eran enormes pero en la caja fuerte había bonos y joyas. Fue entonces que recordó los diamantes y su mirada cambió. Después de varios días de registrar hasta el último escondrijo de la propiedad, pensó que podrían estar ocultos en la residencia de la playa, ubicada a cincuenta kilómetros, en una zona de elegantes casas dispuestas a lo largo de un acantilado.

Para el viaje necesitaba un ama de llaves. Las entrevistas no se hicieron esperar, y a la siguiente tarde, dos



chicas se impacientaban en la sala de espera junto con unas mujeres de mayor edad. Se abrió una puerta y llamaron a la más joven. Unos ojos grandes y negros opacaban sus finas cejas, de cabello corto y de cuerpo robusto, era muy conversadora y tenía un brillo en los ojos que transmitía vivacidad. La segunda chica era delgada y alta, de cabello rubio. Había sido institutriz de unos niños de la nobleza irlandesa, de algún renombrado conde de la región. Siguió una dama de mayor edad pero a Launa le pareció algo flemática y se marchó enseguida. Por último, llamó al despacho a la mujer baja y regordeta que se había quedado dormida en el sofá. De nombre Aurora y mirada apacible, tenía poco tiempo de haber quedado viuda y nunca había trabajado, pero le pareció la más afable de todas y fue a quien eligió de compañía.

Al cabo de unos días, el mayordomo condujo el coche con Launa y el ama de llaves hasta una casa de techos rojos muy deteriorados y lúgubres cristales que a opinión de ellos parecía abandonada. La tarde que llegaron estaba gris, el viento frío golpeaba la casa y se colaba por las ranuras de las puertas creando silbidos. Esa primera noche hizo mella en Launa, ni el frío que pasó ni la chimenea pudo combatirlo, por lo que cayó enferma. Encargada de su cuidado, Aurora acudió a la botica por algunas hierbas para infusión que prometían curarla. Un buen día, ya recuperada, Launa recibió una carta de su abogado. Le informaba que Eugene había presentado un documento que parecía asegurar la legitimidad del parentesco con Richard, en asunto aparte le pedía que en cuanto volviera a la ciudad se pusiera en contacto

con él. La noticia le alteró los nervios y poco después comenzó a tener pesadillas. Una mañana se escuchó un grito muy fuerte procedente de su habitación, ante lo cual llegó rápidamente Aurora a verla.

—Señorita Launa, ¿qué sucede?

—¡Ahí! ¡Ahí! Mueve la cortina, vi a alguien asomarse con un cuchillo.

—No hay nada, todo está cerrado.

—¡No! ¡No! ¡Ahí estaba! Lo vi dirigirse hacia mí.

—¡Tranquilícese! No hay nadie, quizá lo soñó –musitó Aurora.

—Alguien entró. ¿No lo entiende?

—Ya revisé, seguro lo imaginó. Cállese, le prepararé un té para que se relaje.

—Está bien, pero ahí estaba –dijo Launa en un tono de enfado.

Los días transcurrieron lentos y se volvieron más nebulosos, los pocos rayos de sol no ayudaban a suavizar el ambiente, sombrío y lánguido, por lo que Launa seguía teniendo pesadillas. Cada vez era más frecuente escuchar sus gritos en las diferentes habitaciones, ahora creyendo ver a Richard asomarse por las ventanas. Una mañana la encontraron durmiendo a orilla de la playa, en la arena fría junto a un matorral. Fue entonces cuando Aurora comenzó los preparativos para el regreso a la ciudad.

De vuelta en casa, Launa se relajó e inmediatamente visitó a su abogado. En su oficina le mostró una carta donde Richard refiere palabras de amor a una joven. Si bien estaba la firma al pie del folio, aquel documento

no tenía fundamento legal, ya que carecía de destinatario. Por lo tanto, no era posible asegurar que se tratase de la hija del ama de llaves. Launa salió consternada aun cuando su abogado le aseguró que no había peligro. Ella sabía que si había una carta y Eugene la encontró, podría aparecer otra que fuera realmente comprometedora y formar así un verdadero compendio de pruebas. De manera que sus preocupaciones continuaron, al igual que las alucinaciones y delirios nocturnos que obligaban a Aurora a colmarla con infusiones tranquilizantes que ella misma le preparaba. Después comenzó a fumar, y sus nervios fueron empeorando.

Una mañana, por consejo de Aurora, salió a cabalgar. Sus manos temblaban mientras sostenía las riendas del caballo. De repente, al saltar una empalizada cayó sobre una verja y una estaca se clavó en una de sus piernas. Entre gritos y quejidos la llevaron al hospital. Durante los días de recuperación, se apareció Eugene al pie de su cama seguido del médico.

—Querida tía, lamento que se haya lastimado la pierna durante su cabalgata.

—¡Quién se cree que es usted! Yo no soy su tía —vociferó Launa.

—Me han informado de que vio a mi padre rondar la casa de la playa. Lo que debe hacer es descansar para recuperarse de su pierna y dejar al muerto en paz.

—¡Deje de llamarme así! Y ha sido él quien me ha buscado.

La mujer comenzó a temblar del enfado, y se dirigió al médico que la observaba fijamente:

—Doctor, por favor, saque a este hombre de aquí, no es mi sobrino.

—Tía, no se atormente, pronto dejará este horrible hospital con olor a cloroformo.

—¡Márchese! No quiero verlo —dijo Launa frunciendo el ceño.

—Intente descansar, le enviaré un sedante con la enfermera —interrumpió el médico.

Launa se arremolinó entre las cobijas de la cama para dormir, aún con los nervios alborotados. En el corredor del hospital, Eugene hablaba con el médico.

—Creo que mi tía está empeorando, habrá que medicarla más, o... ¿considera otra solución?

—Sí, claro, necesita un tratamiento antes de que pierda la razón.

—Me preocupa mi único familiar; considero que debería llevarla a su hospital psiquiátrico.

—Parece que es lo mejor y el lugar es mucho más agradable que este.

—Pues no se diga más, autorice el traslado lo más pronto posible.

—No se preocupe, mañana mismo lo organizaré.

—Le agradezco su interés en la salud de mi tía.

Al día siguiente, Launa terminaba el desayuno cuando llegó Aurora muy alegre a visitarla.

—¿Cómo se siente hoy?

—Ya mejor, pronto saldré de aquí. ¿Y ese baúl?

—Lo he llenado con sus mejores ropas para que se sienta más cómoda durante su estancia.

—Ese baúl es para Declan, según el testamento.

—Bueno, no encontré otro... y este es muy bonito.

—No debió tomar ese.

—Descanse ahora pues más tarde la llevarán a un mejor hospital.

El sedante había comenzado a adormecer a Launa, quien sólo asintió con la mirada. Esa tarde, Eugene fue a visitar al jurista.

—¿Qué opina, cree que con esta otra carta podré hacerme con la fortuna?

—No, se requieren tres pruebas, pero...

—Con esto puedo ir a vivir a la mansión con Launa.

—Puede negociarlo con ella.

—No hará falta.

Apenas internaron a Launa en el manicomio, Eugene se mudó a la mansión sin mayor objeción por parte del ama de llaves. El joven mostró una carta firmada por el abogado y, a pesar del disgusto del mayordomo y del recelo del resto del personal, se alojó en la habitación de Richard. Tan pronto como se dio cuenta Launa que estaba en un manicomio, solicitó la visita del médico para que le explicara lo sucedido. Una chica la llevó en una silla de ruedas hasta la oficina del doctor. En el camino, aquella voz que poco respondía a sus preguntas le pareció familiar.

—¡Detente! —gritó Launa.

La chica se detuvo, pasmada. Launa giró la cabeza y volcó su mirada escrutadora. Era una joven de ojos grandes y negros que opacaban sus finas cejas. Llevaba el cabello corto.

—¿Quién eres? —preguntó Launa.

—Soy su enfermera personal.

—No, no... tú eres...

La joven tomó los mangos de la silla y sin detenerse continuó nerviosa hacia la oficina. Tocó a la puerta y escuchó una voz que la invitaba a pasar.

—Doctor, aquí le dejo a la señorita Launa.

—Bien, ¿qué sucede? —respondió el médico. Y acomodándose en el asiento, tomó su pipa y se dispuso a fumar.

—Doctor, le exijo que me explique qué hago en el manicomio, dado que no estoy loca.

—Mmm... Verá, aquí es más confortable y puedo cuidarla mejor.

—Pero ya estoy mucho mejor de la pierna, deseo irme a casa y terminar de recuperarme allá.

—¿Cómo ha dormido? ¿Ha podido descansar?

—La verdad, no mucho, es por eso que quiero irme a casa.

—¿Ha tenido pesadillas?

—Sólo una noche.

—Entonces tendré que cambiarle el medicamento.

—No, doctor, estoy muy bien.

—¿Ha visto a Richard últimamente?

—Me pareció verlo al despertar, pero fue un momento.

—¿Habló con él?

—¿Cómo, es por eso que me tiene aquí? ¡No estoy loca!

—Nadie afirma que esté loca, pero su sobrino está muy preocupado por las visiones. La está esperando en casa, así que si sigue mis instrucciones pronto podrá reunirse con él.

—¡Qué! Le he dicho que no es mi sobrino, mi hermano era homosexual. Y no estoy loca. Así que ya está en mi casa...

—Tranquilícese, necesita tomar su tratamiento para que cesen las pesadillas —dijo el médico, mientras acomodaba el tabaco en su pipa sin mirar a Launa.

—¿Qué no entiende?, ese bribón no es mi sobrino. Le exijo que mande a buscar a mi ama de llaves para que venga por mí.

—Mantenga la calma para que su recuperación sea más rápida.

—¡Sáqueme de aquí!

El médico se levantó del asiento y fue a abrir la puerta. La joven estaba en una banca esperando a que terminara la entrevista.

—Jovencita, por favor, lleve a la paciente a su habitación, necesita reposo.

—Se arrepentirá de esto, buscaré a mi abogado —dijo vociferando.

La chica la llevó de vuelta en silencio y la ayudó a tenderse en la cama. Launa alzó la vista y se quedó mirando su rostro otra vez. La joven hacía movimientos rápidos para evitar su penetrante mirada.

—¡Ya sé quién eres!

—No sé de lo que habla.

—Claro que sí, tú eres la chica que entrevisté para ama de llaves. ¿Quién eres en realidad?

—Usted me confunde, nunca antes la había visto.

—Por supuesto que sí, ahora te recuerdo con claridad.

—Disculpe, usted me confunde.

—No tomaré nada, ¿qué es lo que pretendes?

—Tranquilícese

—¡No!

La joven abandonó la habitación ante las preguntas de Launa, quien al poco tiempo se adormeció. Durante la semana de encierro, en un momento de lucidez cuando bajaba el efecto del medicamento, reflexionó sobre la manera de escapar de ahí. No sería fácil al estar vigilada por esa extraña chica, que para entonces dudaba que fuera enfermera. Decidió guardar la calma y mostrarse consecuente hasta encontrar el momento apropiado para escapar. Una tarde, después de la comida, varios pacientes deambulaban por los jardines cuando se escucharon unos gritos desde una de las habitaciones. El encargado del cuarto piso corrió hacia el lugar de aquellos alaridos. Launa estaba en el suelo con la pierna ensangrentada y se negaba a que la trasladaran al hospital sin su baúl. El día siguiente a la nueva cirugía, aun padeciendo de fuerte dolor, escapó del hospital con su única pertenencia: el baúl. Se aseguró que no estuviera Eugene en la casa y dentro del baúl guardó todo lo que había en la caja fuerte de Richard. Acudió al banco y retiró todos los bonos, pero nunca encontró los diamantes. Enseguida, tomó el primer barco hacia Londres, decidida a establecerse tranquilamente con lo que había conseguido de la herencia. Eugene, al enterarse de la fuga de Launa, interrogó al personal sobre su paradero y visitó al abogado.

—¿Sabe usted dónde se encuentra Launa?

—¿No está acaso en el manicomio?

—No. Ha escapado.

—Entonces, ya debe estar tranquilo, ahora usted se queda con la mansión y las demás propiedades.

—Aún no lo estoy.



Desde Londres, Launa escribió al abogado. Pasó mucho tiempo hasta que recibiera una respuesta. Aquella respuesta trajo consigo angustias para Launa. Días después, la puerta de su apartamento había sido forzada y sus cosas estaban regadas por todo el lugar. Tomó el baúl y se embarcó hacia España. Al calor del Mediterráneo, sus nervios poco a poco se fueron apagando; sin embargo, sus pesadillas aún la acosaban. Para entonces era una mujer muy rica y cambiaba los bonos en el banco con cierta frecuencia, hasta que un día creyó ver a Aurora. Nuevamente tomó sus cosas y partió hacia América. Desde ahí escribiría a su abogado. Sabía que mientras estuviera huyendo, Eugene no podría desheredarla completamente.

El barco zarpó una soleada mañana de Cádiz. La vi subir por la rampa seguida por un chico que le llevaba el baúl. Yo no alcancé a abordar, los billetes para Estados Unidos eran muy codiciados. Llegó una tarde a Nueva York, en medio de una tormenta y vientos que azotaban la costa. Se alojó en el primer hotel que encontró cerca del puerto. Después de cambiar todos sus bonos irlandeses a americanos, depositó en el correo una carta para su abogado. Ese fue el último contacto con la vida que dejó en Europa. Quizá se había percatado de que Eugene la perseguía como a su propia sombra; no obstante, estaba segura de que su sobrino ignoraba el contenido de la caja fuerte.

Algo debió suceder después de que cambió los bonos, ya que ahí le perdí el rastro. Se escapó astutamente, recorriendo varias ciudades americanas, pero cometió un

error y yo lo aproveché. Llevaba ya varios años viviendo en un crucero cuando di con ella. Al principio me fue difícil distinguir sus rasgos con el cambio en su color de cabello y otros detalles. La foto que me habían proporcionado distaba mucho de como la encontré. Siempre había sido una mujer elegante y culta, pero ahora tenía ese aire de misterio, de estar ausente. Fumaba mucho, le temblaban las manos y mantenía poco contacto con otras personas, permanecía distante, reservada. Solía conversar con un hombre de mediana edad que se ocupaba de ella en los diferentes restaurantes del crucero, así como en las áreas de descanso. Era su fiel sirviente, probablemente atraído por sus encantos. Nunca la dejó en todos esos años en los que vivió en aquel gran navío. Launa murió sola en su camarote, una tarde en la que todos los pasajeros descendieron para divertirse, al calor del ron, en una isla de las Bahamas. Eugene había vendido las residencias para continuar pagando mis honorarios, los cuales duraron muchos años. Obsesionado con los diamantes, no descansó hasta encontrar a Launa. Pero solo halló un cadáver, frío, inerte y sin fortuna, tal y como le hice creer. Jamás le confesé haberla hallado con vida. Conocí sus costumbres y fui testigo de cómo aquella mujer se convirtió en una pertenencia más del barco, en una leyenda viva, en *La Mujer del Crucero*. Su baúl, su bello y exquisito baúl, aún sigue siendo exhibido en una vitrina del barco como un atractivo más que decora su historia. Y yo... yo seguiré buscando los diamantes.

## FLORIÁN O EL FRACASO

Miguel Quintana Viejo

**S**i pudieras entender, Florián, hijo mío, o disfrutar con estos detalles, te contaría cómo...

Ah, no sé por dónde empezar.

¿Zafiro, clavel, marfil?

Me hubiera gustado tanto poder decirte estas cosas sumergidos ambos en sonrisa, cara a cara y distendidos, y esperar de ti tus réplicas y tus pullas y, sobre todo, me hubiera gustado tanto poder oírsele a tu madre y quizás hacer que con sus propias palabras ella misma se ruborizara. Pues no deja de ser triste tener que extraer insensible tinta de un tintero insensible y derramarla sobre un insensible papel para decirte, Florián, cómo fuera otrora tu madre toda ella unción balsámica benéficamente aplicada a la epidermis de mi alma. Sí, los hados a veces con sus danzas beodas arrastran a los mortales y los llevan en volandas por los aires hasta depositarlos amorosamente sobre el terciopelo de las estrellas. Así debió de ser cómo la vida me vivió algún tiempo, cuando quisieron aquellos hados anegarme el sentido con la lujuria de la anémona o el rododendro, dejando transido mi corazón bajo la fragante dulzura de la lila y del todo olvidado en el centro del imperio etéreo del azahar. La clemencia de aquellos benéficos númenes permitió que celebrase

orgías de lirios y jazmines en el altar de tu madre, sacerdotisa entonces del clavel y de la rosa, alquimista de nenúfares, maga en aquelarres de pórvido y alabastro...

Mas tu gestación, Florián, fue la gestación de nuestro desastre...

Antes de él, sin embargo, habíamos tu madre y yo quebrado el compás y la regla de cualquier circunspección para entrar y danzar en la vorágine de la infinitud del fuego cuyas llamaradas ascendían al cielo transportando entre su resplandor y lumbre, la lumbre y el resplandor de nuestra hambre y nuestra hartura. Tu madre, hijo mío, sanaba con la medicina que yo recibía, y yo mismo me curaba también con la medicina que a ella le aplicaba. Y esto, trasnochando y madrugando al otro día, un día y otro, sin que hubiese lugar a que muriese el candil, que lucía ininterrumpidamente alimentado por la salmuera del amor y cuyo perfume ardía desde que el alba reía hasta que la cara del sol bajo la raya del horizonte se hundía...

Antes de que vinieras, Florián, hubo un tiempo sin pólvora ni veneno o, más bien, un tiempo preñado de veneno y pólvora divina que explotaba en nuestros dedos salpicándonos hasta los dientes de dulzura; un tiempo mucho más alto que el oro e infinitamente más valioso que el indómito diamante, tiempo que tenía desarrollado en su seno, como su mejor y más preciada joya, su propio juez y verdugo que lo aniquilaban antes de nacer. Hubo un tiempo, en fin, que no se alimentaba de tiempo, hijo mío, en el que tu madre y yo, partículas insignificantes de polvo flotando entre los rayos de la luz del sol, danzábamos

suspendidos en la inmensidad de la nada y anegados por la música del amor la más hermosa danza del no movimiento, carente del compás del propio tiempo y ausente también de ella la medida del espacio mismo...

Mas tu gestación, Florián, fue la gestación de nuestro desastre...

Y sin embargo en ti solo hube de hallar la endeble tabla de salvación tras aquel naufragio.

Pero antes de que tu madre naufragara en su propia catástrofe, hijo mío, los mares todos fueron pocos para los surcos que nuestro navío entre sus ondas hizo, depositando en ellas la melodía de nuestras jarcias y los susurros de nuestros aparejos que se quejaban a las veces con el furor desatado de los vientos o con el ímpetu energético de las inquietas olas. La violencia de estos no era para nosotros, en cambio, sino arrullo manso y dulce caricia con que la divinidad de los mares quería también carenar nuestro casco de los roces con algún bajío, arrullo manso que henchía con sus pulmones nuestra gavia y salpimentaba nuestra crujía con sus espumas, y caricia, como te digo, de la que estaban envidiosas las gárrulas gaviotas que en torno a nuestra balandra ruidosamente revoloteaban. Los peces entonces, hoscos e huidizos, nos ofrecían su furtivo silencio con el que parecía que nos desafiaban a su persecución llamándonos con sus bocas silentes a explorar las más escondidas simas y misterios de la oscura profundidad lejana. Y allá nos íbamos tu madre y yo, en pos de la ilusión e impelidos por aletas de plata que nos hacían tan ligeros como el pensamiento, a escudriñar en ardorosa peregrinación por los senderos de

las madreperlas, a admirar los milagros del móvil cromatismo de las escamas, a deleitarnos con la arborescencia inquieta de medusas y sirenas, a contemplar el sempiterno movimiento de las liturgias marinas, a officiar, Florián, el ceremonial complejo de los ritos no secretos del amor.

Éramos entonces, hijo mío, alegres sin saber qué fuera alegría y arrebatábamos de forma inconsciente al cielo su aliento para expandirlo por nuestras entrañas sin preocuparnos de que fuera hubiera frío en aquel invierno, o humedad en la primavera que le seguía, o calor intenso andando el estío nuevo, y no nos importaba nada tampoco reposar en la arcilla bajo pistilos o sépalos o ser polinizados por las fragancias de los escaramujos o filadelfos que nos sonreían mediante cualquier brisa con que el manso céfiro menear sus pétalos quisiera. Éramos también entonces eso que parece ser imposible, Florián, felices..., antes de que tu gestación fuese la gestación de nuestro desastre, y teníamos eso que parece imposible tener, o al menos tan dudoso, teníamos hilvanado con fibras de seda el manto que envolvía y arropaba una sola alma latiendo con un pulso solo, cuyo péndulo parecía medir eternamente la indiferencia a las asechanzas del cuchillo de la parca. Entonces éramos estrellas a siglos luz del curvo filo de la cruel segur de esta, y no empañaban sus latentes amenazas de ninguna forma el tintineo cristalino con que nuestras campanas repicaban en los espacios donde se unía al titilar de las restantes estrellas dando fe de la inmensidad de nuestra fortuna. Así éramos, Florián, entonces: alegres y felices sin necesidad de saber qué era la felicidad ni la alegría de tan alegres y felices que éramos. Mas poco nos

sirve ahora saber acotar bien los términos de esta, aunque me fie de los antiguos pensamientos de los poetas más sabios y al mismo tiempo más mentirosos, que soñaron creer poner con palabras los mojones adonde había que reducir sus límites, como si la felicidad pudiera, caso que se diese, constreñirse a un aprisco donde no germinara la flor del deseo, flor venenosa más letal, por cierto, que el tejo o el digital y cuyos efluvios tantas veces me haya emponzoñado el alma.

Muy poco nos sirve, hijo mío, definir lo que parece no tener fin, y teniendo asiento, precisa y paradójicamente, en algo tan finito y contingente que solo de forma milagrosa e incomprensible vive y late.

Pero tampoco quisiera navegar como rémora adherida a los lomos del pasado o hundir mis raíces, como el muérdago, en las ramas de ese roble del tiempo pretérito para chuparle su savia ni, como ácaro parásito, alimentarme del polvo remoto de las alcobas de antaño, pues ese tiempo ido es mal huésped donde el que se aloja parece quedar pegado a la sombra adulando la alegría lejana y rescindiendo el pacto suscrito con el futuro, quizás porque este sea penoso.

Sí, penoso debe ser ese futuro al que parece que caminan los relojes... ¿No crees, Florián, que esas máquinas corren sin apenas respirar para hacer volar el tiempo? ¿No crees que cada golpe del segundero es un empujón que nos dan con el que nos arrastran hacia el redil de la eternidad? ¡Cómo pudiéramos detener sus empellones...! ¡De qué materia prodigiosa podríamos construir el valladar o parapeto infranqueable en cuyo rostro el

tiempo estrellase infructuosamente sus flechas! O tal vez..., ¿qué melodía seductora podríamos ejecutar que encantase de verdad a esa siempre movediza serpiente que poco a poco, sin embargo, va tragando a su propio encantador?

¡Oh, no sé para qué te formulo estúpidas preguntas...!  
Pero el recuerdo de ella es tan fuerte, Florián...

Su recuerdo es tan fuerte que casi el aliento solo de su memoria parece que me viste la coraza con la que atravieso indemne las sangrientas filas del tiempo y de la muerte. Solo con la piel del recuerdo lejano de tu madre, hijo mío, parece que estoy curtido para arrostrar cualquier inclemencia y me suministra suficiente contra-veneno para combatir al poderoso tósigo de los hados. Quizá sea esto lo único bueno que tenga ese recuerdo... Mas si pudiera analizarlo mejor, buscaría otras cualidades, aunque tal vez encontrara que ese mismo recuerdo de ella es un cuerpo muerto, un cadáver descompuesto y conquistado por gusanos, un motón informe de roídos huesos que yacen entre las ruinas del tiempo esperando la nada bajo la ominosa escarcha de la muerte. ¿No lo crees así tú, Florián?

Y para combatir esa gélida capa del rocío de la noche del pasado he tenido que beber no pocas veces no pocos licores buscando consuelo, y se me han helado en la garganta en no pocas ocasiones los cantos de sirena que de la botella del bálsamo surgían, pensando que la siguiente noche del futuro volvería a rociar su frialdad sobre las mismas postemas que ya desde el pasado en mi piel supuraban, dejando a la postre solo vivo el día del



presente: tú, Florián, y yo, acólitos desnudos del fracaso derrotados en mil encuentros sin apenas poder paladear una victoria sola.

No sé por qué cito la palabra *fracaso*, que ha sido peste, fuego y cuchillo de mi existencia, que ha seccionado tantas partes de mi alma y abrasado otras tantas y a otras tantas emponzoñado con su pestilencia; no sé por qué cito esa palabra, que ha sido tizón de mi pecho y de mi frente... Para intentar lavarme toda esa suciedad tengo que recurrir al pasado, cuando... Pero podría, más bien, trazar la reconstrucción del esqueleto y armazón del futuro sin revolver las aguas pasadas y sin dar pábulo, Florián, sin dar pábulo alguno al desaliento agarrando firmemente los cuernos de la adversidad con seguras manos y sin preocuparme de que, como vulgar sanguijuela, cualquier futuro quiera beber nuestra sangre. ¡Pues qué nos importa, hijo mío, que una insignificante bestezuela haga presa en nuestra superficie y se cebe con el botín de la mala sangre que nos sobra! ¡Qué nos importa al presente que la espada del recuerdo siga blandiendo acerados destellos de amenaza si solo puede ahora herir al vapor del pasado!

No sé si somos libres, hijo mío, pero aspiramos a serlo, y aspirar en este caso significa cerrar casi los ojos exteriores y abrir mucho los interiores para acometer con astucia y sagacidad, y desbaratar la melena de todos los vientos, todas las tormentas, todas las borrascas y todos los huracanes que las fauces de esos diosecillos enemigos desatan para arrojárnoslos al rostro en la creencia de que habrían de hacernos claudicar y así conquistar ellos

nuestro feudo. Y vientos de zozobra hubo en el pasado y en el futuro habrá, como al presente tú y yo, Florián, en zozobra braceamos para vencer y hacer morder el polvo a las ondas, y viento de zozobra es también, si no supiera bien dominarlo, el recuerdo del tiempo aquel tan fausto en que conocí a tu madre...

Ah, no sé por dónde empezar cuando quiero escrutar las calígenes aquellas sobre las que, además, han ido germinando gruesas haces de recuerdos y olvidos, de afirmaciones, negaciones, invenciones. No sé, hijo mío, si me hará daño traer ahora hacia tus ojos con estas palabras la memoria de la música que latía en mi corazón cuando conocí a tu madre en aquel tiempo en el que este tirano, avergonzado de sí mismo por su cruel oficio, no osaba en nuestra presencia mostrar su jeta de odiosos dientes armada, y tenía que avenirse a permitirnos revolver las horas y los días y las semanas sin posible cómputo y en continua ejecución de melodiosas diatribas amorosas. Me parece milagroso ahora pensar cómo entonces estaba ausente en nosotros cualquier matiz, color o porte negativo pensando, y sin ser muy conscientes de hacerlo, que todo era una magnífica maquinaria en la que cada pieza cumplía perfectamente con su cometido. Una desconocida energía inmensa nos impulsaba entonces a la sencillez más sublime a vivir, sin saber que de aquella forma alimentábamos el fuego de la propia vida. Una energía, Florián, una energía inmensa proveniente de sus ojos me arrastraba dulcemente al más dulce de los abismos. Ah, solo sus ojos, hijo mío, solamente con sus ojos podía embotar ella de un solo pestañeo todos

los filos de las guadañas de las muertes todas que hayan sido y serán; con un solo pestañeo hacía huir vertiginosamente de la haz de la tierra a esa odiosa rival que siempre parece rondarnos, y la luz que de sus ojos al pestañear producía, rompía con violento crujido los sellos de los sepulcros, de donde parecía como si los muertos todos, obedeciendo su llamada, acudiesen a bañarse en el esplendor de sus pupilas. Sus ojos, hijo mío, solamente con un leve pestañeo, hacían tañer las campanas todas con quejumbroso y fúnebre clamor anunciando a los cuatro vientos el funeral de la misma muerte a quien tu madre, con apenas un ligero pestañeo de hermosura, condenaba a ser huésped de los gusanos de la nada...

Sí, es cierto que va a hacerme daño hacerme eco ahora para ti de sus ojos o sus labios. Mucho daño, por lo que casi prefiero omitir estos detalles. Para qué habría de serte útil, Florián, saber que sus labios eran grillos de suave hierro que atenazaban mis oídos y mis ojos, que los dictados de su boca eran el oráculo por medio del cual me hablaba el dios que dentro de su pecho moraba. Para qué necesitarías saber tú que mediante sus labios fui partícipe de la articulación y desarrollo de esa divinidad, asistiendo desde sus pliegues húmedos y ligeramente cárdenos al espectáculo inefable de la infinita bondad, belleza y sabiduría que con su movimiento me alentaba. Para qué iba a serte beneficioso, hijo mío, poner delante de tus ojos con palabras muertas los vivificantes labios de tu madre, vivificantes si no estuvieran ahora ausentes, cuando un solo beso suyo borraría y aniquilaría todo este inútil verbo mío. Pues un solo beso suyo, Florián, sería la caricia que

trajese consigo la llave del milagro, ese fenómeno prodigioso al que apela frecuentemente mi deseo.

Sí, Florián, apela mi deseo al milagro, y parece que quisiera esperar poder abrir con sus fuerzas ficticias las puertas que se cerraron desde el principio sobre ti, para que te bañase y ungiese todo tu cuerpo, y sobre todo tu alma toda, la luz que te negaron los que trazaron tu triste sombra, como si fueras un topo que se pudiera contentar con arañar la tierra y sobrevivir en subterráneos. Mas las fuerzas de mi deseo, hijo mío, tienen la misma fuerza nula que el ímpetu de nuestros músculos cuando soñamos huir de un fantasma monstruoso que con sus uñas nos agarra, los cuales quedan malignamente atrofiados por esa fuerza incomprensible e inexorable que mana al lado de nuestra almohada.

Esa fuerza tienen mis deseos, hijo mío, cuando espero el milagro de ver abiertas las puertas o ventanas por donde irrumpa la fuerza de la luz que riegue los surcos de tu mente tan ausente siempre como tu madre ahora. Cuánto habré deseado, Florián, que los surcos de tu cerebro hubiesen conseguido una magnífica cosecha de frutos que te hubiesen hecho no solamente independiente de mí, sino que también con tu espléndida autosuficiencia hubieses barrido y liquidado las frustraciones que yo tuve, mis fracasos, hijo mío...

## LUCRECIA

Luciano Ramírez de Arellano

«¿Eres feliz?» Ella había esculpido la frase con esa teatralidad que le era característica y que a él tanta inquietud le infundía. Luego, se quedó apostada con un gesto grave, rizado de melancolía, que a estas alturas de la relación él aún no había aprendido a descifrar. ¿Eres feliz? ¿Qué había en realidad detrás de aquella pregunta? «¿Tiene sentido tu vida? ¿Me quieres?» A lo primero no habría sabido qué responder, a lo segundo... tampoco. «¿A qué te refieres exactamente?», dice él con ese tono filoso de superioridad que acompaña de una leve inclinación de la cabeza hacia la derecha, y que, creedme, no es más que puro artificio para ganar tiempo. Ahí estaba de nuevo, nada de un modesto sí o no, no había manera de sacar del tipo una respuesta asertiva, limpia y clara, así lo desollasen. «Me refiero a que si eres feliz, es así de fácil — explica ella—, no te pido que resuelvas ningún complejo logaritmo o que describas con aliento poético como se nos echa la tarde encima, sólo te pregunto por tu felicidad. ¿Sabes?, no soy tonta, y sé que el asunto puede tener su enjundia, pero uno sabe básicamente si es feliz o desgraciado, sólo hay que pararse un momento a escuchar las tripas. ¿Podrías darme alguna vez una

respuesta directa, sin circunloquios?». Una respuesta directa dice... ¡Venga, vamos!, ella no quiere una respuesta directa, quiere una respuesta monolítica, confesiones sin matices, y él es un individuo sibilino, un libra de raza que está infestado de matices. ¡Que si era feliz! ¿Alguien lo es? ¿Existe de veras la felicidad?, con mayúsculas, me refiero. «Cariño —arranca él, con tono indulgente—, tú ya sabes que no soy precisamente un ser dicotómico y...». «No, precisamente dicotómico no, más bien pedante, insufriblemente pedante —ataja ella, cortando lo que adivina un discurso tan elusivo como de costumbre—, pero —continúa—, esa no es la cuestión, lo que te pregunto es si te sientes bien, antes que nada contigo, pero también en general, con tu familia, la gente que te rodea, o sea, te repito ¿Eres feliz?». «Las cosas no son tan fáciles —porfía él—, todo el mundo lo sabe. Bien..., feliz, todo tiene grados, distintos aspectos... por mucho que a ti te seduzca esa especie de reduccionismo, de ceñirlo todo a alternativas estanco». «Sí o no. Negro o blanco. Bla, bla, bla... —masculla ella acompañándose de un gesto de la mano que imita sus labios—. ¿Reduccionismo dices? Pues mira, casualmente nos han recordado hoy en el taller de informática... Y, por favor, borra esa sonrisita afectada que te asoma cada vez que hablo del taller. Nos recordaban, te decía, que los ordenadores funcionan tan sólo con dos dígitos, 0 y 1, como tú dirías, dicotómicamente, y ahí los tienes, cambiando el mundo». «¿Acaso pretendes convertirme en un PC?», dice él, a la defensiva, extrañado por un discurso inesperadamente sutil.

«Pues, mira, también he aprendido que pensamos como los ordenadores, digitalmente, de modo que ya ves», dice ella, cada vez más crecida. «¡Pero bueno, quién dirige ese taller, acaso un neurocientífico! Lo que quiero decir —continúa él—, es que todo esto es relativo, si yo tuviera la misma idea que tú de la felicidad...». «¿Y cuál es mi idea de la felicidad, si puede saberse?». «Pues, a juzgar por tus cantilenas, envejecer blandamente hasta llegar a esa especie de paraíso terrenal que es para ti el Inmerso y sus viajes organizados a Benidorm». «Eres un imbécil, ¿sabes? —le espeta ella irritada por esa habilidad que tiene él para ridiculizarla aprovechando la menor confianza, aunque, cosa rara, recobra, de nuevo, la calma para insistir—. Todo eso está muy bien, pero ¿tú dirías que eres feliz?». Y sólo entonces empieza él a sospechar que no están en uno de esos bucles estériles en los que todas las parejas curtidas se enredan ritualmente para combatir el tedio, a modo de esgrima doméstica, y no por la insistencia claro, sino por esa suerte de osadía serena que ella despliega, lejos del ruido y la furia de costumbre. «Cariño, quizá ahorraríamos tiempo si fueras al grano», dice él finalmente, quebrando casi imperceptiblemente la voz cuando pronuncia la última palabra, mientras estruja el lapicero que sostiene en la mano hasta dañarse, y es que el pánico tiene múltiples rostros. «¿Al grano dices? ¿Yo? Yo no pretendo ir al grano de nada, sólo pregunto —dice ahora ella, y la falsedad se le pinta en el rostro, como una luminaria—. Pero ya que insistes, fabula, la verdad es que... He conocido a alguien». «Acabáramos

—dice él— ¿Así que has conocido a alguien?» «Sí, en el taller, la monitora...». «¡La monitora!», exclama él agregando confusión al pánico. «No, no es lo que estás pensando». «Me limito a escuchar, cariño», dice él, acumulando toda la dignidad que le es posible retener. «Si me dejaras seguir... A lo que me refiero es a que, bueno, ya sabes cómo he congeniado con Eva, la monitora del taller». «La neurocientífica, dices». «Ahorrémonos los sarcasmos, por favor». «Tú misma», dice él, esquinando casi imperceptiblemente la cabeza en tanto frunce el labio inferior. «El caso es que... el verano pasado, en la fiesta que organiza el taller para celebrar el fin de curso, conocí al hermano». «¿A su hermano?». «A su hermano, sí». «Otro gran sabio, supongo». Ella hace como que no escucha y prosigue... «Y desde entonces nos hemos frecuentado». «¡Os habéis frecuentado! ¡Habrás una manera más cursi de decir... O sea, que el fin de semana pasado en la playa... con tus amigas...! Hostiga él». «La verdad es que no fue algo premeditado, simplemente Julia no pudo venir... él estaba disponible», dice ella, escogiendo cuidadosamente las palabras, confiando en la elocuencia de las que no se dicen, pero que están ahí, tan evidentes como los efectos de un estiramiento facial estándar. Y por unos instantes, él permanece en silencio, abrumado por una trama inesperada que le incómoda y para la que no encuentra salida. «Así que... —comenta, al fin, despectivo—, toda esa historia de la felicidad...». «No, no, ahí te equivocas —interrumpe ella—, todo está relacionado. Mira —dice, y antes de continuar entorna los



ojos e inspira, en un gesto que, en su caso, preludia un discurso previamente elaborado, que ahora recita—, llevas años insinuando que no eres feliz, es más, he llegado a la conclusión de que así como hay quien pierde prematuramente tono muscular, capacidad intelectual o el cabello, tú pareces haber malogrado toda capacidad para ser feliz, no te ilusiona nada... —Y aunque pierde el hilo, prosigue—. Pero yo no soy igual, ¿sabes?, tengo un futuro por delante que quiero aprovechar.» Y conforme ella desgrana aquella especie epicureísmo de pacotilla, con su peculiar acento extático que sólo Dios sabe cuánto le fastidia, él va recobrando la calma para examinar el nuevo estado de cosas con la distancia que merece. Porque, al fin y al cabo, tampoco el asunto es tan grave. O no tiene por qué serlo. En el fondo, es cosa de analizar la letra pequeña. «Y ese tal hermano de la monitora —pregunta él—, ¿se puede saber qué hace?». «¿Marcos?, también es monitor..., de autoescuela». «¡Ah! Marcos tiene una autoescuela». «No exactamente». «Entonces..., trabaja en una autoescuela». «Sí y no». «¿Sí o no?». «¡Ahora quién se pone tajante! Hubo un expediente de crisis...» «O sea, que de momento no monitoriza nada.» «Está temporalmente en el paro pero, esta misma semana tiene una entrevista de trabajo y...» «Seguro, seguro... Pues, cariño, perdona que te diga pero no os envidio. A menos, claro está, que estés pensando en desempolvar el título de Románicas y montar también tú un taller. He oído decir que hay una gran demanda de lenguas muertas en la urbanización». «Cínico hasta el final, ¿no es cierto?».

«Me limito a subrayar ciertos inconvenientes, por si no lo habíais ponderado», puntualiza él, con petulancia insufrible, la misma que antaño, qué lejano lo veía ahora, ella juzgaba agudeza. Luego, tras una larga pausa durante la que ha estado plisando el borde de la falda, prosigue con ese tono neutro recién adquirido que, en su caso, resulta, desde luego, inquietante. «Cariño, creo que sigues sin entender nada». «Quieres decir que la cosa no va en serio», dice él, aun cuando está íntimamente persuadido de que esa no es la cuestión. Y, en efecto, no lo es. «Quiero decir que va demasiado en serio», replica ella, retadora. «¿Entonces...?». «Pues es bien fácil —prosigue misteriosa, y él la invita a seguir con un leve fruncimiento del rostro—. Si es que no relacionas. Vamos a ver, quedamos en que no eres feliz, es más, quizá hoy no, pero no hace mucho has llegado a insinuar que si, de repente, todo acabase, tampoco sería un drama, que al fin y al cabo ya has disfrutado lo mejor de tu vida y...». «Bueno, bueno, todo eso es relativo...», interrumpe él. «Todo es relativo, ya lo sé, esa es tu frase favorita, si tuviera que escoger un epitafio...». «A dónde quieres llegar», ataja él, elevando el tono de voz por vez primera. A lo que, inalterable, descruzando sensualmente las piernas y recogiendo con el índice un mechón de cabello tras la oreja, responde que ella y Marcos tienen una infinita capacidad para ser felices, faltándoles sólo infraestructura. «Querrás decir pasta», dice él, tan molesto por lo ridículo del eufemismo como por la ola de sensualidad que inesperadamente le invade. «Infraestructura de la

que tú dispones —continúa ella, volviendo a hacer oídos sordos— sin capacidad para ser feliz—. Así que...». «¿Así que?». «Si tú desaparecieses todo encajaría». «¿Si yo desapareciese? Pero yo no tengo la menor intención de desaparecer», afirma él, mientras nota como una lengua de pánico le sube de nuevo garganta arriba, sólo que ahora es de otra forma, no más intensa, pero sí más atávica, como la que asaltaría a un remoto ascendiente suyo a la vista de un guepardo, lejos del árbol más próximo, en mitad de la sabana. «Bien, yo ya contaba con eso», dice ella. «Por favor», dice él, creyendo coincidir. «Quiero decir que contaba con tu mezquindad». «¿Mezquindad?», exclama él, incrédulo. «A ver», confirma ella. «Esto es el colmo, mira bonita, voy a aclararte algo, el hecho de que haya confesado alguna vez que he perdido para según qué cosas cierto entusiasmo juvenil no quiere decir, ni por asomo, óyeme bien, ni por asomo, que tenga la mínima intención de... ¿desaparecer lo has llamado? De modo que idos pensando el monitor y tú otro apaño». «Sigues sin comprender nada, cariño», dice ella en el mismo registro apacible que escoge cada vez que alude a su incomprensión, y que va a volverlo loco. «Pero, ¡qué es lo que no comprendo!», ruge finalmente él, mientras el lapicero se astilla entre sus dedos. «Que nadie necesita de tu asentimiento», casi susurra ella. «¿Me estás amenazando?», se guarece él. «Define amenaza», formula ella. «No me vengas con juegos». «¡Cómo se vuelven las tornas, eh!». «No sé a qué te refieres». «A que yo también sé jugar, y mira, sabía que íbamos a llegar a

este punto —dice ella, en tanto extrae una cuartilla doblada del bolsillo delantero de su falda vaquera que despliega y lee—. *Amenaza*: Acción de amenazar. *Amenazar*: Anunciar alguien a otro, con palabras o con gestos, que le va a pegar, a matar o hacer cualquier daño. María Moliner». «¿Y bien?», dice él, cada vez más confuso. «Verás que la definición está en futuro». «¿Y?», insiste. «Pues que las manitas de cerdo, deliciosas, aunque tienen un sabor ácido ¡No le habrás puesto también culantro!» —recita ella imitándolo— «que las manitas que acabas de ventilarte... » «¿¡Qué!?». «A ella le basta elevar enfáticamente el entrecejo por toda respuesta. «No me lo creo». «Mal hecho», dice ella cruzando, de nuevo, lánguidamente las piernas, en lo que él percibe como una especie de ballet voluptuoso y macabro. «¡Es que no me lo creo!», repite él con voz pastosa. «Pues, a ver, te doy la receta: agua tofana, ya sabes, la que utilizan las envenenadoras de Sicilia desde hace siglos. Con un pellizco de sublimado, que ahorra tiempo, basta una sola vez... Apenas le añade un sabor acre... mira, parecido al culantro». Y, cierto, nada más convincente que los detalles. Y, aunque él está a punto de indagar, recuerda que antes de la informática hubo otros talleres, y entre estos, uno sobre herboristería, cuando ella se imaginaba regentando una parafarmacia, que hacía inútil perder el tiempo por ese derrotero. Mejor emplearlo en señalar todos los detalles, incluidas no pocas lagunas, que condenaban aquel atroz plan al fracaso, pero que ella, meticulosa, desmonta, uno a uno, con la jerarquía que confieren las evidencias: el

chalet insonorizado, el teléfono situado en la mesita supletoria, a su alcance, sin tono, las piernas, que apenas le sostienen cuando intenta incorporarse. «Es a lo primero que atacan cariño, pero no temas, tampoco hasta al final vas a sentir nada», dice ella, con una impasibilidad que tiñe los acontecimientos de un aura alucinante a la que él aún se aferra. «No serás capaz, casi implora». «Lo he sido», le devuelve impertérrita. «Podemos llegar a un arreglo», capitula. «Ninguno mejor que este», remata ella. «¿Y los riesgos?». «No te niego que existan, pero la fórmula es casi perfecta y nosotros somos pacientes, no nos pondremos en evidencia». «¿Y la conciencia?», invoca él como último recurso. «La conciencia bien, gracias». «¡Pero cómo puede ser!», protesta. «Llevo toda la tarde explicándotelo, cariño». «¿Te refieres...?». «Exactamente». «¡Pero qué derecho tienes... Además, yo soy feliz, a mi forma, pero soy feliz, claro que sí, y tengo infinitas ganas de vivir...!». «¡Dios! —interrumpe ella— «¡Qué!» «Por favor, regálame el oído ¿Has dicho que eres feliz, que tienes infinitas ganas de vivir?». «Bueno, sí...». «Déjalo ahí, no sigas. Me conformo con esto». «¿Qué quieres decir... Acaso... Acaso todo es una farsa?». «Todo no, me largo con Marcos, aunque tú estás a salvo, ligeramente aturdido, pero nada que no se pase durmiendo diez o doce horas seguidas», concluye ella. Él se queda sin palabras, aliviado, claro, pero es un alivio precario, teñido de humillación y resentimiento que, por momentos, se va trocando en cólera. «Eres... Eres retorcida, retorcida y cruel...Y una hija de puta», estalla al fin,

mientras el rostro, hace nada lívido, se le inflama. Lucrecia esboza entonces una turbia sonrisa, se da la vuelta, y encamina sus pasos hacia el dormitorio de invitados, en la planta alta, para esquivar el cortejo de imprecaciones que deja a su espalda. Luego, sentada a los pies de la cama, y a salvo de la reyerta, reordena el bolso de mano que le ha regalado Marcos, asegurándose de no dejar atrás su lápiz de labios favorito, las gafas de sol, el abanico estampado y el artículo impreso sobre el *acqua*.

## LA MUJER DE LA MONTAÑA

Benjamín Recacha García

**M**e gusta sentarme junto a la ventana, sobre todo en invierno. A mediodía el sol inunda la oficina y entonces llega mi momento. Cierro los ojos y me dejo acariciar por la calidez de los rayos, que me transportan a aquellos días de mayo en la Sierra de Espierba.

Ha pasado mucho tiempo, pero aún hoy, cuando lo recuerdo, me entran las dudas sobre si fue un sueño.

Me levantaba temprano para caminar por el bosque. Me gustaba escuchar a mirlos, petirrojos y ruiseñores dándome los buenos días. Era la mejor compañía que por entonces podía esperar. En verdad, no deseaba otra.

El aire frío de la mañana me hacía sentir vivo. Agradecía aquellos zarpazos que se agarraban a mi cara y sentir cómo se abrían paso hasta los pulmones.

Había llegado hasta aquella diminuta aldea perdida en el Pirineo Aragonés rebotado de una lamentable experiencia laboral y una no menos lamentable relación (des)afectiva. En aquel momento detestaba a la especie humana y aborrecía la civilización, así que me había fabricado la ilusión de que podía apear-me de ella.

La dueña de la casa donde me alojaba me recomendó la ruta. Se internaba en el bosque por la pista que, una

hora de suave ascensión después, desembocaba en un apabullante mirador natural. Desde lo alto de la sierra se admiraban las imponentes moles pirenaicas y los verdes valles que, muy abajo, aparecían surcados por brillantes hilos de plata.

La primera vez me quedé allí embobado, disfrutando de la ausencia del tiempo. El desfile de las nubes juguetonas era el único síntoma de que no me encontraba dentro de una postal. Bueno, las nubes... y mis tripas, que al cabo de un rato me recordaron que necesitaba alimentarme, así que saqué el bocata de la mochila y lo degusté como el más delicioso de los manjares.

Los días siguientes el ingrediente de la sorpresa dejó paso al del deseo por regresar, y una semana después la excursión se había convertido en una necesidad vital.

Aquella mañana el bosque era el mismo, con sus educados habitantes alados, que saludaban a mi paso, las mismas ardillas que saltaban huidizas de rama en rama, la misma brisa que me hacía sentir vivo y el mismo sendero que conducía a la cima desde donde contemplar las moles calcáreas y las nubes con sus formas caprichosas.

Me senté en la misma roca, saqué el bocata y lo saboreé con el mismo placer de cada mañana. Aquella era una rutina muy diferente de la que había acabado despojándome de alicientes. En aquel momento lo que más deseaba era que cada jornada fuera una repetición de la anterior.

Y entonces la vi.

Algunos días me había cruzado con otros paseantes: vecinos de la aldea, ciclistas y montañeros. Pero aquel encuentro fue distinto.



Debía llevar un rato sentada en la roca, unos cincuenta metros a mi espalda. No me di cuenta hasta que, acabado el desayuno, me giré para contemplar otra perspectiva del paisaje. Como yo, ella disfrutaba de la calma y la belleza del lugar. Aparentemente, no había nada de particular salvo la coincidencia en un escenario tan poco transitado.

Sin embargo, enseguida sentí una atracción inexplicable. Procuré ser discreto, pero me costaba horrores apartar la mirada, y me invadió un deseo irrefrenable de acercarme a ella. Me contuve tanto como pude, hasta que el extraño magnetismo me obligó a incorporarme. Estoy seguro de que me vio, sentí que durante una fracción de segundo nuestras miradas se cruzaron. Entonces me agaché para recuperar la mochila y cuando volví a mirar, se había esfumado.

Corrí por la cresta de la sierra hacia la roca, situada en lo alto de un suave promontorio, con la esperanza de que la alcanzaría al otro lado. Pero no. No tardé más de veinte segundos en llegar al punto más alto, desde donde se dominaba una amplia ladera que descendía en suave pendiente hacia el bosque. Era imposible que lo hubiera alcanzado tan rápido. Ni dejándose caer rodando. Además, ¿por qué iba a correr? ¿Se habría escondido? Tampoco tenía sentido. Me quedé allí un rato, escudriñando el entorno, presa de un creciente sentimiento de frustración.

¿Me la habría imaginado?

Durante el resto del día no pude dejar de darle vueltas al asunto. Y aunque trataba de convencerme de que

todo había sido producto de mi imaginación, lo cierto es que en mi mente se habían grabado aquel rostro y unos ojos de mirada profunda que me perforaban el alma.

Soñé con ella.

La escena era la misma, pero esta vez permanecía en su roca. «Hola. Por fin has venido. Hacía mucho que te esperaba». Sentí escalofríos, pero me estremeció aún más su reacción posterior. Me abrazó. El abrazo más cálido que me habían dado en la vida y, sin embargo, ella lloraba.

Desperté.

La claridad del alba empezaba a entrar por las rendijas de la persiana. Era más temprano que los días anteriores, pero no podía esperar. Necesitaba volver y comprobar que ella no existía más que en mi mente.

Era demasiado pronto para despertar a Carmen, la atenta anfitriona de la casa rural; ni siquiera me preocupé en llevar bocadillo. Me apañaría con el paquete de galletas y el poco chocolate que me quedaba, y tomé prestadas un par de manzanas del frutero del comedor.

Emprendí la marcha cuando en el cielo aún brillaban docenas de estrellas con tímidos destellos que anunciaban la cercanía del amanecer. El blanco de los picos nevados empezaba a contrastar con el azul a cada minuto menos oscuro. Era precioso. Sin embargo, todos mis pensamientos se concentraban en la enigmática mujer.

Ascendí casi corriendo. Llegué arriba cuando los primeros rayos de sol acariciaban la cumbre del Monte Perdido. El corazón me aporreaba las costillas, y al mirar a la roca sentí que me explotaba. Allí estaba,

sentada abrazándose las rodillas. La suave brisa juguetaba con su cabello castaño mientras contemplaba las montañas.

Ansiaba estar a su lado, pero el miedo a perderla de nuevo era más poderoso, de modo que durante un rato tan breve como eterno permanecí inmóvil, observándola. Hasta que me miró.

Me puse a temblar. «¿Qué narices me está pasando?». Había perdido el control de mi cuerpo y de mis emociones. «Ven...». No era una voz lo que escuché, sino un susurro contenido en una suave ráfaga de viento. Y entonces, al mismo tiempo que mis piernas empezaban a andar, recuperé la calma.

Es muy curioso. No puedo apartar aquel rostro de mi mente... No quiero hacerlo. Pero por mucho que lo intento, no sé describirlo. Quizás es que la intensidad de aquella mirada verde atraía toda mi atención.

—Hola. —Sonreía, una sonrisa tímida y dulce que me hacía sentir tan cómodo como desnudo—. Por fin has venido. Hacía mucho que te esperaba.

Lo normal habría sido que me pellizcara para asegurarme de que estaba despierto, o que directamente me desmayara. Pero no. En aquel instante mis sentidos estaban concentrados en su sonrisa y en aquella voz que parecía susurrar al ritmo del viento.

—¿Quién eres? —acerté a pronunciar.

—¿Eso qué importa? Siéntate conmigo.

Le hice caso. De hecho, mi cuerpo obedecía sin consultarme. Era como si mi conciencia fuera una simple espectadora de la escena.

—¿No es un espectáculo digno de contemplar? —dijo, señalando con la mirada las cumbres nevadas, que amarilleaban a medida que los rayos descendían por las laderas.

—No imagino uno mejor.

Se giró hacia mí en el momento en que la mañana se manifestaba también en nuestra atalaya. El sol le iluminó aquellos ojos en los que se reflejaba mi asombro, que llegó al límite de lo concebible cuando me abrazó. Fue el abrazo más cálido que había recibido en la vida. Sin embargo, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo desde el punto del cuello donde desembocó su primera lágrima.

Cerré los ojos, seguro de que sólo podía tratarse de otro sueño. Cuando los abriera ella habría desaparecido y yo me encontraría en la cama, acurrucado entre las sábanas. Efectivamente, ella ya no estaba..., pero yo seguía en la misma roca, sintiendo cómo un tibio rayo de sol secaba mi cuello.



Necesitaba encontrarla. No era producto de mi imaginación. No podía serlo, ¿o me estaba volviendo loco? Y aunque en la actualidad sigo dudando, aquellos ojos verdes, aquella voz susurrante, el abrazo y la lágrima fueron muy reales.

Me obsesioné con ella.

La busqué en Espierba, pregunté a Carmen y a sus vecinos. Unos me miraban divertidos, otros, indiferentes, pero ninguno sabía nada. Bajé a Bielsa, un pueblo

bastante más grande, aunque fuera de temporada turística registraba poco movimiento. Una mujer como aquella no habría pasado desapercibida allí.

Los lugareños me escuchaban con atención y trataban de hacer memoria. Pero nada. Tendría que esperar a la mañana siguiente y confiar en que volviera a estar en su roca.

Nos encontramos antes. De nuevo vino a visitarme en sueños.

La escena se repetía, pero esta vez, al sentarme junto a ella, apoyaba su cabeza en mi hombro. «¿Te gustaría subir hasta allí?», me preguntaba, señalando con la mano derecha la cima del Monte Perdido. «Claro. Puede que algún día lo haga», sentí que le respondía. «Si quieres, te acompaño». Tenía que estar bromeando, pero al mirarla me daba cuenta de que aquellos ojos siempre hablaban en serio. Se me ocurría entonces preguntarle: «¿Cómo te llamas?». «Los nombres no son más que etiquetas».

Desperté.

Como el día anterior, aún no había amanecido. Me vestí. Me colgué la mochila, que había dejado preparada por la noche y salí de la casa mientras mordisqueaba un par de galletas.

Llegué arriba sin aliento. Había subido casi corriendo, repitiéndome que aquello era una locura, que la chica de la roca tenía que ser por fuerza producto de mi imaginación, que lo más sensato era dar media vuelta y desterrarla de mis sueños. Pero mis piernas seguían avanzando y mi corazón latiendo más fuerte a medida que me acercaba a la cresta de la sierra.

Allí estaba.

Desde el momento en que la veía dejaba de racionalizar la situación. Por ilógico que fuera todo, por mucho que tuviera que ser cosa de magia, toda mi atención se concentraba en aquella mirada perturbadora y magnética.

Esta vez me saludó con la mano. Me acerqué. Me invitó a sentarme a su lado, y apoyó la cabeza en mi hombro. Me sentía reconfortado y protegido. Sí, esa era la palabra. Junto a ella el tiempo no existía y nada podía afectarme... salvo su ausencia.

Señaló las cumbres nevadas.

—¿Te gustaría subir hasta allí?

No puedo decir que me sorprendiera, aunque aquella repentina capacidad de adelantar acontecimientos que había desarrollado en sueños resultaba inquietante. En cualquier caso, sobre todo sentía calma. Contemplé las cimas apabullantes.

—Claro que sí —susurré.

—Si quieres, te acompaño.

No importaba que nunca antes lo hubiera intentado. Si iba con ella, sería fácil. Me miró con una sonrisa tan radiante que provocó un incendio en mi estómago.

—Entonces, mañana te espero allí. —Señaló un punto a la derecha del Monte Perdido, un poco más abajo—. ¿Conoces el Balcón de Pineta?

Conocía el valle y sabía que el balcón era el lugar que lo comunicaba con el mundo de roca y hielo que se extendía tras las montañas. Pero ni loco se me había pasado por la cabeza visitarlo.

—Claro, allí estaré. —La miré y dudé un instante. Me costaba interrumpir el espectáculo del suave sol de la mañana iluminando su cara—. ¿Cómo te llamas?

—Los nombres no son más que etiquetas.

Me besó. Cerré los ojos y me sentí flotar. Cuando volví a abrirlos, ella se había ido. Suspiré, resignado, pero tranquilo. Sabía que era inútil buscarla, así que opté por disfrutar del paisaje y la tibieza de los rayos matutinos.

Miré fugazmente alrededor antes de acomodarme para desayunar, y me di cuenta de que no estaba solo. Un hombre me observaba desde la roca que me había proporcionado descanso los días anteriores. No disimulaba, pero no hacía amago de comunicarse conmigo. Sólo me miraba. Un par de minutos después la situación empezó a incomodarme, así que me acerqué a él.

—Buen día —saludé.

Era un hombre mayor, según revelaban los surcos profundos que le atravesaban el rostro, de expresión seria. Descansaba ambas manos sobre un grueso bastón de madera. Me resultaba vagamente familiar.

Respondió con un gesto de asentimiento.

—No sé cuánto tiempo lleva aquí observándome, y me quedaría más tranquilo si supiera el motivo. —No apartaba la vista, parecía buscar las palabras adecuadas para responder, pero tanta parsimonia empezaba a exasperarme—. ¿Lo conozco?

Por fin bajó la mirada hacia el bastón, con el que dio un par de golpes suaves sobre la hierba antes de hablar.

—Lo vi ayer, en Bielsa.

Vale, por eso me resultaba familiar. Continuó jugando con el bastón.

—Oí lo que preguntaba, pero no me acerqué. —Ahora hablaba con la vista puesta en el suelo. De repente, levantó la cabeza y me miró fijamente—. No quise recordar.

Me dio un vuelco el corazón. Aquella frase sonaba a sentencia, y no me gustaba nada todo lo que implicaba. Pero necesitaba saber más.

—¿Recordar qué?

Miró hacia las cumbres nevadas. Tenía los ojos brillantes y creí adivinar un atisbo de sonrisa en aquellos labios agrietados, que eran del mismo color tostado que el resto de la piel.

—A ella —dijo sin apartar la mirada de los colosos de piedra—. Debía tener tu edad la primera vez que la vi. Yo estaba sentado aquí mismo, preguntándome qué sentido tenía todo. —Me miró un instante, como sopesando qué contarme, y volvió a perderse en las montañas—. Es igual, ya hace mucho de aquello. Pero cuando te oí preguntar ayer, sentí la necesidad de regresar. Quería verla otra vez. —Ahora sí, sonreía abiertamente—. No ha pasado el tiempo para ella.

—¿Qué quiere decir? —Lo sabía, pero no quería creerlo. Yo no creía en fantasmas, en hadas, espíritus, ni mágicos seres inmortales. Ella era real, de carne y hueso. Los fantasmas no besan, ni lloran, ni abrazan.

—No quieres creerme. No lo hagas. Yo tampoco habría creído a nadie que me hubiera advertido. Nadie podría haber impedido que acudiera a la cita en el Balcón de



Pineta.—Me dedicó una mirada tierna, que contrastaba con aquella cara maltratada por el tiempo, pero enseguida volvió a concentrarse en las cumbres—. Yo sólo quería verla una última vez.

Se incorporó, dio media vuelta y se alejó por la ladera, en busca del sendero que se adentraba en el bosque.



No recuerdo qué soñé aquella noche. Estuve todo el día nervioso, debatiéndome entre lo razonable y la ilusión. Estaba inmerso en una especie de cuento, cuyo final llegaría más pronto que tarde. Un ser racional que, como yo, estaba convencido de que el territorio de los cuentos se hallaba en las páginas de un libro, tras el encuentro con el hombre habría desistido. Con el paso del tiempo todo habría quedado en una anécdota, un recuerdo que habría acabado mezclándose con los sueños.

Pero había algo que me impedía dejarlo, que me empujaba a subir aquella pared de piedra que cerraba el valle, para acudir a la cita. Tenía que descubrir quién era y por qué me había elegido.

Pensé que me costaría dormir. Estaba nervioso ante la perspectiva de volver a tener un sueño premonitorio. Pero lo único que recuerdo de aquella noche es acostarme pensando en ella y despertarme con el amanecer. Unos pajarillos juguetones trinaban en el alféizar de la ventana y yo me sentía más descansado que nunca.

Carmen me había advertido después de la cena que no permitiría que volviera a marcharme sin desayunar,

así que había dejado preparado un termo con café y un delicioso bizcocho. Me sorprendió comprobar que estaba hambriento.

Conduje hasta el final del valle y emprendí la ruta hacia las alturas con una sensación de paz que hacía mucho que no experimentaba. Me sentía a gusto conmigo mismo. Los problemas que me habían llevado a huir de mi vida parecían lejanos, casi irreales. Era fácil recuperar el bienestar en aquel entorno de naturaleza embriagadora. La primavera había estallado exuberante, y el contraste con los restos del invierno, aquellas nieves que adornaban el paisaje, acentuaba el encanto del conjunto.

Mis botas pisaban con decisión por el estrecho sendero que iba ganando altura a cada paso. Superé cascadas que vertían furiosas las aguas del deshielo y me encaramé por paredes de roca que, desde abajo, parecían verticales. Sin embargo, el camino siempre se abría paso, e iba aproximándose al mundo escondido tras las montañas.

El sol iba barriendo el entorno. Cuando me alcanzó agradecí la calidez de los rayos, pero una hora después me empezaba a sobrar ropa. Me detuve a beber agua en uno de los innumerables regueros que descendían de las alturas y me giré a admirar el valle. Sentí vértigo al darme cuenta de que me encontraba ya tan arriba, y me asombró el espectáculo de la naturaleza que iba despertando al día.

En aquel momento mis pensamientos se concentraban en las montañas, las cascadas, los bosques, el río, las flores, las aves rapaces que dominaban el cielo... Estaba ya muy cerca de alcanzar el balcón y me sentía orgulloso de mi proeza.

Con un último esfuerzo superé el tramo más pesado, y el más peligroso, pues estaba repleto de placas de hielo, y me quedé sin aliento, por el cansancio, sí, pero sobre todo por la maravilla que apareció ante mis ojos. Allí estaba el rey de las cumbres, el Monte Perdido, reinando sobre un paraíso de hielo y roca.

Me senté a respirar y a admirar el paisaje, y casi ni me di cuenta de que a escasos metros, sentado sobre una roca, había alguien. Estaba de espaldas a mí. La exuberancia del entorno había captado toda mi atención, así que me costó un poco recordar para qué había subido hasta allí.

Obviamente, era ella. Me quedé un rato observando cómo el viento jugaba con su pelo.

Sentía mucha paz.

No sé cuánto tiempo estuve así. Hasta que me miró mostrando su sonrisa magnética. «Ven», me susurró el viento.

Subí a la roca y me senté a su lado. Apoyó la cabeza en mi hombro.

—Sabía que vendrías. ¿Imaginabas un espectáculo mejor?

—Imposible. Nada podría mejorarlo.

El Monte Perdido, vestido con sus nieves perpetuas, nos miraba impasible.

—Siente la energía que desprende este lugar. Déjate invadir por el viento, por los olores, por el sonido del agua...

Si hubiera sido posible, habría prolongado aquel momento de forma perpetua. Sin embargo, tenía preguntas que hacer.

—Creía que necesitaba saber quién eres. Ahora sé que no. —Se apretó contra mí. Notaba su calidez—. Pero sí tengo que saber por qué me elegiste. Verás, ayer, cuando te fuiste, me di cuenta de que alguien había estado observándonos. Hablé con él y...

—Calla. No digas nada. No importa quién soy ni mis motivos. —Se incorporó y me miró con dulzura—. Lo único que cuenta eres tú. Eres tú quien debe hacerse esas preguntas. —Sonrió—. Ya has hallado las respuestas. —Volvió a apoyarse en mi hombro.

Cerré los ojos. Nunca me había sentido tan a gusto. De hecho, creo que estaba tan relajado que llegué a dormirme. No se me ocurre otra explicación al hecho de que al abrir los párpados me hallara tumbado sobre la roca.

No había ni rastro de ella.

Cualquiera diría que la soñé. Yo quiero creer que fue real. Así la siento. Y en esos mediodías de invierno en que el sol me acaricia a través de la ventana me pregunto a cuántos más habrá ayudado a reencontrarse, a recuperar la ilusión por la vida.

## VALORACIÓN

Se trata de un cuento con aires de leyenda popular, envuelto en esa aura misteriosa, sobrenatural, que envuelve este tipo de narraciones míticas. La intensidad y el ritmo del texto, el tono pausado, el uso de un lenguaje sencillo, ameno, así como la suerte de moraleja

final o enseñanza vital se ajustan muy bien al modelo de narración oral, que va cautivando lentamente al lector. Estamos ante un cuento que huye de la grandilocuencia y de vanos intentos por parecer original: se vale de tópicos conocidos y usa una estructura circular, sencilla y coherente, con una sola voz narrativa en primera persona (autodiégesis) que comienza recordando un hecho maravilloso a modo de analepsis. Es un cuento, en definitiva, bien escrito y bien contado.



## FUIMOS TODOS

Lidia Ribera Muñoz

**E**l café estaba lleno, hacía mucho tiempo que Aengus no lo veía así. Paulatinamente, los habitantes fueron sentándose en las improvisadas sillas que Áine había colocado cuidadosamente. Una mesa de madera servía de atril y dos taburetes la rodeaban. Brian y Ciara fueron los primeros en llegar.

—Os agradecemos mucho que hayáis venido, Brian.

—Pues claro que íbamos a venir. A todos nos afecta el problema.

—Brian, quería pedirte un favor. ¿Sería mucho pedir que fueras tú quién la guiaras?

—Está bien, llevaré la reunión, aunque tú me apoyarás diga lo que diga.

—¿De qué estás hablando, tienes claras algunas propuestas?

—Más o menos. Lo dicho, yo la guío pero tú me secundas, y vamos, que parece que ya está todo el mundo. Óscar y Fiona acaban de llegar, dile a Áine que cierre la puerta.

Aengus se quedó sorprendido por las palabras de Brian. Su mirada tenía algo diferente esa noche y pronto descubriría el qué. Los vecinos no hacían más que murmurar y quejarse por la circunstancia en la que se encontraban. La situación era insostenible.

—¿Podéis prestarme atención un instante? —dijo Brian dando golpes en la mesa con un cenicero de madera—. Aquí, mi buen amigo Aengus y yo hemos pensado que no nos vendría mal una reunión para comentar el estado en el que nos encontramos.

El cuchicheo fue silenciándose por momentos. A Brian le tenían en muy alta estima. Un hombre serio, educado y con estudios. Él era su alcalde. Se sentían cómodos.

—De todos es sabido el deterioro económico que estamos sufriendo —el susurro se hizo evidente en la sala—, no quiero pecar de gracioso pero tenemos que ponerle fin a esta ruina.

La sala comenzó a reírse, Aengus miraba a Brian sin entender a dónde quería llegar, mientras Ciara repartía cafés sonriendo como los demás sin saber muy bien qué decir.

—No quieres hacerte el gracioso pero tienes gracia —comentó Marcus, uno de los presentes—. Ya sabemos que tenemos que ponerle fin. De lo contrario, nos veremos todos arruinados en un pueblo fantasma. Abocados a abandonarlo para sobrevivir.

Todos asentían con la cabeza. Sabían que sus palabras eran ciertas. Conocían el desenlace final.

—Tienes razón, Marcus —comentó el alcalde—. Por eso debemos tomar medidas más drásticas. Actos a los que no estamos acostumbrados.

—¿A qué te refieres, Brian? Hemos hecho todo lo que nos pediste la última vez y nada, ningún beneficio. Fiestas populares, rastrillos, mercadillos... de todo y, ¿para qué?, para unos días a lo sumo.



Comenzaban a impacientarse, el nerviosismo era cada vez más evidente, nadie podía controlar su indignación. Aengus se acercó a Brian y le hizo un comentario en voz baja...

—¿A dónde quieres llegar? La gente se está impacientando y no le estamos dando muchas soluciones. No me gustaría que alargaras más la agonía, si tienes algo en mente, dilo ya.

—Por supuesto que tengo algo en mente, y tú recuerda, me apoyarás en todo lo que diga.

Aengus desconfiaba de las palabras de su amigo, parecía más perturbado que los mismos aldeanos.

—Un poco de silencio, por favor —volvió a golpear la mesa—. ¿Hasta dónde estaríais dispuestos a llegar? A todos nos gustaría volver a tener las despensas llenas, las habitaciones repletas de turistas y las agendas saturadas de excursiones, ¿qué seríamos capaces de hacer?

El murmullo se desató, no dejaban de mirarse confundidos. Todos coincidían en la misma respuesta, harían lo necesario.

—Marcus, ¿qué serías capaz de hacer tú? Por lo que dices, le debes mucho a este pueblo.

—Por supuesto, y lo reitero, dime en lo que estás pensando y lo haré.

—Pablo, tienes un establecimiento de comestibles, si no vienen turistas ¿qué venderás?

—No hace falta que me lo digas, ya hace tiempo que estamos notando los efectos.

—Óscar, tú eres tendero, más modesto que Pablo, pero vendes más variedad.

—No digas nada más, cuenta conmigo para lo que tengas pensado. Sea lo que sea.

—Entonces, estamos de acuerdo —dijo Brian con voz segura—. Creo que ha llegado la hora de comentaros cuál ha sido mi decisión.

El silencio era tal que podía escucharse el viento en la calle.

—Reconozco que lo que voy a decir os parecerá inaudito, descabellado y grotesco, pero este momento merece decisiones drásticas. Os diré lo que he estado pensando.

—¡Dilo ya! —gritó una voz desde el final de la sala—. No nos hagáis esperar más, dilo.

—Está bien, debemos crear un gran impacto en la población, que quieran llegar hasta aquí, que deseen poner dirección a este pueblo con sus coches y familias.

—¿Sí? ¿Y cómo piensas producir ese gran impacto? —preguntó una voz desconfiada.

Brian guardó unos segundos para contestar, la respuesta no sería agradable.

—Asesinando a alguien.

Nadie podía creer lo que estaba escuchando, comentaban lo lejos que había llegado su alcalde. Hasta Ciara no daba crédito a lo que oía. Después del griterío, ella le increpó.

—Pero, ¿qué estás diciendo, Brian, te has vuelto loco? ¿Matar a alguien? No sabes lo que dices.

—Oídmeme, sé que puede parecer descabellado. Creedme, yo mismo no aguantaba las náuseas mientras lo pensaba. Pero creo que es la única solución para nuestro pueblo. Mirad,

vendrían periodistas, curiosos y turistas para acercarse al suceso, tendríamos clientes que es de lo que se trata, ¿no? Nuestro pueblo sería conocido. Todos saldríamos ganando.

El murmullo no cesaba, Aengus miraba sorprendido a su amigo después de lo que había escuchado. De pronto, del fondo de la sala se alzó una voz...

—Ya está bien —expresó un longevo residente—. No ha dicho nada descabellado. Hay que hacer algo así para llamar la atención, si no, nos estancaremos. Yo, le apoyo.

Óscar anduvo por todo el salón hasta llegar al lado de Brian, señalando su apoyo. Aengus, por su parte, dedicó algunas palabras al personal.

—Siempre hemos estado unidos —dijo provocando el silencio inmediato—. Todo lo hemos hecho por y para el pueblo. Estoy contigo.

Áine no podía creerlo, matar a una persona, quitarle la vida..., no eran de esa condición, pero a menudo los problemas nublan de tal manera que solo ves soluciones extremas. Aceptaría.

—Está bien —dijo Áine con resignación, apoyando a su marido—. Si tú lo haces, participaré.

Ciara, Fiona, Úna y Gael se mantenían muy callados. Se pusieron detrás de Brian secundando su moción. Los de la sala levantaban su mano implicándose en el asesinato. El silencio volvió a ser unísono. Una pregunta acertada lo rompió.

—¿Y cómo propones que lo hagamos? Matar a una persona no es fácil.

—En eso tienes razón, Michel. Tenemos que escoger muy bien, será una persona joven, que venga sola, evitar

gente que tengan familia que le puedan buscar y hacer preguntas. Tenemos que hacernos sus amigos y, después, terminar con su vida.

Ciara no podía retener sus lágrimas, pero siguió de pie tras él. Úna, cogió la mano de Gael aceptando que ya no había vuelta atrás. La trama ya estaba urdida.

—Tened los ojos bien abiertos, hay que estar comunicados y cuando todo esté listo, realizar el sacrificio.

Salieron del local con las cabezas bajas intentando asimilar el contenido de aquella retorcida reunión. Nadie hacía ningún comentario. Los ocho amigos se quedaron para ultimar su plan.

—Úna, tú serás la encargada de avisarme cuando llegue un grupo a tu local que pueda interesarnos. Óscar, tú lo mismo. Tened los ojos bien abiertos. No quiero demorarlo mucho tiempo, podrían arrepentirse.

La pequeña reunión fue disuelta y cada uno volvió a su vida sin más comentarios. Los días pasaban y los turistas no llegaban. Todas las mañanas Brian llamaba a Úna y siempre era la misma respuesta: «No Brian, hoy tampoco. Dos familias y un matrimonio mayor, nadie que nos interese».

Estuvieron así hasta el quinto día. Se acercaba la fiesta nacional, era propicio para la atracción de gente. El pueblo estaba en fiestas, aunque el ambiente no reflejara lo mismo.

—Brian, llegó un joven que nos puede interesar, lo mandé a la tienda de Óscar, necesitaba provisiones para la excursión que le propuse, le llevaré a las colinas, al castillo, quedé con él mañana por la noche.

—Qué bueno, me alegro por nosotros, todo está saliendo bien. Muchas gracias por tu aportación. Hablaré con Óscar a ver qué me cuenta.

El nerviosismo se palpaba en el aire, se había corrido la voz entre los habitantes de la llegada del joven, tenían que hacer las cosas muy bien si querían que resultara su propósito.

—Óscar, ¿tienes algo que decirme?

—Así es, ha venido un joven. Ha venido solo. Entablé amistad y quedé con él para tomar unos buenos vinos esta noche en el café de Aengus, haré algunas llamadas para que cada grupo esté presente, así le daremos más calor al invitado.

—Excelente, me parece un buen plan, nos vemos allí, gracias por ayudar. Estás haciendo lo correcto.

La noche llegó y el café se encontraba a rebosar, nadie quería perderse el gran momento.

—Venga amigo, siéntese aquí, tómese un trago entre amigos —comentó Óscar mientras apartaba una silla—. Quiero presentarle a unos amigos.

Hablaron durante toda la noche, rieron y contaron anécdotas. La víctima tenía que sentirse cómoda entre tanto desconocido. La noche llegaba a su fin. Había mucho trabajo por delante.

—Bueno, amigo, se hospeda en la posada, le cuidarán bien. Será mejor irse a dormir, mañana nos espera un día muy largo. Me comentó Una que irán por la noche al castillo. Si no le importa, nos gustaría acompañarle. Es muy espectacular a esas horas.

—Gracias, Óscar, son muy amables, me encantará ir con ustedes al castillo.

La mañana llegó tan rápido que pocos pudieron conciliar el sueño. Las familias que habían visitado el lugar estaban disfrutando de una buena jornada en la plaza. Los tenderos vendían sus presentes y la cerveza bailaba de vaso en vaso. Los pocos turistas que habían llegado días atrás se marcharían ese mismo día, dejando vacía la plaza y los bolsillos.

Cayó la noche, mucho más cerrada que de costumbre. El grupo de los ocho estaban presentes, algún cabeza de familia acompañaba el grupo. Los demás, se quedaron en sus casas esperando la hora del repicar de campanas. La señal. —Ha venido mucha gente esta noche —dijo el joven sorprendido por la afluencia.

—Es verdad, amigo. Abríguese, el camino es muy frío y allí arriba la temperatura es gélida.

Iniciaron la marcha hasta el final de la colina, un gran castillo medio en ruinas les esperaba. Úna, como buena guía, decidió comenzar su obra maestra contando una de sus mejores historias para embaucar al confiado joven. Las antorchas fueron encendidas, la imagen era aún más terrorífica y apropiada para el lugar.

—¿Qué le parece nuestro castillo encantado? —preguntó Úna disimulando el pánico—. Antes de irnos me gustaría que viera las tumbas de cobre donde, antiguamente, asesinaban en forma de ritual a las brujas celtas. —Me ha encantado el castillo, la verdad, y me gustará mucho más ver esas tumbas —respondió un confiado e ingenuo joven.

Los aldeanos les hicieron un pasillo dejándoles pasar. Brian iba detrás del joven, Úna encabezaba la marcha.

—Estas son las tumbas de cobre —señaló Úna—, se llaman así por toda la sangre de brujas derramada sobre ellas.

El silencio volvió al lugar. Apenas el sonido de los búhos alcanzaba a oírse cuando Brian se colocó más cerca del joven. Cogió la gran antorcha humeante y, con un certero golpe en la cabeza le dejó inmóvil. El pueblo comenzó a gritar alborotado. Una euforia inexplicable se apoderó de sus cuerpos transformándolos en bestias. El resto de las familias subían por el sendero. Una gran lengua de fuego iluminaba la colina.

—¡Mátalo, mátalo! Termina con él —gritaban poseídos.

—Silencio —vociferó Brian levantando la antorcha con rostro serio—. Este joven va a morir en sacrificio por todos nosotros, démosle un trato justo y una muerte digna.

—¿Y qué propones, alcalde? ¿Qué se merece? —clamaron desde algún lugar de la jauría.

—Su muerte debe ser impactante, de lo contrario, no habremos conseguido nada. Nuestros labios deben estar sellados después de esto, ¿entendido?

Nadie decía nada hasta que rompieron el silencio en forma de griterío y bullicio. Úna se colocó a la derecha de Brian, Ciara hizo lo propio. Las antorchas alumbraban el lugar. Le dieron la vuelta colocándole de cara a los presentes. Con una maldad desconocida y un fervor desatado, Brian sacó el gran cuchillo que Óscar le había entregado para el sacrificio. Lo introdujo sin remordimientos en el centro de su pecho. El impacto hizo que el joven abriera su boca. Un sollozo apenas descifrable salió de ella. Sus ojos se abrieron de par en par mirando el rostro del verdugo. Sin poder hacer nada, sin escapatoria,

su torso cayó a la fría tumba. Un gran alboroto se formó en los presentes. Los párpados del joven debían ser cortados como antaño, rituales bien arraigados para que nunca pudiera descansar en paz; las manos también, en señal de venganza. Del mismo modo, el cuello debía ser degollado para crear el regadío de sangre.

—¡Pueblo! —elevó la voz Brian dirigiéndose a la alborotada muchedumbre—, hemos culminado lo que veníamos a hacer. Ahora, solo queda esperar. Císcu, da la orden de alarma, haz que toda la policía de Dublín esté presente y con ellos los medios. Esa será tu tarea. ¡Ah!, y sé convincente.

—No te preocupes, haré bien mi trabajo. A primera hora les llamaré.

El aquelarre llegó a su fin. El día amaneció como todos, frío y sin gente en las calles. Las sirenas de las patrullas comenzaron a sonar, una ambulancia recorría el mismo camino, los periodistas que ya conocían la noticia la seguían muy de cerca. Nadie quería perderse un momento como ese, el mayor crimen de la región.

—Brian, ya llegan, ¿qué les vamos a decir? —preguntó Gael entrando en el bar con gran nerviosismo y fatigado por la carrera.

—¿Qué haces tú aquí? Siéntate en la barra y no digas nada, déjame a mí. No tardarán mucho tiempo en entrar a la posada. Querrán resolver el caso rápidamente.

—Buenos días —saludaron amablemente los oficiales—, una mañana muy fría.

—Buenos días, agentes, ¿en qué les puedo ayudar? —dijo Brian, tranquilo, secando un vaso de cristal.



—Hemos encontrado un cuerpo en lo alto de la colina. ¿Escucharon algo extraño anoche?

—¿Un cuerpo? —repitió Brian sin dejar de darle vueltas al vaso— No, no escuché nada extraño ¿Y tú, Gael, has escuchado algo?

—No, nada —dijo visiblemente nervioso tomando un trago largo de café.

—Es raro, ¿no les parece? A juzgar por las huellas encontradas debieron de hacer una buena fiesta allí arriba. No hay mucha gente por la calle. Parece que tengan todos demasiado frío esta mañana —dijo soltando una carcajada y mirando a sus compañeros.

—Sí, eso será. ¿Les apetece un café?

—No, gracias, aún tenemos mucho trabajo. Preguntaremos bien al cabrero que nos avisó. ¿Seguro que no escucharon nada?

Brian seguía secando el mismo vaso, Gael se había terminado el café, aunque seguía levantando la taza, la tensión no podía evitarse. Se marcharon dejando paso a numerosos periodistas y curiosos que habían llegado a la zona buscando habitación.

—Nos van a pillar —apuntó Gael entre gimoteos—. Ya oíste lo que dijo.

—Bien, deja que hagan su trabajo y se marcharán, tranquilo. Vuelve con Úna y llama a los demás, convoca una reunión para esta noche en tu casa y sé discreto.

—Está bien —asintió marchándose con rabia.

En las habitaciones de alquiler colgaba el cartel de completo, las despensas habían recibido otro pedido de carne que Óscar les había hecho llegar, las casas llenaban

sus cuartos de curiosos venidos de cualquier sitio. Fiona vendía sus ungüentos y medicinas contra la tos y Áine llenaba su local. Todos contentos y satisfechos, por el momento... La hora de la reunión llegó, todas las familias estaban representadas, no entendían el motivo del encuentro pero, aun así, acudieron a la llamada.

—La gente está nerviosa, Brian, hacen muchas preguntas.

—Cálmate, Gael —le aconsejó apartándole a un rincón—. Tenemos que estar serenos y con la mente clara, no podemos cometer ningún error, ¿entiendes? Ahora siéntate, hablaré con ellos.

—Amigos —dijo sin levantar la voz—, sé que todos estamos nerviosos por la situación, es normal. Esto iba a pasar.

—Tú dijiste que sería buena idea —le recriminaron—, pero lo que hemos conseguido es poner a todo el pueblo en peligro.

—¡Ya vale! —le increpó serio—. ¿Acaso no hemos conseguido lo que queríamos? Es normal que hagan preguntas, hacen su trabajo.

—Estuvieron en mi casa y no sabía qué decirles sobre esa noche, creo que me descubrieron. Voy a contarlo todo, será lo mejor. Además yo no hice nada, sólo estuve presente.

—No digas tonterías, César, tú eres tan culpable como los demás, todos le matamos, no lo olvidéis. Estás preocupado, es lógico, pero no pasará nada si guardamos silencio. ¿Queda claro?

Nadie se atrevía a contradecirle, su carácter y su tono de voz habían cambiado mucho desde lo ocurrido. Con

murmullos y desconfianza los aldeanos se fueron marchando, en pequeños grupos de dos o cuatro para no levantar sospechas. Brian, Aengus y Óscar se quedaron solos.

—Me parece que César nos puede dar problemas, tiene demasiado miedo y eso no es bueno.

—Todos tenemos miedo, Brian.

—No como él, Aengus.

—¿Y qué propones? —Brian les miró y con voz firme, sentenció.

—Hay que matarle. Si no queremos ser delatados tendremos que tomar otras medidas. Te encargarás tú, Óscar, llévale a tu tienda y dentro le matas, córtale en trozos y escóndelos en el congelador después.

—Así lo haré —afirmó satisfecho con lo encomendado—. Le callaré la boca.

Nadie osaba decir nada, el temor callaba sus palabras. Óscar mandó llamar a César, todo se hizo según lo pactado. El miedo en el pueblo se había hecho patente, temían a Brian, sabían de lo que era capaz. La gente comenzaba a murmurar y la sospecha de la policía recaía en todos.

—Óscar, ¿has visto a mi marido? —preguntó una esposa preocupada.

—Hola, Martha. No, no le he visto.

—Esta mañana me dijo que vendría a verte, ¿cómo que no le has visto?

—Te he dicho que no le he visto, estará bebiendo en el café.

—Vengo de allí. ¿Qué le habéis hecho, desgraciados?

—preguntó sospechando lo peor y temiendo por su vida—. ¡Sois unos asesinos! —gritaba.

—No sabes lo que dices, cálmate. Entremos, este no es lugar para hablar.

Martha echó a correr, la mirada de Óscar le produjo una gran desconfianza, sabía que ellos le habían matado para callarle la boca y no estaba dispuesta a que esto terminara así. Salió corriendo hacia la plaza mientras Óscar la seguía para detenerla. Brian vio la secuencia por la ventana y fue en su busca. La plaza estaba llena. Llorando, desconsolada, histérica se colocó en el centro. Los habitantes y demás se apartaban sin entender qué ocurría...

—Nosotros le matamos —gritó con desespero—. Somos los culpables. Todos somos unos asesinos y ahora mi marido ha muerto por ello. No han tenido ningún problema en quitarle del medio, ¿queréis ser vosotros los siguientes?

Los habitantes de aquel pequeño pueblo del que tan orgullosos se sentían comenzaron a dar un paso a delante y a culparse de la muerte, nadie tuvo en cuenta la presencia de Brian, ya no les intimidaba.

—¡Fui yo! —dijeron al unísono cabizbajos y con voz entrecortada asumiendo su culpa.

—Y yo.

—Yo también lo hice.

La policía y los periodistas que paseaban y realizaban su trabajo no daban crédito a lo que oían. Los agentes uno a uno fueron deteniendo a los aldeanos pidiendo ayuda por radio. La televisión comenzó a grabar diferentes versiones. Una voz se oyó tras el comisario al mando, dejándole boquiabierto. La última de un gran gentío.

—Fuimos todos...

## PREMONICIÓN

Olga Rico Cadavid

**M**argarita subía penosamente la cuesta que conducía al cementerio. Había paseado por la playa, cruzado el largo puente y recorrido el pueblo de punta a punta. Ahora, el sol del mediodía se desplomaba sobre su cabeza y el aire estaba inmóvil. Con cada uno de sus pasos, el ramo de rosas, que había comprado en la plaza, iba perdiendo su lozanía. Cuando llegó ante la verja del cementerio y la cubrió la fresca sombra del muro de piedra, suspiró aliviada. Entró despacio, casi sin ruido. Las losas de mármol brillaban al sol y la mayoría de las flores que adornaban las sepulturas se veían frágiles y secas. Descendió por el sendero de gravilla mientras contemplaba, al fondo, la hermosa vista de la ría. No había nadie y la paz reinante era absoluta. Avistó el viejo ciprés, alto, erguido, que situado a la cabecera de la tumba de sus padres le servía siempre de referencia. Llegó por fin ante la losa y cuando sus ojos tropezaron con una placa colocada sobre el mármol amarillento, se detuvo en seco. Miró a su alrededor para comprobar que no se había equivocado y de nuevo reparó en aquella placa de letras doradas. «¿Quién la habría colocado allí?», pensó; había sido voluntad de su madre que la losa no tuviera ninguna inscripción. Se acercó más y miró

con gesto reprobatorio. Lo que vio la dejó aterrada: su propio nombre, *Margarita Maldonado*, y una fecha, *5 de agosto de 2007*. Nerviosamente buscó en su muñeca el reloj deportivo que le había regalado su marido. Y comprobó lo que ya sabía: era 3 de agosto de 2007. Sin soltar el ramo de rosas y con la mente sumida en una onírica nebulosa, se alejó de allí con paso ligero y se dirigió hacia la caseta que servía de oficina al sepulturero. En su interior, un joven de pelo largo recogido en una coleta, y con varios tatuajes en los brazos, manipulaba su teléfono móvil, sentado en una banqueta de madera. Por el suelo había herramientas y restos de flores.

—¿Quién puso una placa con letras doradas sobre la tumba de mis padres? —inquirió Margarita sin saludo previo.

—¿Quién es usted? —preguntó el joven sin demostrar demasiado interés.

—¿Dónde está Juan? —La voz de Margarita tenía un tono inquisitorio.

—Juan se jubiló hace seis meses —le indicó el joven con cierta arrogancia.

—Ah, perdona, soy Margarita Maldonado, la dueña de la sepultura que está al lado del viejo ciprés. —El joven la miró en silencio—. Ven, por favor —le rogó ella.

Cuando llegaron a la sepultura, la losa de mármol amarillento permanecía lisa bajo el sol, sin restos de ninguna placa.

—¿Qué placa? —preguntó el joven.

—Lo siento —se disculpó Margarita con un hilo de voz—, creo que debí confundirme.

El joven desapareció, escurriéndose como una sombra.

Cuando Margarita entró en su casa, estaba agotada. Había llegado al pueblo el día anterior con la intención de descansar del estrés que le producía el trabajo y el ajetreo de la gran ciudad. Una larga ducha consiguió revivirla; y la compañía de Aurora, la vieja casera que se encargaba durante todo el año de la limpieza y del jardín, contribuyó a que pasara un día tranquilo y olvidara aquella especie de pesadilla vivida en el cementerio.

Por la noche la llamó Adolfo, su marido. El matrimonio no pasaba por su mejor momento, no obstante charlaron largo rato. Cuando Margarita se acostó, se encontraba extrañamente tranquila y se durmió enseñuida. Sin embargo, de madrugada, unos fogonazos comenzaron a incidir sobre su mente, y la placa de las letras doradas aparecía y desaparecía de forma vertiginosa. Un ruido fuerte y extraño la despertó de forma brusca. Margarita, jadeante y sudorosa, se sentó en la cama como impulsada por un resorte. Se levantó para tratar de averiguar la procedencia de aquel ruido, pero no observó nada extraño. Ya no pudo volver a dormir.

Al día siguiente, después de desayunar, no pudo vencer la tentación de volver al cementerio. «Es ridículo», pensaba, mientras sus pies, que parecían tener vida propia, la conducían por un estrecho sendero que servía de atajo. Pero en su fuero interno estaba convencida de que la visión de la lápida de siempre, lisa y sin placa, le daría tranquilidad. A la entrada se encontró con Aurora que, subida a una pequeña escalera, colocaba flores en el nicho de su hijo, muerto demasiado joven hacía ya varios años. —Has madrugado, Aurora —le comentó con una sonrisa.

—Siempre lo hago. Esta es la mejor hora para no sufrir tanto sol.

Aurora, sin embargo, no pareció sorprendida de verla allí tan temprano.

Margarita bajó por el camino de grava. Observó de lejos el viejo ciprés y avistó la tumba con las rosas que había colocado sobre la lápida el día anterior. Se sonrió al comprobar que todo estaba como siempre. Rezó una oración y, sin darle importancia, movió el ramo, buscando lo que no se atrevía a pensar... pero allí estaba; era como para volverse loca: la misma placa, las mismas letras doradas con su nombre, la misma fecha... «Es mañana», pensó, observando la sepultura con unos ojos llenos de terror. Se giró y, con el rostro descompuesto, se dirigió a la salida: tenía que salir de allí cuanto antes. Pronto se tropezó con Aurora que llevaba un cubo con agua.

—Ven, por Dios —le suplicó agarrándola por un brazo y llevándola casi a rastras.

— ¡Mira! —le gritó al llegar ante la sepultura de sus padres.

Aurora miró y solo vio la misma losa de mármol de siempre, lisa y algo amarillenta.

—¿Qué, mi niña?

No había restos de ninguna placa.

A Margarita las sienes le estallaban, las ideas se enmarañaban en su cabeza y estuvo a punto de desfallecer.

—Vamos, Margarita, tienes que superar la muerte de tus padres; ellos están en el cielo.

Margarita no dijo nada; se dejó llevar, rendida, caminando con paso torpe, apoyada en el brazo de Aurora.



Ya en casa, tomó un fuerte tranquilizante y se metió en la cama.

El sonido del móvil, que estaba sobre la mesilla, la despertó a las once de la noche. Comprobó que era Adolfo... no contestó. Luego se levantó como una autómatas; sentía un gran vacío interior. Se dio una ducha muy larga y preparó un café. Salió al jardín, buscando la oscuridad de la noche y se sentó en una hamaca a contemplar las estrellas. Con cada sorbo de café iba apareciendo en sus ojos un atisbo de locura, y en su mente iba creciendo una idea descabellada: volver de nuevo al cementerio y arrancar la placa.

Allí, echada, permaneció toda la noche. Muy temprano, fue al garaje y de una caja de herramientas sacó un destornillador. Se dirigió de nuevo al cementerio con paso decidido.

A la hora en que el muchacho de la coleta y de los tatuajes llegó, Margarita esperaba apoyada en la verja. El joven la saludó con la indiferencia que lo caracterizaba, abrió y se dirigió a la caseta.

Margarita bajó apresurada por el camino de gravilla y, al llegar junto a la sepultura, se alegró al ver de nuevo la placa. Se puso de rodillas sobre el mármol y, con el destornillador que llevaba, trató de arrancarla. Utilizó toda su fuerza, pero le resultó imposible. Con estupor, volvió a comprobar la fecha: *5 de agosto de 2007*.

—¡Es hoy! —gritó desesperada y, entre sollozos, comenzó a rascar con el destornillador sobre el número 5, hasta que quedó completamente rayado.

Luego, con la herramienta agarrada con fuerza, corrió en busca del sepulturero. Este, al ver a la mujer correr

hacia él con la mirada extraviada y con un objeto punzante en la mano, perdió su aire indiferente y se puso en actitud defensiva.

—Ven —le ordenó bruscamente mientras el joven daba un paso hacia atrás, claramente atemorizado.

Ella volvió a insistir y corrió de nuevo hasta la sepultura, mientras el sepulturero la seguía no sin cierta prevención.

Pero cuando llegaron, la lápida estaba allí, limpia, lisa, sin rastro de ninguna placa.

El grito desgarrador de Margarita, mientras tiraba sobre la tumba el destornillador, rompió el silencio sepulcral. Luego el sepulturero la vio salir corriendo fuera de sí.

\*

Las coronas que cubrían la lápida de mármol dejaban volar sus cintas, movidas por la ligera brisa que se había levantado. Adolfo, con unas gafas oscuras que tapaban sus ojos llorosos, permanecía al pie de la sepultura donde su esposa, Margarita, acababa de ser enterrada. Aurora, con las dos manos cruzadas sobre el pecho, comentaba en voz baja cómo el coche que atropelló a Margarita no había podido hacer nada por evitarlo. Ella había salido del cementerio corriendo y había irrumpido en la calzada de forma brusca.

La gente comenzaba a marcharse después de dar el pésame al viudo, que se secaba las lágrimas con un pañuelo. El sepulturero recolocó las coronas, y una

placa quedó a la vista: *Margarita Maldonado, 5 de agosto de 2007*

—¡Hay que ver qué poco cuidado! —siseó Aurora, acercándose a la señora que tenía al lado—. Mire el número 5 —Indicó señalándolo con el dedo—, está todo rayado.



## EL FUMADOR

Mila Rodríguez Reyes

**M**e temo que la vida funciona así. Uno recibe lo que da aunque a veces no recoge lo que siembra. Para la mayoría la vida es justa, para otros pocos no. De ahí ese desequilibrio llamado caos. Pero curiosamente, al ser extremo, gira de 180 grados en 180 grados, compensando el universo. Al que siempre le va bien en la vida no suele ser el más santo —que valiente vida la que llevan los santos...—, sino el más hábil, el que es capaz de tragarse su ética y sus principios; y no sólo eso, sino el que va más allá y pisotea y manipula la ética y los principios de los demás, el que sabe en qué dirección girará el caos y es capaz de girar con este. Pero por hábil y listo que sea éste, siempre parece ser que hay un equilibrio, porque hasta el saltador más hábil no está exento de tirar una valla. Por eso la vida es justa o injusta dependiendo del grado en el que se encuentra el caos. ¿Y qué me decís de los que siempre les va mal aun siendo santos? Es porque con su ética y su moralidad siempre van en contra de los seres elegidos para estar por encima del bien y del mal, los dioses. Porque cuando dios no quiere el santo no puede. ¡Qué gran verdad!

Y si no pongamos el ejemplo de esta recepcionista santurrona.

La recepcionista es rubia y siquiera es la mitad de guapa de lo que cree, se ve a lo lejos que no se cree sólo guapa sino que está pagada de una inteligencia que no tiene o no se aprecia por ninguna parte. En fin, es una santurróna algo endiosada por sí misma.

La recepcionista que acudía a su puesto de trabajo no sabía lo que se iba a encontrar ahí al girar la puerta. Giró la puerta y se tuvo que retirar porque le llegó una maloliente bocanada de alcohol y tabaco. Esperó que se disparara un poco el olor y entró en el despacho del renombrado doctor en psiquiatría, el doctor Mena. Este tendría unos setenta años.

Al entrar la rubia —digamos que su nombre fuese Estefy, que es como la voy a llamar a partir de ahora porque nunca me aprendí su nombre—, no le di importancia. Encontró en su camino unas botellas vacías de alcohol y las recogió del suelo, luego vio tirado en la mesa al doctor Mena. Tocó su pulso. Estaba muerto. Cogió el teléfono y llamó a la policía. Tiró de agenda y se dispuso a anular las citas de los pacientes, pero no pudo anularlas todas.

—Maldita sea —dijo Estefy—. No puedo contactar con el chico que viene por el tema de su adicción al tabaco.

Y justo nada más decir esto aparece ante ella el chico fumador apagando un cigarrillo acabado y encendiendo otro.

—¿Por qué querías anular las citas, guapa? —preguntó el fumador.

—No puedo decirlo pero no podrá ver al doctor Mena.

—Pues dame cita para otro día.

—No me has entendido.

—O no te has explicado.

—Será mejor que cambies de doctor.

En este instante entró la policía y el fumador sonrió.

—Creo que voy a descubrir tu secreto, rubia.

El policía más joven se acercó y dijo:

—Tienen que marcharse los dos. Tenemos que hacer nuestro trabajo.

—¿Pero qué le ocurrió al doctor Mena?

—Pues por lo visto ha bebido hasta reventar, pero eso lo digo yo, no el forense. Ahora, por favor, váyanse.

—Vamos —dijo por fin el fumador—. Te invito a un café y me cuentas lo que ha pasado aquí.

Estefany vio como una salida digna para ese momento irse del brazo de aquel joven. El fumador empalmaba un cigarrillo con otro mientras Estefany contaba lo ocurrido.

—Pues me temo que estás en apuros —dijo el fumador—. Y lo digo yo que soy abogado.

—¿Cómo dices?

—¿Quién fue la última persona que lo vio con vida y quién encontró el cadáver? ¿Y quién lo dejó todo lleno de huellas, por cierto?

—Entre mis huellas tienen que estar las del doctor y las del asesino.

—Mira, yo sé que tú no eres capaz de eso, se te nota, a mí no me tienes que convencer, pero la policía puede que no opine lo mismo que un abogado recién graduado. No te preocupes, no te voy a dejar sola en esto. Pero lo tienes crudo. Yo que tú no entregaría todas las llaves a la policía. Por cierto, ¿qué coartada tienes?

—El doctor me dio permiso para que me fuera antes porque me dolía la cabeza. Dijo que él cerraba.

—¿Y qué hiciste, fuiste al médico?

—No. Fui a casa y me acosté.

—La única ventaja que tienes es que trabajabas para él y ahora no tienes trabajo, no tienes a simple vista un móvil, tan solo hay que averiguar quién podría tener algo contra el doctor Mena. Y se me ocurre la manera de ayudarte. Cuando la policía levante el cadáver tenemos que entrar sin quitar el precinto y buscar entre los expedientes médicos al posible asesino.

Ella entró al trapo.

—El doctor Mena guardaba los expedientes en los archiveros de fuera, junto al pasillo.

—Creo que podremos sacar algo en claro después de todo.

Al levantarse de la mesa, el fumador insistió en pagar.

Estefany le dio las gracias en su nombre y en el del doctor Mena. La rubia iba hablándole al fumador de lo buena persona que era el doctor y que esto debía de ser la obra de un perturbado al que tenía que tratar.

El fumador, fumaba. Esperaron en una esquina de la calle anterior a que la policía se llevara el cadáver, y entonces entraron en el edificio. Subieron tranquilos porque sabían que no había cámaras de vigilancia. Efectivamente, había dos archiveros junto al pasillo. El fumador abrió uno de ellos pero Estefany le dijo que eran expedientes muy antiguos, todos los pacientes habían fallecido de seguro.

—No importa, tenemos que buscar donde sea.



Cogió uno a uno los expedientes más antiguos. Algunos databan de finales de los sesenta. Parecía no haber nada reseñable en los expedientes actuales, no parecía que tuvieran que preocuparse por un posible psicópata.

—Aquí está tu expediente. Llevas poco tiempo tratándote por tu adicción. No hay casi nada en tu expediente.

—Mira estos del sesenta y ocho. ¿No decías que Mena era buena persona? Mira esto, era un fascista y orgulloso de ello. El doctor pretendía curar la homosexualidad mediante electroshock pero el paciente Antonio Ramos Martínez murió en una de estas sesiones.

Pusieron el resto de los expedientes en su sitio y cogieron los expedientes del año 68 al 75.

Al salir del edificio el fumador la acompañó a casa. Hablaron por el camino de lo sorprendente para ella del descubrimiento.

A la mañana siguiente sonó el teléfono en la casa de la recepcionista.

—Soy el forense que lleva la investigación de Mena —dijo una voz al otro lado del teléfono—. El cuerpo de la víctima presenta signos de violencia y tan solo he encontrado huellas tuyas y del doctor. Todo apunta a usted aunque solo de manera circunstancial.

Ahí se cortó la señal.

Ella, preocupada, salió a despejarse. Para cuando volvió a casa la policía estaba en la puerta, que se encontraba abierta. Ella entró.

Uno de los policías le dijo:

—Alguien la vio entrando en la consulta después de que nos fuéramos. Esta persona nos lo comunicó y el juez se

apresuró en firmar la orden de registro. Hemos encontrado unos expedientes que de seguro sirven de móvil al asesinato. ¿Qué tiene que decir a esto?

—Que soy inocente. Que puedo explicarlo todo.

—Claro que lo va a explicar.

Y puede que lo explicara pero no lo sé. Lo cierto es que para cuando la creyeran el verdadero asesino estaría a salvo fuera del país con otra identidad. Eso mucho antes de que la prueba de ADN demostrara que los restos de cabello que se encontraron entre las uñas de mena eran míos. ¿Qué por qué asesiné a Mena? Pues porque este a su vez asesinó a mi padre por su orientación sexual. Mi padre era Antonio Ramos Martínez, homosexual casado y con un hijo. ¿Que quién soy yo? Pues me conocéis como el fumador.

Si veis un halo de humo acercarse hacia vosotros estáis en peligro, os puedo asegurar que os queda poco tiempo, demasiado poco como para arrepentiros de vuestros pecados. Os preguntaréis por qué a mí, pero malditos hipócritas, lo sabéis. Sabéis que no tenéis la conciencia tranquila y que no estáis libres de pecado. Que a fin de cuentas os lo merecéis. Vuestra vida durará en apagarse lo que tarda en apagarse un cigarrillo. Porque al fin y al cabo yo soy El Fumador.

## CECILIA

Esther Rubio Díaz

**D**e niña dibujaba peces de barro en moldes, me gustaba ese contacto con la tierra blanda. Amasando con mis manos toda aquella materia mojada, de la que yo misma había salido. *Polvo somos y en polvo nos convertiremos.*

Me instalé en una villa marinera, un pequeño apartamento rodeado de verdes prados y gaviotas parlantes. Me dispuse a abrir la ventana y respirar ese oxígeno limpio que me entregaba el viento como regalo de bienvenida. Tras muchos desengaños amorosos llegué a la conclusión que mi misión era otra que ser esa madre cariñosa y solícita que corre al encuentro de los suyos. En mis genes estaba escrita la trashumancia, era nómada de los pies a la cabeza, me encantaba verme dibujada en distintas culturas. Atrapada de un desierto del Sahara con una gran túnica abrazado mi cuerpo semidesnudo y susurrándome canciones en hebreo. Me imaginaba profesora senegalesa que entrega todo su ser a los niños invisibles: estos niños no están registrados en ningún sitio por si se enterara el demonio.

Por la noche, cuando me iba a dormir, me asaltaban pesadillas atroces: vampiros pululando por encima de mi cuerpo, persiguiéndome después de muchas lunas

llenas, atrapándome con su mirada tentadora y su velocidad vertiginosa, sin tiempo para escapar de esos cuerpos negros y tenebrosos.

### **Ruleta de los sueños**

Decidí en la ruleta escoger un sueño dulce, de niña en los mundos de yupi, en la que mis amigas eran las hadas bienhechoras y me invadían los más bellos sentimientos: dulzura, sensibilidad, audacia, bondad y luz. Los gnomos me abrazaban escalando por mi melena y me invitaban al bosque de la sinceridad, sus miradas eran limpias y sus caras risueñas. ¡Qué felicidad desprendían sus rostros! Al final hasta dormí un par de horas, lo justo para darme una ducha corta, tomar un cafecito bien caliente con dos tostadas rápidas chorreantes de mantequilla y mermelada.

Para salir corriendo hacia ese gran bloque de hormigón que me daba un vértigo impresionante, al subir por las escaleras macizas y acristaladas, en las que veía mi cuerpo suspendido en el aire, viajé de arriba a abajo en cuestión de segundos. La luz traspasó las ventanas, calentando ese ambiente enrarecido en el cual el sonido era el principal protagonista.

### **Malas Pulgas**

Llegué a un cuartito con gran mesa de cristal y un ordenador Apple de última generación. El director Malas Pulgas me miró de soslayo, carraspeando y torciendo el bigote bicolor, entre gris ceniza y negro carbón. Se me olvidó decirles que mi nombre es Cecilia. Soy ante

todo una loca de atar, que le encanta bailar desnuda en la noche estrellada bajo el influjo de la luna llena y reír cuando todos lloran.

Mi profesión, por obligación que no por devoción, es la de profesora de música. Toco el piano con desgarro y la gaita con descaro. Mi padre era un organista y me impuso como premisa ser decente y profesora de música. Yo quería ser escritora, piloto de aviación o actriz de ocasión. Mi madre había muerto al nacer, se había desangrado al desprendérsele la placenta. Quizás ese sueño de vampiros que me atrapan proceda de lo más profundo de mi ser. Mi padre, cómo no, también tenía un gran bigote que le llegaba de oreja a oreja y su expresión era de un hieratismo inmortal llevado al extremo.

### Interna en colegios

Mi vida transcurrió interna en colegios, cantando a coro en la ausencia de mis ideas transgresoras, luciendo bellos vestidos de encaje que no me hacían encajar en ningún sitio. Con esa pulcra sensación de niña que no rompe un plato. Mi mirada quedaba suspendida como de costumbre por la ventana de mi soledad.

Conservatorio “El trabajo ideal”

El director del conservatorio me habló con palabras huecas que se escapaban por el rellano de la escalera de caracol. Yo me reía de su cara de payaso, de su gesto de gran persona condescendiente y de su falsa modestia.

Me decía con una seriedad aplastante: «Señorita Cecilia, atiende a los buenos, a los listos, a esos chicos que han sido tocados por la musa, a los otros déjelos

para atrás, en el fondo, y que toquen muy bajito para no aturdir. Necesitamos su dinero para seguir, pero hágales creer que algún día podrán tocar y salir al escenario.»

### **Los demonios**

Mi sangre hervía de rabia e impotencia. Cuando llegué a clase, me reí a carcajadas. Todos mis niños me preguntaron qué me había pasado. De cada cosa que me ordenaba el director, yo hacía lo contrario: a los buenos los ponía atrás de todo y les decía que tocaran muy bajito como acariciando las cuerdas. Ellos eran los ángeles que atraían a la blanca musa. A los que no tocaban bien o les costaba más tiempo aprender, les ponía partituras sencillas y los sentaba delante. Luego, poco a poco, se iba tejiendo una armonía sin igual. Todos éramos felices, inmensamente felices.

### **El día de la Verdad**

Hoy tocaba salir al escenario. El director eligió a los mismos y los demás niños se disgustaron, pues querían salir aunque fuese para tocar la pandereta, pero eso no podía ser, y ellos leían entre líneas lo que Malas Pulgas me decía a mí en el despacho a solas. Mataba ilusiones de niños y vendía almas prodigio. Me invadía una tristeza que se agarraba a mí y no me quería soltar, como una madre al partir a un viaje sin retorno

A la mañana siguiente salí corriendo, mirándome al espejo y convenciéndome de mi gran mentira: «¡te gusta tu trabajo!, es maravilloso», pero mi corazón decía a voz en grito que todo era una farsa.

## Purificación

Mi compañera ponía todo su empeño en ser una gran portadora de satisfacción. Esa mañana subí las escaleras con desdén sin mirar abajo. Mis pies pesaban como trombones, mi corazón latía sin sonido. Entré en la clase, abrí la puerta con descaro. La señorita Puri, que estaba embarazada de tres meses, tenía una familia maravillosa. Estaba tendida encima de mi piano con las partituras arrugadas y con las piernas en forma de arco. Es de suponer que la flecha la ponía el Director. Salí corriendo con la cara incandescente muerta de vergüenza ajena y me caí rodando por las escaleras de cristal. Veía mi imagen dar vueltas por los espejos como si me hubiera colado en un enorme espiral cristalino interminable. Cuando llegué abajo, me levanté: mis pelos estaban alborotados, mi vestido hecho jirones, rasgado igual que prostituta, y salí, cómo no, a hacer la calle.

## Mi calle particular

Comencé a andar sin parar. Anduve durante horas sin saber a dónde ir. Unas luces me llamaron a lo lejos, intermitentes: *Paraíso*. Entré y me bebí todo lo que pudiera evadirme de esa sensación de estupidez permanente en la que había caído desde que había aceptado las leyes impuestas de la vida.

Me encontré con una prostituta que venía de Ucrania y me contó que estaba ahorrando dinero para mandárselo a su hijo enfermo. Todo lo tenía perfectamente calculado, matemática cien por cien. Sentí una especie de envidia sana, porque ella por lo menos tenía una ilusión

en la vida: que su hijo se curase. Yo ya no sentía nada. Pensé por un momento que era una muñeca de cartón, un títere de la vida puesta al azar en este universo incompresible.

### Viva y sin dirección

Todo se me antojaba surrealista en mi vida, una especie de tragicomedia con la que tenía para escribir un *bestseller*. Después de una semana apareció ante mí la más bruja de todas las brujas, con grado de superioridad superlativo, de pelo rojo, para ir variando el color según el carácter a lo largo de los días, connotando su bipolar personalidad cargada de inestabilidad emocional. Su boca estaba cargada de truenos y maldiciones que propinaba gratuitamente con su enorme buzón de voz, escupiendo rencor, odio, maldad por los cuatro costados. Corazón de hielo, lágrimas de cocodrilo, suspiros maltrechos de adrenalina sustantivada en la boca de tantos que habían probado sus zarpas. Su ropa reflejaba todo un ser metido en un caos de mujer pianista de poca monta, de piano en piano y tiro porque me toca.

Su mirada era desafiante, pues no comulgaba con mi metodología didáctica, con mi forma creativa de encarar la vida. Yo apenas perdí el tiempo con sus insulsos ojos de gata en el tejado de zinc.

Ella arremetió contra mí como si fuera un dique en contención a punto de abrir las compuertas y llevarse todo a su paso. Tristemente ocurrió lo que tenía que ocurrir, que para mí fue una gran bendición. Me despidieron junto a siete compañeros más. Nos fuimos a la



calle bajo el dedo acusador de la falta de orden y concierto no aplicado a nuestros alumnos. La innovación no era bien vista en una casa de hormigón llena de grietas y goteras, aunque estuviese insonorizada.

### **Tirada a la bartola**

La lluvia caía incesante sobre mí, no tenía paraguas, ni chubasquero y me empapé de un frente común dispuesta a engrosar las listas del paro.

Bohemios, soñadores, utópicos hasta la médula, los siete incrédulos con ganas de romper esquemas en una sociedad muda. Me sentí la chica más feliz del universo, con un despido en la mano y recuperando mi libertad. Mi jersey tenía dibujado un planeta enano en el que yo era la Principita y mi rosa era la música.

### **Una gran lección de vida**

Ya no había límites para mí, mi visión era de perspectiva y veía a lo lejos, aunque muy cerca, un futuro lleno de posibilidades.

No me conformaría con un tren de regreso al mismo sitio. Sonó el teléfono con fuerza. Yo estaba presa de la liviandad del ser y mi ropa crecía por la habitación al igual que flores marchitas. Era mi amiga Marta Dinamita, que se había enterado que llevaba un mes despedida. Quería regalarme un billete de vuelta al mundo real pero esta vez sería una experiencia única que cambiaría mi vida para siempre. Detrás de mi sombra sonaba una preciosa melodía de Chopin; “Prelude, n° 11” que difuminaba un arco iris inmenso de sensaciones.

## Viaje a las Pléyades

Cogí mi 600 amarillo con el logo de la paz y viajé a lo alto de un pueblo llamado Ocasión, donde vivía un chico muy extraño que tenía una enfermedad conocida como agorafobia, miedo a salir a la calle, a los espacios públicos, supermercados, iglesias, conciertos etc. Con ansiedad anticipatoria que le hacía sentirse fuera del mundo. Yo también estaba depresiva y pensé que me podía pasar lo mismo si no ponía remedio urgente.

Dionisio era un ser totalmente apartado del mundo. En cierto modo creo que se cruzó en mi camino a modo de señal de alarma para poner mi motor a prueba. Al conocerlo vi reflejado en sus ojos todos mis miedos, que yo escondía celosamente en el cajón de mi ropa interior.

Todo encajó a la perfección dentro de un juego llamado cubo de la fortuna. La vida me quería dar una nueva oportunidad y me tiré al abismo sin paracaídas ni freno de mano.

El viaje era sin retorno. Con infinitas curvas, llegué a su casa. Me abrieron la puerta Saturno y Luna, sus padres, para decirme que tuviera tacto con él. Entré en su espacio de puntillas. Mis ojos se abrieron a unas hermosas Pléyades que iluminaban su enorme, gigante, estratosférica habitación. Las siete hermosas estrellas brillaban a modo de presagio eterno. Una guitarra eléctrica cayó de un armario empotrado encima de mi cabeza y quedé conmocionada por el tremendo golpe. Se me iluminó la bombilla. Él sería mi profesor y yo su profesora.

## Un trato muy justo

Yo le enseñé piano y él me enseñó a tocar la guitarra eléctrica. Sus ojos se iluminaron igual que las pléyades y nuestras vidas cambiaron para siempre bajo la más bella de las amistades jamás soñadas.

Dionisio salió de su materia, rompió las paredes invisibles que lo hacían permanecer atado a la pata de la mesa, igual que elefantito instruido en el arte de no escapar sin esperar nada de la vida. Mis vampiros desaparecieron de golpe y porrazo de mis pesadillas. Rota por dentro pude reconstruir mis pedazos a base de canciones, letras y un sonido estridente que me cautivó desde la primera nota.

Él salió de su encierro como toro ciego al ruedo. Yo desplegué mis alas al viento y la luz del sol nos hizo renacer cual ave Fénix después de haber ardido. Nuestras cenizas se unieron en un canto profundo.

*Canto de nuestras cenizas*

*La luz se hizo,  
así comenzó el mundo,  
de un soplo de viento.*

*Disipó nuestros miedos,  
y nos envió de regreso a casa, en algún lugar.*

*Con un contrato firmado:*

«Unión en tiempo de crisis, cualquier pretexto es bueno para nacer de nuevo. Nada es casualidad. Si esta historia saliera a la luz, la oscuridad se disiparía y podríamos ver las hermosas Pléyades en acción sincronizada».

*Y finalizo con un consejo de Hesíodo:  
Y si el anhelo te lleva a navegar en mares tormentosos,  
cuando las Pléyades huyan del poderoso Orión,  
y se hundan en las brumosas profundidades  
y todos los borrascosos vientos rujan,  
No sigas entonces con tu barco en el oscuro mar,  
sino, como te pido, recuerda trabajar en tierra.*

## AL AMANECER...

Covi Sánchez García

**S**on las 8 de la mañana, suena el despertador y me levanto como todos los días, con pocas ganas de ir a clase; no me queda más remedio.

Voy a la cocina, mamá está preparando el desayuno para mi hermana y para mí, me dice:

—Venga John, se te hará tarde como siempre, date prisa.

Mi hermana me mira y se ríe. No le hago caso; qué sabe ella, que aún es pequeña y sólo se preocupa de jugar. Miro alrededor y te veo, has salido del baño, ya te has duchado y afeitado, te acercas despacio a mamá y le besas el cuello, ella se gira, te sonrío y te da un beso, mientras te dice:

—Buenos días cariño. Ahora desayunamos.

Es una escena cotidiana, pero que siempre me llama la atención cuando os veo.

Después giras la cabeza, me miras, me sonrías y dices:  
—John, ¿quieres qué te deje en el instituto?

Te miro y te respondo:

—Vale, papá, desayuno y termino enseguida. ¿Hoy podrás venir por la tarde al partido?

Me llevas en el coche. Por el camino charlamos como siempre, me gusta, mis compañeros me comentan que no

hablan mucho con sus padres, no es fácil; sin embargo, contigo siempre lo ha sido. Gracias, papá.

Me dejas de camino a tu trabajo, ya llevas el uniforme puesto, te queda genial, destaca tu altura, tu porte... Mamá siempre me dice que me parezco a ti, que de mayor seré igual de guapo que tú...

Es por la tarde, ya volví de clase, qué rollo de día. Tú ya estás en casa, hoy quieres ir al partido conmigo y llevamos a la peque, es una pesada, y a veces no la soporto, pero en el fondo quiero que venga. Me encanta ver la cara de tonta con la que me mira cuando estoy jugando y lo contenta que se pone cuando marco un gol..., es mi mejor fan.

A veces le hago rabiar, grita, llora; pero jooo, la quiero mucho, y se parece tanto a mamá...

Mamá llega en ese momento de trabajar, comenta que ha sido pesado el día en la inmobiliaria; aunque siempre se queja, sabemos que le encanta trabajar allí. Empieza a gastarme bromas con el partido y también nos acompaña, ella es mi segunda fan incondicional. Como siempre, os reís con bromas, os besáis, te pregunta cómo estás y te dice “te quiero” cuando os abrazáis. Hacéis una pareja genial, ella es alta como tú, delgada y muy guapa...; siempre la miran cuando vamos todos juntos.

Al llegar siempre os metéis conmigo porque está Marián allí, que me da igual, es una presumida, paso de ella, mira que sois pesaos con lo mismo...

Biennn, hemos vuelto a ganar y ya nos vamos de regreso a casa. En el coche comentas que este fin de semana nos vamos a ver a las abuelas, el viernes cenaremos con una, el sábado comeremos con la otra... No me importa, tengo amigos allí, y me lo paso genial.

Vale, ya me voy a la cama, siempre igual, mañana es viernes, aún hay clase y no puedo quedarme a ver la tele..., tengo que madrugar.

Qué extraño, me he despertado, me pareció escuchar la puerta de casa, ¿se ha ido alguien?, no puede ser, son las 3 de la mañana, seguro que estaba soñando, vaya rollo, mejor me duermo otra vez.

—¿Qué pasa?

Mamá está nerviosa, llora, habla con la abuela por teléfono, y veo que llama a la policía. Me acerco y me hace gestos para que esté pendiente de mi hermana.

—¿Dónde está papá?

Son las 8 de la mañana, no estamos desayunando, hoy no iré a clase, mi hermana se ha ido con la vecina, mamá está gritando, desesperada, y yo...

¿Qué te ha pasado? ¿Por qué nos has hecho esto? Por qué dejas que mamá llore tanto, que yo te odie, que Laura no te vuelva a ver... No lo entiendo, nos estás haciendo sufrir tanto, ¿no nos querías? ¿Nos estabas engañando? ¿Qué diablos te ha pasado por la cabeza para hacer eso? ¿Por qué no has pensado para nada en nosotros que te queremos?

Papá, TE ODIO.

*Hoy viernes, a las 8 de la mañana se ha encontrado muerto de un tiro en la cabeza a..., el forense determina la hora de su muerte a las 3 y media de la madrugada. Se ha suicidado con su arma reglamentaria.*



## ILUSIONES DEL MÁS ALLÁ

Hipólito Sánchez Morejón

**D**avid era un chico treintañero con una vida ordenada para los tiempos que corren. Trabajador, honrado, amigo de sus amigos y fiel a los tiempos que marca la vida, no se alejaba demasiado de los cánones que todo progenitor quiere para sus hijos. De profesión informático, residía en Zamora desde hacía siete años, aunque era natural de Valencia. Solía aprovechar las vacaciones de verano, Semana Santa o cualquier puente con días libres para ir a ver a su familia y amigos y disfrutar de su compañía.

Amante de la naturaleza y el deporte, no despreciaba un fin de semana de escalada en la sierra de la Cabrera, más concretamente en Peñas Negras, para desentumecer un poco los músculos. No era amigo de tener relaciones esporádicas y sólo una chica de su estancia en la Universidad había conseguido penetrar en la coraza de su corazón. El tiempo y la mala cabeza de la chica fueron los detonantes para que la relación fracasara, después de cuatro años de convivencia.

Para no hundirse por los acontecimientos, se refugió en su mundo laboral y círculo familiar y de amigos, e intentó vivir la vida con más tranquilidad y disfrute si cabe.

A finales del mes de agosto del 2014, decidió coger su vehículo (un 4X4 que utilizaba en sus escaladas) e

irse tres días a su ciudad de origen. Tras salir de Madrid a las seis de la tarde y portando una pequeña maleta con ropa interior, unas camisas y pantalones y su siempre inseparable ordenador personal, se dirigió rumbo a Valencia, con la música del radiocasete del coche a todo volumen y tarareando las canciones de su grupo favorito, los *Depeche Mode*.

Con la ventanilla ligeramente bajada y su abundante pelo en contacto con el viento, a una velocidad de crucero, se planteó hacer la ruta por carretera, relajado y sin prisas, aunque con dos mensajes en su teléfono móvil de su ex novia, pidiéndole salir de nuevo...

Como si el destino estuviera en sus manos y queriendo tomarse una época de reflexión en su vida, decidió hacer una parada para descansar, no sin atravesar antes un banco de niebla que le hizo parecer que viajaba a otra dimensión, a través del tiempo y el espacio. David no veía nada y, encendiendo las luces largas del vehículo, intentó a duras penas no salirse de la carretera.

Para tranquilidad del chico, pudo divisar las luces y los banderines de un pueblo de la serranía de Cuenca, que se encontraba en fiestas. Cuando intentaba aparcar su coche en las afueras del pueblo, se dio cuenta de que la normalidad era la nota predominante en las calles angostas y estrechas, hechas en piedra antigua de la localidad conquense. Parejas riendo con vasos de bebida en la mano o grupos de amigos disfrutando de la música de verbena, le animaron a acercarse a la pequeña plaza del pueblo y pararse a tomar algo mientras daba un merecido descanso a sus piernas.

Acercándose a la barra de un bar lleno de gente, instalado en plena calle, pidió un refresco mientras hacía un análisis pormenorizado con sus ojos del lugar. Podía tratarse de las fiestas locales de cualquier pueblo de España, pensaba David, mientras le metía un buen sorbo a su refresco. Abrigado con su cazadora de tela vaquera y gracias a su metro noventa de estatura, pudo divisar una chica de tez morena, pelo largo, delgada pero con un buen tipo, disfrutando también de su bebida y de la noche...

A David le llamó la atención que una chica tan guapa estuviera sin compañía durante las fiestas, pero tampoco quiso darle mayor importancia y, ni corto ni perezoso, se acercó a ella para presentarse y entablar conversación; de todas maneras, no tenía nada que perder. Su ex novia le había tratado como un trapo y le había puesto los cuernos y ahora quería volver a él, cosa que no le apetecía hacer por el momento. Quería marcar las reglas del juego y tomarse un tiempo para reflexionar y dedicarse a sí mismo. «Si le apetecía ir al cine con unos amigos en Zamora, se iba al cine sin dar explicaciones a nadie y si le apetecía salir a escalar, pues lo mismo», pensaba mientras se acercaba a la joven.

La belleza de la joven le desconcertó por momentos, pero intentó volver a la realidad lo más pronto posible. «Siento molestarte. Acabo de llegar a este pueblo y quería estirar un poco las piernas. Me llamo David». Ya, hasta se le había olvidado ligar con una chica. Tantos años de fidelidad a una mujer habían desprogramado su cerebro en el difícil arte amatorio. Esperando cualquier reacción negativa de la chica, se dispuso a darse la vuelta

y terminar su consumición para proseguir la marcha hacia Valencia. Cuál sería su sorpresa al observar una preciosa sonrisa en el rostro de la joven. Era arrebatadamente bella, con su tímida mirada, pequeñas ojeras y rasgos faciales que cualquier modelo desearía tener. Sus grandes ojos negros parecían hechizar a uno y sus labios eran carnosos como si de una fruta madura y fresca se tratara. Con sus 168 centímetros, respondió con toda naturalidad a David: «Yo me llamo Sara». Reservada pero a la vez llena de empatía, Sara y David decidieron ir a pasear lejos del bullicio de las fiestas. Hacía una noche ideal para dar un largo paseo y entablar una conversación. David, despreocupado de todo y con un fin de semana largo por delante, se encontraba cómodo en compañía de la joven. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto junto a una persona. El carácter reservado de Sara le cautivaba y su sonrisa le embaucaba. «¿Pero qué estoy haciendo? ¡No quiero atarme a nadie durante un tiempo!», se martilleaba la cabeza una y otra vez mientras intentaba disfrutar del momento.

Eran cerca de las 12 de la noche y el frío de la serranía de Cuenca empezaba a hacerse notar pese a estar en pleno mes de agosto. «¡Me está dando frío David!», dijo Sara en tono lastimoso. Ni corto ni perezoso, y deseoso de que la noche no acabara nunca, David se quitó su cazadora y se la echó por los hombros a su bella acompañante. Al llegar a una casa terrera, construida en piedra antigua pero de aspecto robusto, la joven se detuvo, para comunicarle a David que vivía allí con sus padres. «Si te parece bien, me gustaría verte mañana sábado de nuevo y así me

devuelves la cazadora», respondió David medio balbuceando e intentando que su argumento no fuera desmontado por la joven. Con una sonrisa angelical y un beso en la cara, se despidió Sara del joven valenciano no sin antes girar su cabeza para darle una última sonrisa de regalo. Tras dejar a Sara en su casa, David, como un crío con zapatos nuevos, empezó a saltar de júbilo mientras intentaba encontrar el hostel que Sara le había recomendado. En verdad no había otro alojamiento en el pueblo, pero era recibido con los brazos abiertos por el joven.

No se lo podía creer. Él, que había querido hacer un borrón y cuenta nueva en su vida amorosa y el destino, nunca mejor dicho, le había puesto en la tesitura de aceptar o no un succulento reto totalmente a su alcance...

Aquella fría noche, David apenas pudo pegar ojo pensando en la suerte que había tenido al encontrar a Sara en su vida. «¡Es preciosa!», pensaba una y otra vez mientras las horas se le hacían eternas, esperando que amaneciera cuanto antes y sus ilusiones se hicieran realidad.

A la mañana siguiente, muy nervioso y lejos de la tranquilidad del día anterior, se levantó a las 8:00 de la mañana y, en un intento por que el tiempo pasara más rápidamente, se puso a hacer flexiones y abdominales en la cálida habitación que había alquilado. El dueño del hostel había encendido la calefacción un par de horas para calentar las frías habitaciones de sus huéspedes. Unos buenos edredones y unas gruesas mantas, hicieron el resto pata que los moradores estuvieran lo más cómodos posible.

Tras darse una buena ducha y echarse medio frasco de su perfume favorito, David bajó al comedor a eso de

las 10:00 para desayunar plácidamente junto al fuego de una gran chimenea que presidía el salón. «Sólo son unos pequeños leños ardiendo para calentar la sala. A la gente le gusta ver una chimenea encendida aunque sea en el mes de agosto. De todas formas, aquí en la serranía de Cuenca es raro el día que no refresca en esta época del año», comentaba el dueño del hostel, mientras ponía unas enormes tostadas de pan con mantequilla, mermelada, huevos fritos, bacon y salchichas en la mesa de David. Las personas allí hospedadas iban bajando al pequeño pero coqueto y acogedor comedor, e iban ocupando las seis mesas de las que disponía el local.

Queriendo preguntar al hostelero si conocía a Sara y a su familia, se quedó sin lograr su objetivo cuando fue interrumpido por una pareja sexagenaria y de aspecto pudiente, deseosos de iniciar una conversación matinal. «¿Qué, joven, de paso por el pueblo?», le preguntaba la mujer, mientras el marido daba buena cuenta del frugal desayuno. Intentando encontrar unos segundos para preguntar al dueño del local por la familia de Sara y toda la información posible, como veía que no lograba su objetivo no tuvo más remedio que acortar su desayuno para intentar *huir* de la labia de aquella cotorra. Despidiéndose de la pareja que, por cierto, pasaba de paso por aquel entrañable pueblo, David se dirigió hacia su habitación, no sin antes llegarle un delicioso olor a comida a su olfato. «¡David, este mediodía tenemos carne de corzo con patatas y tarta casera de manzana, todo ello, naturalmente, cocinado por mi mujer!», le sugirió el dueño del hostel con las manos llenas de grasa

y una sonrisa de oreja a oreja. «¡Allí le veré, caballero!», contestó David, presuroso por lavarse los dientes y prepararse para buscar a Sara.

La mañana era radiante y los pájaros parecían adornar el día con sus cánticos. David pudo comprar en una tienda cercana al hostel un pequeño ramo de flores para la joven. Tras intentar alargar el tiempo todo lo posible para que no fuera descubierta su ansiedad por ver a Sara, el chico se presentó en la puerta de la casa de la joven, deseoso de verla.

Dando tres golpes con sus nudillos en la recia y gruesa puerta de madera y forja, una anciana abrió la pesada puerta. «¿Qué deseaba, joven?», preguntó la anciana con los ojos semicerrados, como si le molestase la luz del día. «¡Buenos días y perdone que la moleste!», se presentó David, pensando que la anciana era la abuela de Sara, pues por la edad que tenía la chica su madre debía ser más joven. Tras presentarse, no dudó en preguntar por la bella joven del día anterior, pero una mirada fría se clavó en la de David, provocándole cierto desconcierto y malestar. «Joven, ¿esto es una broma o me está tomando el pelo?», preguntó la anciana con cara de pocos amigos. David no sabía si la mujer no le había entendido o no le había escuchado bien la pregunta por la edad. Sólo deseaba que Sara apareciera para no dilatar la situación más. «Perdone que se lo repita de nuevo, que si puedo ver por favor a Sara. Anoche estuve con ella en las fiestas del pueblo y me dijo que fuera hoy a buscarla para dar una vuelta», repitió de nuevo David, ya con cierto tono irónico.

La anciana, dejando cierto margen al joven, no dudó en responder, a sabiendas de que sus palabras iban a destrozarse el interior de una persona....

«Mi hija Sara murió hace 20 años en un accidente de tráfico y está enterrada en el cementerio». Al oír esas palabras, David entró en un frío y largo letargo momentáneo que le hizo perder, casi el equilibrio. Mientras intentaba no perder el control de la situación, el chico le rogó a la anciana que le indicase la entrada al camposanto y dónde estaba situada la tumba de su hija; creía que todo era una broma de mal gusto y quería demostrar la posible enfermedad mental de la mujer. Así pues, David fue conducido en silencio por la tenaz anciana al cementerio del pueblo, acompañado durante el camino de un cielo con nubes negras, como si una fuerte tormenta de verano fuera a descargar gran cantidad de agua. Los dos caminantes llegaron a las puertas del camposanto. Sacando la mujer una llave de grandes dimensiones, abrió la pesada puerta forjada en hierro del cementerio y oyendo el ruido de las bisagras de la misma, David escudriñó las más de doscientas tumbas con su mirada, intentando creer en lo imposible...

«Venga conmigo, la tenemos enterrada en la parte de arriba», le invitó a seguirla la anciana al trastornado muchacho. Caminando entre tumbas descuidadas y con hierbas altas, síntoma de dejadez y abandono, pasaron también por otras, las menos, con sus lápidas pulcras y limpias y sin ningún deterioro aparente. Unas palabras claras y concisas se clavaron en el corazón de David, el joven informático que sólo quería llegar a su tierra



natal para descansar unos días. De repente, un fuerte viento se levantó en el lugar y el sol quedó tapado por unas grandes y oscuras nubes que dejaban entrever sus intenciones. «¡Ahí está la tumba de mi hija!», susurró la anciana al tiempo que la señalaba con la mano. David no podía creerlo y mientras veía una pequeña fotografía de la joven situada en la cruz que presidía la lápida, un fuerte relámpago le ayudó a observar con más detenimiento la imagen de la joven. ¡Era Sara! ....

La cazadora estaba situada sobre la lápida de la muchacha.

Regresando al hostel totalmente cabizbajo, pagó la cuenta y, al instante, arrancó su coche y se marchó del lugar por donde había llegado. Secándose las lágrimas con la manga de su cazadora, se detuvo al lado de un anciano –posiblemente centenario– que estaba sentado sobre una gran piedra y, mirando a los ojos del joven, le dijo: «¡A usted también le ha pasado!».

David juró no contarle a nadie lo ocurrido pero algo en su interior cambió para siempre...



## FIN DEL MISTERIO

Aida Sandoval Rodríguez

— **A** ver, inspector. ¿Puede explicarme la historia de Marta Robles? Necesito entender por qué llegó a esta comisaría dando voces y desfigurada de dolor.

El comisario conoció a la señora por la que me pregunta ayer, y hoy cuatro días después, aún le veo turbado. Él entraba por la puerta, tranquilo, recién llegado de tomarse un café, cuando ella le saltó encima. ¡Ayuda! Le pedía a gritos. Imagino, con mi buen olfato de investigador, que hace mucho tiempo que el comisario no tiene entre los brazos una mujer tan guapa, aún con la ropa sucia y rota. Incluso con los ojos encharcados en lágrimas y gritando, sintió hacia ella una atracción muy fuerte y no fue capaz a centrarse en lo que le decía. Sé que deseaba estrujarla contra su pecho. Sí, estrujarla fuerte, escuchar como ella se quejaría al hacerle un poco de daño, porque el comisario, con sus años, su calva y su barriga, sería el único gemido que podría aspirar a oír de la boca de esa desgraciada diosa.

¡Pero coño! ¿Qué estoy pensando? Con el caso escabroso de esta mujer y yo imaginándome guarradas.

—Cuénteme que le sucedió.—Me apuró el comisario.

—Marta Robles es una mujer de treinta y ocho años, con melena rubia por los hombros y ojos marrones...

—Inspector... ¿acaso cree que estoy ciego? ¡La tuve entre los brazos!.

—Disculpe, señor.—Admití mi torpeza. —Marta llegó a la comisaría a las cinco de la tarde, gritando que habían secuestrado a su hijo. La desaparición fue el viernes. La directora de la guardería confirma que el niño, Daniel, no asistió en todo el día.

—¿Qué más sabe de ella?

—Vive en un chalet pareado con su marido y su hijo de dos años en una zona residencial a diez minutos del monte de Deva. Trabaja como administrativa en una empresa de construcción y su marido es médico de familia en un centro de salud cercano a su domicilio. Según los vecinos, son una pareja agradable y tranquila. El único testimonio curioso fue el del vecino del chalet 5, que dijo desconfiar de ese matrimonio. Digamos que el testigo no tiene muchas luces, se le ve lento, pero con este tema respondió muy rápido.

—¿Por qué opina eso el vecino? —Me preguntó el comisario intrigado.

—Pues porque cree que ella es muy guapa y merece algo mejor. Dice que no se cree que esté enamorada de su esposo, que seguro que él la obligó a casarse. Tonterías de un hombre celoso, señor. Eso fue lo que pensé.

—¿Dónde está el marido?

—El marido apareció por aquí el sábado a primera hora de la mañana, denunciando la desaparición de su mujer y de su hijo. Acababa de llegar a Gijón.

El comisario puso cara de sorpresa.

—No entiendo... Cuéntemelo claro, inspector, no se vaya por las ramas. No me gustan los misterios, llevo demasiados años trabajando en ellos.

—Señor, el caso es que es difícil de explicar. Marta cuenta, que despertó el viernes por la mañana por culpa de los ladridos de un perro. Intentó taparse los oídos con la almohada, pero no hubo forma de volver a conciliar el sueño. Palpó con la mano el otro lado de la cama para ver si estaba su esposo y al notar las sábanas frías supuso que estaba sola. Se le ocurrió mirar por la ventana del baño, que daba a la puerta de la entrada para ver si veía al molesto animal y vio un Golden Retriever subido de patas en la verja intentando entrar, mientras continuaba ladrando. Ella me dijo que le encantan los perros, que en el barrio hay muchos vagando sueltos, entran y salen de sus casas solos. Cuando cesaron los ladridos ya era medio día. ¡Menuda perreta había cogido el perro con su casa!

—¿Ella se lo ha contado así, inspector?

—Palabra por palabra, comisario. La señora lo recuerda todo hasta aquí a la perfección. Se tomó una aspirina porque le dolía bastante la cabeza y se sentía atontada, hasta que vio en la pizarra de la pared una nota: “Te quiero, mamá”.

Dice que esbozó una sonrisa, la última, y calculó el tiempo que le quedaba para ir a recoger a Daniel a la guardería. Supuso que lo habría llevado su marido por la mañana y una punzada de duda le atravesó el pecho. Si Daniel estaba en la guardería, ¿por qué ella no estaba en el trabajo? Corrió al teléfono fijo para llamar a la oficina. Sonaba y sonaba, pero nadie descolgaba. Valoró si

ir hasta allí, pero era bastante lejos y las llaves del coche no estaban en su sitio, por lo que seguro se lo había llevado su esposo.

—Ya sabe usted —me dijo Marta— lo que hace el descanso. Dormí demasiado y desconecté de todo. Como iba con prisa para llegar a recoger al niño, no le di más vueltas al asunto de mi trabajo. Además nadie me había llamado... ¡Dichoso perro, me dejó atontada de tanto ladrido!

—Y yo comisario, no recuerdo muy bien lo que es desconectar del trabajo, porque siempre me he llevado los casos a casa. Mi mujer estaba tan cansada de oír hablar de la policía, que dejé de contarle mis asuntos. ¿Y sabe qué sucedió? ¡Que no tenemos nada de qué hablar! Ella se refugia en hablar con su madre por teléfono y yo en ver la televisión. Soy un buen investigador, usted lo sabe, pero a día de hoy tras tantos años, aún no he conseguido averiguar de qué coño hablan tanto tiempo al teléfono...

—Cosas que pasan, inspector. Este trabajo es muy duro.

Supé que me había extralimitado, él era el jefe y no teníamos confianza, así que continué hablando para olvidar mi comentario.

—A las dos y cuarto, Marta salió de su casa. Dice que vio aparcado un Mercedes clase B marrón, igual que el de ella y pensó que la vecina era una copiona. Se cortaba el pelo como ella, vestía parecido y también tenía el mismo coche.

—Continúe, inspector, me dijo al ver que me quedé pensativo.

—Solo un detalle, señor. Decirle que en ese barrio de pijos venidos a más, todos dejan las llaves puestas en

los coches y no cierran la puerta de casa. Cuenta que aceleró el paso porque no quería por nada del mundo llegar tarde a recoger al niño, así que empezó a correr. Se imaginaba a Daniel esperando en la puerta con una cuidadora, asustado porque mamá no llegaba. Tropezó con varias personas en su carrera y pidió disculpas a voces sin pararse. Iba bien vestida, era una mujer elegante, a la vista estaba, aún en el estado en que había llegado a la comisaría. Dos hombres y cinco mujeres la recordaron por lo guapa que era.

—Confirmado, comisario. Las mujeres se fijan más en otras mujeres que en nosotros.

El comisario me lo confirmó con la cabeza sin querer profundizar en el tema.

—La pesadilla comenzó cuando llegó y no había nadie. Marta insiste en que solo se había retrasado diez minutos. Le dijeron que Daniel no había ido ese día, y que no eran menos veinte, sino las tres y cuarto. Había llegado con un retraso de cuarenta y cinco minutos. Cuenta la directora que Marta, muy nerviosa y aturdida, rebuscó en el bolso con manos temblorosas para llamar a su marido.

—¿Quién lleva el niño por las mañanas? —Me preguntó el comisario para poder ir entendiendo.

—Ella dice que su marido. La directora, que lo lleva y lo recoge Marta, que trabaja solo de tarde. Nos dijo que no encontraba el teléfono y pasó de la congoja a la agresividad. Insistía en que si la llamaban de la oficina, que si su marido... Comisario, Marta me explicó que en ese momento el trabajo era su menor problema, porque tener un niño te cambia la vida. Me preguntó si yo tenía

hijos, intentando crear empatía entre nosotros dos, para explicarme que Daniel se lleva todo su tiempo y por eso está más despistada y cansada que antes.

—¿Quiere decirme que la ve centrada y coherente?

—Ahora sí. Ayer no, por eso pedimos que le hiciesen unas pruebas de tóxicos.

—Entiendo, nunca está de más. Siga contándome lo de la guardería.

—Daniel no estaba allí, le confirmó la directora. ¿Por qué no llama a su esposo? Y Marta admite, que sabe que le contestó un poco brusca, porque no conseguía acordarse del número de teléfono de su marido. ¡Putita incompetente!, dice la directora que le gritó.

Marta se marchó corriendo, sin darle tiempo a la directora a buscar el número en la ficha y llamar ella misma. Dice que pensó que si el niño estuviese con su padre por algún motivo, ya estarían en casa comiendo, así que hizo el camino de vuelta a toda carrera de nuevo. Nadie. En casa no había nadie. Todo estaba como ella lo dejó. Entonces decidió ir al centro de salud a buscarle.

Necesitaba un taxi, pero en ese barrio de chalets no pasaba nunca ninguno. Se arrepintió de no haber pedido uno desde el teléfono de casa ¿Cómo estaba tan despistada? seguro que son los nervios, recuerda haber pensado. Pero entonces sintió que el destino se ponía de su parte. El Mercedes de la vecina, igualito al suyo para conducirlo, tenía las llaves puestas.

A partir de este momento, señor, los recuerdos de Marta se vuelven confusos e incoherentes, más aún. Dice que arrancó el coche y las luces se encendieron



automáticamente, por lo que se dio cuenta que era noche cerrada. ¿En qué momento oscureció? No podía haber pasado tanto tiempo... Sabe que se perdió por las carreteras, confundió varias veces el camino hasta el centro de salud, por culpa de que sonaba un móvil, una y otra vez, no dejaba de sonar y ella que no era una ladrona, ni se le pasó por la cabeza parar el coche y buscar el teléfono para responder.

—Juan, el marido, recibió una llamada de la perrera municipal porque no localizaban a Marta. A su Golden Retriever lo había llevado hasta allí el lacero, alertado por la llamada de una señora del barrio, advirtiéndole de que estaba perdido. Cuando le dijeron dónde lo habían recogido, Juan no entendía nada.

—Esa es mi dirección, donde vive el perro.

—Dice que llamó y llamó a su mujer al móvil. Le envió varios mensajes, pero nada, no era capaz de localizarla. Él estaba en un congreso de medicina fuera de la ciudad.

—“Es cierto que mi mujer, últimamente estaba muy despistada y cansada. Se le olvidaban las cosas, y a veces confundía lo que yo le decía porque no me escuchaba. Pero ya sabe usted, inspector, que tener un hijo te cambia la vida.”—Esa es la declaración del marido.

El teléfono de Marta apareció bajo un asiento del Mercedes, que no era el de la vecina, sino el de ella. ¿Sabe comisario? Cuando se lo dije a Marta, que el coche era el suyo, se quedó muy sorprendida y me dijo que eso no exculpaba a la vecina de seguir siendo una copiona.

El comisario hizo un gesto como para reírse, pero se contuvo.

—Estábamos ahorrando para comprar otro coche, pero ya sabe usted, los gastos que dan los hijos.—Me repitió el marido cuando se lo dije.

—Había más de veinte llamadas perdidas. Del trabajo de Marta, de su propia casa, del marido, de la perrera, de la directora de la guardería que se quedó preocupada... Los mensajes eran todos iguales: ¿dónde estás? Llámame.

—Inspector, ¿y en la oficina? Ella dice que llamó muchas veces y no le contestaban.

—Estaba marcando su propio número de móvil. El teléfono sonaba en el coche, bajo el asiento.

—¿Dónde pasó la mujer la noche y la mañana siguiente? Si llegó a comisaría de tarde, ¿dónde estuvo?

Tuve que admitir que no lo sabía exactamente.

—Cuenta la vecina, que en verdad... a lo mejor... sí la copia un poco...

—¿Por qué me informa de eso, inspector?

—Bueno, la vecina lleva un corte de pelo igual, un coche idéntico y parece que algo si la vigila... Nos dijo que la vio abrirle la puerta al perro para que pasara y luego salir con Daniel en coche a las ocho y diez de la mañana, como cada día. Y añadió que a esa hora ya iba arreglada como para ir a un estreno de cine. Luego la criticó un poco más. Comisario, Marta es demasiado guapa y levanta envidias.

—Lo entiendo.—Se le escapó en voz alta al comisario.

—Sabemos que salió con el niño, que volvió a su casa, como confirma de nuevo la vecina. A partir de ese momento, nuestra espía particular ya no sabe más

porque se marchó a la peluquería. Marta jamás llegó al centro de salud, nadie la vio allí. Solamente hay testigos que la sitúan corriendo por la calle, diciendo que iba con prisa a buscar a su hijo, que la disculpasen, pero que llegaba tarde. Esto fue a cinco kilómetros de distancia. Se había despistado mucho... También la vieron tomando una infusión muy cerca del área recreativa del monte, en donde la camarera declaró que Marta le había dicho que buscaba algo, pero que no recordaba el qué. La camarera dijo que la vio muy nerviosa y llorosa. Añadió que era una lástima, con lo guapa que era, aún con la ropa arañada y sucia.

—Entonces en ese momento ya llevaba la ropa rota, como se presentó aquí.

—Eso es, comisario. Había pasado un día entero desde que no encontré a Daniel. Cuando llegó aquí, los compañeros se dieron cuenta, no me extraña con lo guapa que es, de que era la mujer cuya desaparición había denunciado el marido por la mañana. Solo hacía unas horas que había desaparecido, por lo que no pudo poner denuncia, pero como vino con fotos de ella, la recordaron a la perfección.

—En persona es aún más guapa.—Dijo el comisario.

¡Acerté! Yo sabía que había quedado prendado de ella.

—¿Y el niño, dónde está el hijo?—Se recompuso rápido, es un profesional el comisario.

—Del hijo no teníamos ni rastro. Estábamos atascados, hasta que le contamos a ella la historia del perro. Me acordé de su amor por los animales y le hablé de que alguien llamó al lacero para que se llevara al suyo. Sus

ojos se quedaron fijos en mí, como si hubiese recordado algo de pronto y dijo “esa puta de la vecina”. Como lo oye, comisario. Las mujeres guapas también hablan mal. Eso nos decidió a volver a hablar con “la copiona”.

—Déjeme confirmar que no me pierdo en la historia: La vecina dijo que la vio salir en coche por la mañana con el niño, pero según la guardería no llegó jamás allí. Si ella pensaba que no tenía coche porque no estaban las llaves ni su marido, ¿cómo iba a coger el Mercedes?

—Efectivamente, comisario. Eso nos dio la primera pista para empezar a sospechar. Marta no había salido de casa porque estaba profundamente dormida como nos confirmaron los análisis que se le hicieron al notarla tan confusa.

—¿El marido? Es médico...

—Confirmamos su coartada en el congreso fuera de la ciudad ese día, pero no descartamos que tuviese un cómplice. Cuando Marta nos contó que se acordaba de no encontrar a su perro en casa, supimos que se había ido al monte a buscarlo, que vagó por allí horas llamándolo y así se manchó y rompió la ropa. Dice que volviendo a casa desesperada y pensando en poner una denuncia de desaparición de la mascota, un fogonazo de lucidez le hizo darse cuenta de que a quién estaba buscando era a Daniel. La mujer estaba tan atontada que lo confundía todo. Por eso se le hizo de noche.

Le preguntamos de nuevo por qué insultaba a la vecina y ella dijo que estaba convencida de que quería seducir a su marido. Siempre estaba rondándole y visitándolo en la consulta, aquejada de sus múltiples males.

¿Qué males? Le pregunté. Y con esta respuesta comencé a olfatear el rastro, comisario. Me dijo que era una mujer muy nerviosa y seguía un tratamiento que le recetaba su esposo.

—¿Cómplices?? Me preguntó abriendo mucho los ojos.

—Entonces ordené traer a la vecina a la comisaria mientras se registraba su casa en busca del pequeño y la atacé a preguntas: —¿Usted la vio salir por la mañana en el coche? Volvió a confirmar su primera versión. Le dije que era imposible porque Marta no se había movido de la cama. —Pues igual entonces era su marido... —Usted me dijo que iba arreglada como para asistir a un estreno de cine, ¿recuerda? Tuvo que verla muy bien para tal afirmación. Enseguida se puso a la defensiva y solicitó un abogado, por lo que poco más pude hacer.

—¿Y el registro, encontraron al niño?

—No señor, pero encontramos otra pista para seguir. En la casa había varias fotos de todos los vecinos del barrio en una barbacoa, y la vecina posaba del brazo de un hombre, que no fui capaz a identificar en ese momento y no lo hice hasta la noche, en mi casa, mientras mi mujer cotorreaba al teléfono sobre si alguien era un envidioso y quería romper el matrimonio de manganita. Entonces encajé piezas. La vecina, soltera, con pastillas para controlar los nervios, paciente del marido de Marta, era un blanco muy manipulable por otro hombre que quisiese lo mismo. Y pensé en el vecino del chalet 5, molesto y convencido de que Marta era demasiado guapa para su marido. Como no pude dormir, a primera hora fui hasta la casa de este nuevo sospechoso para interrogarle.

—Bien hecho, inspector, uno es policía las veinticuatro horas del día.

—Sí, sí, dígaselo a mi mujer. El caso es que allí estaba el niño durmiendo apaciblemente, sin signo alguno de malestar.

—No me lo puedo creer, ¡lo teníamos al lado de la casa!

—Si comisario, pero ahora viene lo peor.

—¿Qué puede ser peor? El niño está bien...

—Al del 5A le dejó el niño “la vecina copiona” cuando la interrogamos la primera vez. Se dio cuenta de que sospechábamos algo, aunque en aquel momento no era cierto, pero fue precavida y se deshizo de Daniel. Le mintió con que Marta le había dejado el niño a ella porque se había tenido que ir de la ciudad rápidamente y era urgente. Le aseguró que la propia Marta iría a su casa a buscarlo, que le hiciese el favor de no decir nada o la acusarían de mala madre. El pobre hombre vio la oportunidad de ganarse el favor de su amor platónico y ni rechistó.

—Me quedan preguntas sin responder... ¿Quién llamó a la perrera? ¿Por qué Marta estaba drogada? ¿Tanta inquina le tenía la vecina? ¿Qué pensaba hacer con el niño?

—Ella llamó al lacero para librarse del perro, que con sus ladridos podía espabilar a Marta, que fue lo que pasó. Con lo que no contó fue con que llamasen al marido desde la perrera. Los somníferos no podemos demostrar si los tomó voluntariamente del botiquín de casa o alguien la engañó. El marido dice que andaba nerviosa y despistada, que dormía mal y varias veces le dijo que se tomase alguno para descansar tranquila. La vecina

niega haber sido ella, pero confiesa haber entrado en la casa para coger a Daniel que lloraba y librarse del perro que siempre estaba incordiando. Su idea era devolver el hijo al hogar al medio día, cuando Marta estuviese en condiciones de atenderlo. Como llegamos nosotros, se puso nerviosa y lo llevó a casa del vecino del 5A para que lo entregase al día siguiente. Se compunge diciendo que todo se le fue de las manos, ella solo deseaba que el marido supiese con que desastre de mujer vivía. Ya ve, su abogado la aconseja bien.

—¿Y ya está? ¿Toda esta locura por celos y envidias?

—¡Ojalá! Pero la historia da más miedo aún. Como no me quedé tranquilo con esta explicación, seguí indagando y todo me llevaba al marido. Preguntando por el centro de salud e investigando un poco sus correos, por favor señor, no me pregunte cómo, descubrí que había hecho varias consultas a un despacho de abogados especializados en divorcios con sentencia de incapacidad de la madre. Él pretendía que con la historia de haber perdido a Daniel, se considerase a Marta no apta y quedarse con la custodia, con la casa y no tener que pasar ninguna pensión. Para ello no dudó en utilizar a la vecina enamorada de él, sin saber que ella se valdría del pretendiente de Marta. Un cúmulo de casualidades, que por mucho que planees, cuando no trabajas solo, siempre corres el riesgo de que alguien se vaya de la lengua.

—¿Iba por la vecina?

—Lo cogimos a tiempo, la estaba estrangulando con un cojín de su cama el mismo día que ella salió bajo fianza. “La copiona” se había salido del plan al llamar al

lacero e involucrar al del 5A. Ahora está en el hospital, luego no sé si estará en la cárcel, pero mejor que en el cementerio... Tuvo suerte de que el plan saliese mal y la pilláramos.

—¿El marido ha confesado?

—No. Solo ha dicho que no soportaba a Marta. Ya ve, comisario, la belleza no da la felicidad.

—Al lado de ese asesino, por supuesto que no. —Y en esta contestación del comisario, yo quise intuir su idea de que a su lado, sí podría encontrar la felicidad. Aún creía en los finales felices del amor, aunque no le gustasen nada los misterios...



## DICEN

Juan Santos Cánovas

**E**scucho pasos, qué bien, ya vienen. No debería haberme quedado aquí sola. En realidad no pasa nada, a veces se quedan otras. La verdad es que soy bastante miedosa, aunque eso no tiene por qué saberlo nadie. No estaría bien, pensarán que no quiero hacer noches. Seguro que las demás también lo tienen y se callan, apenas han tardado veinte minutos en hacer la ronda, demasiado rápido, aunque me alegro. Sesenta habitaciones en poco más de un cuarto de hora, seguro que algunas ni las han mirado. Sí, aquí todas tenemos miedo, cuando firmé nadie me explicó que tendría que quedarme sola y de noche en medio del monte. Bueno sola no, están las demás, pero, claro, a veces se van como ahora; también están los ancianos. Eso es parte del problema, dicen que algunos vienen del psiquiátrico, que los hay que no están del todo bien. Son rumores, sólo eso, rumores. Aunque nadie te dice nada y mucho menos si eres nueva, y tú, claro, cómo vas a ir preguntando por ahí así, recién llegada. En el ala derecha hay gente del psiquiátrico, ésa es toda la información que te dan, pero ¿por qué allí solo suben algunos trabajadores?, además ¿por qué vienen del psiquiátrico?, ¿qué les pasa? Dicen que Nicolás fue ingresado por orden

judicial, dicen que mató a su mujer. No me extraña, tiene mirada de loco, a veces voy a darle de comer y me mira de una forma que me hace temblar, debería fijarme si a las otras auxiliares las mira así también. Espero que no sea sólo a mí. Dicen que su mujer era rubia como yo. Están tardando mucho, ya deberían haber llegado, claro que puede que no fuesen ellos los que escuché, tal vez algún abuelo se levantó para ir al retrete, aunque todas las habitaciones tienen sus propios servicios, además casi todos toman somníferos. Esa es la única forma de poder dormir en un sitio como éste, seguro que quien lo construyó no hacía noches. Puede que algún abuelo no se haya dormido. Nicolás, seguro que es Nicolás. Se habrá introducido la medicación en la boca y cuando no lo hayan visto la habrá escupido. Dicen que los que vienen del psiquiátrico son listos, en esos sitios se las saben todas. La próxima vez que firme un contrato preguntaré antes. Ahora debo tranquilizarme, no pasa nada, es mi primera noche y estoy nerviosa, no pasa nada, no pasa nada. Cerraré los ojos y al abrirlos frente a la puerta estarán mis compañeros pensando que me he dormido. No es buena idea, no, no es buena idea, y si es Nicolás el que anda por ahí, me sorprendería con los ojos cerrados. Debería estar preparada, lista para responder a su ataque. Dicen que a su mujer la mató mientras dormía, la cogería desprevenida y claro la mujer no pudo reaccionar. Suena un timbre, el dos, es el dos, el dos, seguro que es él, seguro. Es una trampa, quiere que vaya, que salga de aquí. ¿Dónde están éstas?, ¿Por qué no vienen? A lo mejor las pobres ya no pueden, a lo mejor están...

No quiero pensarlo, no, no quiero, aunque dicen que no sería la primera vez. Cuando te sacas el título nadie te dice estas cosas, sólo te cuentan lo bonita que puede ser la profesión de auxiliar de clínica, “un trabajo donde cobras por ayudar a los demás”, pero de esto ni palabra. Nadie te cuenta que hay residencias solitarias en pleno monte, residencias llenas de gente peligrosa. De gente que mata. Tengo que trazar un plan, a mi no me sorprenderá, no, yo conozco tu historial. Necesito, necesito, veamos, necesito: eso, las cortinas, las cortinas servirán. Te vas a llevar una buena sorpresa, amiguito. Mi hermano me enseñó a hacer nudos corredizos, je, je, me salen perfectos. Se va a fastidiar tu plan, no seré yo la que muera esta noche en tus manos. A tu mujer le va a encantar la decepción que te vas a llevar. Te oigo, te estás acercando. Tengo que darme prisa. Dicen que apenas tardó cinco minutos en matar a su mujer, es rápido pero yo lo seré más. Necesito una silla y unas tijeras. Vuelve a sonar el timbre, es el dos, es otra vez el dos, no me tendrás, no iré, por mucho que insistas no iré, entonces te desesperarás y serás tú el que baje, vendrás tú a mis dominios y ¡sorpresa!

Es un plan perfecto. Pongo la silla en la posición adecuada, corto las cuerdas de las cortinas y preparo el nudo. Lo haré junto a la puerta, así estaré vigilando el pasillo. Es mi obligación, me pagan por vigilar que estéis bien, bonita ocurrencia, vigilar para que ellos estén bien, ¿y quien vigila que nosotras lo estemos? Aquí solas en un centro repleto de locos a trece kilómetros de la ciudad. Trece kilómetros, trece y hoy es martes. Dicen que

hay cosas que nada puede cambiar, que es el destino, eso le pasaría a la mujer de Nicolás. Oigo ruidos en la calle, tampoco saldré ahí, debería haber un vigilante, aunque dicen que a esos son los primeros que matan. Seguramente será alguna lechuza o algún animal que ronda por aquí quien hace esos extraños sonidos. Dicen que por las noches bajan los zorros y otros animales buscando comida en la basura, también dicen que hace años se perdió una vieja y murió de frío por la noche y que ahora es ella la que ronda la residencia por las noches clamando venganza por dejarla morir. No saldré, no me moveré de esta habitación, es el único sitio seguro. Estoy rodeada, afuera están los animales y la anciana, los oigo, incluso a veces se ven brillar sus ojos, son los de los animales, la anciana no tiene ojos, solo las cuencas hundidas y secas, a ella le castañetean los dientes, la mandíbula desencajada, se ríe con risa sorda, apagada, la oigo, claro que la oigo. Dentro, una jauría de locos que en cualquier momento pueden despertar, pero no lo harán, sólo está despierto él, lo sé. Ha matado a las demás y quiere hacer lo mismo conmigo. Dicen que cuando una persona mata algo cambia en su interior y ya no puede dejar de matar, se obsesionan, eso es, se obsesionan con matar. A mi eso no me pasará, no, yo sólo mataré una vez para sorpresa de Nicolás. Ya está, un nudo, un buen nudo corredizo que ni el más fuerte de los hombres podría aflojar. Se acerca, está al final del pasillo, pronto se dejará ver, ya no le importa, sabe que no saldré a la calle, quizá él y los de fuera estén compinchados, no me extrañaría. No importa, ambos sabemos que esta habitación es el lugar

de la batalla. Ahí está, lo veo. También él me ha visto. Está será la última vez que me vea. Cerraré la puerta y mientras él recorre el pasillo e intenta abrir todo estará preparado. Avanza, trata de correr, pero sus piernas apenas si pueden caminar ya. Se acaban tus momentos de sadismo, disfruta mientras puedas, disfruta. La puerta se cerró violentamente, la silla estaba colocada en su sitio y las cortinas echadas.

Al llegar el turno de mañana encontraron a Rosa, la auxiliar nueva, ahorcada, pendiendo de la barra de las cortinas y al bueno de Nicolás tratando de sostenerla, sollozando, “no llegué a tiempo, no llegué a tiempo, no llegué a tiempo”.



## MÁS ALLÁ DE...

Neila Sanz Pilar

**5:00 am**

La alarma del despertador no dejaba de sonar, me levanté sobresaltada y lo golpeé con fuerza. El turno anterior había sido ajetreado, el museo preparaba una nueva exposición temporal sobre obras *Avant-Garde* y, aunque era la mera vigilante de seguridad, había tenido que ayudar en las tareas de traslado de las obras al faltar un porteador. Me arreglé rápidamente, tome un liviano desayuno, preparé un pequeño almuerzo, cogí las llaves de mi *Yamaha Cruiser*, la moto que tanto sacrificio económico me había costado conseguir, y me marché a trabajar.

**6:30 am**

Cuando llegué al museo, la exposición y mis compañeros estaban dispuestos para recibir a la multitud de visitantes que esperaban ansiosos ver la muestra. Nunca había entendido qué veía la gente en el arte, me pasaba horas paseando por las salas, observando cuadros y esculturas inertes que quedaban estéticamente muy bien pero que no me transmitían nada más.

Tras la ronda oportuna para comprobar que las cámaras funcionaban, las salidas de emergencia estaban bien

señalizadas y las alarmas antirrobo estaban configuradas, fui a la entrada principal a esperar a los visitantes.

### 7:30 am

Arantxa, la directora del museo, me comunicó la apertura de puertas. Un tropel de gente entró como si fuese el primer día de rebajas de unos grandes almacenes, niños gritando, señoras con bolsos gigantes que se agolpaban en la máquina de rayos, señores con un sinfín de objetos de metal en sus bolsillos que se hacinaban en el arco detector y ralentizaban el tránsito de otros visitantes, personas mayores que requerían de atención personalizada... El caos en estado puro.

Cuando conseguí organizar a los visitantes y mi compañero de entradas pudo sustituirme, continué la ronda por las salas, controlando que nadie tocase las obras y que las fotografías fuesen sin flash. Aunque estaba encargada de la seguridad, ese día me tocó ser un punto más de información, especialmente respondiendo a la pregunta de «¿dónde están los baños» más veces de las que me hubiera gustado contestar.

### 12:00 am

Acudí a la cafetería del personal, estaba sola, lo que agradecí muchísimo porque tenía un severo dolor de cabeza. Encendí la televisión y entre noticia y noticia pude almorzar, tomando un fuerte analgésico para sobrellevar el día.

Al salir, Arantxa me interceptó para avisarme que el vigilante del turno de tarde había caído enfermo y no



podía acudir, así que la empresa alargaba mi jornada hasta el cierre del museo, que ese día de inauguración de exposición temporal acababa a las nueve. Tocaba resignarse y continuar con las anodinas rondas

**2:00 pm**

La mitad de las salas de exposición estaban vacías, los visitantes se habían volcado en la novedad y poco a poco se retiraban a sus casas para dar paso a aquellos que querían disfrutar del arte en soledad.

Mi banqueta se encontraba en la sala XVIII del museo, donde en los momentos de menos ajetreo podía descansar los pies. Conocía la sala de memoria: en la pared de enfrente, las obras desconocidas, así tituladas porque eran de autores anónimos; en el centro, las esculturas más grandes realizadas en bronce; y, en la pared situada a mis espaldas, pinturas contemporáneas.

Miré el reloj, las dos y media, demasiado tarde para él. ¿Vendría? ¿O al haber sido la inauguración de la nueva muestra había decidido no cumplir con su rutina?

Desde hacía un año, me mantenía en vilo por un hombre de metro ochenta, de unos cuarenta años, rubio con ojos azules, mandíbula prominente y nariz griega, elegante y de exquisitos modales. Me había fijado en él porque todos los días acudía a esta sala, siempre a la misma hora, y pasaba el tiempo observando uno de los cuadros de la pared de los desconocidos. Al principio pensé que estaba planeando su robo, no era de extrañar, pues el museo no contaba con visitantes asiduos de esas características que se quedasen petrificados frente a una

pintura. De hecho, cansada de verle tantas horas de pie, le había prestado mi banqueta en más de una ocasión.

No sabía su nombre, no entendía el porqué de su obsesión con dicho cuadro y solo nos cruzábamos un hola, un gracias y un adiós, pero aquel hombre captaba toda mi atención. En las horas muertas en el museo, reflexionaba e inventaba la historia de aquel misterioso visitante. En una ocasión imaginé que era un alto ejecutivo con gusto por el arte, otro día pensé en un artista que buscaba inspiración y terminé pensando en una persona con trastorno psicológico cuyo terapeuta le había aplicado una terapia de choque artística para expresar sus emociones.

### 5:00 pm

De nuevo, el bullicio. Había abandonado las demás salas para centrarme en la entrada, mis compañeros no daban abasto con la venta de tickets y las guías acababan de ampliar el grupo de usuarios de diez a veinte para mejorar la organización.

Los visitantes entraban con una gran sonrisa, deseando descubrir las maravillas que el museo había traído para su deleite. Cuando estaba observando el escáner, reconocí su voz, ¿había dejado preparada la banqueta en la esquina habitual de la sala XVIII para su mejor huésped? Le saludé, me devolvió el gesto y para mi sorpresa no subió las escaleras, sino que fue directamente a la nueva exposición. Una hora distinta, una sala diferente, ¿por qué había cambiaba su rito diario?

Cuando Arantxa me dio permiso para continuar la ronda, acudí a la exposición temporal. Allí estaba,

paseando de un lado a otro, con una mirada distinta que nunca había visto reflejada en sus ojos. Le observé desde la distancia, su cuerpo estaba erguido, esbozaba una amplia sonrisa y parecía haber recobrado la ilusión perdida.

Se sentó en la parte central del banco, rodeándose de gente, estaba acostumbrada a contemplarle desde su soledad en la inmensidad del espacio. Los dos separados por una barrera invisible creada por el silencio. Estaba conversando con una señora sobre la pintura situada enfrente, parecía una persona diferente, más cercano, más accesible, más como los demás.

En la sala XVIII no era un hombre cualquiera, era mil hombres distintos. Estaba el hombre que observaba fijamente la obra, sin parpadear, intentando descifrar la personalidad del autor anónimo. Aquel que, sentado en la banqueta, tomaba distancia para descansar la mirada y la fijaba en un punto muerto evitando distracciones. El hombre que a las cinco releía el cartel con la información de la obra para mimetizarse con su contexto: autor desconocido, año 1990, óleo sobre lienzo, 50x50, donación. Aquel hombre fiel que renunciaba a las otras obras para dedicarse en cuerpo y alma a amar a una sola.

**8:00 pm**

Cuando la sala de exposición temporal se quedó vacía, apagué las luces, cerré las puertas y conecté el sistema de alarmas. Los visitantes se habían ido marchando de forma progresiva, también él, quien esta vez se despidió de mi con un «gracias por todo, ha sido un placer. Adiós». Aquellas fueron nuestras últimas palabras.

El adiós más triste que nunca había recibido en mi vida, un adiós que me rompió el corazón. Ese era el motivo de su conducta inusual, dejaba el museo y a quienes formábamos parte de ese ecosistema. Me convertía en su pasado y volvía a sentirme sola en la inmensa sala XVIII.

Era una tontería pero me había acostumbrado tanto a su presencia que hasta ese instante no supe lo importante que era para mí su compañía. Y, sin embargo, nunca nos cruzamos más de tres palabras, nunca nos preguntamos nuestros nombres, nunca supimos nada de nuestras vidas. Solo fuimos un hombre frente a un cuadro y una mujer frente a la desidia.

Me acerqué hasta su obra favorita y la contemplé desde la desolación, porque los ojos que siempre se habían posado sobre ella desaparecieron. Tonos rojos, azules y verdes entremezclados, simples borrones. ¿Qué había percibido él en esa amalgama de color? Durante un año le había visto observarlo, quizá el secreto estaba en mirarlo desde distintas perspectivas. Alcancé mi banqueta, aún tenía cincuenta minutos antes del cierre, lo examiné de un lado a otro, indiferencia. Aparté mi asiento provisional y me alejé hasta el otro extremo, nada. Me coloqué en el centro y entonces caí en la cuenta de que no era cuestión de distancias, sino de tiempo, como me enseñó él a través de la abstracción de su mente en calma, en silencio, sin importar el tictac del minutero.

En los diez primeros minutos, el borrón verde se fue transformando en un bosque del que parecían sobresalir unos pequeños caseríos. Transcurrida media hora, el color azul predominante se convirtió en un mar salpicado

de pequeñas motas y los tonos rojos se fueron transformando en el resplandor del atardecer. Me aproximé al cuadro para definir las motas, un puerto con sus pequeñas embarcaciones y ¡un ballenero!

Tomé perspectiva y me quedé absorta. Aquella pintura representaba el entrañable pueblo de la costa cantábrica donde pasé mi adolescencia, donde experimenté el primer amor y donde soñé con convertirme en carpintera de ribera, construyendo y arreglando embarcaciones de madera con las que navegar y descubrir el mundo bajo las alas de la libertad y el amor incondicional de Ibai. No había vuelto a pensar en él, el chico alegre, divertido, romántico y excéntrico que a la muerte de mi madre, a la que volví a echar de menos, me regaló una estrella del firmamento con su nombre. ¡Cuántos recuerdos! Pero eran eso, recuerdos. ¿En qué momento dejé escapar las dos pasiones de mi vida?

Me pregunté si el eterno visitante, con el que había compartido la sala XVIII, y cuya fascinación por aquella obra ahora comprendía, se habría planteado esa misma cuestión. Era probable vista su reacción. Se había despedido del museo, pero no de su cuadro predilecto, quizá porque evocaba un pasado olvidado y reencontrado que deseaba borrar de nuevo.

**8:50 pm**

Escuché un ruido a mi espalda, Arantxa vino a buscarme para cerrar el museo y dar paso a la compañera del turno de noche. Antes de irme, me atreví a preguntarle si ella había intentado averiguar el nombre de alguno de los autores desconocidos, me dijo que había solicitado un

equipo de historiadores del arte para investigarlo gracias a la insistencia y la donación del hombre que venía a esta sala todos los días. Me contó que hoy le había respondido la junta general dando luz verde al proyecto y que se lo había comentado, agradeciéndole su aportación. Me recordó colocar la banqueta en su sitio y se marchó.

Mientras plegaba la silla, no dejaba de pensar en las palabras de Arantxa, estaba perpleja. El autor de aquella inspiradora pintura saldría del anonimato gracias a un hombre de gran corazón que fue más allá de los límites de la belleza para encontrar su esencia.

Apagué las luces y eché un último vistazo a la obra, en aquella oscuridad y solo bajo el diminuto foco de mi linterna, vi unos rasguños en la esquina inferior izquierda del marco original. Cuando me acerqué, comprobé que era un símbolo, un signo insignificante para quien no era capaz de entender su significado. Aquella estrella había estado allí, esperando que la descubriera, pero lo más importante era que aquel hombre me había estado esperando durante un año

Corrí escaleras abajo, di las llaves y la linterna a mi compañera, guardé el uniforme en la taquilla, arranqué la chapa con mi nombre y salí a la calle. Llovía como si el cielo llorase de alegría, monté en mi *Yamaha Cruiser* y me despedí para siempre del museo.

**10:45 pm**

Tomé la desviación de la carretera comarcal, aceleré al máximo y llegué a mi destino, pero no a tiempo. La preciosa goleta, aquella que había soñado construir,

estaba saliendo del puerto. Corrí por el espigón mientras la lluvia arreciaba, me resbalé y volví a levantarme.

«¡Ibai!», grité varias veces, la tormenta era más fuerte que mi voz, «¡Ibai!».

La goleta salió a mar abierto, llevándose consigo mi ilusión. Contemplé como las olas golpeaban la embarcación y el viento del norte agitaba las velas, se marchaba en las peores condiciones, ¿se había rendido a la muerte? No podía creerlo, no de aquel hombre perseverante de mirada transparente. No podía abandonarle. Corrí hacia la casa de salvamento marítimo y golpeé la puerta. Cuando me abrieron expliqué la situación y me facilitaron el contacto por radio. «Ibai, soy Nahia». Esperé una respuesta, silencio absoluto. «He traído conmigo tu regalo, la estrella de June». Escuché un siseo, después, la comunicación se cortó. Intentaron retomar la conexión, pero la tormenta lo impidió. Decidieron avisar al helicóptero, las ranchas de viento eran muy fuertes, así que saldrían en su búsqueda lo antes posible. Les agradecí la ayuda prestada y me marché al puerto, allí le esperaría

### 00:30

El cielo se había despejado, las nubes se habían alejado y las estrellas iban asomándose en el firmamento. Cerca de la estrella polar estaba la de mi madre. Toqué el colgante y, aunque no era creyente, recé porque volviera sano y salvo. Era consciente de que el cambio en su rutina, la donación al museo y su despedida eran por mi culpa. El desasosiego me quemaba por dentro, él había sido consciente de quién era yo desde el principio,

pero yo no le reconocí, no miré más allá de mi rincón. Había esperado mi respuesta a aquella pregunta que, un quince de abril de hacía quince años, desde el balcón del caserío de su padre y al atardecer con el mar en calma, me hizo. «¿Cumplimos nuestro sueño?». Dejé que el miedo hablase, me alejé y huí sin despedirme. Escogí la cobardía.

Regresé a salvamento, me comunicaron que le buscaban en la mar, habían avistado el palo mayor y las velas en el agua, ni rastro del resto de la goleta. Me fui. En el puerto había miles de barcos, encontré a un marinero amarrando el suyo y le expliqué que necesitaba su embarcación para rescatar al amor de mi vida. No lo dudó y se prestó a ayudarme desde tierra. Llevaba tiempo sin navegar, pero los conocimientos aprendidos salieron a flote. Conecté la radio, hicimos un par de pruebas para comprobar su correcto funcionamiento, apunté las coordenadas que escuché en salvamento y puse rumbo en esa dirección.

A un par de millas de la costa, escuché el rugido del motor del helicóptero, comenzaban la búsqueda en otra zona. En mi interior algo me decía que seguía allí. Encendí las luces del barco, las velas de la goleta se dejaban transportar por el oleaje, el palo mayor estaba fragmentado y encontré trozos de madera a la deriva. Grité su nombre; si estaba consciente, me respondería. Silencio. Giré el foco para iluminar otra zona del mar, a lo lejos, se dibujó la silueta de una pequeña cala. Con la mar embravecida era difícil nadar, pero no imposible. Según me fui acercando, encontré parte de la quilla,



atraqué el barco cerca de la orilla, cogí la mochila preparada por el marinero con una manta térmica y un *walkie talkie* y me lancé al agua.

Hacía muchísimo frío, podía sufrir hipotermia y morir. Habitué mis ojos a la oscuridad y grité, el eco en el acantilado potenció mi voz y escuché mi nombre. Le encontré encogido entre dos rocas, temblando. Me arrodillé, dejé la mochila, desplegué la manta térmica y la coloqué sobre su cuerpo. Después, me centré en la orientación y avisé al helicóptero, tardarían diez minutos. Me senté a su lado, me quité el colgante y lo deposité en su mano. Lo agarró y esbozó una pequeña sonrisa. Abrió los labios, quería decirme algo. Me agaché y presté atención. Incluso en su peor momento, seguía pensando en aquella pregunta y, por fin, le di mi respuesta: «Navegaré contigo.»



## MUTIS

Susana Visalli Attinoti

*«La intolerancia pertenece a todos los tiempos»*

*Anatole France*

Nadie echó en falta a mi padre, ni siquiera yo, hasta la mañana del domingo. A veces juego con la loca idea de retroceder en el tiempo y estar allí para espantar a los demonios, pero ¿habría sido yo capaz de lograrlo?

Mi padre se llamaba Romeo y mi madre no fue Julieta, la de Shakespeare, sino simplemente María. Se casaron porque yo venía en camino y mis tres hermanos no pueden contar lo mismo. Ninguno de sus descendientes llevó su nombre, Romeo, tal vez para evitar las burlas de los compañeros de la escuela, las mismas que, imagino, él sufrió cuando niño. Y fue así que nos bautizaron con un María, un Pietro, un Luigi y el de un servidor, Antonio, nombres comunes que no nos salvaron de su apellido *Merlo* que, en italiano coloquial se refiere a un tonto, a un estúpido o a un simplón, asunto que dejaba en segundo plano al pájaro capaz de aprender a repetir sonidos y aun la voz humana: el mirlo.

Hacía poco más de un mes que mi papá se había cambiado para el turno de noche. Trabajaba en la fábrica

de mallas de acero. Recuerdo el olor a alambrón que sus ropas desprendían y más aún en sus escasos abrazos. Sus manos enguantadas, cual tenazas, tejían alambres en forma de rombos para cercamientos metálicos. Marchaba a las nueve de la noche y no lo veíamos hasta la tarde del siguiente día, cuando nosotros regresábamos del colegio. Lo recuerdo sentado en una silla frente a la mesa del comedor con las manos sumergidas en una palangana con agua y sal. Mamá, desde la cocina, nos decía *saluden a vuestro padre*. Él levantaba la cabeza y esbozaba una sonrisa.

Papá no regresó el sábado y no era algo de qué extrañarse. Cuando no vi ni la palangana ni la toalla en la mesa del comedor pregunté por él. Mamá me dijo que de seguro se había quedado trabajando el siguiente turno, el de la mañana. Ya lo había hecho otras veces a cambio de sumar unas liras al final de la semana. Algo dentro de mí gimió un lamento, una sórdida petición de auxilio cuando caí en la cuenta de que, otra vez, otra noche, me encargaría de mis hermanos al observar que estaban dispuestos cuatro cuencos, cuatro cucharas, cuatro vasos. Pocas veces ocurría que ella además limpiara durante la noche en el hospital, pero ya iban tres seguidas, era sábado y mi hermana pequeña, con solo seis años, me haría pasar las de Caín con tal de no ir a la cama. Debo de reconocer que era la única que hacía reír a mi padre y que, a pesar de ser la consentida, también heredó en tercera instancia mis zapatos, mis pantalones y mis camisas. La ropa remendada y con parches era la moda infantil, la unisex que Mussolini dictó sin estar incluida en sus discursos fascistas.

Me es difícil olvidar la sensación de abandono a la mañana siguiente, ya domingo, al descubrir que la cama de mis padres estaba vacía, que nadie había dormido en ella ni la habitación olía a metal ni tampoco a lejía. Jamás se había ausentado dos días seguidos, pero papá siempre vuelve, siempre regresa a casa... como todos los papás. Repartí entre mis hermanos la leche que sobró del día anterior y los cachos de pan seco que mamá guardaba para rallar, y como el hombre de la casa que yo debía de ser, me puse en guardia y dispuse órdenes: *Pietro, recoge la mesa; María, lávate la cara y las manos, y tú, Luigi, barre el suelo; yo, fregaré la vajilla.*

Poco después llegaría mi mamá empapada. Llovía y, desde entonces, siempre es otoño en domingo, haya sol, sea verano, tenga a mis nietos e hijos y a mi amada y anciana esposa compartiendo mesa en nuestra casa, la misma casa que en la Segunda Guerra Mundial, pocos años después de la desaparición de mi padre, tuvimos que dejar porque no hay techo que resista a una bomba.

Vi a mi mamá colgar el chubasquero en uno de los dos clavos al lado del portón de casa, sacudir los pies hasta descalzar las zapatillas sobre la alfombrilla de la entrada y apurar los pasos hacia el baño, para luego salir con una toalla a modo de turbante. Abrió la puerta de su dormitorio mientras yo, asustado, atiné a decir solo dos palabras, las últimas que pronunciaría en días: *no está.*

A partir de ese momento, mis horas corrieron en una espiral que no sabía si me llevaba al ojo de un huracán o acabaría lanzado a cientos de kilómetros lejos de allí: mamá, sin siquiera cambiarse la bata y el delantal que

a diario debía de llevar al hospital, volvió a calzarse las zapatillas mojadas, nos dijo que nos pusiéramos nuestros abrigos y salimos. Sin mediar más palabras que *un portaos bien* a mis hermanos en el portal de la casa de nuestra tía, sujetó mi mano y me dijo bajito: *vamos, vamos a buscar a papá*. Con mis recién cumplidos once años no fue fácil seguirle el paso, ella corría, yo me esforzaba por mantenerme a su lado. De haber ella soltado mi mano, en más de una ocasión me habría caído de bruces en las calles de Zola Pedrosa, nuestra tierra natal. Ella no hablaba, lo hacía su respiración entrecortada, jadeante, casi a hipos. Recorrimos plazas, parques y callejones de los siete kilómetros de camino hacia la fábrica. Al llegar allí golpeó repetidamente el portón hasta que alguien asomó la nariz por el resquicio y negó a cada una de las preguntas: *no, no hay nadie; no, hoy no se trabaja; no, no sé quién es Romeo Merlo*. Luego supimos que el que nos atendió era un pordiosero que de día vagaba por las calles y la noche la dormía en la nave a cambio de quedarse los festivos haciendo guardia. Al regreso fuimos hasta el hospital y a la policía; entre los dos lugares sumé cinco muertos, tres detenidos y dos heridos. Perdí la cuenta de las veces que mi mamá describió a mi padre: *un hombre de treinta años, cabello y ojos marrones, robusto y no más alto que yo, con abrigo negro, no usa sombrero y siempre lleva en los bolsillos un par de guantes de carnaza. No, no es bebedor ni le gustan los bares. No, nunca se ha metido en problemas.*

Nunca se ha metido en problemas... Recuerdo una noche, cuando papá trabajaba aún en el turno de

mañana, que me despertaron los golpes en el portón de casa. Por una esquina de la ventana de mi habitación llegué a ver a cuatro hombres con palos en mano que lo cercaban haciendo un círculo. A ratos susurraban, a ratos alzaban la voz mientras que mi papá negaba con la cabeza una y otra vez. En una de esas escuché claramente *si no estás con nosotros, no estarás con nadie*. Cuando se fueron yo salí al encuentro de mi padre. Él temblaba. Me hizo ademán de que lo dejara en paz, pero yo insistí. Fue hasta la cocina, yo le seguí, bebió agua y me dijo en voz baja: *de esto ni una palabra a nadie, y menos a tu madre. ¿Entendido?*

A mi papá, que yo sepa, lo visitaron dos veces más, siempre de noche, cuando sabían que mamá estaba trabajando. Yo nunca se lo conté a ella, no hizo falta, la vecina se lo dijo. Fue entonces cuando mi padre se cambió al turno de la noche porque en ese horario pocos o ninguno eran los rompe huelgas, los *Camisas Negras* que contrataban. Aunque mi papá nunca participó en alguna porque decía que una huelga y la falta de liras en su bolsillo eran lo mismo, los milicianos voluntarios partidarios de *Mussolini* no hacían diferencias entre huelguistas y no huelguistas obligándolos a adherirse a sus filas en una Italia fascista, cambiante, la misma Italia que *Il Duce* y *Le Camicie Nere* gobernarían años después.

Regresamos a casa con la esperanza de encontrar a mi padre y escuchar alguna explicación. Cualquiera de las que yo imaginé durante el día me habrían valido: me fui con un amigo a jugar al balón, me quedé dormido al lado del río, perseguí a una lagartija y me perdí...

Pero no, eso me habría pasado a mí, no a él, porque mi padre ni jugaba al balón, ni lograba dormirse en las tardes de verano cuando íbamos de picnic ni le gustaban las lagartijas, odiaba cualquier animal que se arrastrara. Y mis esperanzas se desvanecieron al escuchar a mi mamá romper en llanto, a solas, en su dormitorio. Yo me arremoliné en un rincón de la cocina a esperarla, recuerdo que me llevé el dedo gordo a la boca y chupé con fuerza, como no lo hacía desde muchos años atrás, y esperé.

Ya entrada la noche volvimos a la casa de mi tía. Mamá no soltó palabra acerca de sus temores, yo tampoco. Ella no comió, sin embargo me obligó a acabar el plato de sopa de verduras con tocino. Me mandó a la habitación donde estaban mis hermanos durmiendo con un *mañana en la mañana seguiremos buscándolo*. No me dijo un no te preocupes o un ya verás que aparece. No, mi madre nunca me mintió ni me dio falsas esperanzas. Mi noche pasó entre cerrar los ojos para abrirlos y pasearlos por los rincones negros hasta que el sol los cambió a claros y oscuros. Dormir fue imposible cuando entre pecho y pecho surgió una duda, una duda que se convirtió en el fuerte deseo de que fuera cierto: ¿y si se quedó dormido dentro de la fábrica y el marmota que nos atendió no lo sabía?

Salí a hurtadillas de la habitación antes de que el sol pintara de blanco prepotente sus paredes. Mi papá no estaba y yo seguía siendo el hombre de la casa. Poco después, mamá y yo estábamos de camino hacia la fábrica de mallas, esta vez sin detenernos a buscar y mirar. Nos recibió el jefe de mi papá. Mamá le dijo que Romeo no



había vuelto el domingo a casa. El jefe salió del despacho y regresó con una tarjeta: *Según esto, dijo, su marido no se presentó a trabajar el sábado en la noche.* Giró sobre sus talones y desde el umbral de la puerta preguntó a viva voz si alguien había visto a Romeo Merlo. Los obreros que tejían las largas cercas de metal levantaron sus cabezas. Nadie respondió. *Lo lamento, señora Merlo, tendrá que buscar en otro lugar. Cuando aparezca, dígame que aquí tiene su paga.*

Quise exponerle mi duda, mi esperanza, pero nos despidió disculpándose de que tenía mucho trabajo pendiente. No, no me comporté como el hombre de la casa, callé. Callé porque era mucho más alto que yo, porque tenía mucha más voz que yo... porque algo dentro de mí supo que tenía mucho más poder que yo.

Salimos a solas mi mamá y yo, y poco antes de llegar al portón nos alcanzó un hombre flaco y ojeroso. Olía a tabaco rancio. Sostenía entre sus manos una gorra raída. *Vengan por aquí,* nos susurró, y nos condujo hacia uno de los lados de la fábrica. Lo que a lo lejos parecía la junta entre dos muros, de cerca resultó ser un pasadizo angosto. *La noche del viernes, Los Camisas Negras vinieron a la fábrica y preguntaron por Romeo, murmuró sin parar de caminar, se lo llevaron hasta el baño y luego marcharon. Él regresó a su puesto de trabajo. Vi que temblaba. Esta mañana llegué antes y como siempre hago, vine aquí para fumar, es que está prohibido hacerlo dentro de la fábrica...* y *vi esto,* dijo al salir del pasadizo y señaló hacia un antiguo pozo artesanal con brocal de piedra que estaba en el medio de un patio, un

patio sombrío cercado por muros altos y con un pedazo de cielo por techo.

Inmediatamente reconocí las botas y los calcetines de mi padre a un lado del pozo. Estaban correctamente colocadas, como él acostumbraba a hacerlo en el suelo de gres, al pie de la cama: bota con bota y el par de calcetines grises de lana extendidos sobre cada una de ellas. *Es para que se aireen*, susurró su voz en mis recuerdos, mientras que los ecos que salían de la boca del pozo se perdían en el aire, ecos de la voz de mi madre gritando su apellido, Merlo.

Dicen que mi padre se suicidó porque no soportaba tener que seguir viviendo con las continuas amenazas de *Los Camisas Negras*. Se lanzó al pozo y nada más. Yo sostengo que lo asesinaron, no a palos sino a palabras. *Si no estás con nosotros, no estarás con nadie*. Estuve presente, como el hombre de la casa, cuando sacaron su cuerpo. Callé. Recuerdo que no lloré, me hice el fuerte, sin embargo no he dejado de hacerlo cuando en domingo parece otoño.

## TIRAS DE CENIZA NEGRA

Lorenzo Pollán

**M**i aliento había comenzado a dibujar un círculo difuso sobre el cristal de la ventanilla, de modo que el paisaje, progresivamente borroso, se reducía en primer plano a una serie de fugaces líneas horizontales apenas perceptibles.

El traqueteo y el calor ambiental me habían introducido en un estado de lo más acogedor. Era una niña acurrucada en su cuna de ensueño. Y sentí aquello que se siente cuando el miedo a perder el placer se hace superior al placer mismo. En esta situación la pereza me invadía sólo pensando en bajar de nuevo a la realidad, pero tuve que bajar, obligada, porque algún cambio inoportuno había venido a turbar mi embeleso. Los efluvios de un perfume no específico me hicieron recomponerme en el asiento. Ella había tomado posesión de su sede bien resuelta y decidida como si gozara de algún derecho establecido de antemano. Y sin poder remediarlo un pequeño seísmo volvió a conmocionar mi endeble autoestima...

La intrusa, más joven y más agraciada que yo, mostraba, al menos a primera vista, esos dones que el azar arbitrario e inconsciente reparte como le viene en gana.

No cabe duda; una armadura semejante debe proporcionar a cualquiera la dosis necesaria para ir por ahí pisando fuerte, pensé yo, sintiendo arreciar en mí los vientos engañosos de la ira. Y así seguí, atizando en mis adentros aquel fuego arriesgado hasta percatarme de que mis mandíbulas se hallaban tensas como nunca. Las aflojé conscientemente y logré perder mi vista en el vacío encontrando una postura de relax que me vino de maravilla. Sólo salí de aquel éxtasis cuando el movimiento del tren hizo volcar su bolsa de equipaje, que precisamente logró apresar mi vestido por un extremo. Tiré suavemente de él para liberarlo hasta que mi compañera se percató del asunto y enderezó al punto la bolsa con un cortés “perdona”. Ésta sería la única palabra que saliera de su boca en el transcurso de nuestra malograda comunicación.

El caso es que, sin poderlo evitar, la presencia de mi vecina, como el impulso de aire súbito que anuncia la tempestad, me había introducido en un aura de malos presagios, en un círculo de incómodo desasosiego, del que ya me era imposible salir.

Se ve que ella acabó un capítulo o algo así, porque hizo una pausa en su lectura y fue entonces cuando la portada del libro apareció claramente visible. ¿Qué rollo de “partículas elementales” será ese? Debe estudiar física nuclear la señorita, aunque yo la veo más en su sitio ojeando alguna revista de modas.

...Bueno, a estas alturas no sé si sacar el mío para avanzar otro capítulo más. El viaje está a punto de acabar y mi entrevista de trabajo se acerca. Dentro de unas

semanas, con algo de suerte, me habré convertido en delegada de zona al servicio de una reconocida editorial infantil como es ésta. ¡Qué ilusión! No más neuras, ni complejos ni dependencias. Presiento la caricia entrañable de la suerte. La veo correr hacia mí y abrimme las puertas, excusándose por su falta de consideración al no haberlo hecho antes.

Algún detalle me hizo, en este punto, cortar mis cavilaciones y decidí salir al pasillo. Luego, en el incómodo servicio del tren se me quitaron las ganas de cualquier cosa y salí al poco de entrar. Lo único que hice fue lo de siempre, comprobar los aros del sujetador –todo bien; están en su sitio- y llevarme las manos a las caderas para tomar conciencia por enésima vez de que los cuatro centímetros de envergadura que me sobran siguen ocupando su lugar inoportunamente.

Cuando volví al apartamento mi compañera corrió sus piernas en paralelo hacia la derecha para dejarme pasar. Agradecí el gesto. Luego ella se recolocó en el asiento, carraspeó y siguió leyendo como si nada. Mientras tanto yo, que ya me encontraba de nuevo instalada en mi sitio, comprobé que los cambios de escenario no habían contribuido a vencer mi zozobra, sino a conservarla como si se tratara de una amiga íntima e inseparable. Decidí entonces usar mi mano como visera y torné los ojos a tope hacia la izquierda con el fin de conseguir unos segundos de lectura gratuita. La novela en cuestión cumplía todos los requisitos de una narración erótica. ¡Mira ésta! Pero justo cuando mi lectura furtiva rayaba lo más excitante, sobrevino un cambio brusco de página. Me

adapté al corte evitando moverme para no levantar sospechas. Luego, al retomar la lectura, la presunta novela erótica fue tomando aires de tratado científico y entraba en disquisiciones sobre física cuántica, o algo así, que yo en estos asuntos no me aclaro.

Compruebo que no puedo prescindir de mi manía inquisitoria y vuelvo a preguntarme de qué irá por la vida esta mujer... Seguro que ni le faltan ni le sobran kilos, como me pasa a mí. ¿Tendrá ella algún mérito especial que le haya granjeado los favores de la suerte?

Luego, ante la imposibilidad de encontrar una explicación justa a los oscuros devaneos del destino, mi mente se volvió perezosa y fui dejándome caer suavemente en los dulces brazos de Morfeo...



La estancia, amplia y acogedora, se hallaba salpicada de flores naturales y una música clásica relajante venía de algún lugar impreciso a dar un toque de seriedad al ambiente. En este lugar confluimos cuatro escasos candidatos. Por fortuna no nos juntamos cuarenta, como había supuesto en un principio. La proporción de aspirantes a una plaza era muy atractiva, así es que me puse a invertir en esperanzas.

En aquel momento la puerta del servicio sonó al fondo del pasillo y, a juzgar por los pasos, se hacía evidente que alguien tenía que aparecer en escena para recibirnos. No fue exactamente así. La inoportuna aparición vino

a engrosar el número de los candidatos, cosa del todo innecesaria. Ella se dirigió hacia el grupo con aire de suficiencia. Se trataba, por cierto, de alguien que ya me era familiar: mi reciente compañera del tren...

Me dio un vuelco el corazón, la música me pareció de pronto más estridente y las flores naturales se convirtieron en malas hierbas. Un súbito aire amenazador invadió la estancia y así, prisionera de esta nueva situación, no sé cómo acerté a forzar una sonrisa correcta que me brotó amalgamada entre la ira y la desesperanza.

Luego, con aire de empresario progre, el representante de la Editorial nos dio la bienvenida siguiendo el rito cortés que las circunstancias demandan.

El tenso ambiente, endulzado a base de sonrisas y ocurrencias graciosas, quedaba revestido de una distensión aparente, que los cinco nos ocupábamos en mantener con una hipocresía de lo más civilizada.

Algunos zumos y otras bebidas no alcohólicas llenaron los minutos necesarios para examinarse mutuamente con disimulo intentando cada uno encontrar en su interior secretos motivos para descartar al otro. Y después de los preámbulos de rigor, ahuyentado el aliento del tabaco con pastillitas happydent de lima-fresa, fuimos pasando de uno en uno al lugar de la entrevista...

Teníamos fijado un plazo de diez días para comprobar el resultado en el expositor de la Cámara de Comercio, aunque nos comunicaron que la empresa tendría la deferencia de notificado personalmente a la persona que resultara seleccionada. La excitación ante el

más que probable cambio de vida mantenía mis nervios en vilo durante aquellos interminables días y logré intimar con ella de tal modo que cualquier ausencia suya, por momentánea que fuera, adquiriría los rasgos de una extraña infidelidad.



Las horas del día límite transcurrían tensas sin poder evitarlo mientras una ansiedad agri dulce amenazaba con afectar a mi estómago sensible y desprotegido. Hasta que pasó, por fin, lo que tenía que pasar: ¡otro corte de manga del destino! Ni siquiera una llamada por error vino a traerme unos segundos de ilusión fugaz. Nada de nada. Y el teléfono, insensible e ingrato, mantuvo su pertinaz silencio desde la primera a la última hora del día.

De esta manera las ocho de la tarde llegaron descaradamente con la misma indiferencia con que llegan todas las ocho de la tarde, y mi ánimo, acelerado ya y sin control, fue a estrellarse quebrándose contra aquella barrera y dejándome luego indefensa ante los cachos rotos...

Pedí de todos modos la confirmación por fax, desde la oficina central de Correos. La posibilidad de un error o cualquier salvador retraso en los trámites mantenía viva todavía la llama de la esperanza. ¡Inútil! Una especie de jurado evaluador adjudicaba la plaza de “delegada de zona” para servicio de ventas de la Editorial a la señorita Susana, no sé qué, no sé cuántos...



Inerme, desinflada y rota fui arrastrándome de un sitio a otro, sin rumbo fijo. No podía parar. Huía...

Antes de coger el autobús de regreso a casa pateé todo el paseo marítimo con el papel arrugado en la mano. Ya no apretaba las mandíbulas ni rezaba tacos para mis adentros. Un relax mortal me hacía flotar sobre el suelo. Por fin subí al Espolón y junto a la barandilla desarregué el papel, saqué el encendedor y le prendí fuego por una esquina. Cuando lo solté en el vacío bajó deshaciéndose en tiras deformes de ceniza negra. Unas bajaron hasta el agua y otras se elevaron con el viento hasta desintegrarse...



Una vez en casa me asomé a la ventana de mi habitación. Empezaba a oscurecer y la luz débil de la tarde anunciaba el final de un día como tantos. Abajo, en el parque, los pájaros piaban con frenesí armando revuelos entre las ramas de los arces. Todavía se oían los últimos chillidos de los niños, los balonazos sobre el asfalto, el chirriar de los columpios desengrasados...

Cerré por fin la ventana, al tiempo que una abulia paralizante me impedía tomar decisión alguna. Permanecí todavía mirando al parque con la nariz pegada al cristal hasta que mi aliento volvió a trazar un cerco policromado en torno a la luz indecisa de las primeras farolas...

No sé cuánto duró aquel letargo, el caso es que a medida que los gritos infantiles se iban desvaneciendo y crecían los cantos de los grillos en la parcela de atrás comencé a notar la vibración de una nueva noche, otra más, en nada distinta a las demás noches.

En este momento alguna fuerza extraña hizo que me dejara llevar sin pretender meta alguna...

Entonces me reconocí por primera vez a mí misma y, no sé cómo, pude adivinar lo que era estar viva.







## ÍNDICE

Desfase.....	9
Nemetón .....	15
El país de las berenjenas .....	27
El extraño viaje del profesor Montoya .....	37
Mantener el rumbo .....	47
Alas de cera.....	61
El otro.....	73
Motivos.....	81
El sol también tiene una cara B .....	87
De la inmortalidad del alma .....	97
Parálisis.....	105
Destellos de mar.....	113

Amores de progre.....	117
Hotel 66.....	127
Barrio del norte.....	135
Mi momento.....	139
El lugar más bonito del mundo.....	145
Un nuevo horizonte.....	149
Vuelven.....	153
El regalo.....	159
Qué difícil.....	175
Ladrón.....	179
El engaño.....	183
La cueva de Merlín.....	191
Florence.....	201
La mujer del crucero.....	205
Florián o el fracaso.....	219

Lucrecia .....	229
La mujer de la montaña .....	239
Fuimos todos.....	255
Premonición.....	269
El fumador.....	277
Cecilia.....	283
Al amanecer.....	293
Ilusiones del más allá.....	297
Fin del misterio .....	307
Dicen.....	321
Más allá de.....	327
Mutis .....	339
Tiras de ceniza negra .....	347

